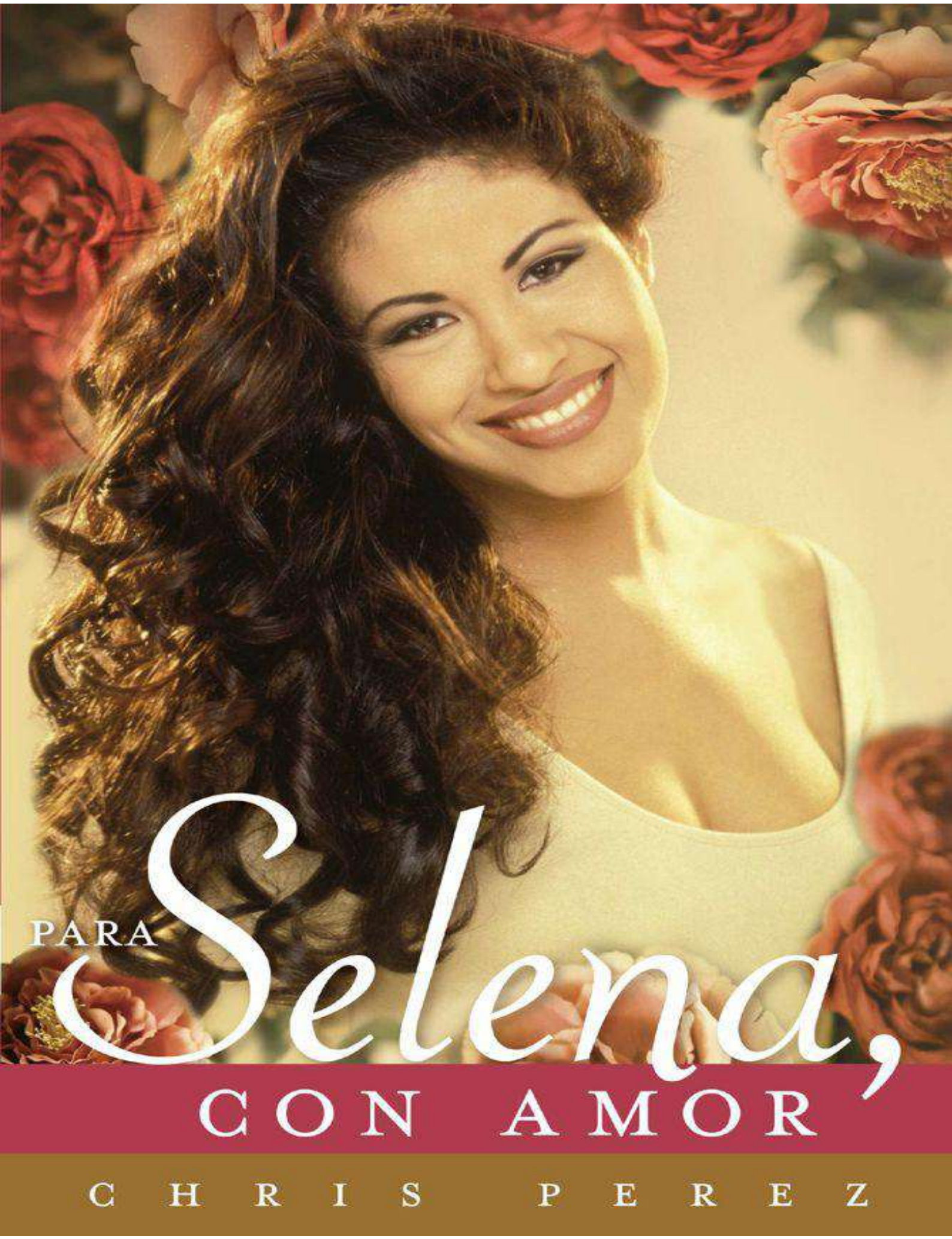

PARA
Selena,
CON AMOR
CHRIS PEREZ

PARA

Selena

CON AMOR

PARA

Selena,

CON AMOR

CHRIS PEREZ

A CELEBRA BOOK

CELEBRA
Published by New American Library, a division of
Penguin Group (USA) Inc., 375 Hudson Street,
New York, New York 10014, USA
Penguin Group (Canada), 90 Eglinton Avenue East, Suite 700, Toronto,
Ontario M4P 2Y3, Canada (a division of Pearson Penguin Canada Inc.)
Penguin Books Ltd., 80 Strand, London WC2R 0RL, England
Penguin Ireland, 25 St. Stephen's Green, Dublin 2,
Ireland (a division of Penguin Books Ltd.)
Penguin Group (Australia), 250 Camberwell Road, Camberwell,
Victoria 3124,
Australia (a division of Pearson Australia Group Pty. Ltd.)
Penguin Books India Pvt. Ltd., 11 Community Centre, Panchsheel Park,
New Delhi - 110 017, India
Penguin Group (NZ), 67 Apollo Drive, Rosedale, Auckland 0632,
New Zealand (a division of Pearson New Zealand Ltd.)
Penguin Books (South Africa) (Pty.) Ltd., 24 Sturdee Avenue,
Rosebank, Johannesburg 2196, South Africa

Penguin Books Ltd., Registered Offices:
80 Strand, London WC2R 0RL, England

First published by Celebra,
a division of Penguin Group (USA) Inc.

First Printing (Spanish Edition), March 2012
10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Copyright © Chris Perez, 2012
All rights reserved. No part of this book may be reproduced, scanned, or distributed in any printed or electronic form without permission. Please do not participate in or encourage piracy of copyrighted materials in

violation of the author's rights. Purchase only authorized editions.

Lyrics from "Best I Can" written by Chris Perez and Julian Raymond. © 1999 JCJ Music (ASCAP)/Domax Music (ASCAP)/Seven Peaks Music (ASCAP). All Rights Reserved. Used by Permission.

CELEBRA and logo are trademarks of Penguin Group (USA) Inc.

CELEBRA SPANISH-EDITION TRADE PAPERBACK ISBN: 978-1-101-58003-5

THE LIBRARY OF CONGRESS HAS CATALOGED THE ENGLISH-LANGUAGE EDITION OF THIS TITLE AS FOLLOWS:

Perez, Chris.
To Selena, with love / Chris Perez.
p. cm.
ISBN: 978-1-101-58003-5
1. Selena, 1971–1995. 2. Singers—United States—Biography.
3. Mexican-American women singers—Biography. 4. Perez, Chris.
5. Tejano musicians—Biography. I. Title.
ML420.S458P47 2012
782.42164092—dc23 2011046126
[B]

Set in Carre Noir STD
Designed by Alissa Amell

Printed in the United States of America

PUBLISHER'S NOTE
Penguin is committed to publishing works of quality and integrity. In that spirit, we are proud to offer this book to our readers; however the story, the experiences and the words are the author's alone.
While the author has made every effort to provide accurate telephone numbers and Internet addresses at the time of publication, neither the

publisher nor the author assumes any responsibility for errors, or for changes that occur after publication. Further, publisher does not have any control over and does not assume any responsibility for author or third-party Web sites or their content.

A la memoria de mi adorada Selena Quintanilla Pérez y sus dedicados fans en todas partes del mundo.

I can’t erase this lonely heart that keeps on remembering.

Every day I live, I live with you, and with all the. things we’ll never do.

Heaven holds a place for souls like mine.

Try to leave my troubled past behind.

You know it’s so damn hard letting go…

Standing here, holding my heart in my hands

Yes, I am…

Trying to live every day the best I can.

—Lyrics from “The Best I Can,” Chris Perez Band

Me es imposible borrar este solitario corazón que no cesa de recordar.

Cada día de mi vida lo vivo contigo y con todas. las cosas que jamás haremos.

El cielo tiene un lugar para almas como la mía.

Tratar de dejar atrás mi duro pasado.

Sabes lo difícil que es desprenderse del pasado…

Aquí, de pie, con mi corazón en mis manos

Así, estoy…

Intentando vivir cada día lo mejor que pueda.

—Letra de “The Best I Can”, Chris Perez Band

INTRODUCCIÓN

C.W. Bush/Shooting Star

Un mes antes de que la asesinaran, Selena y yo fuimos a la propiedad que habíamos comprado en Corpus Christi. Era un terreno hermoso, con una quebrada que bordeaba un lado y una colina que parecía ser el sitio perfecto para construir una casa y criar la familia que estábamos planeando. Nos encantaba ir allí al atardecer e imaginar nuestro futuro juntos. Selena siempre me dijo que quería cinco hijos, cosa que me hacía reír.

—Ensayemos a tener primero un bebé —le decía—. Después hablamos.

Esta tarde, en especial, Selena y yo nos sentamos en la cima de la colina a ver cómo el inmenso cielo de Texas se ponía de todos colores, desde un azul pálido hasta un brillante color durazno y después un violeta oscuro.

—Quiero que mis hijos crezcan rodeados de muchos animales —dijo Selena—. De todos los animales que hay.

—No puedes reunir todos los distintos tipos de animales —le dije en broma—. Si lo haces, saldrás y no encontrarás más que una pila de plumas en el lugar donde alguno se comió tus pollos.

Selena recostó su cabeza en mi hombro.

—Imagínalo, Chris. Es aquí donde crecerán nuestros hijos corriendo y jugando, un día no muy lejano. ¿Puedes creerlo?

—Podría —le dije. Permanecimos allí sentados hasta que oscureció casi por completo, aunque lo que yo quería hacer realmente era ponerme de pie de un salto y comenzar de inmediato a limpiar nuestra propiedad. No quería que hubiera coyotes ni serpientes cascabel cerca de nuestros hijos. Quería proteger a mi familia.

Pero claro está, no fue así. No pude proteger a Selena.

Después de que mataron a Selena, vendí nuestra propiedad. No podía soportar la idea de vivir allí, en ese terreno, sin ella. Durante un tiempo, no podía soportar muchas cosas.

Después de que Selena murió, muchos me pedían que escribiera nuestra historia. Siempre respondía que no. Mis sentimientos eran

demasiado privados. Cuando perdemos a alguien que es algo precioso para nosotros, tenemos que hacer el duelo a nuestra manera. La mía fue guardar los recuerdos para mí. Guardar y sellar en lo más íntimo mis sentimientos fue una respuesta automática al perder a Selena, porque el dolor era demasiado intenso. Continué guardando mi tristeza en lo más profundo mientras procuraba seguir con lo que había quedado de mi vida.

No quería pensar en Selena en absoluto, porque la pérdida súbita de todo lo que habíamos buscado y todo lo que habíamos creído me producía un profundo dolor. Claro está que, a pesar de todo, pensaba en ella. Cada día los recuerdos venían a mi mente, sin invitarlos. Escuchaba una de las canciones de Selena en la radio, o veía una historia sobre ella en la televisión, y el dolor salía de nuevo a la superficie, tan agudo como una aguja clavada en la palma de la mano.

Además, todos me seguían preguntado cosas acerca de ella. Querían saber por qué su padre se oponía tan rotundamente a nuestra relación, obligándonos a vernos en secreto, hasta que al fin, por desesperación, nos casamos a escondidas. Querían saber si Selena —quien hablaba regularmente a los alumnos de las escuelas acerca de la importancia de seguir estudiando y mantenerse alejados de las drogas— era en realidad tan buena, sincera y generosa como se mostraba en público, o si simplemente era una buena actriz. ¿Ocultaba Selena un oscuro secreto? ¿La asesinaron por envidia? ¿Fue su muerte el resultado de un negocio de drogas que salió mal? ¿Tenía un amante? ¿Había terminado nuestro matrimonio?

En ese momento no me interesaba aclarar las cosas. No respondía preguntas de los medios ni de los fans de Selena. Estaba demasiado ocupado tratando de encerrar completamente, tras un muro, esa parte de mi vida. No podía compartir mis recuerdos de Selena porque eso habría significado aceptar su muerte. Hacía mi duelo en privado y sobreviví su pérdida permaneciendo cerca de mi familia y continuando con mi música. Inclusive armé una banda y gané mi propio Grammy por un álbum de rock latino titulado *Resurrection,* con canciones que Selena me inspiró a componer después de su partida.

Sin embargo, hace poco comencé a darme cuenta de que al enterrarlo todo, realmente había estado viviendo mi vida con tapaojos, limitándome a poner un pie delante del otro sin avanzar en absoluto. Comencé a preguntarme si tal vez debería recordarlo todo y si escribir un libro me ayudaría a aceptar por fin la pérdida de Selena.

Poco después de que empecé a considerar estas ideas, recibí una llamada de mi buen amigo Carlos. Fue una de las pocas personas a quienes conté que estaba enamorado de Selena, tiempo atrás, cuando teníamos que vernos en secreto. Fue, al comienzo, una llamada extraña. Carlos no decía mucho, aunque fue él quien me llamó. Por último, le dije que estaba pensando escribir un libro.

—Hombre, eso es muy extraño —dijo Carlos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —le pregunté.

—Anoche soñé con Selena. Por eso te estoy llamando —me dijo—. Estaba haciendo esta presentación con mi banda, en el sueño, y Selena entró al camerino. Sonreía, y me abrazó.

—Eso suena bien —le dije.

—Sí, pero lo extraño es que en mi sueño no pude decir palabra para comunicarme con ella —dijo Carlos—. Entonces Selena me preguntó cómo estabas y no supe qué decir. Le dije que las cosas habían sido realmente difíciles para ti últimamente.

—¿Qué dijo ella entonces?

Estaba imaginándolo todo como si estuviera ocurriendo ante mis ojos.

—Selena me dio un gran abrazo —dijo Carlos—. Me dijo que no me preocupara por ti. “Yo lo cuido”, dijo ella, sólo eso.

Permanecí callado durante un minuto, sintiendo a Selena cerca de mí. Luego le dije:

—Creo que es hora de escribir ese libro.

—Sí —me respondió él—. Así lo habría querido Selena.

Por lo tanto, aquí está: la historia de mi vida con Selena. Merece ser recordada, no sólo por su hermosa voz y su talento como cantante, sino para mostrarla como una mujer real que amaba las cosas comunes de todos los días, como caminar descalza en la tarde para sentir el calor de la acera en su piel.

Selena amaba tan intensamente como vivía. Todos la queríamos por su forma de ser —su familia, sus amigos, sus seguidores y yo, su esposo, que me sentía el más afortunado de los hombres cada vez que Selena pronunciaba mi nombre. Este libro es para ella.

UNO

TOMADOS DE LA MANO SOBRE MÉXICO

Cortesía de Patricia Perez Ratcliff

En el viaje de regreso a casa desde Acapulco, el asiento del avión al lado del mío estaba vacío, pero no permaneció así mucho tiempo. Pasado un rato, Selena vino a sentarse cerca de mí. Para ese entonces yo llevaba ya un año tocando guitarra con Selena y Los Dinos pero nuestro viaje juntos realmente empezó en ese momento, cuando comenzamos a compartir nuestras vidas y a enamorarnos mientras desafiábamos la gravedad bajo el despejado cielo azul de México.

Comenzamos con temas intrascendentes, hablamos de música y del viaje que acabábamos de hacer. El hermano de Selena, A.B., nos había invitado a mí y a otros miembros de la banda a unas vacaciones en Acapulco a cambio de componer un jingle de Coca-Cola para Selena. Ella había comenzado a representar a Coca-Cola antes de que yo la conociera; habíamos escrito un *jingle* con un ritmo tejano para que el comercial sonara como una de las canciones de Selena.

—Vengan a México con nosotros —nos animó A.B. cuando vio que yo no estaba muy dispuesto—. Será divertido.

Tenía razón. Lo fue. Además, fue el viaje que cambió para siempre nuestras vidas.

Hasta este momento, Selena y yo habíamos sido siempre buenos amigos, pero a nivel profesional. Yo era más amigo de su hermana mayor, Suzette, quien tocaba la batería en la banda y tenía un cálido y agudo sentido del humor. Con Suzette me sentía lo suficientemente cómodo como para bromear, pero mantenía una cierta distancia con Selena.

Selena tenía escasamente dieciocho años cuando entré por primera vez a su banda, pero ya era una cantante profesional madura. Acababa de firmar un contrato con Capitol EMI, que iniciaba su división latina, y tenía una voz que llegaba directo al corazón.

Muchas cantantes dan las notas correctas de una canción. Sin embargo, algo les falta. No sabría cómo explicarlo. Es posible que estén cantando una canción como si estuvieran contando una historia, cuando en realidad deberían estar haciendo una pregunta. O se muestran

agresivas cuando deberían estar ronroneando.

Lo que una canción requiriera, Selena podía lograrlo y aún más. Era inteligente y aprendía la letra de inmediato. Sin embargo, lo más importante era que tenía un registro musical que iba desde una voz baja y profunda hasta los altos tonos de una soprano y podía trasmitir sentimientos intensos con su voz, ya fuera que cantara sobre el amor, sobre una pérdida, sobre una traición o sobre la ira.

Cuando Selena cantaba, lo hacía siempre como si se estuviera dirigiendo a uno. Todo el que la oía lo sentía. Tenía más presencia y control del público en el escenario que cualquier otra persona que haya conocido. El hecho de que fuera hermosa y tuviera una figura que podía detener el tráfico tampoco era un inconveniente.

Cuando mis amigos supieron que yo tocaba en la banda de Selena, siempre bromeaban conmigo acerca de su apariencia. Lo primero que decían siempre era algo relacionado con lo linda que era. No puedo contar el número de veces que les oí decir, "Oye, ¿se puede ser más afortunado? ¡Te encuentras justo detrás de ella en la banda y ves todo lo que pasa ante tus ojos!".

"Sí, sí", respondía. "Pero lo importante es que ella sabe *cantar*".

Desde que entré a la banda, no había tenido oportunidad de pasar un rato a solas con Selena. Siempre estábamos en grupo, ya fuera en el escenario, en el autobús, cuando salíamos a cenar si estábamos animados después de una presentación, en el estudio o jugando videojuegos.

Sin embargo, no me tomó mucho tiempo darme cuenta de que Selena y yo éramos polos opuestos. Ella era alegre y extrovertida y le encantaba ser el centro de atención. Mientras tanto, yo la observaba en silencio sin importar lo que estuviera ocurriendo alrededor, a veces me limitaba a oír música con mis audífonos o a tocar guitarra mientras los demás bromeaban. Selena no dejó pasar mucho tiempo antes de empezar a bromear y decir que yo era muy "retraído".

A veces me gustaba provocar a Selena a propósito, sólo para jugar con ella, y pronto desarrollamos una pequeña rutina cómica sobre este tema. Selena comenzaba a hablar mientras estábamos todos reunidos y yo

pretendía no prestarle la menor atención. Me limitaba a mirar al frente, con los audífonos puestos, como si pudiera ver a través de ella.

Selena se acercaba y, parada frente a mí, comenzaba a mover la cabeza de un lado al otro diciendo, "¿Hola? ¡Aquí estoy yo!". Si lograba no reírme, ella comenzaba a darme palmaditas en la mejilla como para despertarme y yo me hacía el sorprendido. Era algo que siempre hacía reír a todos.

Cuando estábamos de gira, Selena siempre era muy divertida. Además de estar conmigo, bromeaba con los otros miembros de la banda, y nos retaba a ganarle en los videojuegos o a sacar comida a escondidas de las reservas de papas fritas y galletas que mantenía Suzette. Sin embargo, fue sólo en México donde Selena se sintió realmente libre para ser ella misma —y actuar como mujer independiente, no como la hermana menor de todos.

En Acapulco no hay que tener veintiún años para consumir alcohol, por lo que Selena y yo pudimos ir de bar en bar con el resto de la banda. Ella iba a mi lado, apoyándose un poco en mí y hablando con entusiasmo del restaurante al que iríamos esa noche y de lo que podríamos hacer con todo el grupo. En una oportunidad, durante la cena, estábamos uno al lado del otro y yo estaba muy consciente de la presión de su cálido muslo contra el mío. Claro que no me quejé.

Durante estas vacaciones, debajo de las palmeras de Acapulco agitadas por el viento, no pude menos que estar cada vez más consciente de la presencia física de Selena, su cuerpo me atraía aunque siempre cubría su bikini. Procuraba no fijar la vista en ella, pero lo hacía de todas formas, mirándola de reojo cuando ella pensaba que no la estaba viendo. A veces también la pesqué mirándome.

Cuando no estábamos en la playa, en la piscina o en los bares, alquilábamos pequeñas lanchas en una ensenada y navegábamos a toda velocidad. Selena era atrevida y se reía sin control cada vez que lo hacíamos, riéndose más fuerte de lo que jamás la había oído. Su risa era contagiosa y pronto todos los demás reíamos a carcajadas.

Ahora que estaba en el avión, al lado de Selena, me costaba trabajo respirar. Me sentía prácticamente incapaz de estar allí sentado y no

tocarla. El ambiente estaba cargado entre los dos mientras ella no dejaba de conversar, arreglándoselas de alguna forma para lograr que dejara al descubierto mis sentimientos. Terminé contándole cómo empecé a tocar música, le hablé del divorcio de mis padres y de mis sueños de convertirme en un intérprete de rock —sueños que había dejado temporalmente de lado para interpretar música tejana.

Por último, Selena se acercó un poco más y me preguntó acerca de mi novia en San Antonio.

—Está bien, eso creo —le respondí—. Aunque no he hablado con ella desde que salimos de México.

Conversamos otro rato y Selena me preguntó:

—¿Me harías el favor de mirar algo y darme tu opinión? —Abrió su bolso y sacó algunos contactos de las sesiones de fotografía que había hecho últimamente—. Dime qué piensas de éstas —dijo—. Dime la verdad.

Me entregó las fotos y yo las miré. Para esta sesión de fotografía se había puesto un top sin tirantes y calzas negras, y estaba de pie en una playa. Se veía sorprendente.

—Te ves increíble —le dije—. Realmente increíble.

En ese momento el avión entró en un área de turbulencia. Nunca me había subido a un avión antes de este viaje a México por lo que la súbita sacudida me aterrorizó. Mi reacción fue aferrarme al apoyabrazos que separaba nuestras sillas.

Selena rió al verme tan asustado. También me reí, al mismo tiempo era consciente de la sensación del roce de su mano contra la mía. Me pregunté qué pasaría si tomaba su mano. Pensé que podría ser un error garrafal —o la mejor idea que jamás se me hubiera ocurrido.

En ese momento entramos en otra turbulencia y Selena me tomó la mano, asegurándome que no pasaba nada. Me olvidé por completo de la turbulencia. También me olvidé probablemente de que íbamos en un avión. Estaba demasiado ocupado perdiendo el control: me sentía feliz, asustado, y después no supe qué hacer. Me limité a quedarme ahí sentado con mis dedos entrelazados con los suyos, prácticamente sin aliento e incapaz de hablar, mientras mi corazón latía con fuerza.

Tranquilo, me dije. Muchos de nuestros amigos se toman de la mano. Selena tomó la mía porque yo tenía miedo. Eso fue todo: un par de amigos tomados de la mano.

Selena debe haber percibido en mi rostro todas las emociones que yo experimentaba, porque cuando me atreví a voltear la cabeza y mirarla de nuevo, me dijo:

—¿Está bien así? ¿Te gusta esto?

—Claro que sí —le dije. Al aspirar su fragancia sentía que me daba vueltas la cabeza y gritaba en mi interior: *¡Siiiií, me fascina!*

Nos quedamos ahí sentados el resto del viaje, conversando, tomados de la mano como si fuera algo habitual. Eso fue todo. Pero algo entre nosotros había cambiado.

Cuando aterrizó el avión, nadie parecía haberse dado cuenta de nada. O si lo hicieron, lo disimularon. Selena y yo nos despedimos con un abrazo e hicimos lo mismo con los demás. El resto de la banda se fue para Corpus Christi, pero yo me fui directamente a mi apartamento en San Antonio, donde me esperaba la que entonces era mi novia y donde estaba mi vida como la conocía entonces.

Estaba decidido a olvidar todo lo que había ocurrido en el vuelo de regreso de Acapulco como un episodio de una sola vez. No tenía sentido involucrarme con Selena, me decía a mí mismo, porque su padre tan protector nunca lo permitiría. En el mejor de los casos no sería profesional de mi parte. Y en el peor de los casos, podría perder mi trabajo.

Sin embargo, a medida que pasaban los días entre mi regreso de Acapulco y la siguiente gira con Selena y la banda, algo empezó a pasarme. Comencé a pensar constantemente en Selena —en sus ojos, sus labios, su cuerpo, su risa— y estaba ansioso por volverla a ver. Por una parte esperaba que ella sintiera lo mismo por mí, mientras que por otra parte esperaba, aún con mayor anhelo, que no fuera así, para que pudiéramos continuar siendo amigos y seguir haciendo música juntos.

La primera vez que oí cantar a Selena, jamás imaginé que sería parte de su banda —y menos aún que un día se convertiría en mi adorada esposa.

Estaba tocando guitarra en una banda de música tejana dirigida por otra joven cantante, Shelly Lares. Aunque Selena vivía en Corpus Christi, a unas dos horas de San Antonio, ella y Shelly se hicieron muy amigas, en parte, porque en ese entonces eran muy pocas las mujeres que interpretaban música tejana. Un día, Shelly me pidió que escuchara un nuevo álbum de Selena, *Preciosa*, y que le diera mi opinión.

Vi la carátula del álbum y pensé, *linda niña,* mientras analizaba su pelo oscuro y sus cálidos ojos cafés. Le di la vuelta al álbum y en el anverso vi una fotografía de toda la banda, en la que aparecían la hermana de Selena, Suzette, en la batería y su hermano, A.B., en el bajo. Los músicos eran jóvenes y se vestían con un estilo muy moderno para su época, sobre todo para un grupo tejano.

—Se ven muy bien —le dije a Shelly.

Con un leve tono de envidia, Shelly me dijo:

—Acaba de ser nominada para Vocalista Femenina en los Tejano Music Awards de 1988. Su hermano fue nominado como compositor de música tejana del año.

Al escuchar el álbum, supe de inmediato por qué Selena y Los Dinos estaban escalando tan rápido a la cima del mundo tejano. La voz de Selena era excepcional y el grupo daba sonidos novedosos a la música tejana tradicional.

No quiero decir que fuera un experto. Era nuevo en el mundo tejano y, de hecho, en muchas ocasiones me sentí como un impostor. Yo era un guitarrista de diecinueve años cuyos grupos favoritos incluían bandas de heavy metal como Mötley Crüe y Def Leppard. Mi reacción inicial cuando mi amigo de la secundaria, Tony Lares, intentó por primera vez convencerme de que entrara a la banda de su prima Shelly, fue una resistencia poco convincente.

La música tejana —una mezcla de música folclórica mexicana, polcas y canciones country del oeste cantadas en español, a veces con mezcla de inglés en la letra— había sido parte de mi niñez como mexicano-americano criado en Texas, pero fue el único tipo de música que

realmente detesté. Cuando era niño e iba con mi abuela a alguna parte, ella ponía música tejana en la radio y yo, en el asiento de atrás del auto, me tapaba los oídos y gritaba "¡Noooo!".

Pero Tony me había encontrado en un mal momento, y a pesar de mis sueños de escaparme a Los Ángeles y empezar una banda padrísima de rock, compartía un apartamento con mi padre y el único trabajo que pude encontrar fue ordenando libros en una biblioteca local. La idea de Tony de que realmente podríamos ganar dinero tocando música —aunque fuera música tejana en fiestas y matrimonios— me convenció de aceptar su oferta.

Tony, Shelly y la banda me fueron enseñando las canciones de Mazz, Laura Canales, David Lee Garza, La Mafia y The Latin Breed —excelentes grupos tejanos que surgieron en los años ochenta. Cuando comencé a tocar con Shelly por primera vez, no podía distinguir un grupo de otro. Sin embargo, al cabo de unos meses, me familiaricé tanto con la música que en cerca de cuatro segundos de estarla oyendo, la podía identificar. Los grupos tejanos tenían sus sonidos individuales, al igual que los músicos de cualquier otro género.

En ese entonces, la música tejana era como una gran ola que se estaba formando y todos éramos surfistas. No sabíamos qué tan grande llegaría a ser esa ola pero estábamos decididos a dejarnos llevar por ella tanto como fuera posible.

Los nuevos músicos, sobre todo los de Mazz y La Mafia, utilizaban potentes sistemas de sonido y escenificaban sus presentaciones con luces destellantes; llevaban el pelo largo y su vestuario era de *lycra*. La música tejana se estaba convirtiendo en algo fresco; sin lugar a dudas había dejado de ser el mismo sonido monótono que escuchaba en el auto de mi abuela. Y Selena y Los Dinos eran evidentemente únicos. Tan pronto como escuché ese álbum supe que tendríamos éxito al fusionar la música tejana tradicional con el rhythm and blues, la cumbia colombiana y el pop.

Mientras escuchaba a Selena y Los Dinos con Shelly, fui leyendo los créditos que aparecían en la carátula del álbum, y me asombró ver que el hermano de Selena, A.B. Quintanilla III, no sólo había producido este

álbum sino que había escrito muchas de las canciones. Selena tenía una voz muy hermosa, de eso no cabe duda, pero A.B. fue el que primero me impactó. Me había convertido en el director musical de Shelly por descarte, cuando Tony abandonó la banda; A.B. estaba haciendo lo que yo había soñado poder hacer algún día como productor y compositor de canciones.

—*Wow* —le dije a Shelly—. Estos tipos están en nuestro patio trasero. No puedo creer que no los haya oído antes.

—Se dice que Selena y Los Dinos firmarán un contrato con la disquera EMI Latin —dijo Shelly—. ¿Quieres venir a mi casa a oírlos? Tengo un video.

—Claro, tal vez podamos incluir en nuestro repertorio algunas de sus canciones —le respondí.

Esa noche, mi amigo Rudy Martínez, quien tocaba el bajo en nuestra banda, fue conmigo a la casa de Shelly. Nos reunimos alrededor del televisor en la sala y Shelly puso el video en su videocasetera. La filmación se veía borrosa —había sido tomado con una cámara montada en un trípode— pero pude darme cuenta de que Selena era ya una verdadera estrella. Tenía una figura preciosa, podía bailar como nadie y su voz era increíble. Aún viendo a Selena en esta pequeña pantalla, sentí que dominaba el escenario. El auditorio entero se puso de pie y bailó con ella mientras abarcaba todo el escenario, de lado a lado, derrochando energía y carisma.

Aunque personalmente me había dado cuenta de los encantos de Selena, Rudy estaba decidido a que yo me interesara y prestara atención. Siempre que pensaba que Shelly no se daba cuenta, Rudy me codeaba mientras veíamos la grabación sentados en el sofá.

—Fíjate en ella —me susurraba.

—Sí, ya la veo —le respondí.

—Cielos —dijo.

—Ya sé —le dije. Pero, en realidad, ya no estaba mirando a Selena. Para mí, era simplemente una cantante más. Estaba mucho más interesado en la banda y en analizar su instrumentación.

Después, Rudy y yo fuimos a casa juntos.

—Oye, güey —me dijo Rudy—. ¿Viste eso?

—Sí, lo vi —le dije, pensando aún en la música—. Los Dinos tocan muy bien.

Él se rió.

—No, tonto. La chava del video. Realmente está *muy* buena, amigo.

Me reí también, sin imaginar que, en unos pocos meses, estaría tocando guitarra en la banda de Selena —ni que la que acababa de ver en el video sería mi futura esposa.

El hecho de que Selena cantara con tanta tranquilidad en el escenario era apenas natural, puesto que había estado cantando desde niña. Su padre, Abraham Quintanilla, era un mexicano-americano de segunda generación con aspiraciones musicales propias. A comienzos de los años sesenta fue cantante de una banda llamada Los Dinos. Abraham y su grupo lograron que una de sus canciones se trasmitiera por la estación de radio de música pop de Corpus Christi y se convirtiera en un éxito, pero cuando no pudieron quedar en el Top 40, Los Dinos cambiaron a música tejana y tocaban en salones de baile. Al final, Abraham dejó la música para mantener a su esposa Marcella y a sus hijos y entró a trabajar a Dow Chemical Company en Lake Jackson, Texas.

El hecho fue que Abraham dejó de interpretar música, pero nunca dejó de amarla. Es posible que fuera todos los días a trabajar a la planta química, pero aún tocaba la guitarra por la noche, después del trabajo. Selena venía y se sentaba a escucharlo. Para cuando tenía seis años, ya cantaba sola —y Abraham reconoció de inmediato su talento.

Como diversión, principalmente para él mismo, Abraham decidió convertir el garaje en una sala insonorizada para la banda de la familia. Enseñó al hermano mayor de Selena, A.B., a tocar el bajo. También enseñó a Suzette, la hermana mayor de Selena a tocar la batería en la banda —fue algo contra lo que Suzette luchó constantemente al

principio porque pensó que para una mujer ser baterista era algo extraño. Abraham persistió en su misión a pesar de todo y pronto la banda de la familia ensayaba al menos media hora diaria en el garaje.

Sin embargo, este pasatiempo no satisfacía totalmente la inquietud creativa de Abraham. Cuando un amigo le dijo que el pueblo de Lake Jackson necesitaba un buen restaurante mexicano, alquiló un local y comenzó a servir auténtica comida mexicana —amenizada por las canciones de Selena acompañada por A.B. y Suzette en sus respectivos instrumentos. A.B. y Suzette estaban ya en la secundaria para ese entonces y aún se resistían a la idea de tocar música tejana, sobre todo porque muchos de los muchachos que conocían en la escuela venían a comer con sus familias al restaurante de su padre. A Selena no le importaba. Era apenas una niña de nueve años que se divertía.

El negocio prosperó lo suficiente como para permitirle a Abraham renunciar a su trabajo en Dow. Entonces, cuando vino la recesión, lo perdió todo. La familia tuvo que mudarse adonde el tío Eddie de Selena, que vivía en un remolque en El Campo. Sólo iban a la tienda de víveres en la noche porque Abraham no quería que nadie supiera que su familia recibía estampillas para reclamar alimentos. Durante un tiempo manejó un camión de volteo para ganarse la vida, luego buscó un mejor futuro en Corpus Christi, donde los Quintanilla pudieron vivir con su hermano Héctor. Trece personas vivían en la casa y la familia de Selena tenía sólo un dormitorio. Abraham tampoco pudo encontrar trabajo en Corpus, por lo que recurrió a lo único que sabía hacer: música. Bautizó a la banda de la familia como Selena y Los Dinos, en homenaje a su antigua banda y aceptó cuantos contratos pudo encontrar, a cambio de alguna remuneración, en California y Florida: en salones de baile populares y sociales, pistas de patinaje, salones de la VFW (una organización de veteranos de guerras extranjeras), lo que fuera. Selena tuvo que aprender a cantar en español —idioma que ni siquiera hablaba. A.B. tocaba el bajo y comenzó a escribir y a hacer los arreglos de canciones para la banda. Suzette tocaba la batería y Abraham contrataba otros músicos, según fuera necesario.

Abraham mantenía a su familia en parte ayudando a su hermano

menor Isaac a manejar su negocio de transporte de carga. Pero todos los fines de semana llevaba a toda su familia en una vieja camioneta a la que enganchaba un remolque para el equipo y salían a tocar en cualquier lugar donde los recibieran. Al comienzo, escasamente lograban cubrir sus gastos.

Poco a poco, fueron consiguiendo más presentaciones y Abraham pudo comprar un autobús —un Eagle 64 que la familia bautizó "Big Bertha". El autobús estaba en mal estado, no tenía calefacción, aire acondicionado, baño, agua corriente ni dirección hidráulica. En el invierno, Selena y su familia dormían cerca del motor para calentarse; en verano era casi insoportable.

Pero su gran esfuerzo dio resultado. Para 1984, cuando Selena tenía escasos trece años, ya había grabado su primer álbum con Los Dinos con el sello discográfico Freddie. Abraham estaba tan empeñado en que su familia tuviera éxito con la música que puso esas metas sobre todo lo demás. Estaba enfocado en hacer realidad el inevitable ascenso de Selena al estrellato.

Para cuando Selena cumplió quince años apareció en la cubierta de *Tejano Entertainer* y alcanzaba cada vez más notoriedad a un nivel cada vez mayor como la vocalista más joven del género. Grabó un sencillo que fue un gran éxito, "Dame un beso", compuesta por A.B., con el acompañamiento de Ricky Vela al teclado, seguido por otro exitoso sencillo en 1986, "A Million to One".

A pesar de que sabía apenas un mínimo de español, Selena no sólo cantaba en este idioma sino que apareció dos veces en uno de los programas más populares de televisión en español, *El show de Johnny Canales*, y cantó ante miles de personas en Matamoros, una ciudad fronteriza de México. En 1987, un año antes de que la conociera, Selena fue coronada como Intérprete Femenina del Año en los Premios de Música Tejana, destronando a la anterior reina de la escena, Laura Canales. El instinto e interés de su padre no se equivocaron; Selena y Los Dinos grabaron seis álbumes exitosos y ella parecía no detenerse en su ascenso a la fama.

Durante el primer año en la banda de Shelly Lares nos fue muy bien. Obteníamos contratos en forma regular por todo San Antonio e inclusive grabamos un álbum que contenía tres canciones de las que fui coautor con ella. Realmente me estaba aficionando a este estilo de vida, ir al estudio y grabar con Shelly y actuar como director musical de la banda.

Ahora que había escuchado a Selena y Los Dinos, comenzamos a incluir su música en nuestro repertorio y me convertí en un verdadero fan. Sin embargo, a pesar de reconocer las capacidades vocales de Selena, lo que más me impresionaba eran los arreglos estelares y la calidad de producción de Los Dinos, que atribuía a A.B. Era el bajista de la banda, y era excelente, pero es bien sabido que en casi todas las bandas el bajista es un músico de apoyo; debe mantenerse en segundo plano y apoyar el extremo posterior de la presentación para dar a los otros músicos la libertad de hacer lo que hacen. La ejecución del bajo debe ser sólida. Es como el cimiento de una casa: se puede tener la casa más linda del vecindario, pero si no tiene cimientos sólidos, se agrietará y colapsará.

Más impresionante aún que las cualidades musicales de A.B. era la forma intrigante como hacía los arreglos para Selena y Los Dinos utilizando los más novedosos elementos y los sonidos más complejos que jamás hubiera oído en la música tejana. Al escuchar algunas de sus canciones decía, "*Wow*, ¿qué es eso?".

Por ejemplo, A.B. fue uno de los primeros músicos en incorporar sonidos mecánicos de la batería pop utilizados por los artistas del American Top 40 como Janet Jackson o Paula Abdul, en ese entonces. Escuchaba esos sonidos que salían del parlante al poner uno de los discos de Selena y Los Dinos y me sentía confundido pero intrigado. Supuestamente esto era música tejana —y la mayoría de los grupos tejanos se regían por los sonidos folclóricos tradicionales producidos por acordeones y tambores. Aunque A.B. decidió incorporar un sonido de acordeón, lo hizo con el teclado electrónico. Además, estaba a la

vanguardia cuando se trataba de hacer la secuencia y el muestreo de la mezcla de un álbum.

Más adelante, después de que entré a trabajar con Los Dinos y llegué a conocerlos a todos, me di cuenta de que A.B. era como el Mago de Oz: estaba tras la cortina, trabajando con las luces y las palancas, aunque, en realidad, todos en esa banda tenían enorme talento. Era una alquimia mágica oírlos actuar en grupo. Sin embargo, hasta ese momento, no hubiera podido imaginar nada más fabuloso que conocer a A.B. y preguntarle cómo hacía lo que hacía.

Por sorprendente que parezca, sólo unos meses después de haber escuchado *Preciosa* por primera vez, tuve la oportunidad de hacerlo. Estábamos ensayando un día cuando Shelly mencionó que Selena estaba actuando esa noche en San Antonio.

—Deberíamos ir a ver cómo lo hace —sugirió.

—Claro —respondí, pero estaba a la mitad de una canción y realmente no me interesé mucho en la sugerencia. Si estoy tocando música, en eso estoy: sólo me concentro en la música que toco, en nada más.

Sin embargo, en las últimas horas de la tarde, se abrió la puerta del estudio y llegó A.B. con varios de los miembros de Los Dinos. Conversaron con Shelly y su padre. Quise unírmeles, pero me disculpé diciéndoles que estaba finalizando algunos detalles relacionados con la banda.

—Está bien, no hay ningún problema —dijo A.B.— No te preocupes por nosotros. Nos limitaremos a observar. Sigan tocando.

En ese momento no lo sabía, pero A.B. realmente había venido al estudio a propósito, a buscarme. Necesitaba un guitarrista que pudiera interpretar no solamente la música tejana tradicional sino también ayudar a la banda a incluir canciones más populares de rock y pop en su repertorio porque el objetivo de la banda era llegar a grabar un mayor número de discos en inglés.

Esa tarde había estado trabajando en una canción de Pat Benatar con la banda de Shelly. Ahora con A.B. y los miembros de su banda observándonos, comenzamos otra vez la canción desde el principio.

Después del ensayo, A.B. nos invitó a oír a Selena y Los Dinos que estaban presentándose en la ciudad, y fue la primera vez que vi a Selena en el escenario haciendo lo que sabía hacer. No presté mucha atención a la cantante. Estaba muy ocupado viendo a A.B. y Los Dinos acompañarla y recuerdo haber pensado, *¡Son aún mejores en vivo!*

Había otros grupos tejanos que se presentarían esa noche después de Selena y Los Dinos, pero no me interesaron mucho. Salí por un rato a tomar aire fresco y conversar con un grupo de amigos. Cuando vi que A.B. caminaba hacia nosotros, me separé del grupo y fui a su encuentro.

—¿Qué te pareció? —me preguntó.

—Fue increíble —le dije.

Y en ese momento A.B. me contó que había venido a nuestro ensayo más temprano ese mismo día específicamente para verme tocar guitarra.

—Quería ver si lo que había oído acerca de tu forma de tocar era cierto.

—¿Y?

—Realmente me gustó lo que escuché.

Yo asentí y le agradecí el cumplido, pero todavía no entendía lo que me esperaba hasta que me lo dijo de golpe:

—¿Qué pensarías de entrar a formar parte de Los Dinos? —preguntó.

—Definitivamente me interesaría —le respondí. El corazón me latía con fuerza; ya imaginaba todo lo que podría aprender tocando música con alguien de tanta experiencia y talento como parecía tener A.B.

—Muy bien —dijo A.B. Anotó rápidamente su número de teléfono en un pedazo de papel y me lo entregó.

Estaba más que interesado en entrar a la banda de Los Dinos —me emocionaba la idea. Pero acababa de empezar a trabajar con mis amigos Albert y Rudy en una nueva banda, me era difícil tener que abandonar nuestro proyecto y serles desleal. Sabía también que entrar a trabajar con Los Dinos significaría permanecer con la música tejana en lugar de perseguir mi sueño de convertirme en un guitarrista de rock. ¿Era eso lo que realmente deseaba?

Lo era, así lo decidí. Sabía que estaría tocando a un nivel totalmente nuevo si pudiera hacerlo con un grupo tan sofisticado y de tanto

renombre como el de Los Dinos.

Un par de días después, me llamó A.B. y me dijo:

—Oye ¿quieres o no quieres la oportunidad de trabajar con Los Dinos? Tenemos que saberlo ahora mismo.

—Sí, quiero —le dije como para tranquilizarlo—, pero antes debo resolver algunas cosas con la banda con la que estoy ahora.

Al día siguiente le conté a Rudy la oferta que me había hecho A.B. y lo difícil que me resultaba tomar una decisión.

—¿Qué? ¿Te pidió que entraras a trabajar con Los Dinos? —dijo Rudy.

Yo asentí.

—Güey, ¿qué haces todavía aquí con nosotros? —me preguntó Rudy.

—¿Quieres decir que si te lo hubiera pedido a ti, tú simplemente te hubieras lanzado al agua abandonando el barco y dejándonos? —le dije, riendo.

—Puedes estar seguro de que ya me habría ido —dijo Rudy.

A la mañana siguiente, llamé a A.B. y me uní a Los Dinos. Esa llamada determinó el curso de mi vida de una forma que jamás habría podido predecir.

Pero supongo que la vida es siempre así, ¿no es cierto? Uno nunca sabe cuáles de las decisiones que toma van a ser las más importantes —aunque parezcan aparentemente tan insignificantes como tomar la decisión de tocar un instrumento musical o sentarse al lado de alguien en un avión.

DOS

ROMANCE EN GIRA

Cortesía de Tommie Rodriguez

Cerca de un mes después de nuestro viaje a Acapulco, Selena y yo hablábamos a solas en un área poco iluminada del autobús en el que hacíamos la gira. Yo estaba recostado en mi cama, en uno de los camarotes altos y ella estaba parada a mi lado con el codo sobre el camarote. Estaba lo suficientemente cerca como para que yo me inclinara y la besara. ¿Me atrevería? El deseo me trastornaba.

De repente la puerta que separaba los camarotes del área de reunión se abrió de golpe, haciéndonos saltar a los dos. Su padre, Abraham, supuestamente debería estar conduciendo el autobús. Pero en cambio estaba aquí, ocupando todo el espacio de la puerta y mirándonos con un gesto de reproche.

Abraham no dijo ni una palabra. Miró a Selena, ella lo miró, y luego se fueron por el área de los camarotes a la parte posterior del autobús.

Más tarde, ella me dijo que su padre le había preguntado qué estábamos haciendo.

—Nada —respondió ella—. Sólo hablábamos.

—No parecía que no estuvieran haciendo nada —respondió él—. No querrás que la gente piense que hay algo entre tú y Chris.

Selena se disculpó y Abraham nunca me dijo nada al respecto. Para él, yo seguía siendo un buen tipo, un amigo de toda la familia. Creía que me podía tener confianza con respecto a su hija.

Lo que no sabía era que lo que sentíamos el uno por el otro había ido en aumento después de ese viaje a México, a pesar del constante escrutinio de los padres de Selena y de otros miembros de la banda dentro del reducido espacio del autobús de la gira.

Nunca pretendí que algo así pasara. Cuando subí al autobús en el que haríamos la gira por primera vez después de nuestro viaje a Acapulco, me había repetido que involucrarme con Selena no nos traería más que problemas a los dos —y también a Los Dinos. Estaba decidido a no permitir que eso ocurriera.

Sin embargo, en el mismo instante en que sus luminosos ojos negros se cruzaron con los míos, sentí que se derretían mis defensas. A partir de

ahí, decidí estar abierto a lo que sucediera. Mis sentimientos por Selena eran tan abrumadores que sabía que tenía que darle a nuestra relación una oportunidad del 100%.

Era evidente que Selena sentía lo mismo. Así como había sido algo tan natural estar sentado a su lado en el avión cuando regresábamos de México y tomarnos de la mano mientras hablábamos, fue muy natural ahora pasar juntos todo el tiempo que nos fuera posible.

Antes de ese viaje a México, yo había mantenido una distancia profesional con ella. En el escenario, Selena cantaba al frente, mientras que yo estaba en el fondo, en mi propio mundo, tocando la guitarra y adaptándome a esta vida totalmente nueva. Fuera del escenario sólo la veía en compañía de su familia y de otros miembros de la banda. Entre una y otra gira solía pasar el tiempo con A.B. cuando ensayábamos o tocábamos en algún lugar de Corpus, y a veces Selena podía unírsenos para ver televisión o hablar por un rato, pero eso era todo.

Y así debía ser, eso era lo que pensaba durante ese primer año que trabajé con Los Dinos. Aunque saltaran chispas, las habría sofocado porque sabía que no podía haber nada entre los dos. Yo no quería poner en riesgo mi trabajo. Tenía una novia en San Antonio. Lo último que necesitaba era que se iniciara un rumor acerca de una relación entre los dos.

Al menos, sabía que la familia Quintanilla era muy unida, y que Abraham, el padre de Selena —a quien yo apreciaba y respetaba y a quien con frecuencia le hacía compañía en la parte delantera del autobús mientras iba conduciendo— estaría furioso y se sentiría traicionado si pensara que alguno de la banda hubiera tenido el atrevimiento de poner sus ojos en su hija.

Por eso trabajé manteniéndome siempre a distancia de Selena y procuraba pensar en ella como mi hermana menor. La única vez que dejé de lado esa posición, fue por pura casualidad.

Estaba en Corpus con A.B. Volvíamos de alguna parte y cuando giramos por la calle donde vivía A.B. vimos una limosina estacionada frente a la casa de sus padres. La limosina era para Suzette, Selena y un grupo de sus amigos, que asistirían juntos a un concierto de Garth

Brooks. Ésta era para ellos una gran noche y estaban todos muy elegantes.

Bien, cuando volteamos la esquina, vi a una mujer de pelo largo, brillante y un cuerpo increíble que estaba recostada contra la ventana mirando al interior del vehículo. No podía ver su cara.

—¡Cielos! ¿Quién es esa? —le pregunté a A.B.

A.B. no pudo contener la risa.

—Tonto, es Selena —me dijo.

Claro que, aunque me hubiera gustado acercarme más a Selena, habría sido difícil. Abraham y Marcella, la madre de Selena, la protegían de forma exagerada. Tenían que hacerlo. En el mundo de la música tejana siempre circulan historias de cantantes que obtienen la oportunidad de aparecer en el escenario porque han dormido con fulano o zutano. Para Abraham era importante presentar a su banda, y en especial a su hija menor, como castas y puras, sin importar los atuendos que ella se pusiera para aparecer en escena ni cuánto maquillaje usara.

Por lo tanto, Selena nunca estaba sin un chaperón. Ella y Suzette dormían en la habitación del hotel donde dormían sus padres cuando estábamos de gira y los padres de Selena la acompañaban cuando no estaba en el escenario, a menos de que hubieran encargado a A.B. o a Suzette de hacer de chaperones.

Inclusive en el autobús, Selena solía sentarse en la parte de atrás con su madre. Marcella y Selena podían permanecer allá sentadas en el sofá hablando por horas sin término. A veces, Selena recostaba su cabeza sobre el regazo de su madre, mientras Marcella jugaba con el pelo de Selena o le hacía un masaje en el cuero cabelludo. A veces caminaba hasta allá y Selena tenía esa expresión vidriosa en los ojos, como los de un gato. Nunca dejó de ser la adorable niña consentida de Marcella.

Después de ese venturoso viaje a México, sin embargo, Selena y yo comenzamos a vernos en secreto. A veces simplemente nos íbamos a caminar antes de una de las funciones o podíamos ir al cine o comer algo cuando teníamos algunas horas de espera en el camino. A Abraham parecía no preocuparle esto; tal vez pensaba que era natural que Selena y yo tuviéramos mucho de qué hablar, puesto que éramos los miembros

más jóvenes de la banda, y estoy seguro de que pensaba que Selena estaba más segura conmigo de lo que hubiera podido estar si saliera sola a la calle.

Entre tanto, Selena y yo convinimos que sólo revelaríamos nuestros sentimientos al menor número de personas posible, ya que sería la mejor forma de actuar dado que habría menos riesgo de que alguien tratara de decirnos que nos controláramos. Nunca dejé que mis más íntimos amigos en San Antonio se enteraran de lo que estaba pasado.

Y, en cierta forma, *no estaba* pasando nada, al menos no físicamente. En el escenario, era simplemente una situación habitual de trabajo. Era fácil actuar juntos con naturalidad a pesar de nuestra creciente conciencia de los sentimientos del uno hacia el otro porque Selena y yo estábamos acostumbrados, en ese entonces, a bromear juntos. Fuera del escenario, siempre estábamos rodeados de la familia y los fans de Selena y de los demás miembros de la banda. Para cuando entré a trabajar con Los Dinos, la banda incluía también un tecladista y compositor —Ricky Vela— y el vocalista y compositor Pete Astudillio. Pete era una estrella tejana por derecho propio, cuyo dueto con Selena en 1989, "Ámame, quiéreme", fue nominado para Dúo Vocal del Año en los Tejano Music Awards, poco después de que entré a la banda.

Sin embargo, aunque Selena y yo rara vez estábamos solos, nuestros sentimientos mutuos fueron aumentando rápidamente y pronto llegaron a ser tan intensos que casi podía imaginar el aire chisporroteando de electricidad cada vez que Selena entraba a la habitación. Nunca nos tocamos y sin embargo sentía que algo nos conectaba —una fuerza más grande que cualquiera de los dos.

Eran muchas las razones para que me enamorara de Selena. Era una bailarina y una cantante talentosa y sensual, una llamativa estrella. Rompió realmente el molde de la música tejana con todo, desde la música que cantaba hasta su forma de vestir con sus brillantes tops de tiras y sus pantalones pegados al cuerpo —más tarde, un periodista la llamaría "la Madonna mexicana" en parte debido a su vestuario en escena. Era fabulosa, atractiva y también muy graciosa.

Sentía atracción hacia la mujer que veía en el escenario pero me

enamoré de la verdadera Selena, la mujer que reía sin control mientras montaba en lancha a alta velocidad, la que estaba siempre decidida a derrotar a todos los hombres de la banda en los videojuegos, la que usaba jeans y zapatillas y se ponía una gorra de béisbol cuando íbamos en el autobús. Selena tenía un enorme talento y cantaba como un ángel. Pero también era una trabajadora incansable, aprovechando cada oportunidad promocional que se le presentaba. Hacía que sus fans y los periodistas se sintieran como si hubieran sido amigos de ella por siempre. Confiaba en todos y pensaba lo mejor de la mayoría. Más tarde, muchos dirían que tal vez era demasiado confiada.

En una palabra, Selena era *buena*. Y ¿quién era yo para ganar su corazón?

A diferencia de Selena, a mí nadie me obligó nunca a dedicarme a la música. Sin embargo, de alguna forma extraña, fue el amor de mi madre por la música lo que al final me llevó a Selena y al verdadero significado del amor.

Para cuando tenía cuatro años, mis padres ya se habían divorciado, y mi madre, mi hermana y yo compartíamos un pequeño apartamento de dos recámaras en San Antonio. Mi madre trabajaba tiempo completo como asistente de nómina, pero todavía seguíamos siendo pobres y necesitábamos estampillas para adquirir alimentos. Mamá estaba tan cansada que a veces la encontraba llorando mientras lavaba los platos o cuando estaba sola en su recámara. A veces, no comía para que mi hermana y yo no pasáramos hambre. Sin embargo, prácticamente nunca se quejaba de nada.

La música era su escape de las agotadoras rutinas de su vida, de manera que también la música fue siempre parte de mi vida, como comer y respirar. Cada mañana nos despertábamos muy temprano con un despertador programado en la 55KTSA, una estación de radio de AM que trasmitía el Top 40. A principios de 1970, la música disco era lo último y amaba esa música cuando era pequeño. También oíamos música cuando íbamos en el auto porque mamá siempre encendía el radio cuando nos recogía en la casa de mis abuelos después del trabajo.

Durante los fines de semana encendía velas en el apartamento para

que oliera bien. Entonces se ponía en cuatro patas y lo limpiaba todo. Mientras limpiaba, la televisión estaba apagada y todo era música. Tenía una excelente colección de discos y me llevó a apreciar la música clásica, como *El Cascanueces* y *Pedro y el Lobo*. También me encantaba escuchar discos de cuentos, cuyas carátulas se abrían como libros y se podía oír la música mientras el narrador leía la historia. Jamás sospeché que mi madre me estuviera dando una educación musical a propósito.

Cuando estudiaba el año intermedio entre la primaria y la secundaria, aprendí por fin a tocar un instrumento. Mamá me habló de la banda de principiantes y dijo que realmente quería que yo me presentara como aspirante para integrarla porque ella había sido primer flautista de la banda durante toda la secundaria.

—Pertenecer a la banda de la escuela me parece tonto —protesté.

—Confía en mí —me dijo—. Sólo ensáyalo.

Lo hice por ella. Fui al salón de la banda donde estaban todas las boquillas de los instrumentos de viento sobre una mesa para ensayarlos: la trompeta, el trombón, el saxofón, el clarinete, el cuerno francés, todo. No sabía cómo eran los instrumentos en los que se colocaban esas boquillas, ni con base en qué criterio elegir, pero mi directora de banda me permitió ensayarlos todos. Por último le mostré la boquilla que más me gustaba porque producía un fuerte zumbido al soplarla.

—Excelente —dijo la directora de la banda—. Vas a tocar el cuerno francés.

—Está bien. Suena interesante —respondí.

¿Acaso sabía qué era un cuerno francés? Cielos, no tenía ni idea. Pero ella me entregó este enorme estuche negro y tuve que llevarlo a casa.

De modo que toqué el cuerno francés —y me llegó a fascinar. De inmediato me aficioné y lo tocaba bien. Tenía oído musical y mi progreso fue rápido. Permanecía sentado en mi cuarto practicando el cuerno francés con la partitura, por horas y horas. Era realmente incómodo tener este cuerno francés sobre las rodillas, especialmente porque era un niño delgado. Tampoco me ayudaba el hecho de no tener un atril donde poner el libro de música.

Al final decidí que quería tocar la guitarra. Aprendí por ósmosis.

Tenía dos amigos que eran excelentes guitarristas y todos oíamos la misma música —Ozzy, Van Halen, Black Sabbath, Whitesnake, Mötley Crüe. Yo los veía tocar esas canciones y mentalmente me forjaba una imagen instantánea para recordar cómo ponían las manos cuando tocaban ciertos acordes o hacían esos riffs increíbles. Luego me iba a casa y ponía mis dedos en los mismos lugares en mi guitarra y daba con las notas.

Claro está que a mi mamá no le gustaba que tocara la guitarra eléctrica. Asociaba el rock and roll con todos esos estereotipos de niños malos, de pelo largo, que utilizan drogas y duermen en cualquier parte. No es ningún secreto que, si uno forma parte de una banda, las probabilidades de tener una novia y de que lo inviten a las mejores fiestas son mucho mayores, pero yo no lo hacía por eso. Estaba demasiado ocupado aprendiendo nuevas canciones en mi habitación.

Para mí, como para Selena, la música era simplemente una forma de expresarme en formas en las que no lo podía hacer con palabras. Pero, a simple vista, no era nadie. O, peor aún, estoy seguro de que para Abraham yo era el estereotipo del guitarrista de rock pesado con cola de caballo que bebía cerveza y se disfrazaba de tejano. Hasta cierto punto entendía por qué se oponía tanto a que yo cortejara a su hija. Él siempre la había tratado como una princesa, un tesoro invaluable, y Selena era todo eso y más como hija y hermana amorosa. También era la personificación de los sueños *de su padre*, porque Abraham siempre había querido lograrla como músico.

Tal vez Selena nunca se habría fijado en mí y, más aún, jamás se habría enamorado de mí si yo no hubiera estado en su banda. Pero ahí estaba, y esto significaba que todo el tiempo estábamos juntos. Esa estrecha proximidad, y el hecho de ser los dos miembros más jóvenes de la banda, probablemente tuvo mucho que ver en el por qué sentimos atracción el uno hacia el otro desde el primer momento.

Pero había algo más que la proximidad en la atracción que sentíamos mutuamente. Selena sabía mi capacidad de amar, inclusive antes de que yo lo supiera, eso creo. Era como una hija, hermana y amiga amorosa que siempre decía a todos lo que sentía por ellos y enviaba

constantemente tarjetas y regalitos a las personas que quería, ya fuera que estuvieran o no de gira. Siempre pensé que yo era un músico duro, frío, pero Selena me dijo después lo impresionada que quedó cuando me veía jugar con los dos hijos pequeños de A.B.

En esos años, A.B. solía traer a su esposa y a sus hijos con él cuando íbamos de gira. Los niños que podrían haber tenido entonces tres y seis años, eran el orgullo y la felicidad de Selena como tía. Yo también los adoraba. Siendo tan tranquilo como soy, siempre tuve cierta conexión con los niños y supongo que cuando entré a la banda, en cierta forma, yo aún era niño. Siempre que veía a los hijos de A.B. me tiraba al piso con ellos a jugar y si Selena pasaba por la habitación del hotel de A.B. y me veía haciendo esto, siempre se detenía y jugaba con nosotros.

—Algún día serás un excelente padre, Chris —me dijo Selena en una oportunidad y me sorprendió su comentario, porque nunca había pensado mucho en eso. Pero me hizo sentir orgulloso de que me lo dijera.

A Selena también le gustaba conocer a mis amigos, que eran en realidad muy buenas personas y que solían venir a vernos cuando íbamos a San Antonio con la banda. Creo que Selena se dio cuenta y admiraba la lealtad de mis amigos hacia mí y la mía hacia ellos. Creo que Selena no había tenido la misma posibilidad que yo tuve de hacer amistades para toda la vida, puesto que había estado de gira desde muy pequeña.

Tal vez lo más importante era que Selena sabía que no era el tipo de hombre que pudiera oponerse a su carrera, como lo harían muchos otros. No era celoso ni posesivo. La dejaba tranquila y estaba dispuesto a compartirla con el mundo —inclusive con un mundo en el que muchos la veían sólo como lo que era cuando estaba en el escenario.

Me sentía orgulloso de la inteligencia de Selena y de que trajera libros para leer en el autobús, gracias a los cuales logró su grado de validación de secundaria, y de ahí pasó a practicar el español hasta dominarlo. Me admiraba ver la energía con la que hablaba a los niños de las escuelas diciéndoles que debían seguir estudiando y mantenerse alejados de las drogas, cada vez que le pedían que les diera una charla.

No se trataba simplemente de dar la charla sino que vivía según la filosofía que predicaba.

Selena sentía una preferencia especial por los fans que enfrentaban más obstáculos que la mayoría. Abraham y los miembros de su equipo de gira salían a mezclarse con el público y encontraban a estas personas, luego volvían tras bambalinas o al autobús y le decían dónde estaban los miembros del auditorio que más se habían esforzado por venir a verla. Selena, sin falla, reservaba tiempo para ellos.

—¡Selena! —podía decirle Abraham en el camerino—. Hay una niña pequeña en una silla de ruedas que realmente quiere conocerte.

Selena dejaba todo lo que estuviera haciendo para ir a reunirse con esos fans y tomarse una fotografía con ellos, abrazándolos y regalándoles la mejor de sus sonrisas.

Era también divertida, no dejaba de inventar bromas. Una vez, teníamos un guardia de seguridad muy musculoso llamado Dave que cometió el error de aceptar uno de los retos de Selena. Ella le dijo:

—Quiero ver cómo están tus reflejos y tus tiempos de reacción. Debes imitar todo lo que yo haga.

Selena tenía una lata de Coca-Cola en su mano y le entregó otra a él.

—Muy bien, Dave —dijo—. Sólo imítame. Veamos qué tan rápido eres.

Selena comenzó a hacer toda clase de cosas con su lata de refresco, golpeándola en la parte superior, poniéndola contra su rostro o golpeando la lata con un dedo. Sus movimientos eran cada vez más rápidos a medida que Dave los seguía uno a uno, tratando de imitarlos con exactitud.

Sin embargo, lo que Dave ignoraba era que Selena había esparcido lápiz labial rojo por todo el fondo de la lata de modo que cada vez que tocaba su cara con el fondo de la lata, le quedaba marcada. Por último, todos comenzamos a reírnos porque ya no podíamos aguantar más y la risa de Selena era la más fuerte.

Claro está que, en el escenario, todos veían a Selena segura, la veían como alguien que podía lograr que todo el auditorio comiera de la palma de su mano en minutos. Mostraba mucha seguridad al actuar en público.

Lo que nadie vio jamás, excepto quienes estábamos con ella en el autobús, fueron sus momentos de reflexión, cuando parecía estar totalmente sobrecogida y permanecía sentada mirando por la ventana, pensando en cualquier cosa que tuviera en su mente, o preocupada por algún nuevo diseño de moda mientras lo dibujaba en un papel.

Me sorprendía su sentido de la moda y me encantaba ver los dibujos que hacía constantemente mientras viajábamos en el autobús. Solía soñar con tener algún día su propia boutique. Siempre hacía sus dibujos que luego firmaba con un elegante logotipo de diseñadora.

Comenzaba ya a diseñar sus propios accesorios, como joyas, hebillas para cinturones, así como uniformes para la banda. Selena dibujaba todos sus diseños, elegía las telas y luego enviaba todo a una costurera que tenía las medidas de todos.

Desafortunadamente, no nos permitía opinar sobre lo que usaríamos y la mayoría del vestuario no me gustaba. El gusto de Selena era exuberante, por decir lo menos. Le encantaban el brillo y los destellos. Con frecuencia me daban unos pantalones de cuero de vaca negro y blanco o un brillante traje de satín morado con ribetes dorados en la parte anterior de las piernas y yo decía: “Santo cielo ¿En serio tengo que usar esto?”.

Recuerdo una etapa especialmente difícil en la que Selena enloqueció con las chaquetas cortas de corte cuadrado con enormes hombreras. Una versión realmente detestable era negra del lado izquierdo y blanca del derecho. Entre tanto, yo veía las presentaciones de Nirvana y esa banda usaba jeans rotos y tenis —algo muy similar a lo que uso a diario. Sin embargo, me encantaba ver que Selena pudiera crear algo aparentemente de la nada, que visualizara sus ideas en la mente y las hiciera realidad a través de su voz y sus manos.

Eso es lo que pasa con Selena: cada día que pasábamos juntos me sorprendía cada vez más. Esta muchacha se estaba metiendo en mi corazón como ninguna otra lo había logrado. Había llegado al punto en el que ya no podía prácticamente ocultar mis sentimientos por ella aunque Abraham estuviera cerca. Sabía que estaba en problemas aún antes de que éstos realmente comenzaran.

Había una especie de ritual cuando la banda estaba de gira en el autobús que llamábamos Big Bertha. Si estábamos lejos de nuestro destino, todos nos quedábamos en nuestros camarotes o jugábamos videojuegos en la sala de descanso. Entre más nos aproximábamos al sitio donde pasaríamos la noche, tendíamos a irnos hacia el frente del autobús a mirar por las ventanas y bromear unos con otros impacientes por llegar a algún lugar donde pudiéramos estirar las piernas y tal vez, inclusive, explorar una nueva ciudad.

Esta noche, en especial, a excepción de Selena y yo, todos se fueron a la parte delantera del autobús. Los dos nos quedamos en el área de los camarotes, a sólo unos metros de distancia el uno del otro. Aunque la puerta estaba cerrada, podíamos oír a Pete bromeando y a todos los demás riendo.

Creo que Selena y yo nos dimos cuenta al mismo tiempo de que al fin estábamos solos. Quería besarla pero temía que me rechazara. La fuerza de mis sentimientos por ella, junto a lo incómodo de esta situación, me hizo comportarme con más reserva de lo que lo habría hecho con otra mujer en otro lugar.

Sin embargo, poco a poco comenzamos a acercarnos a medida que hablábamos. Bien, a decir verdad, yo estaba nervioso y comencé a retroceder a medida que ella se acercaba a mí. Selena estaba de espaldas a la puerta que daba al área de descanso; yo seguía retrocediendo. Ahora mi respiración era más fuerte, me sonrojaba y sentía calor al tiempo que me preguntaba, *¿Esto realmente va a ocurrir?*

Ya no podía disimular mi deseo por más tiempo. Estaba demasiado abrumado por la presencia de Selena, como si ella fuera un imán y yo fuera simplemente una viruta de hierro. Ella me mantuvo en mi lugar con su cuerpo, con sus ojos clavados en los míos. Yo dejé de retroceder y me recosté con el hombro izquierdo contra la puerta del clóset. Selena dio un paso más hacia mí. Lo único que podíamos hacer en ese momento no podía ser otra cosa que besarnos.

Y ¡qué beso! Jamás había besado a una mujer con un sentimiento tan profundo. Esto ya no había cómo detenerlo.

Nos besamos durante varios minutos, con nuestros cuerpos presionados uno contra el otro, a pesar de esa pequeña voz en mi cabeza que decía, *Eres un hombre muerto; Abraham te va a matar*.

De pronto, de un sólo golpe, se abrió la puerta que daba a la habitación de los camarotes, a espaldas de Selena, y comenzó a oírse con más fuerza el ruido y las risas que venían de la sala de descanso. Selena se puso pálida y nos separamos de inmediato. Ella estaba demasiado asustada para mirar atrás. ¿Nos habría visto su padre?

Sin embargo, en una fracción de segundo supe que todo estaba bien. El intruso no era Abraham, sino Rick, nuestro tecladista y el miembro de la banda con el que solía compartir la habitación cuando estábamos de gira.

—¿Qué pasa, Rick? —pregunté, en parte para que Selena supiera que no pasaba nada, y en parte para restar importancia a lo que obviamente Rick había visto. Sentía lástima por él. Era un buen amigo y, sin duda, estaba aterrado de habernos visto juntos, consciente de la forma como reaccionaría Abraham si lo llegara a saber.

Por otra parte, si hubiera tenido que elegir a alguien de los que iban en ese autobús para que entrara y nos encontrara a Selena y a mí besándonos, habría escogido a Rick. Él era la menor de nuestras preocupaciones.

Cuando llegamos al hotel, Rick y yo tomamos nuestras maletas y las llaves de la habitación y nos fuimos a la tienda de la esquina porque todavía era temprano. Pete y Joe dormían en la misma habitación, como normalmente lo hacían, y Selena se quedaba en una habitación con sus padres y Suzette. Hacía apenas unas semanas que había pasado mi cumpleaños número veintiuno y para mí era aún una novedad comprar bebidas alcohólicas; Rick y yo fuimos a la tienda y trajimos cerveza a la habitación.

Por último, a salvo, con la puerta de la habitación cerrada, destapé una cerveza e intenté hablar de lo que había pasado. Decidí preguntarle directamente a Rick si estaba molesto con nosotros.

—No tienes que preocuparte por mí —respondió, disimulando la risa —. Pero tienes que tener cuidado de que Abraham no se entere.

Durante un momento de pánico, pensé en lo que podría haber ocurrido si Abraham hubiera entrado en lugar de Rick y nos hubiera visto a Selena y a mí. Abraham protegía demasiado a Selena. Además de las objeciones obvias que podría tener a que Selena estuviera conmigo —porque yo era parte de la banda y no era lo suficientemente bueno para su hija— también se preocuparía de que ella pudiera sufrir. Abraham me había visto con otras mujeres y pensaba que Selena era una muchacha joven e inocente. Era fácil imaginar cómo podía haber utilizado esa amenaza de que yo no fuera fiel a ella como su arma defensiva.

Además, siendo de la vieja escuela, el matrimonio de Abraham era uno en el que su palabra era la ley, y Marcella y sus hijos la obedecían. También podría temer que cualquier hombre con el que Selena se casara podría determinar lo que ella debería hacer, incluyendo abandonar su carrera musical para tener una familia. En realidad, yo era lo más lejano a ser ese tipo de hombre. Estaba dispuesto a apoyar a Selena en cualquier cosa que quisiera hacer. Pero eso, él no lo sabía.

—Claro que tendré cuidado —le dije a Rick—. Pero no puedo creer lo que está ocurriendo.

Rick volvió a disimular la risa. Podía ver que él, al igual que Abraham, pensaba que yo estaba jugando con Selena y estaba tratando de sacar algún provecho personal, de usarla en alguna forma. Pero no era así y se lo dije.

—Esto es diferente —le dije—. Lo que siento por Selena realmente es muy fuerte.

—Cállate, güey —dijo de inmediato—. No me metas en esto. Cuanto menos sepa, mejor.

Sin embargo, no podía dejar de hablar, estaba nervioso y era la primera vez que hablaba de Selena con alguien. Insistí en hacer que Rick entendiera que esto era en serio, mientras le preguntaba lo que ocurriría si Abraham se enteraba de lo que había entre nosotros.

—No sé —repetía Rick—. No lo sé, Chris.

—Mira —le dije al fin—, yo tampoco sé. Tal vez deba poner fin a

esto antes de que pierda el control. Tal vez esto debe terminar aquí.

Rick se limitó a reír.

—Cállate, güey —me dijo por enésima vez—. Tú no vas a poner fin a nada.

Y yo me dije, *Tú sabes que tiene razón. Tú no vas a poner fin a nada*. Al menos Rick no me había desanimado ni me había dicho que dejara de ver a Selena. Eso era casi lo mismo que darnos su aprobación.

Timbró el teléfono que estaba sobre la mesa cerca a la cama de Rick y nos sobresaltó a los dos. Ambos nos quedamos mirando el aparato, sintiéndonos culpables de haber tenido siquiera esta conversación. Rick levantó lentamente el auricular y dijo hola.

De inmediato sonrió y luego empezó a reír.

—Sí, sí. Cállate, güey. Él está aquí conmigo.

Tomé el auricular, era Selena. Rick siempre la llamaba "güey".

—¿Hablaste con Rick? ¿Cómo está? —preguntó preocupada.

Rick estaba sentado sobre la cama mirándome y asintiendo con la cabeza.

—Sí, estábamos hablando de todo eso —le dije—. Todo está muy bien.

—Es probable que yo esté más angustiada que Rick —dijo con un pequeño quejido—. No puedo creer lo cerca que estuvimos de que nos descubrieran. De todas formas, sólo quería llamarte un minuto para saber cómo estabas.

—Estoy muy bien —le respondí—. Nos vemos mañana.

Ella rió.

—No si yo te veo primero —respondió y colgó.

—Bien —dije, sin dejar de mirar a Rick—. Creo que la cosa va en serio.

Nuestros sentimientos mutuos continuaron dominando nuestro sentido

común mientras Selena y yo continuábamos la gira con la banda en los meses que siguieron. A la menor oportunidad, nos escabullíamos para estar solos. Selena decía con toda franqueza a su padre, “Chris va a ir conmigo a la tienda un momento” o “Chris y yo vamos a salir a comer algo. Ya volvemos”.

Abraham respondía, “Muy bien, no se demoren”, y nos íbamos.

En el momento en que Selena y yo estábamos fuera del campo visual de su padre, actuábamos como cualquier pareja normal, tomándonos de la mano, caminando abrazados o incluso dándonos un prolongado beso durante esos preciosos minutos en que estábamos solos, lejos de la mirada vigilante de Abraham.

Siempre manteníamos un perfil bajo cuando estábamos con sus padres, pero a medida que las semanas se convirtieron en meses, dejamos poco a poco de preocuparnos por lo que los demás miembros de la banda supieran de nosotros. Cada uno de los integrantes de nuestro grupo tenía su vida personal y sus secretos; todos teníamos que inventar formas de evitar la vigilancia inquisitiva de Abraham, que era un hombre conservador, un devoto Testigo de Jehová y un padre tradicional. Todos sabíamos cómo evitar que se enterara de nuestros secretos porque nadie quería desencadenar su furia.

Además, Abraham simplemente no me veía como candidato para recibir el afecto de Selena, y Selena y yo éramos tan jóvenes que estoy seguro de que la mayoría de los miembros de la banda pensaba que nuestro mutuo deseo por estar juntos sería un fuego que se apagaría solo, en poco tiempo. Nadie se dio cuenta de los estrechos y duraderos lazos que estábamos formando en el proceso de enamorarnos —ni siquiera Selena y yo los notábamos.

Por lo general, Selena era la que tomaba la iniciativa en nuestras demostraciones públicas de afecto. Me ponía tan nervioso la idea de que su padre pudiera darse cuenta, y no era yo el que empezaba. De hecho, le encantaba bromear conmigo porque sabía lo preocupado que estaba. Yo podía estar en la parte posterior del autobús con Joe o con Pete, o incluso con A.B., y simplemente venía y decía “Hola, ¿qué pasa aquí?”, y me besaba.

Este despliegue en público aterrorizaba a Joe, porque no quería disgustar a Abraham, pero por lo general era A.B. el que hacía algún comentario.

"Selena, ¿por qué tienes que hacer eso frente a nosotros?", preguntaba A.B., pero Selena se enojaba. Como la mayoría de las molestas hermanas menores, a Selena le encantaba llevarle la contraria a su hermano mayor.

Entre una presentación y otra, Selena y yo nos veíamos tanto como fuera posible. Con el tiempo fui sabiendo cada vez más de ella, sin embargo, entre más tiempo estaba con Selena, con más frecuencia se las arreglaba para sorprenderme. Por ejemplo, una vez salimos a montar a caballo en la playa por la bahía de Corpus, cerca de la Isla Mustang, con unos pocos amigos. Los caballos estaban tranquilos cuando salimos de la caballeriza e íbamos a un agradable paso lento. Era una sensación muy romántica, mientras los caballos avanzaban a lo largo de la costa, Selena y yo conversábamos con nuestros amigos.

Sin embargo, al regreso, los caballos enloquecieron. Los animales sabían que habían llegado al final del camino y podían volver a su lugar de descanso; en ese punto, salieron desbocados hacia la caballeriza para comer, o para lo que fuera.

Nuestros amigos gritaban "¡Rayos!", mientras los caballos galopaban desenfrenados en dirección a la caballeriza. También yo estaba asustado, aunque, naturalmente, tuve cuidado de no demostrarlo frente a Selena. Me asustaba pensar que si entraba en pánico los caballos podrían desbocarse aún más.

Entre tanto, Selena galopaba en su caballo al lado del mío riendo a carcajadas, sin el menor miedo. Se veía tan cómoda en ese caballo como en el escenario, y yo ni siquiera estaba enterado de que sabía cabalgar.

Me convencí aún más de que Selena no era como las otras mujeres que conocía. Cuando le sugerí ir a pescar desde los muelles en Corpus, donde se podían alquilar cañas de pescar, me volvió a sorprender mostrándose entusiasmada. Solía ir mucho a pescar con mis padres —mi papá tenía un pequeño bote y le encantaba navegar en él con mi mamá y conmigo— por lo que estaba muy acostumbrado a poner

pececitos vivos como carnada en los anzuelos. Selena quedó encantada cuando le mostré que con sólo lanzar un anzuelo con estos pequeños peces se podía atrapar un pez más grande.

La pesca en Corpus era aún mejor que la pesca en los ríos de San Antonio. Se puede echar el anzuelo al agua y esperar media hora sin que pique un pez, pero en agua salada se pesca algo en pocos minutos, ya sea un pez que se pueda guardar o uno que haya que volver a echar al mar. Selena volvió a sorprenderme al querer hacerlo todo ella misma. La única vez que la detuve fue cuando atrapó algo similar a un pez gato, que tiene unos bigotes agudos como de alambre de púa que puede traspasar la piel.

Con frecuencia, cuando iba a ver a Selena le llevaba rosas blancas, sus flores favoritas, y hablábamos siempre por teléfono y nos escribíamos cartas y tarjetas de amor constantemente. Todavía tengo cajas repletas de tarjetas —guardó todas las tarjetas que le envié.

Selena me escribía unas notas tan dulces que aún me duele leerlas, especialmente porque les ponía fecha y puedo recordar exactamente lo que estábamos haciendo en un determinado día. *Me encanta mirar atrás, al momento en que empezamos, viéndonos como éramos al comienzo*, me escribió en una oportunidad, *luego ir pasando lentamente por todos los recuerdos que hemos ido creando juntos hasta llegar adonde estamos ahora*.

Con el tiempo, todos en la banda parecían estar más tranquilos con la idea de que éramos una pareja. Se llegó al punto en donde podíamos estar tras bambalinas y simplemente ella llegaba y me abrazaba o me daba un beso frente a todos los demás. Yo todavía me resistía un poco. Sentía que debería tener cuidado, no sólo por Abraham, sino porque no quería que pensaran que era posesivo o inseguro.

Al igual que cualquier otra relación, la nuestra fue avanzando en

forma continua. La única diferencia fue la velocidad. De nuevo, esto se debió en parte a nuestras circunstancias. No estábamos en un trabajo de nueve a cinco ni hacíamos citas para salir. Estábamos siempre juntos en el estudio, en la casa de A.B., de gira en el autobús y sobre el escenario. Inevitablemente, fue en el autobús donde al fin logramos hacer el amor por primera vez.

Viajábamos de Corpus a Dallas.

Cuando llegamos a Dallas y todo el mundo comenzó a descargar sus cosas del autobús, las piernas me temblaban. Una vez más, no sabía cómo actuar ni qué decir.

Recuerdo estar de pie fuera del autobús, hablando con Pete y diciéndole en forma impulsiva:

—Creo que realmente me estoy enamorando de ella —porque estaba desesperado por decírselo a alguien.

Pete se mostró comprensivo.

—Oye, eso está muy bien. No te preocupes. También me doy cuenta de que ella siente lo mismo hacia ti. Todo saldrá bien.

Justo en ese momento, miré hacia arriba, al autobús, y vi una de las persianas moverse en una de las ventanas laterales. El corazón me latía tan fuerte que lo escuchaba en mis oídos, por encima del ruido del tráfico de Dallas.

Tal vez todo saldría bien. Tal vez no.

Esa noche fue la primera y única vez que sentí algo extraño al salir al escenario con Selena. Mi cuerpo aún temblaba y mi mente estaba totalmente confundida. Parecía que todo estaba patas arriba. Selena y yo nos conocíamos mejor en el escenario de lo que nos conocíamos en la sala de atrás del autobús; en el escenario sabíamos cuáles serían nuestros movimientos, mientras que en la relación física privada, fuera del escenario, nuestra conexión simplemente era nueva e inexplorada.

Ambos estábamos tan confundidos que no nos mirábamos a la cara. Claro está que cada uno sabía dónde estaba el otro, porque habíamos fijado nuestras marcas y nuestras rutinas en el escenario, pero nos esforzábamos tanto por aparentar que no estaba pasando nada entre nosotros que literalmente evitábamos mirarnos. Yo no dejaba de afinar

mi guitarra y verificar el amperaje, aunque, naturalmente, todo estaba en perfecto orden.

Cuando comenzó la presentación, Selena salió al escenario y mantuvo la vista fija en el auditorio. Yo estaba justo a su lado, como siempre. Pero en vez de mirar hacia mí, Selena no dejaba de mirar en dirección opuesta. Ambos estábamos incómodos y luego tuvimos que entrar en acción. Comencé a tocar la guitarra y ella comenzó a cantar; después de unos minutos, todo volvió a la normalidad.

Casi a la normalidad, aunque no del todo. Ambos sabíamos que algo importante acababa de ocurrir y que todo iba a ser distinto. Después de la presentación, me le acerqué y le dije:

—Eso fue extraño, ¿no?

—Sí, fue extraño —aceptó, y empezó a reír.

—Bien, sea como sea, me alegra que pasara lo que pasó —le dije.

Me tomó rápidamente de la mano y luego me soltó, por lo que supe que estaríamos juntos sin importar lo que sucediera de aquí en adelante.

Jamás imaginé que Selena y yo nos declararíamos mutuamente nuestro amor en un Pizza Hut, pero fue justamente así.

Siempre que la banda estaba de gira, teníamos la rutina de reunirnos cerca del autobús a la hora de hacer el checkout en el hotel. Todos los trabajadores ya se habían ido con el equipo pero nosotros cargábamos nuestras maletas en Big Bertha y esperábamos hasta que llegaran todos, luego arrancábamos hacia nuestro próximo destino.

Selena era casi siempre la última en llegar, por lo general porque estaba haciendo cambios de último momento en su vestuario o arreglándose el pelo o el maquillaje. Había llegado al punto en que jamás salía en público sin estar en su mejor forma; nunca sabíamos cuándo podría haber periodistas o fans o productores en una multitud o simplemente esperando en la acera si veían que llegaba el autobús.

Sin embargo, en esta mañana en especial, Selena no fue la última en llegar: el que llegó de último fue Abraham. Los demás ya estábamos sentados dentro del autobús y Selena no dejaba de decir que tenía hambre. Lo que más le gustaba era la pizza con una porción extra de peperoni; había visto un Pizza Hut al otro lado de la calle pero no dije nada. Supuse que Abraham estaría ocupado en el teléfono con algún promotor o algo por el estilo. No sabíamos a qué hora regresaría.

Sin embargo, Selena también había visto el Pizza Hut. Haría lo que deseaba —generalmente lo hacía.

—¿Quieres una pizza, Chris? —me preguntó.

Todos para entonces sabían que habíamos iniciado una relación y nos cuidarían la espalda. Lo primero que haría Abraham al volver al autobús sería preguntar dónde estábamos, pero sabíamos que dirían, "Se fue a Pizza Hut y Chris se fue con ella".

Probablemente a Abraham no le parecería extraño. De hecho, se sentía más tranquilo sabiendo que Selena tenía un chaperón. Esa idea me hizo sentir culpable otra vez por todo lo que estábamos haciendo a escondidas.

Creí que íbamos a pedir una pizza para llevar, pero Selena quiso sentarse en una mesa. Elegimos una cerca a una ventana para poder ver el autobús. De pronto simplemente comenzó a hablar y a preguntarme qué sentía.

—Estoy realmente feliz contigo —dijo Selena—. Me encantaría que pasáramos más tiempo juntos. Pero debo saber hacia dónde crees que va nuestra relación.

Decidí que en ese preciso momento debía decirle cómo me sentía. Era un prospecto aterrador. Ya había tenido novias antes. Inclusive las había amado, porque creía que sabía lo que era el amor. Pero jamás había experimentado los sentimientos que tenía por Selena, y así se lo dije. Simplemente me sinceré con ella y le dije lo feliz que me hacía sentir.

—Siempre espero el momento en que pueda pasar tiempo contigo —le dije—. Para ser franco, no veo la hora de que podamos volver a estar juntos. Cuando estamos de gira, desearía poder acelerar el paso del tiempo para poder estar contigo. Y luego, cuando estamos juntos,

quisiera que el tiempo trascurriera mucho más despacio.

Le dije que no me sentía bien de estarle ocultando nuestra relación a su padre. Era algo que me roía las entrañas. Estaba cansado de guardar el secreto.

—A veces me despierto en la mañana y me siento mal, como si estuviera haciendo algo malo y simplemente no me hubieran descubierto aún, pero hoy es el día.

Selena asintió. Dijo que lo entendía, pero pensaba que aún era demasiado pronto para decirle a Abraham.

—Esperemos que llegue el momento adecuado.

Me preguntaba si ese momento llegaría alguna vez, pero no se lo dije.

—No me malinterpretes —le dije—. Jamás dejaría que mi complejo de culpa por ocultarle esto a tu padre me impidiera verte. Es sólo eso, si algo pudiera cambiar, eso sería lo que cambiaría. Tu padre es una gran persona y me siento como si lo estuviera traicionando. Pero siempre querré estar contigo.

Simplemente dejé de hablar en ese momento porque de repente me pregunté qué pensaría Selena de todo lo que acababa de decir. Prácticamente estaba conteniendo el aliento.

Para mi tranquilidad, Selena me miró a los ojos y dijo:

—Te amo.

Esa era una de las características de Selena: era una de las personas más valientes que jamás hubiera conocido, no sólo en el escenario, sino también en sus relaciones. No demoraba en expresar abiertamente sus sentimientos. Uno siempre sabía dónde estaba en relación con ella. No había manipulación ni engaños ni juegos. Selena era simplemente ella, fiel a lo que era y lo que creía.

Mi corazón latía tan fuerte que me parecía que todos en la pizzería lo podían oír. El pulso se me desbocó y sólo quería pararme y gritar, "¿Oyeron lo que Selena ha dicho? ¡Me ama!". Jamás en mi vida había estado más feliz que en ese momento, al oír esa declaración de amor de su parte.

Sonreí.

—Yo también te amo —le respondí.

Haber dicho en voz alta lo que sentíamos el uno por el otro me hizo sentir muy bien aún cuando no dejábamos de mirar por la ventana para ver si llegaba Abraham. Llevé mi mano al otro lado de la mesa y tomé la suya. Permanecimos allí sentados por un rato tocándonos y amándonos, seguros de que jamás nos separaríamos.

Cuando volvimos al autobús, Selena tenía una deslumbrante sonrisa. Aún sonrío cuando recuerdo lo feliz que estaba ese día. Sin embargo, en ese momento, tuve que decirle en tono de reproche:

—¡Oye, deja de sonreír! ¡Nos vas a delatar!

Pero no fue Selena la que puso en riesgo nuestra relación —fui yo mismo. Pocos meses después de que Selena y yo nos declaráramos nuestro mutuo amor por vez primera en Pizza Hut, me encontré sentado, bajo arresto, en la estación de policía de San Antonio, preguntándome si habría destruido lo mejor de mi vida.

TRES

RECUPERANDO LA CONFIANZA DE SELENA

C.W. Bush/Shooting Star

Es fácil imaginar cómo me sentía allí en la estación de policía de San Antonio, Texas, lleno de barro y de sangre y apaleado, cuando empezó a sonar en el radio la canción "Ven conmigo". Era como si Selena pudiera verme allí. Al sonido de su voz dulce y sentimental, agaché la cabeza, me sentía muy avergonzado en esa situación.

¿Perdería la mujer que amaba cuando apenas la acababa de encontrar? Tal vez no la merecía. Tal vez nuestro futuro había terminado incluso antes de empezar.

Mientras esperaba que la policía me abriera el prontuario, pensé en ese breve y feliz período con Selena y me preguntaba cómo había podido terminar en esta situación. Todo estaba saliendo tan bien.

Entre estar de gira y trabajar en las canciones que se convertirían en nuestro próximo álbum, *Entre a mi mundo*, Selena y yo nos habíamos acercado más que nunca durante los primeros meses de 1991. Estaba más ocupada que de costumbre con las promociones, pero seguía siendo una persona alegre y llena de energía. Ese año, su dueto con Álvaro Torres, "Buenos amigos", se convirtió en su primera canción número uno. Al mismo tiempo, Capitol EMI se disponía a lanzarnos en México.

A pesar de su intenso programa, Selena y yo seguíamos viéndonos sin mucha publicidad, escapándonos a los restaurantes, a los cines y a cualquier otro lugar donde pudiéramos estar solos sin que Abraham se enterara.

Había llegado a conocer muchas cosas sobre Selena para este entonces. Sabía que odiaba hacer ejercicio, a excepción de una ocasional sesión de jogging —definitivamente, no era una de esas mujeres que se levantan a primera hora de la mañana para ir al gimnasio. Tenía pocos amigos pero estaba muy unida a toda su familia —especialmente a su hermana Suzette y a su pequeña prima Priscilla, que estaba apenas entrando al año intermedio entre la primaria y la secundaria. Prefería las revistas a los libros y le encantaba ir de compras.

Selena y su familia eran Testigos de Jehová. Rara vez hablaban de su religión, conmigo o con cualquier otra persona. Yo crecí en la fe

católica y la había abandonado casi por completo; no sabía mucho acerca de los Testigos de Jehová y pensaba que debía ser algún tipo de religión radical. Sin embargo, en ocasiones, Selena y su familia hablaban de religión en el autobús, y me di cuenta de que usaban la misma Biblia con la que yo había crecido y que entendían sus enseñanzas mucho mejor que yo. Vivían de acuerdo con sus valores profundamente arraigados. Esto me hizo comenzar a pensar en Dios y en el propósito de la fe en nuestras vidas como nunca lo había hecho.

Sin embargo, lo que más me llamó la atención de Selena, durante ese tiempo, fue su compasión. Esa compasión abarcaba a sus amigos, a su familia, a sus fans —especialmente aquellos que tenían dificultades en sus vidas por enfermedad o pobreza— las mujeres en crisis, los niños e incluso los animales.

Recuerdo una vez que íbamos en el auto a solas y Selena atropelló a una paloma. No iba rápido ni mucho menos; Selena y yo simplemente íbamos cantando con el radio a todo volumen cuando una banda de palomas al lado del camino alzó el vuelo.

Una de ellas era más lenta que las otras. Comenzó a volar en línea recta delante de nosotros y la alcanzamos, golpeándola. El vidrio panorámico la golpeó justo en las plumas de la cola y la paloma se fue volando. Puedo asegurar que por un segundo pude ver la expresión de sorpresa en la cara del pájaro mientras nos esquivaba.

La paloma no quedó herida, pero Selena orilló el carro a un lado del camino y no dejaba de llorar. Estaba casi histérica.

—¡Golpeé a ese pajarito! —decía sollozando—. ¡Lo maté!

—No, no lo hiciste —la tranquilicé. Me incliné y la abracé estrechándola contra mí mientras lloraba—. Vi cuando el pájaro salió volando. Va a estar bien. Ni siquiera lo golpeaste duro.

Selena se sentó de nuevo y se secó las lágrimas.

—¿De verdad? ¿Crees que ese pájaro estará bien?

—Sí lo creo —le dije.

Los dos vimos al mismo tiempo un pequeño rayón en el parabrisas. Sabía que no podía ser del pájaro, pero Selena me hizo limpiarlo antes de continuar nuestro camino.

—Simplemente no puedo soportar hacerle daño a nadie —me explicó.

Debido a que yo era parte de la banda, Abraham seguía permitiéndome pasar tiempo con Selena sin hacernos preguntas. Estoy seguro de que pensaba que, al menos si Selena estaba conmigo, seguiría bajo la protección de su familia extendida.

Entre tanto, me sentía cada vez más incómodo con la idea de que estaba traicionando a este hombre que había confiado en mí. Me preocupaba por Abraham, a nivel personal, sin embargo, desde ese venturoso viaje a México, Selena y yo no habíamos sido honestos. Ahora había sido arrestado y era probable que tuviera que pasar un tiempo en prisión, probando así a Abraham que no era merecedor de Selena —¡aún antes de que supiera que nuestra relación ya había comenzado!

De pie, en la estación de policía de San Antonio, me preguntaba si mi irresponsable y estúpido comportamiento de esa noche me costarían la confianza de la única mujer que había logrado vulnerar mis defensas y mostrarme lo que era el verdadero amor —y así destruir cualquier esperanza de obtener la aprobación de su padre.

La tarde había empezado bastante bien. Estaba en un bar de San Antonio con mi primo y un amigo cuando otro amigo llamó y me preguntó si querríamos encontrarnos con él en otro lugar.

—Claro —le dije, olvidando que ya había estado bebiendo y que probablemente lo mejor sería no ir a ningún otro sitio.

Nos fuimos por la carretera en el viejo Oldsmobile de mi mamá. Yo iba conduciendo a aproximadamente ciento veinte kilómetros por hora —excediendo el límite de velocidad, claro está, pero en Texas las carreteras son rectas y amplias, y esa noche había muy poco tráfico. Avanzábamos, hablando y escuchando música cuando vi en el espejo retrovisor una patrulla de la policía con las luces encendidas. La patrulla estaba tan atrás que jamás pensé que pudiera haberme visto.

Cuando tomé la salida de la carretera 90 hacia el occidente, el policía cruzó detrás de mí. Se estaba aproximando muy aprisa. Entonces, de repente, vi dos patrullas de policía que venían directamente hacia mí en dirección contraria. Se atravesaron en la carretera, formando una barrera

frente a mi auto. Se abrieron las puertas y los policías salieron de las patrullas apuntándonos con sus armas.

Frené en seco y me estacioné a un lado de la carretera. Mi amigo, que venía en el asiento de atrás se quedó ahí sentado, aterrado. Mi primo, que venía adelante, junto a mí, comenzó a gritar y maldecir. Uno de los policías se acercó al automóvil, abrió la puerta de un tirón y lo agarró del pelo. Lo sacó del auto, mientras otro oficial le ayudaba a ponerlo contra el piso.

No supe qué hacer al ver eso. Había seis oficiales de policía y sólo tres de nosotros. Ellos tenían revólveres y nosotros estábamos desarmados. Mi amigo permaneció donde estaba, sin atreverse a hacer nada, pero yo perdí la cabeza. Mi primo me había protegido de muchas cosas cuando éramos niños y esto era evidentemente injusto.

Hubo un forcejeo al lado de la carretera y naturalmente nosotros perdimos. En cuestión de minutos mi primo y yo estábamos esposados y nos llevaron a las patrullas. Dejaron a mi amigo libre.

—Corra, no camine —le aconsejó uno de los oficiales—. Ni siquiera mire a su alrededor.

Mi amigo salió corriendo por la carretera. Dentro de la patrulla, traté de calmar a mi primo quien seguía maldiciendo y pateando el asiento.

Nos llevaron a la estación de policía y nos reseñaron. Teníamos la ropa rasgada y estábamos embarrados y golpeados. Desde cualquier punto de vista las cosas se veían mal. La policía había informado que su patrulla nos había seguido de cerca con las luces encendidas y que los habíamos visto girar, que habíamos visto las luces, que habíamos acelerado el auto e iniciado la fuga a alta velocidad. Nada de eso fue cierto, pero me daba cuenta de que iba a ser muy difícil defenderme. Sería mi palabra contra la de ellos.

Así que aquí estaba, en línea con otros criminales, en un recinto amplio donde me tomarían una foto y las huellas digitales. No podía pensar más que en Selena, quien se esforzaba por transmitir el tipo de imagen que ayudaría a que su familia progresara en el negocio de la música —una persona respetable, siempre pulcra, amable y profesional — mientras que yo había hecho algo que podría manchar

potencialmente la impecable reputación de la familia Quintanilla.

Gracias a Dios nadie sabe de nosotros, pensé. Selena comenzaba a sonar muy seguido en el radio, sobre todo en Texas, y había ganado varios premios de música tejana. Además, tenía la imagen de "niña buena" que la hizo ser elegida para ser la imagen de Coca-Cola. Si llegaban a relacionarnos, la situación podría ser muy negativa tanto para ella como para la banda.

Mientras estaba allí de pie, con la cabeza agachada, oyendo cómo la potente y nostálgica voz de Selena llenaba el ambiente, uno de los guardias de la estación me reconoció —probablemente porque también reconoció la canción que estaba sonando en ese momento. Además, yo me destacaba en cualquier parte porque no muchos usaban cola de caballo como yo, con el pelo a los lados de mi cabeza muy corto.

El guardia me llevó a un lado y preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Qué haces aquí?

Cuando le dije lo que había ocurrido, me ayudó a hacer una llamada y a evitar que me procesaran, luego me dijo a dónde habían llevado el auto.

En lo único que podía pensar mientras salía de la estación de policía esa noche, era en hablar con Selena. La llamé de inmediato sabiendo que ella probablemente había estado tratando de encontrarme y estaría preocupada de no poder hacerlo.

Para mi tranquilidad, Selena reaccionó con calma. Me hizo un fuerte reproche por haber bebido y haber conducido el auto en estado de embriaguez, y con toda la razón, pero también entendió mi punto de vista y opinó que la policía había reaccionado de forma exagerada.

Decidí esperar y contárselo a Abraham en persona. Cuando abordé el autobús para nuestra siguiente gira, le dije:

—Oye, Abraham. Debo hablar contigo. El otro día tuve un problema, y quiero que lo sepas por mí, no por alguien más.

Fui absolutamente sincero y le conté todo a Abraham, a pesar de que mi mente estaba confundida por el miedo. El resultado del incidente era que tendría que presentarme en una fecha determinada al tribunal y probablemente me dejarían en libertad condicional y tendría que prestar

servicio comunitario.

Abraham no reaccionó como yo lo temía. En cambio, se limitó a asentir con la cabeza y dijo:

—Chris, estoy seguro de que todo va a salir bien. Pero debes tener cuidado. No queremos que te hagas daño. Además, la banda tiene muy buenas perspectivas que no querrás perderte.

Después, me dio lo que se llama un fuerte abrazo. Los abrazos de Abraham eran muy especiales. Abría los brazos lo más que podía y a uno no le quedaba más remedio que ir a su encuentro. El abrazo, naturalmente, me hizo sentir peor que nunca. Estaba feliz de haber sido perdonado, pero al mismo tiempo me sentía muy mal por continuar manteniéndole el secreto acerca de mi relación con Selena.

Selena y yo nos veíamos cada vez que podíamos. Esto significaba que pasaba mucho tiempo en Corpus, de modo que Selena nunca tuvo que mentir —excepto por omisión. Decía que iba a ir a hacer alguna diligencia, y luego pasaba a recogerme al hotel y yo hacía las diligencias con ella. Salíamos en su auto, lo que aún me da escalofríos, porque habría sido muy fácil encontrarnos con alguien conocido. Corpus Christi no es una ciudad muy grande y la reputación de Selena como cantante iba en aumento.

“No me importa que alguien nos vea”, decía Selena tomando mi mano o rodeándome con sus brazos, aún en público, mientras yo miraba preocupado hacia atrás.

Entonces, una mañana, Selena comprendió la magnitud del riesgo que corríamos. Yo me hospedaba en uno de los hoteles del otro lado del puente del muelle hacia el centro de Corpus, donde siempre pensaba que estaríamos más seguros porque había una gran cantidad de agua entre donde yo estaba y donde se encontraba la familia Quintanilla. Selena fue a buscarme, como siempre lo hacía.

Cuando estábamos listos a salir de la habitación del hotel, ella salió primero, muy tranquila con toda la situación. Era el tipo de persona a la que siempre le gustaba correr riesgos. Yo me demoré unos minutos mientras empacaba mi morral, guardando las gafas de sol, la billetera y la chequera.

De pronto Selena entró corriendo a la habitación y cerró la puerta de un golpe.

—¡No puede ser! —gritó—. Olvidé que mi tía trabaja aquí. ¡Creo que acaba de verme salir de la habitación!

—¿Qué tía? —le pregunté asustado.

—Es la esposa del hermano de mi padre. Estaríamos en problemas si nos viera.

No pude menos que reír.

—Mírate —le dije en tono de burla—. La señorita 'No me importa, estoy tranquila'.

—¡Cállate! —me respondió enojada—. En es serio, Chris. Si mi tía nos ve será una locura.

Esperamos un rato, y luego nos escabullimos del hotel al estilo Misión Imposible.

—Creo que mejor borraré este lugar de mi lista —le dije, cuando ya estábamos a salvo en la carretera.

A veces, Selena y yo nos veíamos cuando venía a Corpus a trabajar en algunas canciones con A.B. Me gustaba mucho trabajar con el hermano de Selena. A veces teníamos nuestros pequeños desacuerdos, pero siempre me daba mucha libertad como guitarrista y me animaba a desarrollar mi propio estilo musical. Tal vez nos entendíamos tan bien porque él hablaba mucho y yo sabía escuchar, y siempre tenía opiniones muy definidas, mientras que yo era muy tranquilo. Quién sabe. En cualquier caso, desarrollamos una amistad sólida.

Al igual que yo, A.B. en alguna oportunidad había querido ser músico de rock, no de música tejana. Su carrera de rockero había llegado a un fin súbito porque Abraham había insistido en formar una banda familiar para interpretar música tejana. A.B. no tuvo más remedio que tocar las canciones compuestas por otros, que no le gustaban. Por último, empezó

a escribir y a grabar sus propias canciones, hasta llegar a ganar premios como compositor.

Selena buscaba todas las formas posibles de bromear con A.B., especialmente cuando él y yo intentábamos trabajar en alguna música. Llegaba a la casa de A.B., y me rodeaba con sus brazos por detrás mientras yo tocaba la guitarra, abrazándome y dándome un beso.

—Vamos muchachos —decía A.B.— ¿En mi presencia? ¡Qué descaro!

Poco después de mi encuentro con la policía de San Antonio, me involucré en otro incidente que probablemente hizo que la familia Quintanilla se preguntara qué podía ver Selena en mí —y faltó poco para que Selena decidiera acabar su relación conmigo porque se le agotó la paciencia.

Trabajábamos en las canciones que incluiríamos en nuestro nuevo álbum, *Entre a mi mundo*, en un estudio en San Antonio, y la banda estaba alojada en un hotel local. Dado que vivía en la ciudad, no me estaba quedando allí, pero después de la sesión de grabación fui al hotel a celebrar con la banda. Tarde en la noche, me encontré en una de las habitaciones del hotel con dos hermanos que eran miembros del equipo que nos acompañaba en la gira y comenzamos a beber en exceso.

En un momento dado, los hermanos empezaron a luchar y en poco tiempo me vi involucrado en la pelea. Realmente me enloquecí; por ejemplo, no intentábamos romper la puerta a propósito, pero uno de nosotros zafó la puerta de las bisagras. Además, hicimos un par de huecos en la pared cuando uno de los hermanos me lanzó por encima de su espalda y golpeé la pared con los pies.

Por estar tan tomado ni siquiera era consciente de lo que estaba ocurriendo. Simplemente estaba ebrio. Llegó un amigo y finalmente me sacó del hotel y me llevó a mi apartamento.

Joe, nuestro teclista, había estado en San Antonio divirtiéndose en algún otro lugar. Más tarde me contó que al volver a la habitación y echarse sobre la cama, sintió que había vidrios sobre la colcha y dijo: "¿Qué es esto?". Pero para ese entonces, los dos hermanos estaban profundamente dormidos en la otra cama, por lo que se limitó a sacudir el vidrio y se durmió. Se despertó con una mujer parada cerca de su cama que revisaba una lista de inventario sobre una pizarra.

Joe se incorporó, dio una mirada a la habitación y dijo, "Demonios —y salió de allí lo más rápido que pudo. Se escondió en otra de las habitaciones del hotel, consciente de lo que sería la respuesta de Abraham cuando se enterara de que la habitación había sido destruida.

Nunca supe nada de esto hasta tarde en la mañana, cuando Selena vino a mi apartamento. Fui tambaleándome hasta la puerta y, aún medio dormido, la abrí al oír los golpes y una voz que me llamaba a gritos.

Selena ni siquiera quiso entrar a mi apartamento. Estaba tan furiosa que se quedó en la puerta y desde allí me dijo todo lo que me merecía. Me contó, además, que los dos miembros del equipo que llevábamos en la gira ya habían sido despedidos. No sabía lo que Abraham y A.B. podrían hacer conmigo. Pero no le importaba.

—¡Ya está! —gritó Selena—. ¡Lo nuestro ha terminado! No quiero estar con nadie así. ¡No lo puedo creer! ¿Cómo pudiste beber tanto y dejar que las cosas llegaran hasta ese punto?

No tenía nada que decir en mi defensa. Me limité a escuchar y a ver cómo la mujer que amaba se iba de mi vida porque era consciente de que había hecho algo malo. ¿Qué demonios estaba pensando? Selena tenía razón. No me merecía estar con ella.

Esperé preocupado la llamada de Abraham o de A.B. No me cabía duda de que sería despedido y me sentía muy mal, no sólo por mi estupidez que había llevado a que Selena me abandonara sino porque estábamos

terminando un álbum que Abraham estaba seguro que sería el lanzamiento de nuestras carreras en México y el resto de América Latina. Selena y Los Dinos continuarían la gira y me dejarían atrás.

A medida que pasaba el tiempo y nadie llamaba, me fui poniendo cada vez más nervioso. ¿Qué había pasado? ¿Sería que los otros dos miembros del equipo aceptaron toda la culpa y nunca mencionaron que yo estaba ahí? Aunque hubiera deseado escapar de la ira de Abraham, eso no habría sido correcto, así lo decidí. Supe que tenía que decir la verdad, pedir perdón y tratar de redimirme. Era lo menos que podía hacer por la familia Quintanilla.

Por último, subí al auto y fui al estudio donde sabía que encontraría a Abraham. Estaba en la sala de control con uno de nuestros ingenieros de sonido observando a Selena mientras grababa una pista vocal. Ella me vio entrar pero me ignoró.

Me acerqué a Abraham, sin saber si sería despedido de inmediato o si me pediría que terminara el disco que estábamos grabando antes de irme. Le dije lo que había pasado en el hotel la noche anterior, sin ocultarle nada.

—Lo siento —le dije—. Eso jamás volverá a ocurrir. Permití que las cosas se me salieran de las manos. No lo impedí. No sé qué más decirte, pero te pido disculpas, y pagaré todos los daños.

Para mi sorpresa, Abraham aceptó mis disculpas. Sabía que lo que había dicho era cierto. Inclusive me abrazó y, una vez más, me tranquilizó.

—Todo va a estar bien, Chris.

Estaba rojo de vergüenza. ¿Por qué habían sido despedidos los otros dos miembros de equipo mientras que Abraham estaba dispuesto a darme una segunda oportunidad? Me agrada creer que, inclusive entonces, me consideraba como un hijo. De todos modos, volví a quedar casi paralizado por el complejo de culpa de estarlo engañando. Había sido honesto con este hombre que respetaba —aunque no del todo.

Por otra parte, todo había terminado entre Selena y yo. ¿Ya qué importaba? Por un instante, llegué a pensar que tal vez sería mejor para Selena terminar su relación conmigo.

Abraham me dijo que tenía algo que hacer.

—¿Te quedarás aquí un rato?

Pensé en Selena que estaba en el estudio y asentí.

—Sólo un rato más —le dije.

—Está bien. Cuídala —dijo Abraham y se fue.

—Muy bien.

Selena terminó de cantar y vino a la sala de control. Yo había permanecido de pie detrás de Red. Ahora, ella se encontraba de pie justo a mi lado, con su brazo rozando el mío, y dijo:

—¿Qué pasa?

—Nada —le dije, con un extraño cosquilleo en mi brazo—. Vine a disculparme con tu padre, le conté todo.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Estamos bien.

—¿Seguirás en la banda con nosotros?

—Sí.

De inmediato me abrazó y presionó mi cuerpo con el suyo.

—Espera un momento —le dije riendo—. Pensé que ya no estaríamos juntos.

—Cállate —respondió.

—No.

La miré de frente.

—Hablo en serio, debo pedirte disculpas a ti también —le hablé de mi plan de pagar todos los daños y agregué—: Espero no haberte hecho sentir demasiado avergonzada de mí. Sabes que nunca haría nada por herirte a propósito. No quiero perderte.

Me abrazó con fuerza.

—Nunca me vas a perder. Aquí estoy.

Permanecimos así por mucho tiempo, a pesar de que el ingeniero estaba en la sala de control con nosotros, haciéndose el que no veía ni oía nada.

Para ese entonces, empecé a hablar de Selena con algunos de mis amigos íntimos. También les conté a mis padres que estábamos saliendo. Sabía que me apoyarían, pero la primera vez que llevé a Selena a mi casa para que conociera a mi madre y a mi padrastro, ella estaba extremadamente nerviosa.

Selena se presentaría esa misma noche en San Antonio, por lo que estaba vestida ya para el escenario en un glamoroso vestido rojo y tenía el pelo suelto, hasta los hombros, bien peinado.

—Quiero verme lo más linda que pueda cuando conozca a tu mamá —me confesó, con timidez.

El encuentro entre Selena y mi mamá salió muy bien, después le dije que pude darme cuenta de que a mi mamá le gustó.

Sin embargo, Selena dijo:

—Estaba más nerviosa de ir a conocer a tu mamá que de salir esta noche al escenario.

Sin embargo, después de esa noche, Selena pasaba mucho tiempo en la casa de mi madre, cada vez que venía a San Antonio. Ahora tenía una excusa para hacerlo, porque había encontrado en San Antonio almacenes que vendían cuero, joyas, cuentas de colores y muchas otras cosas que necesitaba para hacer sus cinturones y el vestuario de la banda. Al ver las fotografías tomadas durante esa época, se la puede ver con esas enormes hebillas de pedrería que solía hacer.

Selena le decía a su familia que iría de compras a San Antonio y luego salíamos los dos al cine o a cenar. No temíamos que nos reconocieran en esa ciudad, aunque yo todavía permanecía en guardia. Selena quería que camináramos con su brazo rodeando mi cuerpo pero yo le decía, “Oye, sabes lo mucho que quisiera demostrarte mi afecto en público y todo eso, pero, hasta que no creas que tu padre está listo para saber de nosotros, será mejor tener cuidado”.

A veces, Selena simplemente se quedaba conmigo en la casa de mi madre. Se sentía más tranquila con mi madre que con cualquier otra persona, probablemente porque estaba lejos de todas las cosas que la preocupaban —y porque mi madre nos aceptaba como pareja. Selena solía sentarse en el columpio del patio, y permanecía allí meciéndose y

hablando con mi madre. También le encantaba caminar con ella por el barrio, porque era tranquilo y nunca nadie la reconocía.

También le gustaba ver a mi padrastro en la cocina. En una oportunidad, él había traído un enorme trozo de carne con hueso. Mientras hablábamos en la cocina, Selena no dejaba de mirar a mi padrastro, admirada de la forma como cortaba la carne para hacer un guiso y dejaba el hueso a un lado. Le fascinaban estos pequeños detalles domésticos porque durante muchos años había estado siempre de gira con su familia.

—¿Qué va a hacer con el hueso? —preguntó.

—Haré una sopa —dijo mi padrastro.

—¿De veras? ¿Puede usarse un hueso para hacer sopa? —quedó sorprendida.

Otra noche, cuando mi mamá sugirió salir a caminar, Selena preguntó si podía caminar hasta la esquina descalza.

Mi madre, sorprendida, le dijo que claro que podía.

—Pero, ¿por qué quieres hacer eso?

—Sólo quiero sentir el calor del cemento en la planta de los pies —dijo Selena—. Nunca tengo la oportunidad de hacerlo.

Otra tarde, estaba afuera lavando el auto con mi padrastro. Selena y mi madre acababan de volver de hacer compras cuando de pronto apareció el camión de los helados. Selena salió corriendo emocionada.

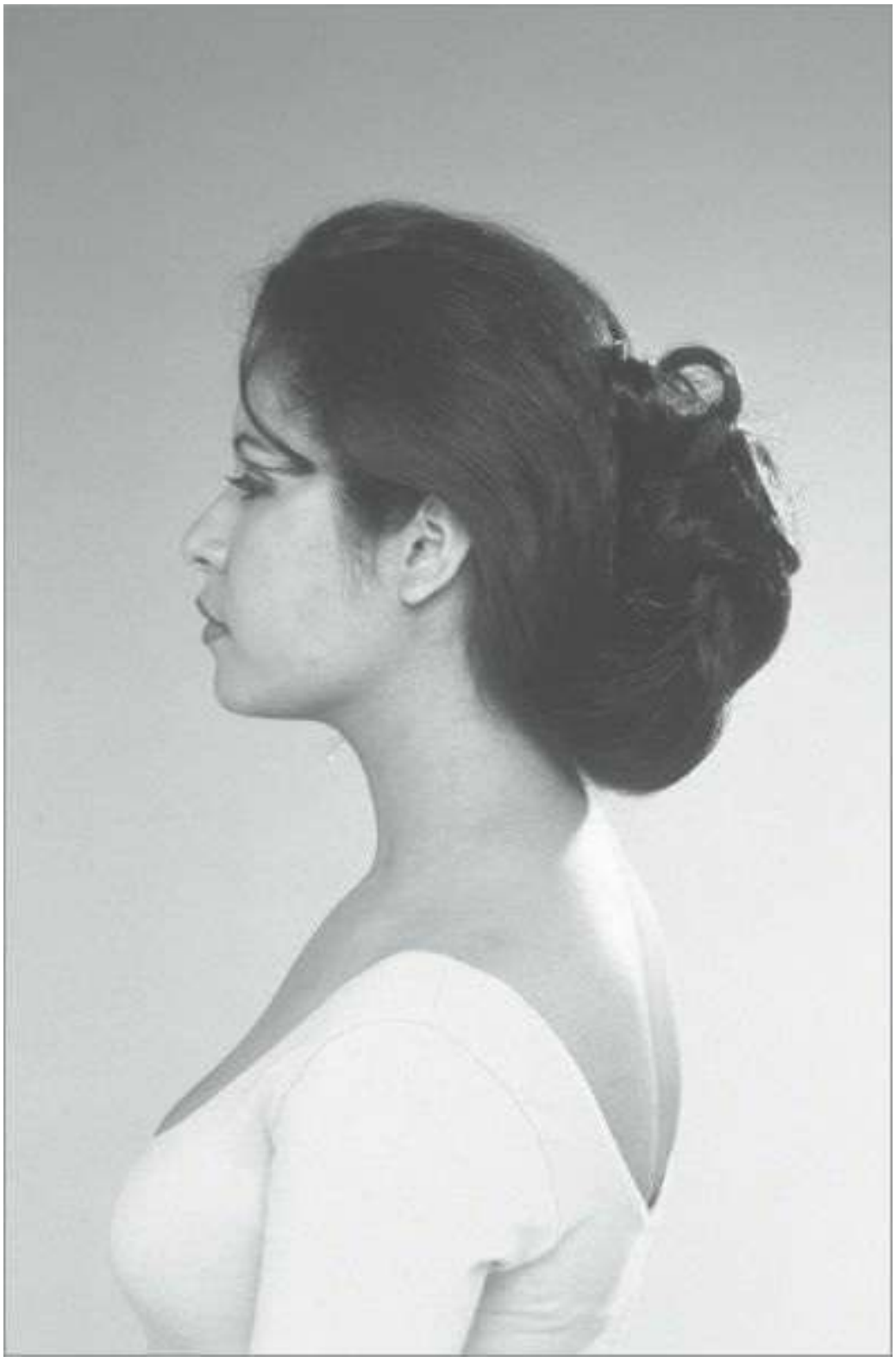
—¿Quieres helado, Chris? ¿Podemos ir al camión?

Reí y le dije que naturalmente lo haríamos. Selena salió a toda prisa hacia el camión recordándome, una vez más, todas esas cosas simples de la niñez que para mí eran normales pero que Selena nunca había vivido. Había sacrificado su niñez para hacer música y salir de gira con su familia.

Nunca se quejó, pero Selena realmente nunca pudo llevar una infancia despreocupada como la mayoría. A veces, no sabía cómo reaccionar ante ella. Me agradaba poderle dar al menos una vaga idea de la forma como vivían las personas comunes y corrientes. Ahora, al mirar atrás, sólo desearía haber podido hacer eso por ella con más frecuencia.

CUATRO

ANTE LA IRA DE UN PADRE



C.W. Bush/Shooting Star

En último término, lo que hizo que Abraham se diera cuenta de nuestra relación no fue nada que Selena y yo hubiéramos hecho. Pero desencadenó su ira contra ambos. Fue por su hermana Suzette.

Acabábamos de terminar una presentación en El Campo, Texas. Selena y yo nos habíamos quedado en Big Bertha mientras todos los trabajadores desarmaban el equipo. Todos los demás estaban fuera o en el bar y ella y yo hablábamos tranquilamente en la sala de descanso de la parte de adelante del autobús. No estábamos haciendo nada que pudiera despertar sospechas. Ni siquiera estábamos sentados uno al lado del otro; yo estaba sentado cerca de una mesa y Selena estaba en el sofá frente a mí. Nos habíamos cambiado de ropa y estábamos allí solo hablando cuando de pronto se abrió la puerta.

Instintivamente, Selena y yo nos enderezamos y nos quedamos en silencio mientras oíamos que alguien subía por las escaleras del autobús. Era solo Suzette. Antes de que tuviera tiempo de sentir alivio y hacer alguna broma, vi, sin embargo, por la expresión de Suzette, que no estaba tan feliz de vernos como nosotros de verla a ella.

—Cielos —dijo Suzette. Nos miró con los ojos muy abiertos y luego dio la vuelta y salió del autobús golpeándola tan fuerte que el autobús se alcanzó a estremecer.

Selena y yo nos miramos sorprendidos.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—No tengo idea —dijo Selena.

Jamás se nos ocurrió, ni a ella ni a mí, que Suzette fuera a buscar a su padre en ese momento y a contarle de nosotros. ¿Por qué lo iba a hacer? Suzette y yo siempre habíamos sido amigos. Como todos los demás miembros de la banda, ya sabía de la relación entre Selena y yo; ya nos había advertido, “Miren, yo no tengo nada que ver en lo que ustedes dos hagan. Y si papá me pregunta algo, le diré que no sé nada”.

Unos minutos después, se abrió de nuevo la puerta. Ahora el que entró fue Abraham. Subió las escaleras pero se detuvo cerca del puesto del conductor, mirándome directamente a los ojos.

—Chris, ¿puedes venir aquí un segundo? —preguntó. Parecía tranquilo, pero su boca estaba rígida y su voz ronca, ya fuera por cansancio o tensión.

—Claro.

Me levanté de la mesa, mientras sonaban campanas de alarma en mi cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Selena.

Yo me encogí de hombros y seguí a su padre. Para cuando llegué al borde de las escaleras del autobús, Abraham estaba de nuevo afuera, solo esperándome. Sus ojos negros tenían una expresión dura y tenía los hombros hacia atrás. ¿Qué estaba pasando?

Habíamos hecho una presentación en Houston la noche anterior; Abraham había recibido el pago de la presentación en efectivo y de alguna forma había salido apresuradamente de la habitación del hotel al día siguiente sin su billetera llena de dinero que había caído bajo la cama. Para cuando se acordó, ya estábamos preparándonos para la presentación en El Campo. Abraham decidió tomar prestado el auto de mi amigo Carlos, cuya banda abriría nuestra presentación esa noche, para poder ir a toda prisa a Houston, esperando que por algún golpe de suerte el dinero aún estuviera allí.

Afortunadamente lo encontró. Sin embargo, recordé que ese incidente había hecho que Abraham no estuviera presente en nuestra presentación en El Campo —y, probablemente, lo había dejado aún más cansado e irritable de lo habitual, sobre todo porque no tenía a quién culpar, ya que él era el único culpable.

Cuando bajé del autobús y me reuní con él en la calle, fui descartando todas las demás posibles razones por las cuales Abraham podría estarme llamando para hablar a solas conmigo. Ninguna de esas razones parecía ser la adecuada. ¿Sería que yo había dicho o hecho algo que lo disgustara?

Sin duda Abraham estaba furioso. Empezó a caminar alejándose de mí, con los hombros arqueados hacia adelante y los puños cerrados. Mientras, pensaba, *Oh, Señor, que no vaya a hacer nada*. Lo seguí hacia la parte posterior del autobús, donde el generador producía un fuerte

golpeteo.

De pronto, Abraham se detuvo tan rápido que casi me tropiezo con él. Giró rápidamente y me señaló con el dedo.

—Suzette me acaba de decir que entró al autobús y los vio tomados de la mano —dijo—. No sé qué habrá entre ustedes, pero lo que sea, debe cesar ahora mismo.

Yo me quedé callado mientras Abraham seguía gritando y apuntando hacia mí con su dedo, intentando intimidarme.

—¡Y algo más! —terminó—, si mencionas una sola palabra de esta conversación a Selena, yo lo negaré y ella me creerá.

¿Qué razón había tenido Suzette para ir a decirle algo? Hasta el día de hoy, no tengo la menor idea. Fue probablemente algún desacuerdo entre hermanas —nada grave, simplemente un momento de mal humor.

Yo habría podido decir que no era cierto que estuviéramos tomados de la mano con Selena. Después de todo, esa era la verdad. Pero no lo hice. Abraham tenía una buena razón para acusarme. Además, estaba cansado de vivir con la preocupación de que día tras día, Selena y yo estuviéramos haciendo algo malo al amarnos y no decírselo a su padre.

Sabía que tarde o temprano Abraham descubriría nuestro secreto, y esta preocupación había sido una constante espina en mi costado. Ahí estábamos los dos, felices y enamorados, sin embargo, esta situación era algo que yo siempre deseaba poder resolver. Más que por mí mismo, quería resolver la situación por el bien de Selena. Ella trabajaba más duro y con más generosidad que nadie que haya conocido. Merecía tener la bendición de su padre y que todos estuvieran felices por ella.

No quise seguirle mintiendo a Abraham. Al mismo tiempo, tampoco quería desafiarlo ni hacer que se disgustara más de lo que ya estaba. Si hubiera palabras correctas o acciones apropiadas para hacer que cambiara su forma de pensar acerca de Selena y yo, habría dicho o hecho lo que fuera. Simplemente no sabía qué decir ni qué hacer.

Me limité entonces a decir, “Está bien”. ¿Qué otra cosa podía decir? Todo lo que quería en ese momento era desactivar la explosiva situación. Mi única otra opción habría sido decirle, “No, no voy a dejar de ver a Selena”. Tenía una idea muy clara del efecto que eso podría

tener.

Afortunadamente, pareció quedar satisfecho con mi respuesta. Abraham se dio vuelta sobre sus tacones y se alejó furioso. Debe haber pensado que había ganado. No sabía lo seria que era ya mi relación con Selena. Sin duda no sospechaba que Selena y yo fuéramos ya novios, ni que nos veíamos prácticamente cada tercer día cuando no estábamos de gira. En su concepto, su hija y yo éramos sólo dos muchachos que empezaban a coquetear. ¿Enamorados? Imposible.

Cuando Abraham se alejó disgustado y comenzó a trabajar con el equipo de montaje, yo volví donde Selena al autobús.

—Creo que tu hermana le dijo a tu padre que subió al autobús y nos vio tomados de la mano —le dije.

Selena se disgustó; quiso ir a buscar a Suzette y decirle todo lo que pensaba de ella. Me vi obligado a tranquilizarla. No quería que Selena discutiera con Suzette frente a todos los demás. ¿Eso de qué serviría? Todas las personas a las que queríamos, con excepción de Abraham, ya sabían de nosotros, o nos habían visto expresar nuestros sentimientos de una u otra forma —mi mamá, la mamá de Selena, mi amigo Carlos y su mamá, nuestros amigos, todos los miembros de la banda— por lo tanto, una discusión en público sólo empeoraría las cosas con Abraham.

El ambiente dentro del autobús se hizo increíblemente tenso en los días siguientes. Yo procuraba mantener el equilibro, como en una cuerda floja, entre tener contenta a Selena y a todos los demás, incluyendo a su padre y a los miembros de la banda. No quería perder mi trabajo. Y, como un tonto, seguía pensando que una vez que Abraham se calmara, todos podríamos hablar abiertamente acerca de lo que estaba ocurriendo y él aceptaría la situación.

No fue así. Abraham, en cambio, se convirtió en alguien cada vez más difícil de tratar. Estaba a punto de perder a su niñita —y además su estrella— y mantenía la guardia en alto. Los miembros de la banda, incluyendo A.B. y Suzette, me dieron la espalda, y sólo me dirigían la palabra cuando era absolutamente necesario para el trabajo que estuviéramos haciendo.

Entre tanto, seguí actuando como si nada pasara entre Selena y yo. No

quería ser irrespetuoso con Abraham; tampoco quería poner en riesgo mi trabajo en la banda. Me encantaba tocar con Los Dinos. Sabía además cuánto se molestaría Selena si no pudiéramos actuar con ellos.

Realmente me sorprendió que Abraham me permitiera quedarme. Debe haber supuesto que yo iba a hacer todo lo que él dijera. Era lo que hacían todos los demás. Por otra parte, ¿cómo iba yo a representar una amenaza o cómo podría ser digno del afecto de su hija? Él estaba a cargo de su familia y de su banda. Yo era sólo un guitarrista de segunda clase y se conseguían músicos a diez centavos la docena.

Al mismo tiempo, Abraham estaba ahora más que alerta para detectar cualquier problema potencial dentro de sus líneas. Nos mantenía a todos bajo estrecha vigilancia, asegurándose de estar con Selena el 99% del tiempo en cualquier sitio donde ella fuera. Estaba lejos de saber que Selena y yo aún nos veíamos en San Antonio y en Corpus cada vez que la banda estaba de gira.

Claro está que hirió mis sentimientos el que los demás miembros de la banda también me hicieran a un lado. Creía que éramos amigos, pero ahora dejaron muy en claro que ninguno me apoyaba. Por otra parte, ¿qué más podía esperar? Al igual que yo, ninguno de los otros estaba dispuesto a perder su trabajo ni disgustar a Abraham. No me decían que dejara de ver a Selena, por lo que creo que esa era su forma de demostrarnos que sí nos apoyaban, pero de ahí no pasaba.

En una ocasión, A.B. y yo estábamos sentados dentro del autobús cuando nos dimos cuenta de que Abraham caminaba lentamente de un lado a otro en la acera, y era evidente que estaba triste. Tuve la intención de bajar del autobús, acercármele y decirle lo que sentía por Selena, pero sabía que nada de lo que pudiera decirle evitaría que entrara en otro ataque de ira.

—¿Sabes? Odio esta situación —le dije a A.B.

—¿Qué es lo que odias? —preguntó.

—Odio que para tu papá sea tan difícil aceptar que Selena y yo podríamos amarnos.

—No te preocupes —me tranquilizó A.B. — Papá lo superará pronto. Sólo debes darle tiempo.

Cielos, me dije. *No veo que eso vaya a ocurrir jamás*.

A pesar de esta agotadora tensión, Selena y yo seguíamos felices juntos. Nos divertíamos mucho cuando salíamos a cenar, cuando pasábamos un rato en casa de mi madre en San Antonio o cuando íbamos a visitar a amigos que sabían de nuestra relación.

Uno de mis recuerdos favoritos es de una vez que visité a Selena en Corpus Christi y terminamos dando un largo paseo al borde del agua. Fuimos hasta el final de uno de los malecones, donde nos sentamos y hablamos de nuestra situación, prometiéndonos, una vez más, que nada podría separarnos.

Mientras estábamos allí sentados, Selena apoyó su cabeza contra mi hombro y empezó a cantar en voz baja una de mis canciones favoritas, "More than Words", de una excelente banda llamada Extreme, que yo le había presentado poco tiempo antes. La letra parecía describir con absoluta precisión lo que sentíamos el uno por el otro.

Jamás he estado más feliz que en ese momento, sentado en ese malecón en Corpus, mientras Selena me cantaba. Pensaba que era algo sorprendente que esta mujer, que tanto quería, cantara para mí, sólo para mí, con su increíble voz, mientras el agua se estrellaba contra la orilla bajo el enorme cielo azul de Texas.

Después de la muerte de Selena, la banda Extreme vino a Corpus a hacer una presentación y dedicó esa canción a Selena porque le dije al cantante principal que a Selena le encantaba esa letra. Pero eso fue más tarde, después de lo que ocurrió.

El día en que Abraham, al fin, me echó de Los Dinos empezó como

cualquier otro. Íbamos de gira en el autobús. Acabábamos de terminar una presentación y nos encontrábamos todos sentados en la sala de la parte delantera del autobús. El ambiente aún chisporroteaba por la tensión. Era evidente que los miembros de la banda se estaban cansando de esta situación y la mayoría me ignoraba. Estoy seguro de que querían que me fuera para que volviera a reinar la paz en su mundo.

No hubo una discusión ni ninguna situación que provocara la ira de Abraham, pero le hervía la sangre. Al recordar ese día, creo que la idea de que, posiblemente, Selena y yo nos estuviéramos escapando juntos lo tenía obsesionado y ya no aguantó más.

Por alguna razón, cualquiera que fuera, mientras nos dirigíamos a casa después de la presentación, Abraham frenó, orilló el autobús, se dio vuelta y comenzó a gritarme desde el puesto del conductor.

—¡Ya basta! ¡Ya todo ha terminado entre Selena y tú! Desde este momento, todo se acabó. ¡Esto no va a seguir así!

Miré por la ventana considerando rápidamente mis opciones. Habíamos estado en un pueblo pequeño, a sólo unas millas de distancia; al menos, Abraham había detenido el autobús a un lado de la carretera. Si las cosas aquí dentro llegaban a un punto intolerable, podría ir a pie a ese pequeño pueblo y llamar a un amigo para que me recogiera.

Ahora, aún gritando, Abraham venía hacia mí, mientras nos gritaba a los dos, acusándonos de tomarlo por un tonto.

—¡Eso que hay entre tú y Chris, sea lo que sea, no lo voy a permitir! —le gritó a Selena—. ¡Él no tiene nada que ofrecerte!

Selena comenzó a discutir con su padre. Mientras tanto, yo me sentía atrapado. Sabía que si reaccionaba como realmente desearía hacerlo, poniéndome de pie y gritando también para expresar mi propia ira ante los insultos que Abraham me estaba lanzando, las cosas sólo empeorarían.

De pronto me sentí extenuado y pensaba, *¿Será cierto? ¿Tendrá que ser así? ¿Por qué?*

Es posible que diera la impresión de estar allí tranquilamente sentado aceptando todo lo que Abraham me estaba diciendo. Por último, me paré y permanecí de pie junto a Selena para darle mi apoyo.

Abraham me fulminaba con los ojos.

—¿Sabes lo que eres? ¡Eres como un cáncer en mi familia!

—¡No le hables así! —gritó Selena—. ¡Amo a Chris y Chris me ama!

—¡Claro que te ama! —le respondió Abraham gritando—. ¡Eres hermosa y eres rica!

Siguieron discutiendo así por un tiempo mientras yo permanecía ahí parado. Estaba más dolido que furioso de que Abraham pudiera decir esas cosas. Comprendía por qué tenía miedo de perder a Selena, pero él me conocía lo suficiente como para saber que yo no era el tipo de hombre que fingiera estar enamorado por interés.

—¡Si esta tontería entre ustedes dos continúa, acabaré con esta banda! —declaró Abraham al ver que Selena no se retractaba.

Miré alrededor a todos los que estaban en el autobús. Sabía que Abraham jamás terminaría la banda. Significaba mucho para él. Pero vi que todos estaban muy preocupados. Me sentí más cansado que nunca. Sólo quería salirme de allí. Estaba cansado de estar constantemente nervioso, como si enamorarme de Selena fuera algo prohibido. Estaba harto de soportar a Abraham, quien se empeñaba en hacerme la vida imposible.

En la mitad de la discusión, dije, de buenas a primeras:

—Me voy de aquí. Al diablo con todo esto. Buscaré mi propio camino. De todas formas, no quiero seguir viajando en este autobús.

—¡No puedes irte! —gritó Selena.

La abracé por un momento.

—Es tu padre, Selena —le susurré—. Te amo, pero ya no resisto más esta tensión. Tengo mi familia. Ésta es la tuya.

Sabía que yo tenía razón. Ya no podía pasar nada más. Era un hecho que Abraham y yo no íbamos a poder resolver nuestras diferencias hablando. Estaba demasiado alterado y disgustado para que eso fuera posible.

Bajé del autobús, respiré profundo unas cuantas veces el aire de la noche y comencé a caminar por la carretera mientras el autobús reanudaba su camino echando humo por el tubo de escape.

Esa noche, al bajar del autobús, se me quedó una de mis guitarras. Unos días después le pedí a Jesse, un buen amigo mío, que fuera a recoger la guitarra cuando Selena y Los Dinos vinieran a presentarse en San Antonio.

Más tarde, Jesse me contó lo que había pasado. Mientras él buscaba a los miembros del equipo de apoyo y preguntaba por mi guitarra, Abraham se le acercó. Él sabía que Jesse y Selena eran amigos porque hacía poco había escuchado un mensaje de Jesse en el teléfono de Selena.

— ¿Para qué quieres hablar con Selena? —preguntó Abraham.

— Problemas del corazón —respondió Jesse. Y era cierto.

—¿Qué me dices de tu amigo Chris? —preguntó Abraham—. ¿Aún se ve con Selena?

—No lo sé —respondió Jesse.

—Vamos —dijo Abraham—. Son amigos, ¿no es verdad? Sé que Chris te lo cuenta todo. No intentes engañarme.

—¿Por qué se opone a que estén juntos? —preguntó Jesse.

Abraham rió.

—Chris no tiene nada que ofrecer. No tiene dinero ni futuro. Es sólo un músico más del montón.

—Es mi amigo —respondió Jesse—. No quiero que hable así de él. Además, él y Selena se aman.

—¡Chris y Selena jamás serán novios! —gritó Abraham.

—Entonces, tendrá que matar a mucha gente, empezando por mí —respondió Jesse, tomó mi guitarra y se fue.

Debido a que ya no trabaja con Los Dinos, Abraham no me podía controlar. Selena me dijo que, aunque los miembros de la banda nos

apoyaban como pareja, se sintieron realmente aliviados cuando me bajé del autobús. A.B. había contratado su antiguo guitarrista y eso fue todo, o al menos lo que todos pensaron.

Sabía que Selena y yo seguiríamos juntos. En ese momento no pensaba en casarnos —Selena y yo éramos aún unos niños— pero sabía definitivamente que estaba enamorado y quería estar con ella.

De vuelta en San Antonio, seguía viviendo en el apartamento de mi padre y tocando música. Ahora me sentía en libertad de contarle a todos sobre mi relación con Selena y lo que había pasado con su familia. Era extraño, en cierta forma, verme rodeado de tantas personas que me querían. Había estado inmerso en la familia de Selena y en la banda de Los Dinos por tanto tiempo que se me había olvidado lo que era tener tanto apoyo. Recordé lo buenos que eran mis amigos y familiares.

Comencé a tocar con mis amigos Rudy y Albert. Logramos obtener algunos contratos y ganamos bastante dinero. En términos generales, me iba bien. Más que bien: me había librado de la presión. Hablaba frecuentemente con Selena por teléfono y nos veíamos cada vez y de cualquier forma que pudiéramos. Aún salía de gira con mucha frecuencia pero eso no importaba; los fines de semana yo estaba ocupado trabajando y ella también. Pero todavía pasábamos juntos los días de semana.

Ya libre de la molesta situación con su padre y los demás miembros de Los Dinos, empecé a gozar la vida de nuevo. Sin embargo, Selena aún sufría por tener que vivir con el complejo de culpa de ocultarle a su padre que estaba saliendo conmigo. Estaba llena de esa misma energía nerviosa que yo había experimentado antes de dejar la banda.

Además, a Selena siempre le gustó correr riesgos, pero esa energía la obligaba a hacer cosas aún más locas cuando no estábamos juntos. Por ejemplo, una noche, Selena me llamó para decir que se había lastimado haciendo bungee-jumping.

—¿Que estabas haciendo qué? —le pregunté extrañado, seguramente había oído mal.

Pero no era así. Selena había ido a un carnaval con unos amigos. Una de las atracciones era una plataforma alta adonde se subía por una

escalera, y después de ponerse un arnés amarrado a una banda elástica, se daba un salto al vacío desde esa altura. En la caída, Selena se había torcido la espalda; había ido donde un quiropráctico, pero el dolor seguía siendo muy agudo.

—¿Y qué rayos te pasó por la cabeza para hacer algo tan peligroso? —le pregunté—. ¿Qué te hizo hacer semejante cosa?

—Me retaron —respondió.

Tuve que reírme. Tal como lo había descubierto ya, era un error retar a Selena a que hiciera cualquier cosa, porque el 99,9% de las veces, aceptaba el reto.

—Bueno, ¿qué se siente al hacerlo? —le pregunté.

—Es aterrador saltar desde esa altura al vacío —me dijo—. Pero realmente la parte más miedosa, justo cuando estaba recuperando el aliento y me empecé a sentir más tranquila, fue que la cuerda me volvió a llevar hacia arriba y sabía que tendría que volver a bajar. La segunda vez fue definitivamente peor que la primera. ¡Jamás lo volveré a hacer!

Aproximadamente un mes después de salir de la banda de Los Dinos, estuve un día en San Antonio con Selena. Fuimos a comer, hicimos compras y luego nos quedamos en la casa de mi madre. En el corto tiempo que estuve con ella, pude sentir que me estaba abriendo, que mi comportamiento hacia todos los que conocía era más generoso. Ahora siempre les decía a mis padres que los quería, tal como lo hacía Selena con todas las personas que apreciaba. Hasta compraba pequeños regalos por impulso para distintas personas porque había visto lo feliz que se sentía Selena al hacer esto —y yo había experimentado la alegría que sentían mis amigos al ver que había pensado en ellos. Jamás en un millón de años me habría convertido en una persona tan generosa de no haber sido por Selena, quien me mostró cómo hacerlo.

En ese día en especial, Selena se había escapado para encontrarse

conmigo en San Antonio diciéndole a su familia que tenía que hacer algunas diligencias y que cenaría con sus amigas. Por fin tuve que obligarla a salir de la casa de mi madre, porque no quería que se fuera conduciendo el auto tarde en la noche y que le hicieran preguntas al llegar a su casa.

—Al menos deja que te lleve a tu apartamento —dijo Selena rodeándome la cintura con sus brazos.

—No, no. Llamaré a Jesse y él me llevará —le dije—. Ya es demasiado tarde. Además, quiero poder hablar contigo por teléfono, mientras conduces hasta tu casa.

Selena y yo podíamos hablar durante horas; habían pasado sólo unos minutos después de haberse ido, y ya estábamos hablando por teléfono. De pronto alguien llamó a la puerta de la casa de mi madre. Ya había oscurecido, nadie tenía por qué venir allí a esa hora. *¿Quién podría ser?* me pregunté.

Aún estaba en el teléfono con Selena.

—Espera un momento, no cuelgues —le dije, y fui a la ventana a mirar por entre la persiana.

El carro de Abraham estaba estacionado al frente. Entré en pánico. ¿Cómo me había podido seguir hasta aquí? Luego recordé que había escrito la dirección de la casa de mi madre en los formatos de nómina al unirme a la banda.

—Santo cielo —le dije a Selena—. Tu papá está aquí afuera.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué está haciendo allá?

—No lo sé. Voy a colgar para ver qué pasa. Te vuelvo a llamar —le prometí, y fui hacia el pasillo de entrada con el teléfono todavía en la mano.

Era evidente que Abraham estaba ahí para confrontarme. Tal vez, inclusive, para ver si Selena estaba conmigo.

Antes de que hubiera podido atravesar el pasillo para abrir la puerta, mi padrastro la abrió. Yo llegué por una esquina del pasillo y vi a mi padrastro con la puerta entreabierta. Había asomado la cabeza para ver quién era.

—¿Qué se le ofrece, señor? —preguntó mi padrastro en tono seco.

Fue entonces cuando vi que mi padrastro tenía un revólver en la mano. Era el arma más vieja que jamás había visto y nunca lo había visto usarla; sólo la tenía para asustar a los intrusos.

Mi padrastro había conocido a Abraham anteriormente y sabía quién era. Sabía lo que nos estaba haciendo a Selena y a mí y no le gustaba. Imagino que esta fue la forma de demostrar su desagrado.

—Hola, Abraham. ¿Qué pasa? —le pregunté desde donde me encontraba, detrás de mi padrastro.

Él miró hacia atrás y me dijo:

—Ah, ¿conoces a este hombre?

—Sí señor —le dije sin quitar la vista del arma—. Es Abraham, el padre de Selena.

Mi padrastro abrió un poco más la puerta y retrocedió. No dejaba de mirar a Abraham de arriba a abajo, con una expresión que hablaba por sí sola, *Sólo intente hacer algo. Inténtelo*.

No me gustaba que mi padrastro tuviera la pistola. Sin embargo, pensé que era muy bueno que una persona como Abraham —un hombre tan habituado a intimidar a los demás, acostumbrado a que el mundo entero girara a su alrededor— viera que yo también tenía amigos y familia.

No lo invité a entrar. Salí al frente de la casa hacia su automóvil, sabiendo que él tendría que seguirme, y le pregunté:

—¿Qué sucede, Abraham?

—¿Has hablado con Selena? —me preguntó.

Su tono de voz era sorprendentemente amable, aunque tal vez podía tener algo que ver con el arma.

—No —le dije—. ¿Por qué?

Me sentí muy mal al mentirle. Pero al mismo tiempo no quería hacer las cosas más difíciles para Selena de lo que ya eran. No estaba dispuesto a decirle a Abraham que había pasado todo el día con su hija y que por escasos minutos se había escapado de encontrarse con ella.

—Se supondría que ya debía estar en la casa, eso es todo —dijo Abraham—. Estaba preocupado.

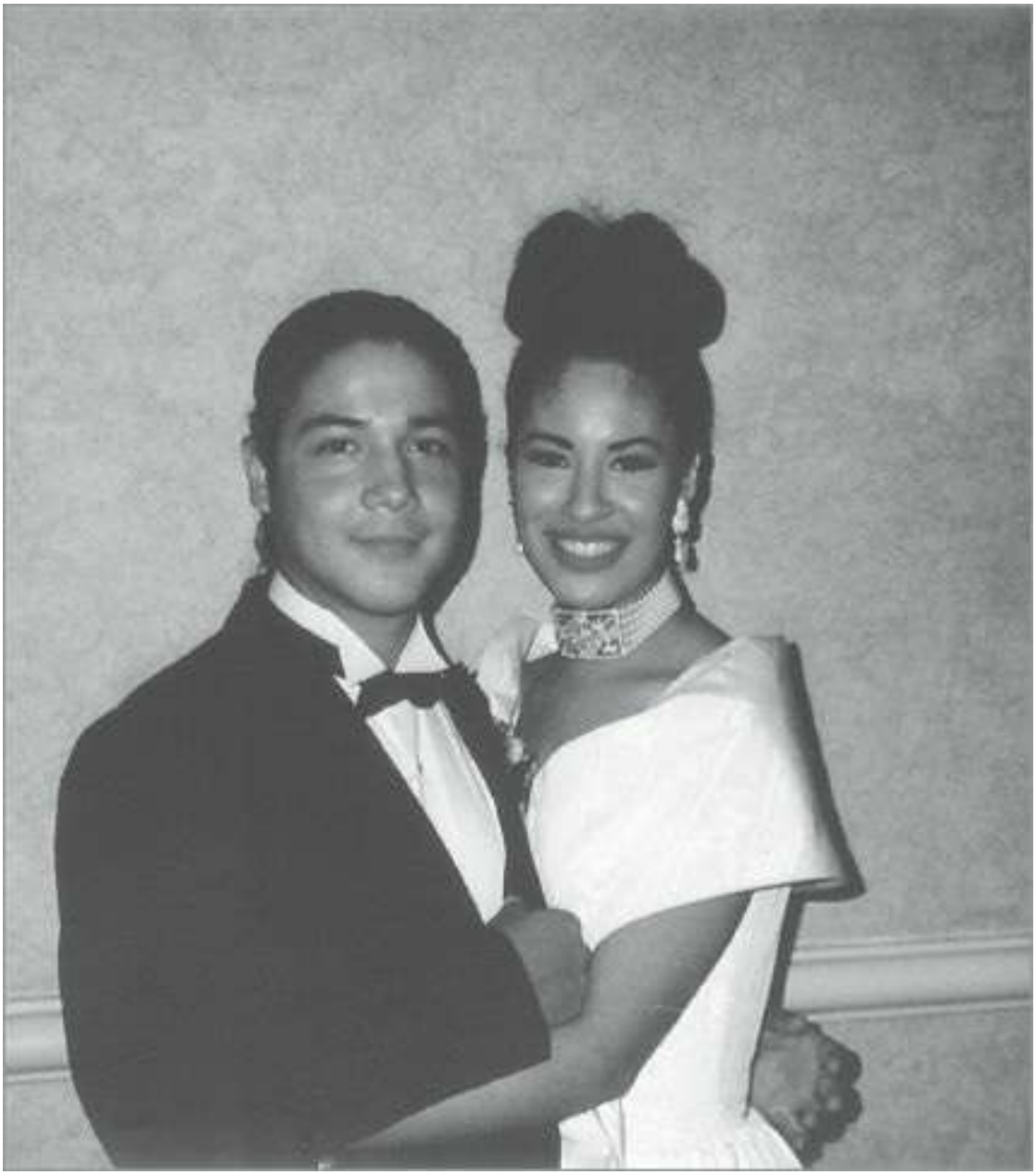
—Estoy seguro de que no tardará —respondí—. Si le hubiera pasado

algo, usted ya lo sabría.

Habíamos llegado hasta donde estaba estacionado el auto de Abraham y fue entonces cuando vi el mapa doblado en el asiento de adelante en esa extraña forma en que se doblan los mapas cuando las personas están apuradas. Este hombre realmente había venido a buscarme. No estaba dispuesto a rendirse en su intento por destruir cualquier cosa que hubiera entre Selena y yo. Simplemente no tenía la menor idea de que nuestro amor sería un contrincante formidable.

CINCO

UNA BODA EN SECRETO



Cortesía del autor

Selena y yo permanecimos en compás de espera por unos dos meses de ahí en adelante. Me decía que su padre seguía viéndome como una amenaza. Abraham se preocupaba de que, al estar Selena conmigo, yo pudiera convencerla de abandonar la banda y entonces, todo lo que él había hecho se "iría a pique", tal como se lo había dicho a Selena. Por más que Selena le discutiera, le rogara o le llorara, no daba señales de renunciar a su propósito.

Después, el 2 de abril de 1992, en una habitación de hotel de Corpus Christi, me desperté con los golpes de alguien que llamaba a la puerta.

Yo había estado con Selena la noche anterior y nos quedamos a dormir en Corpus porque salimos y se nos hizo muy tarde. Mi hotel, el Gulf Beach II en Surfside Boulevard, quedaba del otro lado del puente del muelle, en relación con la ciudad, y allí me quedaba normalmente cuando iba a verme con Selena. Nos sentíamos seguros y en un lugar más escondido al estar separados de su familia por el puente.

De hecho, ninguna de las personas con las que solíamos estar en Corpus pasaba con mucha frecuencia al otro lado del puente, por lo que no tenía que preocuparme de que alguien pudiera ver mi auto y pudiera decirle a Abraham que yo estaba en la ciudad. Siempre que ella no estaba en su casa en Sunset, pensaba que Abraham debía haber ido a cada uno de los hoteles en Corpus Christi, Texas, buscándonos. Por esa razón, Selena nunca se quedaba conmigo en las noches.

Con mucha fortaleza, Selena había cumplido siempre su agenda de presentaciones a pesar de sus desacuerdos con su padre —era una profesional y sabía que los ingresos de su familia y su reputación dependían de que ella cumpliera los contratos que Abraham conseguía para la banda. Yo sabía que Selena debía salir temprano en la mañana para una presentación en El Paso. En cambio, yo no tenía que llegar a ninguna parte por lo que decidí dormir e irme a la hora de salida del hotel.

Los golpes en la puerta no cesaban; abrí los ojos y miré la hora en el despertador del hotel. Eran las diez y unos minutos. Debe ser la

camarera la que está golpeando, decidí, pensando que tal vez yo ya salí del hotel.

—No, ahora no —grité sin salir de la cama—. Vuelva más tarde. La hora de salida es a mediodía.

Los golpes en la puerta continuaron con mayor insistencia.

—¡Vuelva más tarde! —grité de nuevo—. ¿No ve el letrero en la puerta?

Pero los golpes no cesaban. Renegando, me levanté de la cama, me puse rápidamente los jeans y miré por el ojo de seguridad de la puerta.

No era la camarera. Era Selena.

Lo primero que pensé era que algo le debía haber pasado a su padre. Me costó trabajo abrir la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no estás en El Paso? ¿No tienes una presentación? ¿Pasó algo?

Lloraba tanto que no me podía contestar. Simplemente la abracé por un rato en la cama, sintiendo su cuerpo temblar contra el mío para que me dijera lo que estaba pasando.

Al fin Selena se incorporó y empezó a decirme que ya no podía estar separada de mí por más tiempo.

—No quiero que nadie nos impida estar juntos —dijo—. Casémonos ya.

Sin salir de mi asombro, me limité a mirarla fijamente.

—Espera un momento. Te amo. Quiero estar contigo. Sabes que quiero casarme contigo algún día. Pero, ¿por qué tenemos que hacerlo así, ahora mismo?

—No hay otra forma —dijo, y comenzó a llorar de nuevo—. Tenemos que casarnos a escondidas.

Yo estaba totalmente confundido. Por una parte, yo sabía que ella tenía razón, mientras que por otra, me preocupaba por las cosas a las que ella tendría que renunciar al hacerlo. Quería casarme con Selena. Pero también entendía, por estar con Selena y haber visto como reaccionaba cuando veía una escena de una boda en una película o una fotografía de una novia, cuánto anhelaba ese glorioso día de la boda. Siempre hablaba de lo que haría para planear su boda, cada detalle, hasta las invitaciones

y el pastel. Si nos casábamos a escondidas, eso nunca se daría.

—No, no, no —le dije—. No quiero casarme a escondidas de todos. Podemos pensar en otra forma de hacerlo. Sólo que tomará algún tiempo lograr que tu padre se acostumbre a la idea.

—Nunca lo hará —respondió—. ¡Ya has visto cómo es!

Yo seguía resistiéndome. En realidad, en lo más profundo de mi ser, me aterraba que si nos casábamos de inmediato, sin esa ceremonia de cuento de hadas, Selena siempre se iba a lamentar de nuestra relación.

—Siempre has querido una boda —le recordé, acariciando su pelo y acercándola a mí—. No quiero que te pierdas de ese vestido blanco ni de las damas de honor ni de las flores. Has soñado con eso toda tu vida. Quieres estar rodeada de toda tu familia. Quieres que tu padre entre contigo a la iglesia y te entregue a mí.

Selena me interrumpió, y me paró en seco.

—Eso jamás va a ocurrir, Chris.

Y cuando lo dijo, le creí.

—Está bien —dije por fin—. Nada en el mundo me haría más feliz que casarme contigo ¿Qué tenemos que hacer?

—Vamos a donde un juez civil y nos casamos —respondió—. Lo podemos hacer ahora mismo. Es la única forma de que nos deje en paz, Chris. Entonces podremos estar juntos.

— Está bien —le dije—. Casémonos.

No podía creer que esas palabras hubieran salido de mi boca. ¿Casado? ¿Yo? ¡Tenía apenas veintidós años! Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Selena tenía razón. Nos amábamos, y no había forma de que pudiéramos estar juntos a menos de que estuviéramos casados. Abraham no podía impedir que nos viéramos si legalmente éramos esposos. Me encantó esa palabra, “esposos”, al mirar a Selena y decirle de nuevo:

—Vamos, ¡casémonos!

Jamás olvidaré la sonrisa de Selena cuando le dije eso. Pude sentir cómo toda la presión y el estrés salían de su cuerpo y cómo me miraba mientras me vestía para ir al tribunal del juez de paz. Lo único que tenía para ponerme era una camisa y unos jeans; Selena tenía una falda y unas botas.

—No pude ponerme nada mejor —me dijo con timidez—. Si lo hubiera hecho, papá habría sospechado que estaba tramando algo.

En nuestro segundo aniversario de matrimonio, Selena y yo comenzamos a hablar de renovar nuestros votos a los cinco años. Nos prometimos que entonces tendríamos una ceremonia de verdad. Selena compró un vestido de novia y empezó a recortar fotografías de arreglos florales que le gustaban o de centros de mesa para la recepción. Inclusive ordenó un libro de registro de boda con una carátula enchapada en oro. El libro tenía nuestros nombres escritos y la fecha de nuestro matrimonio: 2 de abril de 1992. Lo tenía todo planeado, habría sido una ceremonia hermosa. Se me rompe el corazón ahora cuando lo pienso.

En el Tribunal del Condado de Nueces, Selena tomó el mando y lo único que tuve que hacer fue seguirle la corriente. No estaba nervioso, pero me sentía un poco aturdido, como si estuviera en shock por haber tomado una decisión tan precipitada —una que, sin duda, tendría consecuencias que aún no podía prever. Yo nunca habría sabido qué hacer, pero Selena no dejaba de hacer preguntas a los dependientes que estaban en los puestos de atención al público, quienes le explicaban todos los requisitos. Tuvimos suerte de que el dependiente hiciera una excepción en lo que se refería al período necesario para obtener una licencia de matrimonio—probablemente porque todos en Corpus sabían para ese entonces quién era Selena.

Pagamos lo que había que pagar, firmamos los papeles necesarios y luego nos pusimos de pie frente al Juez de Paz, quien pronunció unas pocas palabras. Después, *¡bum!*, así como así, estábamos casados. Fue una locura. No podía creer que Selena y yo estuviéramos realmente en ese salón pronunciando nuestros votos matrimoniales.

Esos momentos pasaron muy rápido, sin embargo, supe que lo que

sentía por ella en ese preciso momento sería lo que sentiría por ella por siempre. Sin importar lo que hubiera pensado antes acerca del matrimonio —en el que, a decir verdad, no había pensado mucho, dada mi propia historia familiar— sentí, con gran certeza, que recordar esos votos matrimoniales siempre sería una especie de pegamento que nos mantendría unidos.

A ninguno nos importó estar allí solos los dos frente al Juez de Paz ni tampoco el hecho de ser tan jóvenes. Todo lo demás —aún todas las ideas que Selena tenía sobre la boda a la que estaba renunciando y todas sus preocupaciones por su padre y por la banda— salieron volando por la ventana.

Estábamos enamorados. Éramos esposos. Éramos felices. Ya nadie podía separarnos. Eso era lo único que importaba.

La mejor parte del día fue el momento en que salimos tomados de la mano del Tribunal del Juez de Paz, con nuestros hombros rozando uno contra otro, en vez de tener que mantenernos separados al estar en público. Fue una sensación maravillosa, aunque yo no dejaba de pensar en lo que haría Abraham cuando recibiera la noticia. Selena y yo estábamos muy tranquilos con nuestra decisión, felices de saber que, al fin, habíamos comenzado oficialmente nuestra vida juntos. Teníamos toda la intención de vivir felices para siempre. Nadie podría impedírnoslo ahora.

Después de la boda fuimos directo del Tribunal del Juez de Paz de Corpus al apartamento de mi padre en San Antonio donde recogí mis cosas. De pronto, San Antonio nos pareció un lugar seguro dado que Abraham estaba en Corpus y aún no estábamos listos para enfrentar a la familia de Selena y darles la noticia. Fuera de eso, no teníamos ningún plan.

Mientras íbamos en el auto, Selena y yo hablamos de lo que Abraham

podría hacer y qué ocurriría si decidía terminar con la banda.

—Eso no lo va hacer —dijo Selena—. Ya cambiará.

Cualquier cosa que decidiéramos de ahí en adelante, desde vivir en Corpus o San Antonio, hasta cómo ganarnos la vida, dependería de la forma como Abraham reaccionara a nuestra boda. Sabíamos que realmente no podíamos tomar decisiones de ninguna índole hasta hablar con él.

Cada cierto tiempo, Selena y yo nos desviábamos de esta conversación lógica debido a la conciencia de lo que habíamos hecho: ¡realmente estábamos casados! Fue casi como tener una experiencia de desdoblamiento, porque, de una forma muy extraña, podíamos vernos dentro del auto, desde afuera, sin llegar a creer realmente que estábamos viendo una pareja joven locamente enamorada, en su luna de miel. Acabábamos de hacer algo muy importante, un acto que cambiaría nuestras vidas para siempre, y aún estábamos algo aturdidos porque no sabíamos cómo lo tomarían los demás.

—¿Estamos casados? —preguntaba uno de nosotros.

—¡Estamos casados! —respondía el otro en voz alta y luego ambos reíamos hasta que nos escurrían lágrimas por las mejillas.

Al mismo tiempo, procuraba no imaginar lo que Abraham y A.B. podrían estar diciendo o haciendo en ese momento. Estaba seguro de que, al ver que Selena no aparecía, tendrían que cancelar la presentación en El Paso y sabía también que debían estar muy preocupados, al no saber dónde estaba ni si estaba herida o lesionada. Probablemente supondrían lo peor; después de todo, Selena nunca incumplía ni llegaba tarde a un compromiso de trabajo. Hasta ahora, siempre había sido muy profesional. Pero escaparse para casarse conmigo fue la forma como Selena reafirmó su independencia diciéndole a su padre “ya basta”. Le faltaban apenas dos semanas para cumplir veintiún años, y estaba lista para reafirmar su independencia como mujer.

Selena y yo seguíamos expresando en voz alta nuestra preocupación en cuanto a lo que haríamos si Abraham terminaba con la banda de Los Dinos, pero realmente yo no creía que eso pudiera llegar a ocurrir. Era evidente que Abraham no iba a deshacerse de todo aquello que le había

costado tanto trabajo crear. Yo no sabía qué papel podría yo desempeñar en la banda, si era que había alguno, pero eso no me importaba. Podía seguir haciendo lo que estaba haciendo, tocando en San Antonio y ganándome mi propio dinero. Me había enfrentado a Abraham antes y estaba dispuesto a volverlo a hacer.

Mi padre había visto a Selena unas cuantas veces, aunque, por lo general sólo en sus presentaciones. Cuando venía a verme a San Antonio, íbamos a veces al apartamento pero, normalmente durante el día, cuando mi papá estaba trabajando. Sin embargo, le gustaba. De eso estaba seguro. Selena tenía esa característica de hacer que, a los pocos minutos de verla, todos se sintieran como si la hubieran conocido siempre; estaba ya bromeando y haciéndolos reír, incluyéndolos en la conversación y haciéndolos sentir bien. Sin embargo, después de haber vivido con Abraham, Selena había aprendido que los padres pueden ser una fuerza formidable en la familia. Estaba extremadamente nerviosa de pensar que tendríamos que contarle a mi padre lo que habíamos hecho, y yo también.

Cuando entramos al apartamento, mi padre dijo:

—Oigan, ¿qué está pasando?

—Nada especial —respondí. Fui a mi habitación a empezar a empacar, mientras intentaba pensar cómo decírselo. Mientras tanto, probablemente Selena estaba en la sala; para cuando llegué a mi habitación, con mi padre pisándome los talones, no pude verla por ninguna parte.

Extraño, pensé, hasta que me di cuenta de que Selena realmente estaba muy nerviosa. Aún conociéndola tanto como la conocía, siempre me sorprendía verla angustiada porque en el escenario era prácticamente otra persona: segura, emotiva, independiente, atractiva e inclusive arrogante. Siempre le preocupaba que no fuera nadie a oírla cantar. A veces miraba al auditorio tras bambalinas y si había bastante público, se sentía nerviosa de ver la multitud, por popular que hubiera llegado a ser. Sin embargo, cuando estaba en el escenario bajo el reflector, Selena daba a sus presentaciones hasta la última onza de su entusiasmo y su energía.

Empecé a sacar ropa del clóset y a embutirla en un bolso. Mi padre estaba allí de pie con el ceño fruncido mientras me observaba.

—Mi'jo, ¿qué pasó? —me preguntó.

Mi padre me había visto cometer más de un error —generalmente en relación con los autos o el alcohol. En varias oportunidades había llegado a rescatarme. Por su expresión, supe que ahora estaba realmente preocupado de que hubiera cometido otra estupidez más. Le dije:

—Nada, papá. Todo está bien —tragué saliva con dificultad—. Pero lo hicimos.

—¿Qué hicieron?

Ni siquiera pude decir "estamos casados". No era algo que me saliera con facilidad. ¿Cómo pasa uno de llevar una relación en secreto a anunciarle al mundo que se casó?

—LO HICIMOS —repetí.

—Aún no entiendo —dijo mi padre.

—Selena y yo nos casamos —logré decirle al fin.

—¿Qué? —tenía en mi habitación un asiento en el que solía practicar la guitarra. Ahora, papá se sentó realmente muy despacio en esa silla y movió su cabeza de un lado al otro.

Supe que, para él, esto no era exactamente una mala noticia, aunque tampoco era buena.

—Rayos —dijo.

Mi padre, que siempre está listo para una conversación, se quedó sin palabras. Mientras permanecí ahí de pie observándolo, supe por qué: después de un matrimonio fracasado, después de luchar por establecer relaciones con unos hijos con los que nunca antes había vivido, mi padre sabía que casarse joven, o casarse a cualquier edad, no siempre terminaría siendo lo que uno imaginaba.

—Cielos —dijo, mientras apretaba un poco sus puños—. ¿Por qué tuvo Abraham que llevarlos a esto? ¿Qué creyó que iba a pasar?

—Está bien papá, —lo tranquilicé—. Es algo muy bueno. Todo está muy bien.

Un movimiento repentino en la puerta me hizo mirar hacia allá. Selena estaba ahí de pie, mirando hacia adentro, con sus ojos cafés tan

abiertos que su expresión era casi cómica.

Mi padre miró hacia atrás y se levantó lentamente al ver a Selena. Dio un par de pasos hacia ella y Selena se lanzó a sus brazos y él la abrazaba con fuerza.

Hablamos con mi padre durante un buen rato y luego fuimos a la casa de mi madre. No sé exactamente qué nos hizo decidir ir a pasar nuestra noche de bodas allí, creo que estábamos bastante nerviosos y sólo necesitábamos un lugar donde supiéramos que seríamos aceptados por lo que éramos: una pareja de recién casados que prometieron amarse, honrarse y adorarse por toda la vida. Nada más y, evidentemente, nada menos.

De todas formas, fuimos allá y les di la noticia a mamá y a mi padrastro. De nuevo, me costó trabajo articular las palabras.

—Mamá, lo hicimos —le dije.

—¿Qué hicieron? —preguntó mirándonos a los dos.

—Ya sabes mamá. La palabra con "C".

Aunque tenía mucha confianza con mi madre, Selena debía estar realmente nerviosa también de estar ahí, porque de pronto dijo:

—Tengo que ir al baño —y salió corriendo.

Mi madre y mi padrastro reaccionaron a la noticia de forma muy similar a como reaccionó mi padre. Sabían hasta qué punto estábamos enamorados, y estaban felices de saber que nos habíamos casado. Pero ambos pensaban que era una lástima que Selena y yo nos hubiéramos visto obligados a casarnos tan jóvenes y a escondidas.

Por último, cuando estábamos en la cama esa noche, Selena y yo hablamos de lo que podría pasar después. Acordamos que viviríamos en el apartamento de Selena en Corpus —un lugar que había estado utilizando como una especie de estudio para su afición como diseñadora de modas— siempre que su padre no nos importunara una vez que estuviéramos viviendo allí.

—Tú volverás a la banda —dijo Selena. Me lo preguntaba y me lo aseguraba al mismo tiempo.

—No —le dije—. Ni lo pienses. Después de todo lo que he tenido que soportar con tu padre y Los Dinos, no tengo la menor intención de

enfrentarme de nuevo a esa situación.

Ella se sentó en la cama a mi lado.

—¿Qué dices? No será así.

— Tú no sabes lo que puede pasar —le dije—. Ninguno de los dos sabemos lo que hará Abraham.

Lo que le dije no le agradó. Pero era cierto. No estaba dispuesto a dejar lo que estaba haciendo por apresurarme a volver a la banda. Ya estaba convencido de que me iba mejor trabajando solo que con Los Dinos.

De pronto, sonó el teléfono de la casa de mi madre. Era A.B. La familia había estado tratando de encontrar a Selena todo el día, dijo, y ya sabían que nos habíamos casado.

Si hubiera sido hoy, claro está, todo el mundo habría estado entrando a Twitter o a los blogs para hacer comentarios al respecto, antes de que ella y yo llegáramos adonde el Juez de Paz. Aún sin todo eso, la noticia de nuestro matrimonio debe haberse difundido en el término de una hora. Es posible que los empleados del Tribunal del Juez de Paz se lo hayan dicho a sus amigos, “Oigan, ¿adivinen quiénes recibieron hoy una licencia de matrimonio?”. La noticia había llegado a todas las personas involucradas en el negocio de la música. Los DJs comenzaron a llamar a la casa de Abraham para confirmar si era cierto. Inclusive algunas emisoras de radio trasmitieron la noticia.

Selena se puso pálida cuando comenzó a hablar con su hermano y se dio cuenta de que todos en su familia ya sabían de nuestro matrimonio. Entonces, de pronto, algo que su hermano dijo la hizo reír. Era una buena seña, eso pensé, mientras mi estómago comenzaba a volver a la normalidad.

De pronto, Selena me alcanzó el teléfono.

—A.B. quiere hablar contigo —me dijo.

Mi primera reacción fue decir que no. Pero Selena me miró con esa mirada suya y supe que no tenía alternativa.

A.B. compartía una cualidad con Selena, la capacidad de dejarlo a uno desarmado a los pocos segundos de iniciar una conversación, por opuesta que fuera tu posición. Eso fue lo que hizo conmigo.

Tan pronto como tomé el teléfono, A.B. me dijo:

—Bienvenido a la familia, hermano —y empezó a reír de forma contagiosa hasta que me hizo reír también, porque toda la situación parecía tan surrealista. Además, A.B. y yo habíamos comenzado a ser amigos mucho antes de que yo me involucrara con su hermana. Por más duro que quisiera ser con él, por más que quisiera aferrarme a mi ira porque todos en la banda me habían dado la espalda, cuando oí esas palabras de A.B, mi ira se desvaneció. Desapareció.

Hablamos un poco más y A.B. terminó disculpándose.

—Oye, siento que las cosas hayan pasado como pasaron —me dijo—. Pero ahora está bien. Ustedes están casados, y será lo mejor. Volverás de gira con nosotros, ¿cierto?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—Bueno —le dije, tratando de pensar más allá de las sorpresas que seguían llegando—. ¿Todos quieren que yo vuelva?

— Claro que sí —me respondió—. ¿Quién más puede tocar la guitarra como tú?

—¿Tu padre está de acuerdo con eso? —le pregunté.

—Tendrá que aceptarlo —dijo A.B.—. Ahora está un poco molesto. No le cayó muy bien la noticia, pero se acostumbrará a la idea.

Claro que eso no era exactamente lo que yo quería oír. Pero ¿qué otra cosa habría podido esperar?

—Está bien —dije—. Si tú dices que está bien, entonces volveré.

—Eso digo. Dile a mi hermana que la quiero mucho y que pronto los veré —dijo A.B.— Bienvenido a la familia, cuñado.

Ambos reímos de nuevo y luego colgué. Selena había estado escuchándolo todo, claro está. Si antes estaba contenta, ahora estaba fascinada. Todo estaba cayendo en su lugar tal como ella lo esperaba.

Nos acostamos de nuevo abrazados uno a otro, todavía sorprendidos de nuestra buena suerte: nos habíamos encontrado y nuestro amor demostró ser más fuerte que todos los obstáculos que pusieron en nuestro camino.

SEIS

NUESTROS PRIMEROS MESES COMO ESPOSOS

Cortesía del autor

Al día siguiente, Selena y yo nos mudamos a su apartamento en Corpus y comenzamos nuestra luna de miel. Unas horas después de que habíamos llegado, su padre apareció en nuestra puerta.

La expresión de Abraham era enigmática. Se me enfriaron las manos y el corazón me latía con fuerza. Estaba decidido a ser amable —después de todo, se trataba del padre de Selena— pero no estaba dispuesto a invitarlo a entrar. ¿Cómo podía confiar en este hombre, que no había hecho otra cosa que lanzarme insultos desde que se había dado cuenta que amaba a su hija?

Según lo veía, en el peor de los casos, Abraham me aceptaría, sin aceptarme realmente, si entienden lo que digo. Tal vez me diría que regresara a la banda para tener contenta a Selena, sin embargo, también era muy probable que me tratara como a un miembro de la familia cuando Selena estuviera presente, aunque que de otra forma siguiera tratándome con indiferencia. Por consiguiente, fui amable pero reservado con Abraham cuando llegó; ya no le tenía confianza, como tampoco él a mí.

Selena se quedó en el apartamento mientras Abraham y yo hablábamos afuera. Nunca le pregunté después si sabía que Abraham iba a venir. Siguió viniendo con frecuencia después de que nos casamos —simplemente llegaba sin avisar— por lo que es posible que ella no tuviera la menor idea de que Abraham iba a venir.

Yo había esperado lo peor, por lo que me sorprendió cuando Abraham no se molestó. No dijo nada desagradable. De hecho, comenzó con una disculpa. Si hubiera traído un sombrero puesto, probablemente se lo habría quitado y le habría dado vueltas y lo habría estrujado entre sus manos.

—No he debido comportarme como lo hice —dijo—. Espero que sepas que sólo estaba protegiendo a Selena.

Le dije que lo sabía pero que aún estaba ofendido y dolido.

—Siempre que estábamos de gira yo pasaba más tiempo contigo y con tu familia que con mi propia familia —le recordé—. Ya me debías

conocer. Jamás haría nada que hiriera a Selena. La amo.

Él asintió aceptándolo, aparentemente. Luego, Abraham adoptó una actitud de negocios —la modalidad en la que se sentía más a gusto.

—¿Volverás a la banda? —me preguntó.

Yo habría podido negarme —no sólo por llevarle la contraria sino porque realmente estaba contento presentándome en San Antonio con Rudy y Albert, y trabajando como músico independiente. ¿Quería realmente toda la carga que significaría volver con Los Dinos y la familia Quintanilla?

Sin embargo, una vez más, procuré ver las cosas desde el punto de vista de Abraham. Debió haberse sentido humillado y furioso al saber que Selena y yo nos habíamos casado a escondidas. Porque él no tenía idea de la verdadera naturaleza de nuestra relación y ni siquiera sabía cuánto tiempo habíamos estado saliendo juntos, tuvo que haber sido un golpe muy duro para él que personas extrañas lo llamaran para decirle que su adorada hija menor, esa luz de sus ojos con el potencial de una superestrella, había actuado en contra de sus deseos y se había casado con un guitarrista de pelo largo que él no consideraba digno de ella.

Decidí que, si el padre de Selena se comportaba de manera tan profesional mientras que sin lugar a dudas todas sus emociones se agitaban en su interior, yo también podía hacerlo. Además, sabía que Selena estaría muy contenta de que yo volviera con Los Dinos.

—Volveré si lo deseas —le dije—. Todo depende de ti y de A.B.

—Selena quiere que estés en el grupo —dijo Abraham en tono gruñón, y me abrazó un poco tembloroso por la emoción.

Al sentir el temblor de su cuerpo volví a darme cuenta de cuán devastado debió quedar Abraham al descubrir que Selena se había ido en contra de sus deseos, y cuánto le debió haber costado venir hasta aquí y aceptarme en su familia. Selena era su bebé, y sé que la quería más que a su propia vida. Pero Abraham se había disculpado y se esforzaba por hacer cuanto fuera posible para que nuestra relación fuera buena tanto dentro de la familia como dentro de la banda. Yo lo respetaba por eso.

Entramos los dos al apartamento. Selena y Abraham se abrazaron durante un largo rato. Ella empezó a llorar y él también.

—Lamento haberlos llevado a esta situación —dijo al fin Abraham—. Sigamos adelante a partir de ahora. Continuaremos haciendo lo que estábamos haciendo como banda y olvidaremos este escollo en el camino.

Nos abrazamos, nos disculpamos y acordamos seguir adelante. Afortunadamente lo hicimos, porque las cosas estaban a punto de despegar en la escena musical para Selena y Los Dinos.

Para celebrar nuestro amor, decidí rendirle un tributo especial a Selena con mi guitarra favorita. Era una guitarra blanca Jackson Soloist. Fue la primera guitarra eléctrica que compré y era considerada como lo mejor de lo mejor, además, hacía todo lo que yo necesitaba que hiciera. Incluso cuando cambié a otra una guitarra mejor, una Fender Stratocaster, siempre tenía la Jackson como guitarra de respaldo en el escenario y todavía la tocaba de vez en cuando.

Una noche, Selena y yo estábamos haciendo una presentación en Austin, cuando mi buen amigo Tony Gonzales vino a vernos. Tony era un artista; había diseñado y pintado varias camisas para mí. Cuando vino a vernos al autobús después de la presentación, me trajo una camiseta con un retrato de Selena pintado en ella, eso me dio una idea. Siempre había querido una guitarra artísticamente decorada pero no quería nada que proviniera de una producción en masa. También quería escoger la decoración que debía simbolizar algo importante en mi vida.

—Oye, Tony —le dije—, ¿puedes pintar en mi guitarra?

Me miró sorprendido.

—¡Qué dices! Sí, puedo pintar en cualquier parte. Pero esa es tu guitarra, amigo.

—Ya lo sé. Pero realmente quiero que hagas esto por mí.

Le dije que quería que pintara el retrato de Selena en la superficie blanca de la Jackson. Cuando Tony aceptó, comencé a desarmar la

guitarra, ahí mismo, en el autobús.

Selena llegó y me vio con un extraño en el autobús. Tenía un destornillador en mi mano y la Jackson estaba desarmada con todas las piezas sobre la mesa. Selena contuvo la respiración.

—Chris, ¿qué le pasó a tu guitarra?

Le presenté a Tony y le dije:

— Tony es un gran amigo, y es un artista. Hace tiempo que nos conocemos. Mira —le mostré la camiseta pintada por él.

—¿Tú hiciste eso?

Selena examinó la camiseta y quedó realmente impresionada.

—Sí —dijo Tony. Es muy tímido y jamás le habría mostrado nada. Pero quedó muy contento con su reacción.

—Le pedí que decorara mi guitarra —le dije.

Selena se quedó mirándome pensando que estaba loco.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

Tony dijo:

—Entonces, ¿qué quieres, Chris?

Ya sabía que quería un retrato de Selena. También se dio cuenta de que no debía decirle a ella lo que iba a hacer.

—Sorpréndeme —le dije—. Haz lo que sabes hacer.

—¿Qué vas a pintar ahí? —preguntó Selena.

— Bien, es sólo un dibujo negro sobre blanco. Nada muy llamativo.

Ya había quitado la tapa delantera de la guitarra. Se la entregué a Tony y guardé todas las piezas de metal pequeñas y las cuerdas en una bolsa plástica.

Cuando volvimos a presentarnos en Austin, Tony me trajo la guitarra con un magnífico retrato de Selena en ella. Armé la guitarra a escondidas, mientras Selena se vestía para la presentación, y luego simplemente llevé la Jackson al escenario y la puse en el soporte como mi guitarra de respaldo.

Cuando ella salió, le dije:

—Mira. Quiero que veas lo que hizo Tony —señalé hacia la Jackson.

Selena se tapó la boca y abrió desmesuradamente los ojos. Se deshizo

en sonrisas y realmente no sabía qué hacer.

—¡No puedo creer que hayas hecho eso por mí!

—¿Ves? Te dije que Tony era un gran artista —le respondí.

A Selena le encantó la guitarra. A decir verdad, me sentía un poco raro al principio, al tocar la Jackson, porque nuestro matrimonio era aún muy reciente, pero después de un tiempo me sentí muy orgulloso. A nuestros fans también les encantó la guitarra; me tomaban fotos mientras la tocaba o simplemente la fotografiaban en su base.

Cuando Tony me trajo la Jackson, trajo también un regalo para Selena y para mí: un cuadro de un metro por uno treinta de la cara y la mano de Selena hecho en negro, gris y blanco. La pintura era perfecta y concordaba con nuestro estilo de decoración art déco. La colgamos encima del sofá, entre un par de lámparas de piso altas, con pantallas redondas de vidrio ahumado. Cuando bajábamos la intensidad de la luz, lo único que se veía en la sala era el rostro de Selena. Todavía atesoro esa pintura.

En el mundo tejano, los grupos sacaban álbumes a intervalos muy cortos. Nosotros no éramos la excepción. La familia Quintanilla tenía una increíble ética de trabajo y yo seguía aprendiendo mucho de A.B. Podíamos sacar un álbum en un mes o menos, y eso incluía componer las canciones, hacer los arreglos, producirlas y grabarlas.

Hay formas sencillas de tocar la música tejana, pero no dejábamos de incorporar nuevos sonidos. Yo era un guitarrista lo suficientemente bueno como para poder tocar acordes inconclusos, notas sostenidas y una enorme variedad de ritmos. Aunque trabajábamos con un cierto género de canciones, yo me parecía a A.B., en el sentido de que siempre quería inventar algo nuevo y hacer algo distinto.

Básicamente estábamos dispuestos a iniciar un álbum en cualquier momento, alquilábamos el estudio por una semana y grabábamos todo el

álbum de una sola vez. Durante las semanas previas a esa etapa, perfeccionábamos las canciones en el estudio del dormitorio de A.B. —vivía en una casa contigua a la de Abraham. En el estudio había que grabar las pistas instrumentales y vocales de forma independiente y de principio a fin antes de poder mezclarlas. Si nos equivocábamos en alguna, teníamos que volver a empezar a grabar.

Durante mi primer año con Los Dinos sacamos un álbum con las antiguas canciones de Selena porque los de Capitol EMI las habían comprado del sello anterior y querían que se grabaran. Para ese álbum, grabamos las canciones tal como habían sido compuestas originalmente. Yo me limitaba a tocar la parte de guitarra que ya se había hecho antes. No quería ser dominante; estaba siendo lo más fiel posible a los sonidos de guitarra que tenían originalmente en esas canciones, hasta el punto de que la mayoría nunca se daría cuenta de que se trataba de un guitarrista diferente.

Pero al crear *Entre a mi mundo* en 1992, rompimos ese molde y desarrollamos sonidos totalmente innovadores. El álbum llegó a los primeros lugares y obtuvimos un disco de oro en muy poco tiempo. Mi canción favorita de ese álbum, "Como la flor", fue escrita en Big Bertha por Ricky y A.B. mientras estábamos de gira a finales de 1991. La canción es sencilla, una melodía nostálgica con una letra muy sentida que cuenta la historia de alguien que ve a su antiguo amor con otra persona y debe irse; ella le desea la mejor de las suertes y compara su amor con una flor que se marchitó y murió.

"Como la flor" fue la primera canción de Selena como solista que realmente alcanzó el éxito, sobretodo en México. Se convirtió en un favorito de sus fans y en una de las canciones que llegaron a ser como la firma de Selena. A Selena le encantaba cantar todas las canciones que componíamos, pero probablemente "Como la flor" fue su favorita. A medida que se hacía más popular, comenzamos a abrir o cerrar nuestras presentaciones con esa canción en especial, haciendo que los fans cantaran el coro, "Ay, ay, ay, cómo me duele". Entre más popularidad alcanzaba la canción, mayor era nuestra comunicación con el público.

Aunque la canción "Como la flor", me agrada, no creo que pudiera

haber llegado a ser tan popular si Selena no la hubiera cantado. No es la música ni tampoco la letra lo que hace que una canción sea especial; es la emoción en la voz de Selena. Siempre que cantaba "Como la flor", esa emoción se transparentaba y era real. La he oído en la voz de muchos otros cantantes desde entonces, pero nadie llega a conmover los corazones del público con ella como lo hacía Selena.

Entre a mi mundo nos llevó rápidamente a un nivel totalmente distinto en el ámbito de la música. El álbum fue número uno en la Lista de Álbumes Mexicanos Regionales de Billboard y fue reconocido como el Álbum Regional Mexicano del Año. Más importante aún, este álbum entró a la lista de Top Latin 50.

Lo habíamos logrado. EMI nos consideraba ahora como un grupo comercial. Fue una de las épocas más felices de mi vida: estaba tocando música, Selena y yo estábamos casados y aún locamente enamorados y la banda estaba a punto de ingresar al mercado internacional. Claro que, debido a que todos habíamos pasado por épocas muy difíciles, nunca dejamos que el éxito se nos subiera a la cabeza y no dimos nada por sentado —sobre todo Abraham.

—¿Que tenemos un éxito número uno en las listas? ¿Y eso qué? —decía Abraham—. Cualquier payaso puede tener un éxito que llegue a ser número uno. La pregunta es: ¿podemos lograrlo de nuevo?

No lo sabíamos. Pero íbamos a intentarlo —Selena con más entusiasmo que cualquier otro.

Teníamos a nuestro favor el que estábamos en el lugar adecuado, en el momento preciso. Durante ese año, la música latina se oía en la radio por todos los Estados Unidos, no sólo en nuestra región del suroeste. *Billboard Magazine* inició una sección titulada "Hot Latin Songs" que seguía la trayectoria de la música latina en el mercado de música americana. Esta lista se basaba en las canciones en español que se trasmitían por las estaciones de radio, pero las canciones no tenían que ser en español. La cantante Rocío Durcal, el ídolo de Selena, grabó "La guirnalda", la primera canción en llegar al número uno de esa lista. Desde entonces, la lista ha incluido éxitos de Chayanne, Luis Miguel, Marco Antonio Solís, Ana Gabriel, Gloria Estefan y la misma Selena,

cuyo dueto con Álvaro Torres, “Buenos amigos”, llegó al primer lugar al año de habernos casado.

Dentro de esta mezcla, Selena y Los Dinos representaban la música regional mexicana o la música tejana pero bajo una luz totalmente distinta. Intentábamos diferenciarnos de los demás grupos del mundo tejano. No éramos músicos que usaran sombreros de vaquero, jeans Wrangler y botas. No había otra banda de música tejana con músicos tan jóvenes como nosotros. Además de ser jóvenes, todos teníamos una energía increíble, éramos talentosos y estábamos dispuestos a hacer lo que fuera para crear un sonido único.

Ricky Vela escribía canciones creativas con arreglos muy elaborados. Yo contribuí con el elemento del rock and roll porque había estado en una banda que llegó a estar en el Top 40 y me encantaba experimentar con la guitarra. Joe, nuestro teclista, creció en la ciudad fronteriza de Laredo, por lo que trajo a la banda la música tradicional callejera. Pete, nuestro otro cantante y compositor, trajo complejas melodías y letras con muchísimos acordes. A.B. controlaba la línea de los bajos y hacía los arreglos de nuestras canciones para que la capacidad vocal de Selena se destacara y Selena le ponía el alma a sus canciones. Estábamos listos y a punto de entrar en la escena de la música internacional como Gloria Estefan.

Poco después de que Selena y yo nos casáramos, la banda fue invitada a presentarse en Las Vegas en el Premio Lo Nuestro, para los músicos latinos, patrocinado por Billboard. Este fue el primer indicio que tuve de la fama que pronto nos llegaría como una avalancha.

Algo estaba pasando con Big Bertha, por lo que nos acomodamos unos encima de otros en una camioneta para quince pasajeros y viajamos sin detenernos desde Corpus a Las Vegas. No fue la forma más cómoda de hacer un viaje de 1.400 millas, pero, como siempre, lo bueno

de Los Dinos era que todos estábamos decididos a hacer lo que fuera necesario para llevar nuestra música a los primeros puestos de las listas. Nunca nos quejamos. Simplemente hicimos lo que había que hacer, en especial Selena.

Llegamos al Caesar's Palace aproximadamente a las diez de la mañana. No podía creer que estuviera en la ciudad de la que tanto había oído hablar pero que sólo había visto en la televisión y en las películas. Ver todas esas luces de neón me mareaba. Las luces, los olores, el ruido de las monedas que caían de las tragamonedas —era prácticamente demasiada emoción para poderla soportar.

Nunca olvidaré el momento en que nos registramos en una suite del Palace con Selena. No porque fuera una habitación hermosa —¡aunque lo era! Realmente, no me habría importado si me hubieran dado una habitación del tamaño de una caja de fósforos en el sótano. Era tal la felicidad de mostrar nuestra relación en público y de oír a la gente decir, "Bien, están casados, por lo tanto les corresponde la suite". Al fin podíamos estar solos sin tener que inventar excusas ni escaparnos de la vigilancia de Abraham.

Selena y yo nos acostamos y dormimos un rato para intentar recuperarnos del largo viaje. Sin embargo, estaba tan entusiasmado de estar en Las Vegas, que al poco tiempo me levanté y bajé solo a jugar en las máquinas tragamonedas.

Al cabo de una hora, había ganado varias veces y tenía suficientes monedas de veinticinco centavos de dólar como para llenar mi pequeño vaso plástico blanco. Estaba tan entusiasmado que me dirigí tan rápido como pude hacia el ascensor. ¡No veía la hora de mostrarle a Selena mis ganancias!

De nuevo en la habitación, vacié las monedas sobre la cama y empecé a contarlas. Estaba convencido de que había ganado cuando menos mil dólares, el vaso pesaba mucho. Pero el resultado fue tal vez sesenta dólares, por todo.

Selena se rió pero cuando vio la desilusión en mi cara, me dijo:

—Vamos. Bajemos de nuevo. Te mostraré cómo se hace.

Se vistió y bajamos.

—¿Estás loca? —pregunté cuando Selena pidió monedas por valor de cien dólares.

—Sólo mírame —me dijo—. Si ves a alguien que haya estado jugando en una de estas maquinitas sin ganar nada, es el momento justo para entrar en acción. Iremos a jugar en esa máquina tan pronto como esa persona se vaya.

Por último, vimos a un hombre que había estado jugando en la misma máquina sin dejar de perder y perder. En cuanto se fue, Selena dijo:

—Bien. Vamos por el dinero.

Fuimos a esa máquina y empezamos a introducir monedas. Selena estaba resuelta a introducir tres dólares y cuando traté de detenerla porque me aterró eso también, me dijo:

—Si introduces un dólar a la vez, no obtienes tanto como si apuestas tres.

—Espera, eso es mucho dinero —protesté. No me cabía en la cabeza la idea de poder perder tanto dinero. Pero, por otra parte, nunca fui una persona dispuesta a correr riesgos, mientras que para Selena eso era su vida.

—Shhh —dijo Selena—. Sólo presiona el botón en este punto para que gire y yo activaré la palanca.

Lo hicimos tres veces, y no fue necesario hacerlo más. La máquina empezó a escupir monedas de un dólar y antes de que me diera cuenta, teníamos trescientos dólares en nuestras manos.

Después de jugar en las máquinas tragamonedas por un rato más, Selena dijo:

—¡Vamos a jugar veintiuno!

—Estás loca —le dije—. No iré a sentarme en una de esas mesas a perder dinero. No sé cómo se juega veintiuno.

—Vamos, es fácil —me rogó.

—No, no, no —le dije.

—¿Qué pasa? —me dijo en tono de burla—. ¿No puedes contar lo suficientemente rápido?

Me crucé de brazos.

—Di lo que quieras. No voy a jugar.

Selena rió.

—Está bien. Sólo mira lo que hago. Si quieres entrar en el juego, simplemente entras.

Entonces la miré y, una vez más, Selena me sorprendió. No tengo la menor idea de si habría jugado veintiuno antes o si, una vez más, sólo se empeñó en algo y aprendió a hacerlo en menos tiempo que cualquier otra persona. Selena se sentó en una de las mesas de veintiuno y a los pocos minutos ya había dominado todas las señas manuales. Golpeaba la mesa con los dedos o movía su mano por encima de sus cartas, e inclusive deslizaba las cartas bajo las fichas cuando quería pasar.

Selena perdió unas cuantas manos y, rápidamente, disgustada con ella misma, dijo:

—Vamos

Pero detestaba perder en cualquier situación, por lo que yo estaba seguro de que no iba a dejar de jugar. Así fue, Selena volvió a esa misma mesa un poco después, se sentó allí y jugó otras cuantas manos hasta que empezó a ganar. Luego, con una sonrisa de oreja a oreja, dijo:

—Está bien. Me voy.

No le importaba el dinero. Sólo quería asegurarse de que podía ganar.

En la presentación de Las Vegas, comprendí por primera vez que habíamos sido peces grandes en un pequeño estanque tejano, pero ahora nadábamos en un estanque mucho más grande, con peces más exóticos. Ahí estaban nuestros antiguos amigos del grupo La Mafia, en donde ahora mi amigo Rudy tocaba el bajo, por lo que fue lo que pudiera llamarse un pequeño reencuentro para nosotros.

Yo había salido con ellos mientras Selena iba de compras con Suzette, cuando de pronto, vi a Ricky Martin que venía hacia nosotros. Estaba empezando a forjarse un nombre como artista independiente después de la impresionante carrera del grupo Menudo.

—Oye, me gusta tu trabajo. ¿Cómo estás? —dijo Ricky. Mientras estábamos allí parados, conversando, me di cuenta con sorpresa de que los músicos que yo admiraba realmente estaban escuchando nuestras canciones.

Además de presentarnos en el show de Billboard, salimos de allí con el Premio de Música Regional Mexicana y nos quedó muy claro que estábamos logrando nuestro objetivo de hacer que nuestra música fuera reconocida a nivel internacional. Había llegado el momento de cruzar la frontera y presentarnos en México y en América Latina —el siguiente paso lógico antes de entrar al mercado global de los Estados Unidos.

SIETE

HACIENDO MÚSICA EN MÉXICO

AP Photo/Houston Chronicle, Dave Einsel

Los promotores de Capitol EMI estaban empeñados en que siguiéramos adquiriendo renombre dentro del escenario de la música internacional después del éxito de *Entre a mi mundo*. Esto significaba viajar a otros países.

México era el lugar lógico para empezar nuestra campaña publicitaria internacional. Ya teníamos allí una base de fans, y nos quedaba fácil regresar a Texas para nuestras presentaciones. Claro está que ninguno de nosotros cayó realmente en cuenta de la tensión que tendríamos que soportar al pasar de presentarnos en lugares relativamente pequeños de los Estados Unidos a presentarnos en anfiteatros y dar entrevistas en español en México.

Teníamos programada una presentacion en Monterrey durante nuestro primer viaje, fue una locura con los medios el día entero. Pasábamos de una entrevista a otra: en radio, en televisión, con reporteros de revistas, lo que fuera. Antes de viajar, Rick me había ayudado a practicar mi nombre y el instrumento que tocaba.

Yo me repetía una y otra vez esta frase, como un mantra: *Mi nombre es Chris Pérez y toco la guitarra. Mi nombre es Chris Pérez y toco la guitarra.* Sabía lo absurdo que les parecería a los periodistas mexicanos que cantáramos en español pero que ni siquiera pudiéramos hablar en frases básicas de libro de texto. Estaba decidido a no hacer quedar mal a la banda —y a no quedar mal personalmente.

A pesar de mis buenas intenciones y de toda la práctica, me las arreglé para quedar humillado. Durante nuestra primera entrevista con los DJs de la radio de Monterrey, todos debíamos pasar de uno en uno en fila y presentarnos, tal como lo habíamos practicado. Yo me paralicé. Cuanto llegó mi turno, dije, “toca” en lugar de “toco”, o es decir, lo que dije fue: “Mi nombre es Chris Pérez y toca la guitarra”. Claro, todos se rieron de mí.

Después Ricky me regañó:

—Güey, te enseñé cómo decirlo.

—Ya sé, ya sé —le dije, avergonzado.

Mi único consuelo fue que algunos de los miembros de la banda también balbucearon en español. Selena, sin embargo, estuvo a la altura del reto, como siempre. Ella era la que realmente sentía la presión de los medios, porque para este entonces, todos en México no sólo la conocían por su música sino por los comerciales de Coca-Cola. Era ya enormemente popular en ese país y adondequiera que fuéramos la rodeaba la multitud, hasta el punto en que Selena ni siquiera podía bajarse del autobús a menos de que fuera para esconderse en un hotel o en el escenario.

Selena estuvo más amable que nunca con los periodistas, ofreciéndo a cada uno una cálida sonrisa y ganándoselos, aún antes de hablar. Como tejana de tercera generación, que había aprendido español por fonética, con el entrenamiento de su padre para aprender una buena pronunciación, sabía que existía la posibilidad de que sus fans mexicanos no la tuvieran en cuenta. Pero no fue así, les gustó absolutamente todo lo que tenía que ver con ella, desde su pelo oscuro y sus ojos cafés hasta su sinuosa figura.

Sus fans vieron su sinceridad y su generosidad y sintieron su amor hacia ellos. Selena agradaba a todo el mundo, desde las bulliciosas preadolescentes que querían vestirse y bailar como ella, hasta las abuelas a quienes les encantaban las baladas sentimentales, entre ellas “Como la flor”.

Para los mexicanos y para la mayoría de los mexicano-americanos, Selena era el símbolo perfecto: una estrella sexy que tenía un origen humilde, que había traído con ella a su familia y que aún se mantenía virtuosa, siendo una incansable trabajadora en todo el sentido de la palabra. Tampoco estaba actuando. Lo que veían era la realidad y sus fans lo sabían.

En México, Selena se enredó con el español, como todos nosotros, pero no por mucho tiempo. Nos decía, “Todo va a estar bien, ya verán. Voy a aprender español y a sorprenderlos a todos”.

Cada minuto que pasamos en México, el español de Selena iba mejorando. Aprendía más y más, hasta el punto en que tenía que pedirle que hablara más despacio para poder entender lo que estaba diciendo. Al

final, su dominio del español la ayudó tanto en Los Ángeles y Miami como en México, porque en los conciertos que presentábamos allí, la mayor parte del público estaba compuesta de fans de habla hispana y todos querían oír su música. Eran originarios de México, Cuba, Puerto Rico y más: todos los acentos eran distintos pero todos amaban a Selena.

Fue en México donde tuvimos los fans más alborotados y fanáticos. Llegaban en bandadas que rara vez habíamos visto en nuestros conciertos en los Estados Unidos, y aunque apreciábamos la forma como todos nos acogían y nos abrazaban, a veces quedábamos abrumados.

Por ejemplo, durante una gira en Monterrey, estábamos tocando ante decenas de miles de personas en un escenario al aire libre. De pronto, la multitud —un número exagerado de personas, apiñadas unas contra otras bajo el ardiente sol, sin agua ni sombra— comenzó a avanzar. Todos empezaron a empujar y a ser empujados unos contra otros mientras que una fuerza incontenible los impulsaba hacia adelante. Algunas personas estaban quedando atrapadas contra el escenario, caían al piso y los demás les pasaban por encima. Otros subían por los andamios que sostenían el escenario en un intento por acercársenos, sobretodo por acercarse a Selena.

—¡Salgan de aquí! —nos gritó Abraham—. ¡Ahora!

Nos hizo señas de que corriéramos hacia el autobús que estaba estacionado detrás del escenario.

Asustados, hicimos lo que nos ordenaba, dejando allí a Abraham quien intentaba intimidar a la multitud y poder controlarla.

Haya dicho lo que haya dicho, no funcionó. El público empezó a lanzar tarros de cerveza medio vacíos contra los instrumentos, contra el equipo, contra los parlantes, y el ruido del metal al golpearse sonaba como disparos aún por encima del ruido de la gente que se agolpaba y gritaba que volviéramos.

El escenario era un espacio cerrado por altas paredes. El hecho es que había una sola entrada y una sola salida; no podía dejar de pensar en lo que podría pasar si los fanáticos daban la vuelta hacia la parte de atrás del escenario, esquivaban las barricadas y llegaban a rodear nuestro autobús. Puse mi brazo alrededor de Selena y miré la altura del muro,

calculando si podríamos saltarlo desde el techo del autobús.

Por último, Selena se desprendió de mí. Osada y valiente como era, no iba a quedarse allí sentada sin hacer nada. Sabía que el público estaba impaciente sólo porque no la podía ver. Salió al escenario y enfrentó a la multitud. Les pidió en español que por favor se calmaran para que pudiera cantarles.

Todos la escucharon. Se calmaron y pudimos volver al escenario, cruzando los dedos y esperando que pudiéramos salir de allí en una sola pieza.

Así fue nuestra presentación en México: emocionante, fascinante y algo aterradora. Todos tuvimos que ir aprendiendo sobre la marcha —así como nuestros promotores. Nos llegó la fama antes de que realmente estuviéramos listos para ella.

Cada vez que nos presentábamos en Monterrey, la situación era especialmente caótica, porque aquí el público había estado oyendo las canciones de Selena del otro lado de la frontera aún antes de que llegáramos a México. No sólo dimos entrevistas todo el día, también tuvimos presentaciones en la noche. No teníamos mucho tiempo para dormir por lo que todo el mundo estaba irritable. Ni siquiera nos quedaba tiempo para caminar por la ciudad ni para conocer nada de ella. Estábamos demasiado ocupados haciendo visitas promocionales para Capitol EMI.

Nos enviaban de un edificio a otro, a veces íbamos a un edificio que tenía tres o cuatro emisoras de radio diferentes a dar entrevistas. De ahí salíamos para aparecer brevemente en un programa de televisión. Si teníamos hambre íbamos a la ventanilla de McDonald's, o, tal vez, si teníamos suerte, nos quedaba media hora para ir a una pescadería.

Sin embargo, Selena no podía ir a esos restaurantes con nosotros porque siempre la reconocían. A veces, inclusive Ricky, Joe y yo

teníamos problemas. El grupo podía estar en una mesa de un restaurante, simplemente descansando y luego llegábamos nosotros y se ponían nerviosos porque sabían que lo más probable era que al vernos empezaran a arremolinarse los fans alrededor de la mesa.

Adquiríamos cada vez más renombre en los Estados Unidos, pero en México era tal el despliegue constante de medios de comunicación que el número de fans aumentaba por miles. Nuestras fotografías y nuestros nombres aparecían en tantas revistas que al salir de un estudio de televisión o de una emisora de radio teníamos que correr a escondernos en nuestros autobuses de la gente que pasaba por la calle mientras íbamos de una a otra entrevista.

Es cierto que teníamos guardias de seguridad, pero estaban allí para proteger a Selena. Para los demás, era más bien sálvese quien pueda. Varias veces llegué a asustarme mucho de pensar que las camionetas pudieran dejarme atrás mientras salían rápidamente de entre la multitud, pero en una situación así, es tan alta la descarga de adrenalina que uno simplemente entra de inmediato en la modalidad de supervivencia.

Recuerdo haberme desplazado por entre cierta multitud llevando puesta una chamarra tachonada de lentejuelas. Mientras corría a montarme a la camioneta, un fan intentó agarrarse de mi chamarra; para cuando subí al asiento de atrás de la camioneta, mi chamarra tenía un enorme agujero porque el fan había arrancado una de las piedras de fantasía del bordado. Otra vez llevaba unos lentes de sol de trescientos dólares y me los arrancaron de la cara.

Sin embargo, nada de esto fue tan difícil para mí como lo fue para Selena. Inclusive en los Estados Unidos, escasamente podía salir ahora del autobús. Yo podía salir y tomar aire fresco. Pero Selena no, porque de lo contrario la sofocaban los fans.

A veces, estaba hablando con alguien en la acera, debajo del sitio donde se encontraba Selena quien abría la ventana detrás del autobús y empezaba a bromear con nosotros. Pero siempre había alguien que parecía saber exactamente dónde estábamos. Oíamos a alguien gritar calle arriba, “¡Ahí está Selena!”, y yo le gritaba que se asegurara de que las ventanas y las puertas del autobús estuvieran bien cerradas.

Tenía otra gran preocupación. Óscar Flores, el promotor de nuestra gira mexicana, había insistido en que yo debía ser presentado sólo como el guitarrista de la banda. “Tú y Selena no pueden decirle a nadie que están casados”, me dijo. “Eso arruinaría su imagen”.

Me sentía incómodo al mentir a los fans. Además, a veces ya era lo suficientemente difícil para mí creer que realmente estuviéramos casados. Durante muchas semanas después de nuestra boda, no encontraba cómo escapar de esa mentalidad de subterfugio con la que había vivido por tanto tiempo. De hecho, a veces todavía caminaba de treinta a sesenta centímetros detrás de Selena en lugar de tomarla de la mano como lo haría cualquier esposo recién casado.

A Selena tampoco le gustaba la idea de mentir acerca de nuestro matrimonio, pero Abraham nos aconsejaba también que ésta podía ser la mejor imagen pública que podríamos dar. Temía que a los fans no les gustara la idea de una mujer casada como principal vocalista del grupo, y se podría opacar la imagen de nueva joven talentosa de Selena si la vieran como esposa de alguien como yo.

Al comienzo, los dos aceptamos, aunque no de muy buena gana, no decir nada en público acerca de nuestra relación. Sabíamos que estábamos jugando un juego totalmente nuevo, con nuevas reglas, y pensamos que tal vez Óscar y Abraham tenían razón.

Debido a que en ese tiempo Internet y las redes sociales sólo mostraban noticias de fechas anteriores, pudimos mantener nuestro matrimonio en secreto a pesar de que Corpus estaba tan cerca de Monterrey. Sin embargo, siguieron circulando algunos rumores acerca del matrimonio de Selena. Algunos llegaron inclusive a pensar que debía haberse casado con Pete, dado que cantaba con ella muchos duetos y con frecuencia bailaban en el escenario.

En una oportunidad, un periodista le preguntó a Selena a quemarropa si tenía novio, y ella tuvo que responder que no, lo cual me dolió hasta lo más profundo del alma. Pero seguí la corriente. Entendía que el negocio de la música se trataba, en parte, de la imagen, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que Selena pudiera destacarse lo más posible.

Cuando los periodistas preguntaron si alguno era casado o tenía novia, todos señalábamos a A.B., quien, para ese entonces había estado casado con su esposa Vangie por algún tiempo y a veces la traía a la gira con sus hijos. Los demás respondíamos cosas como, "¿Quién, yo? ¡Mi novia es esta banda!".

Saber que manteníamos en secreto nuestro matrimonio —y nuestros sagrados votos matrimoniales— seguía perturbando a Selena. Después de unos pocos viajes a México, puso fin a las mentiras.

—Estoy orgullosa de estar casada con Chris, y queremos decírselo al mundo —le dijo a Abraham cuando él discutió con ella—. Además, ¿qué van a pensar nuestros fans si seguimos escondiéndolo? Sólo son dos horas de viaje entre Corpus y Monterrey. Alguien lo va a saber, y entonces, las cosas se verán realmente mal.

Desde entonces, comenzó a decir que sí a los periodistas que preguntaban si los rumores de que se había casado eran ciertos, y la noticia pareció incrementar el amor y la admiración de sus fans.

También en los Estados Unidos hablaba despreocupadamente con los periodistas sobre nuestro matrimonio. Inclusive lo hacía cuando yo hubiera preferido que no lo hiciera, porque yo soy básicamente una persona a la que le gusta mantener su vida privada lejos de su vida profesional. En un concierto, por ejemplo, presentó a todos los miembros de la banda al auditorio como siempre lo hacía: "Este es mi hermano A.B., él toca el bajo, esta es mi hermana Suzette, ella toca la batería", y así sucesivamente. No sé qué me puso en alerta, pero supe que Selena iba a presentarme de forma diferente ese día.

No lo hagas, no lo hagas, no me avergüences, era el telegrama que le enviaba en silencio. Todavía era muy tímido en cuanto a hablar de nuestra relación, supongo, debido a que Selena era una figura pública; no quería que pensaran que me había casado con ella por los motivos equivocados —como la fama, la atracción sexual o el dinero— y sabía que la mayoría especularía.

Selena me torturaba presentándome de último. Entonces, claro está, decía:

—Por último, aunque no menos importante, en la guitarra, ¡pido un

aplauso para mi esposo, Chris Pérez!

Todos los hombres empezaban a abuchear en el auditorio, pero Selena sólo se reía. No le molestaba en lo mínimo su reacción.

—Vamos, ¡si estuviera casada con cualquiera de ustedes, no estarían abucheando! —decía, y eso los enloquecía a todos y comenzaban a reír, y yo también lo hacía.

OCHO

FELICIDAD, CASI SIEMPRE

Cortesía del autor

Cortesía del autor

Aproximadamente un mes después de que nos casáramos, llegué a casa una noche y encontré el apartamento oscuro, con excepción de unas pocas velas por aquí y por allá. No había música. La televisión estaba apagada.

—¿Selena? —dije preocupado.

—Aquí.

Di la vuelta y la vi, sentada en el sofá, en la fría oscuridad. Más allá, la mesa del comedor estaba puesta para la cena y algo en la cocina olía delicioso.

—¿Hiciste esto para mí? —le pregunté.

—Para nosotros —me respondió.

—¿Qué pasa, es un aniversario del que yo no esté consciente? —bromeé.

—Es para nosotros, eso es todo —dijo.

Nos sentamos a la mesa uno frente al otro y Selena sirvió la cena. Pero realmente no comimos porque comenzamos a hablar con mucha profundidad de nuestros sentimientos.

—Te amo, Christopher —dijo Selena. Siempre decía mi nombre completo cuando se trataba de temas serios o de situaciones intensas entre los dos—. Jamás dejemos que algo cambie entre nosotros ¿Me lo prometes?

Su tono de voz era el más solemne que jamás había oído.

—Te lo prometo —le respondí, y le dije también cuánto la amaba—. No sé qué haría si llegara a perderte —le confesé.

Selena fue la primera que me hizo sentir algo tan profundo hacia otra persona u otra cosa. Sé que sentía lo mismo por mí. De pronto, ambos estábamos llorando, en silencio, lágrimas de felicidad que caían lentamente porque habíamos tenido la suerte de encontrarnos, y sabíamos que estaríamos juntos para siempre.

Después nos reímos un poco de la situación. Pero ambos sabíamos que había ocurrido algo mágico. No hay muchas personas en este mundo que sientan lo que sentimos nosotros. Nuestro amor era aún más

profundo que el vínculo matrimonial.

Inicialmente, Selena había alquilado el apartamento en Corpus para utilizarlo como estudio y lugar de trabajo. La mayoría del espacio lo ocupaba una gran mesa sobre la que Selena hacía sus bocetos y dibujaba sus diseños. También confeccionó allí parte de sus diseños de ropa; esa muchacha podía hacer más cosas que cualquier otra persona con lentejuelas, pedrería y un sostén.

La música era el negocio de Selena, pero la moda era su verdadera pasión. Cada vez se entusiasmaba más con la idea de abrir algún día su propia boutique. No porque necesitara el dinero sino porque le encantaba la ropa, ante todo, y quería tener algo propio en su vida.

—Cada vez que tengo que ir a que me peinen y me hagan el manicure, tengo que pagar —bromeaba Selena—. Sería mucho mejor comprar mi propia boutique y mi propio salón de belleza para poder hacerme eso gratis cuando quiera.

A diferencia del resto de la familia de Selena, que no le prestaba la menor atención a la idea de que pudiera hacer realidad algún día su deseo de abrir una boutique de modas y un salón de belleza, me encantaba soñar e imaginar que lo lograría. Me daba cuenta de lo importante que era la idea para ella.

Entendí que Selena tenía una necesidad imperiosa de ser dueña de un negocio creativo —algo que no tuviera que ver con su familia ni tampoco con la música. El negocio de ser una cantante cada vez más popular comenzaba a cansarla. Normalmente, Selena era activa, enérgica, estaba siempre lista para hacer lo que le pidieran por el bien de la banda. Pero a medida que las cosas se fueron poniendo más difíciles y ella experimentaba más la presión, a veces lloraba, sin razón aparente. Esto me preocupaba porque no tenía la menor idea de cuándo podría ocurrir.

La primera vez que vi uno de estos desahogos emocionales de Selena quedé aterrado porque era evidencia de su grado de fragilidad y de la gran presión que soportaba como vocalista principal de Los Dinos y como cantante que había alcanzado renombre internacional. También me asustó porque no supe cómo ayudarla.

Fue aproximadamente un mes después de que nos casamos. Estábamos viendo nuestros CDs en la sala cuando Selena encontró *Revenge*, uno de mis álbumes de Kiss,

—¿Qué es esto? —me preguntó, levantándolo y haciéndole un gesto a la carátula.

—Eso es Kiss —le dije—. Escúchalo.

Yo había sido un gran fan de Kiss desde que era niño, le dije, y mi habitación de adolescente estuvo empapelada con pósters de Kiss, que cubrían inclusive el techo, en una oportunidad.

Intenté que entendiera por qué me gustaba tanto ese grupo musical, pero ella no quería escucharme. Era algo raro en ella; por lo general, siempre estaba abierta a escuchar cualquier tipo de música nueva, sin importar el género.

—No quiero este CD en la casa —anunció Selena.

—¿En serio? —le pregunté, incrédulo.

—Sí —respondió—. Tienes que deshacerte de él.

—Pero, ¿por qué?

Selena sostuvo el CD tan alejado de ella como le fue posible, como si apestara.

—Es la carátula —me dijo—. La odio. Es perversa.

Fruncí el ceño mientras miraba la carátula del álbum, que tenía un fondo gris y la palabra "Kiss" impresa en grandes letras negras, con la palabra "Revenge" en un color que supuestamente debía parecer sangre. Tal vez no fuera una cubierta bella, pero era impactante, y no tenía nada de horrible.

—Creo que estás equivocada —le dije.

Por algún motivo, la conversación se convirtió en una acalorada discusión, porque no podía creer que Selena pudiera ser tan irracional, y Selena estaba mostrando, como siempre, su terquedad, insistiendo una y

otra vez que debía deshacerme de inmediato de la carátula del disco.

Por último, le dije:

— Está bien. ¡Ya basta! ¡Me quedaré con el álbum pero le quitaré la carátula y la desecharé! ¿Quedarás satisfecha con eso?

En ese momento, Selena comenzó a llorar. No a sollozar, no, sino a llorar con fuerza, y comenzó a temblar. Fue entonces cuando supe que nuestra discusión no tenía que ver únicamente con un CD.

—¿Qué pasa? —le pregunté con dulzura—. Dímelo.

Selena trató de hablar, pero no le entendía nada de lo que me decía, estaba llorando mucho. Se había mantenido de pie apoyada contra la pared; ahora se dejó escurrir lentamente hasta el piso.

¿Qué estaba pasando? No tenía la menor idea. Todo lo que se me ocurrió fue sostenerla.

La sostuve contra mí por largo tiempo, “Lo siento, lo siento”. Por qué lo sentía, no lo sabía, pero seguí diciéndolo una y otra vez hasta que se tranquilizó.

Con más frecuencia de lo que hubiera querido, quedaba atrapado entre Selena y Abraham. Ocasionalmente, me tocaba la parte difícil del asunto, como cuando volvíamos de una presentación en la Feria Estatal de Colorado.

Era ya tarde en la noche y sabíamos que nos esperaba un largo viaje. Para entonces, teníamos el personal de apoyo, un guardia de seguridad y un conductor para el bus. Todo estaba listo para irnos, con excepción, claro está, de Selena. Yo había ido una vez más a su habitación en el hotel para ver si ya estaba lista, pero, naturalmente, no lo estaba.

—Vuelve allá y oblígala a salir del hotel —me ordenó Abraham.

Hice lo que se me dijo.

—Oye, todos están en el autobús esperándote —le dije.

—Dile a papá que no se apresure tanto. Llegaré allí en unos minutos

—dijo Selena—.¿Puedes llevarme esta maleta y enviar a alguien por el resto de mis cosas?

Regresé al autobús —era uno mucho más bonito que nuestro antiguo autobús de giras, Big Bertha— y le dije a Abraham que a Selena le faltaban unos minutos para estar lista, pero que alguno de los empleados debía ir a recoger su equipaje.

Abraham estaba de pie a mitad de los escalones del autobús. El resto de los miembros de la banda y el equipo también estaban allí, sólo sentados frente al autobús, observando. Abraham me miró con ira, y pensé, *Santo Cielo, ¿qué hago yo aquí en la mitad de este enredo? Ya estoy harto de este hombre. No merezco que me trate así*.

Sin embargo, por respeto al padre de Selena, me contuve. Me adelante a él y a todos los demás para dejar algunas de las cosas de Selena en su cabina.

—¿Dónde está Selena? —gritó Abraham—. ¿Por qué no está aquí con todos nosotros?

Me esforcé por mantener un tono de voz tranquilo.

—Ya te dije. Me pidió que le dijera a alguien que fuera a recoger su equipaje. Ya es una mujer hecha y derecha, Abraham. Llegará cuando esté lista.

Abraham se apresuró a subir al autobús haciendo mucho ruido y se vino a toda velocidad por el pasillo del autobús hasta donde yo estaba. Sorprendido, di un paso atrás. No tenía la menor idea de lo que Abraham iba a hacer. No quería golpearlo, pero también quería estar listo en caso de que me golpeara. Me quedé inmóvil y lo dejé que viniera hacia mí. Podía haberlo empujado y forcejeado con él, y pueden creerme que lo pensé.

Luego me contuve. ¿Qué estaba haciendo? Abraham también se tranquilizó, cerró de un golpe la puerta que daba al cuarto de los camarotes, para que nadie pudiera vernos y me dio un abrazo.

—Lo siento, hijo —dijo—. Es sólo que estoy de mal humor porque tengo prisa.

—Está bien, está bien —le dije, y eso fue todo.

O, al menos, eso creí. No tengo la menor idea de lo que Abraham le

diría a Selena acerca de este incidente para quedar bien, pero debe haber sido alguna versión que me hacía ver como el malo de la película, porque duró varios días enojada conmigo.

—Debes disculparte por lo que le hiciste —me amonestó.

—Él era el que tenía que disculparse, ¡y lo hizo! —le dije.

—Le faltaste al respeto, Chris, y es mi padre —me dijo—. Eso no te lo puedo permitir.

Yo lo negué. Pero Selena me trató con frialdad de ahí en adelante, y, por lo general, su voluntad era más fuerte que la de cualquier otra persona. Para el tercer día, ya estaba harto de la estúpida discusión. Me di cuenta de que no me costaría tanto pedir perdón —y así Selena quedaría contenta.

Fui entonces adonde Abraham y le dije, "Siento mucho lo de la otra noche, no debí hacerlo. Nada de esto debió haber sucedido entre nosotros".

Dejé que la disculpa fuera vaga, y lo hice a propósito, porque aunque definitivamente lamentaba que las cosas hubieran llegado a este punto entre nosotros, sabía que no había hecho nada malo.

Sin embargo, Abraham sonreía con una expresión medio burlona, como si pensara que de alguna forma había ganado. Entonces abrió sus brazos y me dio uno de sus famosos abrazos.

En otra oportunidad, comenzó una discusión entre Selena y su padre en la cocina, mientras yo estaba en la sala. Él había venido sin anunciarse, como le encantaba hacerlo, y los tres habíamos estado conversando. Fue una velada muy tranquila. Entonces, Abraham debió empezar a hablarle a Selena de algo o alguien en nuestras vidas, como lo hacía con frecuencia.

Las cosas comenzaron de forma pacífica, como una simple discusión —yo los podía oír hablar en la cocina porque el apartamento era un espacio muy abierto— pero la conversación pronto se convirtió en una verdadera pelea. Si a Selena se le metía una idea en la cabeza, era muy difícil lograr que cambiara de opinión. Y cuando a Abraham no le gustaba algo, hacía todo lo posible por obligar a la gente a actuar como él quería, de forma que las interacciones entre padre e hija podían ser

muy intensas. Con mucha frecuencia me asustaba cuando empezaban a discutir.

—¡No puedes decirme siempre lo que debo hacer! —gritó Selena, y en ese momento decidí que debía intervenir.

Entré a la cocina y vi que Selena había perdido el control. Intentaba hablar, pero estaba llorando tanto que no podía respirar.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté, mirando primero a Selena y luego a su padre.

Abraham se dio vuelta y me miró.

—¿Qué le estás haciendo? —me gritó.

—¿De qué me hablas? Esto es entre ustedes, ahora mismo —dije.

Selena se dejó caer al piso sentada y se inclinó hacia adelante, todavía llorando. Me acerqué a ella y la abracé, poniendo su cabeza sobre mi pecho y meciéndola como si fuera una niña chiquita, mientras que Abraham salió cerrando la puerta de un golpe.

Abraham y yo seguimos teniendo estos desagradables enfrentamientos de poder. Gran parte de la tensión que había entre nosotros era el resultado de incidentes en los que yo me vi obligado a interferir y a apoyar a Selena cuando surgía un desacuerdo entre ella y su padre. Afortunadamente, aunque Abraham había intentado de todas las formas imaginables mantenernos separados, después de que nos casamos, Abraham tenía tanta influencia de la vieja escuela que me aceptó como el marido de Selena. Creo también que su respeto hacia mí era sincero, porque generalmente le decía lo que pensaba pero de forma muy amable. Yo no dejaba de pensar que, con el tiempo, Abraham aprendería a elegir sus batallas, pero eso no era realmente parte de su personalidad. Como tampoco era parte de la de Selena.

Por ejemplo, en una oportunidad, los tres —Abraham, Selena y yo— fuimos a la gala de inauguración del Hard Rock Cafe en San Antonio para ver a Cheap Trick y Freddy Fender. Selena se estaba divirtiendo en grande —inclusive subió a la tarima y cantó una canción con la banda Cheap Trick. Sin embargo, al cabo de un rato, Abraham se cansó y quiso irse.

—Estoy listo para irme ahora —le anunció a Selena—. Ya basta de

diversión. Se hace tarde.

—No quiero irme todavía —respondió ella y se fue a buscarme—. Mi papá no deja de decirme que quiere irse. ¿Te parece bien si nos quedamos un poco más?

—Sí, yo estoy muy bien —le dije.

—Bueno —dijo Selena y volvió al escenario.

En cuestión de minutos, Abraham me encontró entre la multitud y se me paró al frente, amenazándome con el dedo, como solía hacerlo.

—Debes decirle a Selena que es hora de irnos —me dijo.

Naturalmente, Abraham había sido siempre la máxima autoridad en la familia, por lo que pensó que yo debería tener el mismo poder en la mía. Él aún no lograba entender la naturaleza igualitaria de mi matrimonio con Selena.

—Lo siento, Abraham —le dije—. Ella no quiere irse todavía. Nos quedaremos.

Él se limitó a mover su cabeza disgustado y se fue.

En otra ocasión, estábamos todos cenando en un restaurante después de una de las presentaciones de Selena, cuando una fan se acercó a la mesa. Yo estaba en un extremo de la mesa con Selena. Estaba allí la mayoría de los miembros de la banda con sus novios o sus esposas; Abraham estaba sentado al otro extremo de la mesa.

De repente, la fan lanzó un pedazo de papel entre Selena y yo.

—¡Firma esto! —exigió la mujer.

Selena se dio vuelta.

—Lo siento, ¿puede, por favor, esperar a que terminemos de cenar? —le dijo—. Entonces con gusto le daré mi autógrafo.

Le dio la espalda a la mujer y la fan nos dejó enfurecida.

Esto enfureció a Abraham.

—¿Por qué fuiste tan grosera con esa mujer? —le preguntó.

—¡Ella fue grosera conmigo para empezar! —dijo Selena igualmente furiosa—. ¿Cómo es que cualquiera puede venir adonde yo estoy cenando y simplemente tirarme algo y pensar que eso está muy bien?

La discusión entre ellos se fue encendiendo cada vez más a medida que trascurría la cena e incluso continuó cuando regresamos en el

autobús. Por último, no tuve más remedio que intervenir.

—Oye, mira, Selena tiene todo el derecho a exigir un poco de paz y tranquilidad para cenar, como cualquiera de nosotros. Tiene que haber algún tipo de límite porque de lo contrario se va a agotar.

Abraham lo aceptó, en ese momento, de una forma que jamás lo hubiera hecho si Selena hubiera sido la que le dijera lo mismo.

A pesar de estos desacuerdos de familia, Selena y yo estábamos ahora más felices que nunca. Cuando volvía a casa después de hacer algunas diligencias, solía encontrar a Selena limpiando o cocinando. Le encantaba desempeñar su nuevo papel de esposa. Además lo hacía muy bien. Inclusive había aprendido una receta para preparar tiburón de aleta negra que se convirtió de inmediato en mi plato favorito. Aún no sé qué ingredientes usaba para adobar el tiburón, pero era lo mejor que jamás había probado.

Siempre que estábamos de gira, Selena y yo gozábamos el uno con el otro y con nuestra nueva vida. Algunos fines de semana íbamos a San Antonio a visitar a mi familia y a mis amigos. Selena se entendió muy bien desde el principio con mis padres, mis abuelos, mis tías y mis tíos. Es posible que se comportara de manera más extrovertida con mi familia que con la de ella. Nadie la consideraba una superestrella, porque no lo era, no todavía. Selena tenía algo muy especial y era que hacía que las personas se sintieran cómodas, por más famosa que ella fuera —fue así desde el día que la conocí y continuó igual hasta el día que murió.

Mi familia veía a Selena como una mujer joven felizmente casada a quien le encantaba hacer una parrillada en el patio de atrás, patear una pelota de fútbol o relajarse en un columpio hecho con una llanta colgada de un árbol. Después, se ponía sus mejores galas e íbamos a un club, donde subía al escenario y donde toda esa gente se apresuraba a acercarse a esa misma persona. Nunca dejó de sorprenderme la forma como Selena podía pasar de uno a otro de esos dos mundos, sin perder un compás.

Selena también sabía cómo divertirse. Recuerdo haber llegado a casa de mi primo Kenny en San Antonio, en una oportunidad, y haber entrado

con Selena justo cuando mis primos estaban preparando unos cocteles que parecían jugo de naranja cremoso.

—¿Qué es esa cosa? —pregunté.

—Ah, tú no querrás este tipo de bebida, es sólo para niños grandes —me dijo Kenny, levantando su vaso muy alto.

—¿Cómo se llama? —preguntó Selena.

—Perro Salado —dijo la esposa de Kenny.

Selena y yo nos miramos y soltamos la carcajada.

—Permíteme probarlo —dije.

—¡Yo también quiero probarlo! —insistió Selena.

Después de un par de perros salados, Selena fue el alma de la fiesta, sentada al borde del sofá de la casa de Kenny contando chistes con un balde en la cabeza. No sé bien qué estaba haciendo, pero estaba payaseando y haciéndolos reír a todos.

Debido a que Selena era Testigo de Jehová, nunca había celebrado la Navidad. A decir verdad, yo lo había hecho pocas veces, porque, por lo general, la banda tenía presentaciones durante los días de fiesta. El primer año de nuestro matrimonio, sin embargo, la banda estaba libre para Navidad, y llevé a Selena a casa de mi madre para la fiesta.

Todos los miembros de mi familia habían comprado regalos de Navidad para Selena aunque les había dicho que nunca celebraba la Navidad. Por respeto a Selena, dejaron los regalos apilados en la alcoba de mamá en lugar de ponerlos bajo el árbol de Navidad.

Cuando llevé allí a Selena, quedó abrumada. Mi familia realmente celebra la Navidad. La cama estaba cubierta de regalos envueltos en lindos papeles, todos para Selena. Ella nunca había participado de una celebración familiar de Navidad y le encantó. Para ella su religión era algo muy serio y privado —era uno de los pocos temas que a Selena nunca le gustó mencionar ante los medios. Ese día, realmente enloqueció, y se lanzó a abrir esos regalos rompiendo los papeles y divirtiéndose como una niñita emocionada con la Navidad. Yo gozaba de verla.

A Selena y a mí, cuando no estábamos visitando a nuestros amigos o a nuestras familias, nos encantaba quedarnos en casa cocinando,

descansando y mirando televisión. Disfrutábamos plenamente experimentando lo que nunca tuvimos antes: una relación abierta, amorosa, que podíamos compartir con el mundo, aún tomarnos de la mano en la calle, si así lo queríamos. Nuestro amor se tornó fresco de nuevo porque ya no teníamos que andar de puntitas ocultándonos y disimulando lo que sentíamos el uno por el otro.

Parecía que, a pesar de que Abraham había puesto todos los obstáculos posibles en nuestro camino, tal vez podríamos llevar una vida feliz por siempre, sin necesidad de la boda de cuento de hadas con la que soñara Selena.

NUEVE

UNA CASA (MÁS O MENOS) NUESTRA Y NUESTRA FAMILIA DE PRÁCTICA

Cortesía de Carmen M. Cadena

—Ese invierno fue tan frío en Lake Jackson que mis cerditos recién nacidos murieron —dijo Selena—. Pero mamá los trajo de nuevo a la vida.

Me reí.

—No hablas en serio.

Selena me contaba esto mientras caminábamos por un centro comercial en San Antonio. Íbamos a su tienda favorita —la tienda de mascotas— y me estaba contando que había tenido como mascotas pollitos, cerditos y un corderito. Me encantaban sus historias, porque de niño jamás tuve una mascota.

—¡Realmente lo hizo! —dijo Selena—. Los cerditos murieron y yo estaba llorando, de modo que mamá decidió meterlos a la cocina. Pusimos el horno en bajo y acostamos a los cerditos sobre la puerta abierta del horno.

—Eso podría dar resultado —dije, mientras me deleitaba en los ojos cafés de mi esposa que se movían animados por el recuerdo de la hazaña heroica de su madre.

Selena adoptó de pronto un tono solemne.

—Esos cerditos se calentaron y volvieron a andar —me aseguró, y luego comenzó a reír.

Selena amaba a los animales, al igual que yo. Tal vez por eso, tan pronto como tuvimos una casa propia, comenzamos nuestra familia de práctica. O tal vez fue sólo porque a Selena le encantaba comprar cosas por impulso.

La casa había sido el tema de muchas de nuestras conversaciones a altas horas de la noche. Más o menos en la época en que estaba por vencerse el contrato del apartamento de Selena, Abraham anunció que estaba haciendo una oferta para comprar una casa en su vecindario —quedaba en Bloomington Street, y se comunicaba con la suya a través de un patio. A.B. vivía ya en la casa vecina a la de Abraham, del otro lado; si nos mudábamos, toda la familia Quintanilla viviría entre tres casas contiguas.

—Eh…bajo ningún motivo viviré al lado a mi padre —anunció Selena.

También yo tenía algunas dudas en cuanto a vivir cerca de Abraham, considerando su terquedad y su temperamento. Al mismo tiempo, respetaba al que era a la vez el agente y el padre de Selena, y no siempre sentía que él podía manejarme; habíamos desarrollado un respeto mutuo y, ocasionalmente, Abraham me decía "hijo".

Para esta época, había llegado a entender mejor la dinámica de la familia Quintanilla. Sabía lo importante que era para ellos ese concepto de familia. Selena y sus familiares podían disgustarse unos con otros hasta la enésima potencia, pero al final sus desacuerdos pasaban y se olvidaban y todo volvía a la normalidad. Habían trabajado mucho para forjar sus vidas en esa unión común. No quería decirles simplemente, "Está bien, ya estamos casados y nos vamos a mudar tan lejos como podamos." Ese no era mi estilo. No temía perder el rumbo ni verme obligado a seguir un determinado camino por vivir cerca de Abraham. Tenía un sólido sentido de identidad, aún a esa edad.

Además, era hasta cierto punto lógico que todos viviéramos cerca, dado que pasábamos mucho tiempo juntos trabajando en la música. No sólo eso, Abraham generosamente nos compraría la casa y nos permitiría vivir allí sin pagar arriendo.

—Si lo hacemos, podríamos ahorrar para comprar una casa —le dije a ella—. Y, después de todo, siempre estamos con tu familia cuando salimos de gira. ¿Cuál es la diferencia?

—La diferencia es que serán nuestros vecinos —insistió Selena—. Si invitamos amigos o hacemos cualquier reunión, mi padre querrá estar ahí.

—Bien, probablemente lo invitaríamos de todas formas —le respondí —. Eso es lo que generalmente hacemos. Mira, me parece una buena idea. Sabes que me entiendo muy bien con tu familia. Tú decides. Cualquiera de las dos alternativas me parece buena. Si quieres estar más alejada, podríamos vivir en San Antonio.

Mi familia y mis amigos estaban todos en San Antonio, pero la de Selena estaba en Corpus. Al final, decidió que era lógico aceptar la

oferta de su padre.

—Así, podemos esperar y tal vez inclusive construir la casa que realmente queremos —me dijo.

Por consiguiente, a los tres meses de habernos casado, Selena y yo teníamos nuestra propia casa. Después de pintarla, quitar las alfombras e instalar piso nuevo, fuimos a una tienda de muebles en Corpus a comprar unas cuantas cosas. Fue allí donde Selena vio una cabecera de cama que era además un gigantesco acuario y dijo que tenía que tenerlo. Era en plexiglás, de veinticinco centímetros de alto con un marco negro.

—Es totalmente art déco —dijo Selena—. Hace juego a la perfección con nuestra alfombra y nuestro sofá negros.

Yo tenía mis dudas.

—No tiene ni siquiera un filtro —le dije—. Tendría que instalarle un sistema de filtración. Y si quieres un acuario de agua salada, eso requiere muchísimo mantenimiento.

—Por favor, di que sí —dijo Selena—. Se vería perfecto en nuestra alcoba.

Nunca podía decirle que no cuando me miraba con esos enormes ojos cafés y hacía esa cara de cachorro triste. Empecé a comprar libros sobre acuarios de agua salada y a investigar la forma de instalar un sistema de filtración. Fue muy difícil, pero al final logré hacer un corte en el acuario que me permitía insertarle un tubo de PVC y conectarlo a una bomba. Por un tiempo tuvimos un precioso acuario sin si quiera un pez, porque debía continuar graduando el filtro para asegurarme de que el agua permaneciera limpia y siempre tuviera los niveles de sal adecuados.

Mientras tanto, Selena consultaba todos los libros que encontraba sobre peces de agua salada y lanzaba exclamaciones admirada al ver sus colores y formas. No eran peces baratos, y sabía que mantenerlos sanos sería muy difícil. Pero ambos nos emocionamos mucho el día que por fin pudimos ponerle peces. Y, como lo había pronosticado Selena, el acuario era la adición perfecta para nuestra alcoba, una obra de arte en movimiento.

Pero, ¿por qué detenernos aquí? Para Selena, más siempre era mejor.

Un día llegué a casa y me dijo: “¡Mira lo que compré!”.

Era otro acuario. Éste era octogonal y más alto que yo. Tenía una base negra de un metro con cincuenta de alto y otra pieza negra con un reloj incrustado. Para mi tranquilidad, este acuario traía todo el equipo de filtración necesario, pero yo tendría que armarlo. Sin embargo, valió la pena, porque a Selena le encantaban los peces.

Ahora, mientras íbamos hacia el almacén de mascotas, Selena vio una jaula llena de cachorros al lado de la puerta. Corrió hacia allí y metió sus dedos para que los perros lamieran y mordisquearan sus dedos. Prácticamente daba saltos de felicidad, haciéndome sonreír al verla.

Sin duda eran unos cachorros hermosos: eran Pomerania, peludos e inquietos que se tropezaban unos con otros y daban botes en su nido de papel periódico cortado en tiras. La mayoría era color caramelo con manchas blancas. Todos eran preciosos, pero Selena quedó cautivada por el único cachorro negro de la camada.

—¡Mira esta! —gritó emocionada—.¿No parece una osita? ¡Esa es la que realmente quiero!

¿Qué haríamos con la perrita mientras estábamos de gira? Sin embargo, jamás pude negarle algo a Selena.

—Veámosla —le sugerí.

Había un cuarto en la parte de atrás del local donde los clientes podían sentarse a jugar con los perros que pensaban comprar. Una de las vendedoras nos llevó allí y nos habló de las ventajas y desventajas de tener un Pomerania como mascota y nos explicó todos los detalles acerca de la fecha de nacimiento de la cachorrita y de sus vacunas. Fue como si hubiera estado cantando ópera, ya que ninguno de los dos la escuchamos. Selena estaba en el piso, dando volantines con el perro, y en ese momento supe que habíamos hecho el negocio.

Nos comportamos como papás de un nuevo bebé, compramos cuanto accesorio era posible para la cachorrita. La bautizamos Pebbles y la llevamos con nosotros de gira hasta que tuvo la edad suficiente para quedarse con la persona que nos cuidaba la casa mientras no estábamos.

Pebbles se convirtió en la reina de nuestro hogar. Fue también el comienzo de nuestra colección de perros.

Unos meses después de tenerla, mi amigo Jesse vino a Corpus de visita. Fui con él de compras a otro pequeño centro comercial y pasé por una tienda de mascotas. Vi en la vitrina cuatro cachorros Husky siberianos. Uno de ellos tenía unas manchas increíbles en su cara, entre ellas una cruz negra que bajaba por su nariz y delineaba sus ojos.

—Qué bonito perro —dije, y me agaché a acariciarlo.

—¿Por qué no lo compras? —preguntó Jesse.

—Lo pensaré —respondí, pero no lo dije en serio.

Cuando llegamos a casa, comencé a mostrarle a Selena la ropa que había comprado en el centro comercial.

—¿Viste algo más que te gustara? —preguntó.

—Oye, cuéntale del perro —dijo Jesse.

—Ah, sí, vimos un lindo cachorro Husky. Realmente bonito —le dije y le describí las manchas que tenía.

Selena respondió de inmediato:

—Vamos a verlo. ¿Podemos volver allí a verlo?

Me reí de verla tan entusiasmada.

—¿Otro perro? Pebbles nos mataría.

—Di que sí —me rogó—. De veras quiero ver ese cachorro. Vamos a verlo.

¡Cielos! Aquí vamos de nuevo, pensé, pero volvimos de todas formas a la tienda de mascotas. En el camino le advertí varias cosas a Selena.

—Vamos sólo a ver los cachorros —le recordé—. Ya tenemos a Pebbles. Ahora, no te vayas a enloquecer y no vayas a querer comprarlo. No te dejes llevar por el entusiasmo.

—Está bien —respondió—. Lo prometo.

Sin embargo, tan pronto como llegamos a la tienda de mascotas, Selena enloqueció.

—¿Cuál es? ¿Es ese de allá?

Fue corriendo a la jaula y alzó al cachorro que tenía las manchas negras en la cara, abrazándolo fuerte.

—Cielos, me encanta. Llevémoslo a casa. ¿Podemos?

—¿Estás segura? —le pregunté.

—¿De verdad lo van a comprar? —preguntó Jesse, sorprendido ante

el entusiasmo de Selena. Estaba riendo, también, porque todo esto había empezado por su culpa.

—Claro que sí —dijo Selena, y salimos de allí con nuestro nuevo perro. Lo bautizamos Jax por mi guitarra Jackson.

Jax resultó ser un perro verdaderamente maravilloso. Sin embargo, todos en el vecindario le tenían miedo porque tenía unos extraños ojos azules, casi como bolas de cristal y esas marcas negras en la cara. Nuestra casa quedaba cerca de una escuela primaria y recuerdo que en una ocasión estaba en el patio cuando llegó este niñito y empezó a golpear la cerca para fastidiar al perro. Escasamente podía ver la cara del niño a través de las separaciones de los postes de la cerca y sus pequeñas manos que se asomaban por arriba. De inmediato supe lo que iba pasar antes de que sucediera.

Jax también sabía lo que haría. Se sentó y esperó a que el niño se agarrara de la parte superior de la cerca y se impulsara para poderlo ver por encima. En ese momento Jax saltó y golpeó al niño en la frente con su nariz, haciéndolo huir a toda prisa.

Sólo Pebbles, nuestra Pomerania, le decía a Jax lo que debía hacer. A pesar de que Jax era casi tres veces más grande, ella seguía siendo la reina. Siempre que la sacábamos al patio, Pebbles corría adonde estaba Jax y lo jalaba de las orejas con los dientes. Era una perrita muy inquieta.

Nuestra fiesta perruna no terminó ahí. Un día, Selena estaba afuera podando el césped —le encantaba hacerlo— cuando pasó una mujer con dos bestias enormes. Cuando volví a casa después de hacer todas mis diligencias, crucé la esquina en el auto y vi a Selena de pie hablando con la dueña de esos dos enormes perros.

—¿Qué animales son esos?— murmuré.

En el mismo minuto en el que estacioné a la entrada de la casa y bajé del auto, Selena dijo:

—Bebé, ven aquí. Quiero que conozcas a nuestra vecina Margie y sus estupendos perros.

Uno de sus perros, Max, era una de las creaturas más aterradoras que jamás había visto, un perro Brindle con una enorme cabeza y unas

fauces que parecían capaces de triturar un camión. Cuando me acerqué a Selena y Margie, ese perro abrió su bocota, me miró directo a los ojos y ladró como si lo estuviera haciendo desde el infierno. Puedo asegurar que la tierra tembló cuando Selena lo acercó para que me saludara.

Selena comenzó a contarme cosas sobre Max y sobre la otra perra, un animal de nombre Brandy, diciéndome que eran mastines Bull ingleses. Me dio toda una conferencia sobre el origen de la raza, su comportamiento como mascotas, etc., como si no los estuviera viendo ella también por primera vez. Mientras hablaba yo la miraba fijamente y pensaba, *Ay, no, ni se te ocurra pensar lo que estás pensando, Selena. Ni te imagines que podríamos hacernos cargo de un par de perros como esos*.

Después de unos minutos, entré a dejar en la cocina los víveres que traía, y cometí el error de dejar a Selena afuera sola con los perros. No me habría pasado por la mente que Brandy estaba preñada, y menos aún que Selena le diría a Margie que quería uno de los cachorros.

Más tarde, me enteré por Margie de que había intentado convencer a Selena de que me pidiera permiso para tener uno de esos perros, pero que Selena le había dicho, "Ay, no te preocupes por Chris. Ya lo aceptará".

Unos meses después, me sorprendió con el cachorro que ya tenía la mitad del tamaño de Selena, aunque apenas tenía unos pocos meses de vida. Miré a Selena y le dije:

—Lo compraste ¿no es cierto?

Ella ignoró mi pregunta.

—Ay, Chris, ¡mira lo linda que es!

—Esa perra va a llegar a ser más grande que tú —le advertí, pero sabía que me estaba entregando. La perrita era linda y el entusiasmo de Selena era tan contagioso como su risa. Además, siempre se me derretía el corazón al verla rodeada de animales pequeños, porque era muy fácil imaginar lo que sería tener un día un hijo propio. No me cabía la menor duda de que Selena sería tan excelente como madre como lo era en todo lo demás.

Selena puso la perrita en el piso y los dos sonreímos, como padres,

mientras la veíamos retozar. Estos mastines ingleses son perros tan grandes que sus patas son más bien rígidas y tienen movimientos muy torpes durante sus primeros meses de vida. Era como estar viendo un potrillo en nuestro jardín. Ya me había enamorado también de la perrita. Sabía que iba a ser una perra sorprendente.

—Está bien —le dije—. Quedémonos con ella.

Llamamos a la cachorra Taylor. Lo que no sabía —¿cuántas veces tendré que confesarlo?— era que, cuando Selena fue a casa de Margie, no sólo compró a Taylor sino también a otro cachorro. Sin embargo, no se atrevió a decírmelo, por lo que le pidió a Margie que se lo cuidara.

—Quería darte la noticia poco a poco —me dijo más tarde Margie.

En ese momento, lo único que me dijo Selena fue:

—Cielos, me da lástima Margie. No ha podido encontrar un lugar para el último cachorro.

Aún sin sospechar, le dije:

—Estoy seguro de que alguien que quiera comprar un perro aparecerá pronto.

Selena no dejaba de hablar de lo difícil que era para Margie conseguir un comprador para el último cachorro y, al fin, me llegaron algunas señales de alerta. Conocía lo suficientemente bien a Selena como para darme cuenta de que probablemente ya había comprado el tal animalito.

Acepté la idea muy pronto. ¿Qué importaba una mascota más? Pero eso no lo hizo más fácil para Selena. De hecho, hice todo lo que pude para que fuera más difícil. Siempre que hablaba del tema del último cachorro, me limitaba a decirle, “Ay, qué lástima, esos mastines, llegan a ser enormes”.

Por último, un día, Selena simplemente me dijo la verdad.

—Lo hice. Compré el último cachorro. Es nuestro, Chris.

Sonreí.

—Ya lo había imaginado.

Me dio un golpe en el brazo.

—¿De veras? ¿Ya lo sabías y permitiste que yo siguiera hablando y hablando? ¿Y no me dijiste nada?

—Bueno, después de todo uno tiene derecho a divertirse un poco —le

dije.

Selena salió corriendo a llamar a Margie y a decirle que trajera el cachorro a nuestra casa. Lo llamamos Winnie.

Cuando Margie salió del auto con el perro, dijo:

—Por favor, Chris, no te enojes conmigo.

—No seas tonta, conozco a Selena, sé cómo es —le dije—. No necesita que le insistan. Simplemente quiere muchísimo a los animales.

Y, al final, todo salió estupendamente bien. A Selena y a mí nos encantaba salir al jardín a retozar con Winnie y Taylor. Saltaban y babeaban sobre nosotros todo el tiempo. Les encantaba perseguirnos, siempre intentando hacernos caer, como hacen los leones cuando persiguen a su presa, mordiéndonos los talones. A veces llevaba a Winnie y a Taylor al patio de la escuela los fines de semana y allí corría con ellos a campo abierto, o Selena los sacaba a pasear por el vecindario y animaba a los niños a que se acercaran a acariciarlos.

A Selena le encantaba jugar con todos los niños del vecindario, pero había uno en especial por el que desarrolló gran afecto, un niño pequeño con una voz chillona llamado Tim. A Tim le encantaba el basquetbol más que cualquier otra cosa en el mundo y era un gran fan de Michael Jordan.

Un día, mientras estábamos en el jardín jugando con los perros y riendo con Tim, anunció con cierto tono de desesperación en su voz que quería unos zapatos para jugar basquetbol de marca Air Jordans.

—Pero mi mamá no me los va a comprar —nos dijo con un hondo suspiro.

—¿Por qué no? —preguntó Selena.

—Porque cuestan mucho dinero —dijo Tim—. Y si espero a ahorrar para comprarlos, se van a agotar.

—Sabes —le dijo Selena—. Iré a comprarte esos zapatos a cambio de que me ayudes a lavar el auto y a trabajar en el jardín durante unas pocas semanas. ¿Trato hecho?

Lo llevó a comprarle los zapatos y jamás se podría imaginarse un niño más feliz que Tim.

Cualquiera pensaría que cuatro perros eran suficientes para cualquier

persona, pero uno más iba a entrar a nuestra familia de práctica. La banda se estaba presentando en Houston, y después de nuestra prueba de sonido para el espectáculo, todos fuimos al centro comercial Galleria Mall. Selena y yo nos fuimos solos y acordamos reunirnos más tarde con la banda.

Mientras caminábamos, pasamos por una tienda de mascotas y entramos "sólo a mirar", como siempre decía Selena —una propuesta peligrosa, viniendo de ella. Vimos allí un dóberman miniatura que parecía un verdadero polvorín. Era pequeñísimo pero era una fiera, realmente intentaba matar al pequeño juguete que tenía dentro de su jaula sacudiéndolo de un lado a otro con la boca hasta que Selena reía tan fuerte que le empezaron a rodar las lágrimas por las mejillas.

—¡Me fascina! —dijo—. ¡Míralo, Chris!

—Ay, no —dije, pero también estaba riendo—. Admito que es un perro genial —dije—. Si quieres verlo, ven.

Entramos a la tienda. Selena llevaba un vestido largo de varias capas de velo que le llegaba hasta los tobillos. Llevamos al perro al cuarto de atrás de la tienda y ese pequeño dóberman se agitaba hacia todos lados en los brazos de Selena porque estaba tan entusiasmado.

Por último, Selena lo puso en el piso y el cachorro empezó a restregársenos contra nuestras piernas. No pasó mucho tiempo antes de que estuviera mordisqueando su vestido con sus pequeños y agudos dientes, agitándolo de un lado a otro.

A Selena no le importó. No podía dejar de reír.

—Míralo, está loco —dijo.

Y *estaba* loco. Cada vez que bajaba la mano para acariciarlo, él ponía su nariz contra mis dedos.

—Creo que me enamoré —dije.

—Yo también —dijo Selena—. Comprémoslo.

Lo compramos de inmediato y le pusimos André el Gigante.

Mientras volvíamos al autobús, pensé de pronto en Abraham.

—Ay, no —dije—. ¿Qué va a decir tu padre de que traigamos un cachorro y lo llevemos en el autobús?

—No te preocupes. Yo se lo diré —dijo Selena.

Estaba plenamente preparado para que Abraham me agarrara del cuello y dijera algo como:

—Hijo, ¿qué te pasa? Ya tienes todos esos perros. ¿Para qué necesitas otro?

Sin embargo, para mi sorpresa, Abraham era mucho más fácil de controlar que Selena. Tan pronto como dije:

—Oye, mira lo que tenemos —quedó fascinado y comenzó a hablarle como si fuera un bebito.

Se lo di para que lo alzara y nunca vi un hombre más feliz. El perrito le lamió la cara y Abraham se rió.

Todos eran perros excelentes, y Selena y yo estábamos felices de jugar al papá y a la mamá para practicar nuestras habilidades como padres con nuestra peluda jauría.

Selena fue quien tuvo la idea de tener un perro pero yo quise tener como mascota una serpiente. Siempre había querido una, le dije un día a Selena.

—¿Que quieres qué? —preguntó incrédula—. Pero ¿por qué? No puedes llamar a una serpiente a que venga a sentarse junto a ti, jamás te lamerá la mejilla ni jugará contigo.

—No sé —admití—. Sólo pienso que sería súper *cool*.

Selena fue siempre muy condescendiente. Cuando empecé a traer a casa libros sobre serpientes como mascotas, para saber cuáles eran mejores que otras y cómo cuidarlas, ella los leía conmigo y aprendía también. Por último, acordamos conseguir una pitón bola porque son dóciles y normalmente se enrollan como una bola si se sienten amenazadas, en lugar de intentar morder. Otra ventaja era que no crecían más de un metro con sesenta.

Encontramos una tienda de mascotas especializada en mascotas exóticas. Tenían todo tipo de serpientes y lagartos. Me daba cuenta, al

ver la expresión de Selena mientras examinaba cada rincón de la tienda, que se esforzaba por dar la impresión de estar tranquila sin dejar de sentirse nerviosa.

—Está bien —le dije—. Las tienen todas en jaulas y acuarios.

Cuando uno de los vendedores se nos acercó, le dije que estaba pensando en comprar una serpiente. Empezamos a hablar de pitones. Para mi sorpresa, Selena se quedó ahí parada, sin decir palabra —algo que era raro en ella.

Yo ya había comprado un tanque de acuario de cuarenta galones, una lámpara para calefacción, piedras para conservar el calor y todo lo que se necesitaba. Cuando se lo dije al vendedor, éste fue a la parte posterior de la tienda y regresó con una pitón bola enrollada en su brazo. Apenas Selena lo vio, desapareció. No sólo salió de la tienda aprisa, salió corriendo, luego miró hacia adentro, fijó sus enormes ojos en mí.

Comencé a reír.

—Está bien —le dije, y entonces ella rió también—. Vamos —la animé.

Volvió a entrar a la tienda muy despacio, sin dejar de mirar a esa pitón, que ahora se había enrollado en mi brazo. El vendedor me explicó todo acerca de los hábitos alimenticios de la serpiente —se alimentaba de ratones vivos— mientras Selena se iba acercando cada vez más.

Cuando la vi más tranquila, le dije:

—Ándale, mírala —estiré el brazo para ponerle la serpiente más cerca.

Selena estiró el brazo también. La pitón pasó de inmediato a enrollarse en su brazo. Por un minuto se puso muy nerviosa pero luego se tranquilizó.

Llevamos a casa la serpiente en una pequeña bolsa, como una especie de funda y la pusimos en nuestro acuario. Por un tiempo, Selena se mostraba muy nerviosa al estar cerca de la serpiente, pero al cabo de un mes se fue tranquilizando.

Las pitones bola comen mucho a la vez; se alimentan y después entran en largos períodos en los que no vuelven a comer. Un par de semanas después de comprar la pitón, decidí que probablemente ya

había tenido tiempo suficiente de adaptarse a su nuevo entorno. Ya era hora de intentar alimentarla.

Fui a la tienda de mascotas y traje un ratón blanco con pequeñas manchas café. Traje sólo uno porque no quería que me quedaran sobras si la serpiente no tenía hambre como para comerse dos.

—¿Quieres ver comer a la serpiente? —le pregunté a Selena.

—Sí, la quiero ver —dijo, cosa que me sorprendió.

Dejé caer el ratón en la caja de la serpiente y los dos nos quedamos mirando. No pasó nada. Por último decidimos dejarla sola y apagar la luz.

A la mañana siguiente, el ratón aún estaba vivo. Estaba en el acuario bebiendo el agua de la serpiente y pasándola de lo lindo dentro del tanque de cuarenta galones, haciendo de la serpiente su parque de diversiones.

—No podemos dejar ese pobre ratón ahí, asustado de ser devorado por la serpiente —dijo Selena—. Vamos otra vez a la tienda de mascotas a comprar una jaula pequeña.

Naturalmente, lo que ocurrió fue que empezamos a preparar un lugar donde el ratón pudiera vivir, y armamos jaulas plásticas y tubos donde pudiera estar, hasta que le construimos prácticamente una mansión. Selena lo bautizó Bugsy por sus grandes ojos negros, y no dejaba de hablarle.

Una noche, Selena se estaba arreglando para salir con Suzette. Mientras ella se duchaba, se arreglaba el cabello y se maquillaba, yo veía televisión. No sé por qué, pero de pronto, decidí que debía intentar de nuevo alimentar a la serpiente.

Me levanté, saqué al ratón de su jaula y lo dejé caer en el acuario de la serpiente. No pasó nada, por lo que apagué la luz y salí de la habitación.

Unos minutos después, decidí entrar de nuevo a ver cómo estaba Bugsy. Encendí la luz pensando que sacaría al ratoncito del acuario y lo volvería a poner en su jaula. Pero en cambio encontré a la serpiente deglutiéndolo; Bugsy estaba de cabeza y sólo salían sus patas y su cola por la boca de la pitón.

Comencé a sentirme mal, consciente de lo molesta que estaría Selena. *Bien*, dije a la serpiente meneando mi cabeza. *Ya lo tienes. Es todo tuyo*. Apagué la luz y salí de la habitación de nuevo, con la esperanza de que Selena no fuera a ver cómo estaba Bugsy antes de irse.

—Bueno, ya estoy lista —dijo Selena unos minutos después.

La acompañé a la puerta y le di un beso de despedida.

—Te amo. Que te diviertas.

Tan pronto como se fue corrí a la habitación, al acuario, y volví a encender la luz. Tal como me lo imaginaba, la serpiente ya había terminado: tenía un gran bulto que le bajaba por la garganta.

—Por favor, date prisa en tragarte eso —le dije—. Sólo tienes un par de horas antes de que ella vuelva.

Esa noche, Selena se fue derecho a la cama y no fui capaz de contarle lo de Bugsy. Por el contrario, le mentí. Por la mañana, dije;

—Oye, creo que Bugsy se salió de su jaula.

—¿Qué dices? ¿De veras se salió? —preguntó.

—Sí, bien, ya no está en su jaula —le dije. No fui capaz de decirle lo que había pasado.

Selena se sentía cada vez más tranquila con la pitón en la casa, e inclusive me observaba cuando la alimentaba con ratones, de vez en cuando. Con la mayor naturalidad mostraba la serpiente a nuestros amigos y les decía todo lo que sabía acerca de las pitones. En ocasiones parecía que fuera la reina de las serpientes, e inclusive se atrevía a meter la mano en el acuario para tocar el lomo del musculoso pitón, como si no tuviera ningún problema con los reptiles.

Sin embargo, en una oportunidad, salimos de gira y al volver descubrimos que la serpiente no estaba. Generalmente, el autobús nos dejaba en casa temprano en la mañana después de la presentación de la víspera. Al llegar, despertaba a Selena, ella se sentaba, bajaba del autobús y se iba derecho a la cama tapándose con las mantas para seguir durmiendo.

Mientras tanto, yo revisaba la casa, encendiendo la luz de cada habitación para asegurarme de que todo estuviera bien. Cuando llegué a la habitación donde manteníamos la serpiente, me di cuenta de que no

todo estaba como lo había dejado. Siempre teníamos cerrada la puerta por si la pitón se salía, pero la puerta estaba abierta de par en par.

—Rayos —dije, y fui derecho al acuario. Era evidente que estaba vacío.

Busqué la serpiente por todas partes. Por último fui a la alcoba y dije:

— Oye, ¿Selena? —Sacudí su hombro suavemente para despertarla—. Tengo algo que decirte pero no te asustes.

—¿Qué? —respondió entre sueños.

—La serpiente no está en el acuario.

Se sentó de inmediato en la cama.

—¿Qué?

Le repetí lo que le había dicho.

—Ya busqué en todas partes.

Selena se levantó y comenzó a examinar cada rincón de la casa. Estaba un poco nerviosa porque no sabíamos en dónde podría aparecer de pronto la serpiente; aunque era un reptil de casi un metro treinta, sabía que podía caber en un hueco muy pequeño.

Pasaron unos cuantos días. Por último, una mañana, estaba afuera con los perros cuando, de pronto, oí que Selena me gritaba histérica.

—¡Chris! ¡Chris ven acá!

Entré corriendo a la casa y encontré a Selena parada sobre la cama saltando y gritando. Teníamos un colchón extra grande sobre dos bastidores unidos.

—¿Qué demonios pasa? —le respondí, agitado.

En ese momento la vi: la cabeza de la serpiente se asomaba entre esos dos bastidores. La pobre pitón se veía tan aterrorizada como Selena y me eché a reír.

—¡No es gracioso! —dijo Selena.

—Está bien, ya la tengo —le dije—. Nada te va a pasar.

Nada de lo que yo dijera podía convencer a Selena de bajarse de la cama. Por último separé los dos bastidores lo suficiente como para poder sacar de allí a la serpiente, sin dejar de hablarle en tono suave, consciente de que el pobre animal tal vez ni siquiera me escuchaba debido a los gritos de mi esposa.

Por último, cuando Selena se tranquilizó y la serpiente estaba ya bien segura en el acuario, le dije:

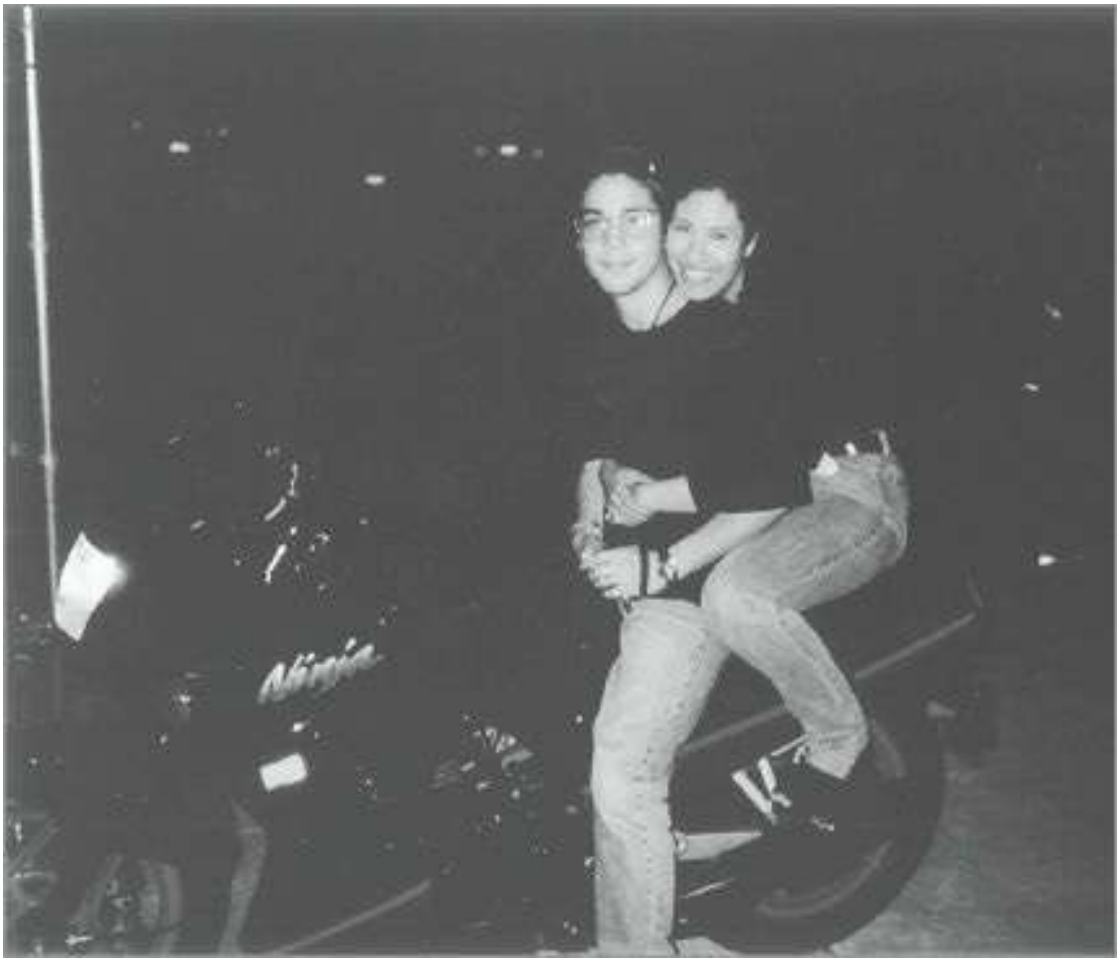
—Pensé que no les tenías miedo a las serpientes. O ¿todo eso eran sólo palabras?

—Cállate —me dijo—. Ya sabes cómo soy.

—Lo sé —le dije, y la besé.

DIEZ

UN VIAJE LOCO CON SELENA



Cortesía de Ernest “Choco” Garza

La puerta de entrada golpeó tan fuerte que las paredes temblaron. Yo había estado tocando la guitarra, tratando de componer una canción. Levanté la vista.

—¿Selena? —dije.

Entró corriendo a la casa pero pasó corriendo frente a mí sin decir palabra con la cara roja, con expresión de ira, con el pelo alborotado y diciendo algo que no pude entender.

—¿Selena? —La seguí hasta la habitación y la encontré allí sentaba con los puños apretados y llorando a mares—. ¿Qué pasa? ¿Algo anda mal?

—Debemos mudarnos —anunció—. Ya no quiero estar aquí. ¡No soporto esta casa!

—¿Por qué no?

—Es mi padre —dijo Selena disgustada—. Necesitamos nuestro espacio, Chris. Tenemos que estar solos. ¡Realmente solos!

Sabía muy bien lo que quería decir. Habíamos estado viviendo en la casa contigua a la de los padres de Selena por casi un año, y con mucha frecuencia nos sentíamos vigilados. Toda la familia Quintanilla seguía viviendo en el mismo barrio modesto en Corpus Christi: Abraham y Marcella con Suzette en una casa; A.B., su esposa y sus hijos en otra; y Selena yo en la tercera. Ahora parecía que Selena había tenido otra discusión con Abraham. Probablemente acerca de la boutique que ella quería abrir.

Siempre que Selena intentaba hablar de su deseo de tener una casa de modas, la respuesta habitual de Abraham era tratar de disuadirla. "¿Por qué quieres hacer eso?", le decía. "Es una idea tonta. Ya ganas suficiente dinero y nunca tienes tiempo suficiente, como están las cosas. ¿Por qué no te relajas y disfrutas la vida?".

Comprendía el punto de vista de Abraham. Era cierto que la banda estaba ganando ahora una cantidad considerable de dinero, mucho más que antes. Selena y yo estábamos bien desde el punto de vista financiero. Yo ganaba un buen sueldo como guitarrista en la banda de

Los Dinos, y Selena y su familia estaban recibiendo más dinero que nunca de las presentaciones en vivo.

Si bien algunos acusaban a Abraham de querer controlar a Selena y controlar su dinero, eso simplemente no era cierto. De cualquier dinero que ganara Selena y que ganara la banda, Abraham separaba primero lo correspondiente a la nómina. Luego, la familia repartía el resto en cuatro partes iguales. También repartían el dinero de la publicidad de Coca-Cola, de ahí, la familia se repartía en tres partes iguales los tres primeros pagos de un año y Selena conservaba el cuarto pago.

Abrir boutiques de moda probablemente no contribuiría mucho a incrementar los ingresos de Selena, al menos no al comienzo, y montar un negocio así sería muy dispendioso. Por otra parte, vivir con Selena me había convencido directamente de que era una trabajadora increíble, y sabía lo mucho que quería hacer esto. En realidad, su familia no entendía hasta qué punto Selena necesitaba hacer algo que fuera sólo de ella.

Entre más conocía y más amaba a Selena, más comprendía que, en parte, me amaba porque yo la aceptaba tal como era. Cualquier cosa que quisiera hacer —ya fuera algo tan pequeño como querer un acuario como cabecera de cama o un nuevo perro, o un plan complejo de iniciar un negocio de modas además de su carrera musical— amaba a Selena por lo que era y nunca la contrariaba como sentía que lo hacían con frecuencia su familia y algunos de sus amigos.

Selena era creativa y podía ser extremadamente impulsiva, pero cualquier idea que me propusiera, nunca se la recibía de forma negativa —tuve suficiente negatividad en mi propia familia cuando hice mi primer intento de convertirme en guitarrista de rock, por lo que sabía lo mal que podía sentirse. En cambio, los dos siempre hablábamos las cosas y yo intentaba que fuera un poco menos impulsiva, que pensara mejor sus planes y articulara bien su visión para determinar si su idea era o no viable. Sus sueños eran mis sueños. Si algo era importante para Selena, también lo era para mí. Hasta ese punto la quería.

También Selena me agradecía que yo fuera así con ella. “Gracias, Chris”, decía, siempre que la apoyaba en una decisión o en cualquier

otra cosa. “Gracias por ayudarme”.

Ahora, Selena trajo el periódico a la cocina y comencé a buscar en los avisos clasificados y marcar las casas que había para alquilar.

—¿De veras te quieres mudar esta vez? —le pregunté. Ya habíamos pasado por esto antes, generalmente como resultado de discusiones familiares similares a esta.

—Sí, es lo que realmente quiero —dijo Selena—. Necesitamos salir de aquí, irnos lejos de mi familia.

Sin más discusión, salimos en el automóvil y comenzamos a recorrer las calles deteniéndonos en las casas para alquilar que ella había marcado. Después, Selena hizo algunas llamadas, pero ahí quedó todo. Estoy seguro de que, en parte, la razón por la que abandonó la idea fue porque sería muy difícil mudarse, y, por lo general, quedaba extenuada después de sus obligaciones con las grabaciones y las presentaciones de la banda. Pero Selena aún no estaba lista para alejarse demasiado de su familia.

Para mí, realmente no importaba dónde viviéramos, lo que importaba era la felicidad de Selena. Mientras ella quisiera seguir viviendo en ese barrio, cerca de su padre y de su hermano, yo no podría ser más feliz en otro lugar. Si realmente Selena quería irse, yo estaría siempre con ella, ayudándola en cada paso del proceso.

Selena me apoyaba tanto como yo a ella, con una importante excepción: la vez que hablé de retirarme de la banda de Los Dinos para ir tras mi sueño de crear una banda de rock, ahí, me detuvo en seco.

Para 1993, estábamos prácticamente en la cima del éxito, y me encantaba ganarme la vida tocando con una banda de música tejana como la de Los Dinos. Ese era mi trabajo y me sentía orgulloso. Inclusive llegué a desarrollar un cierto grado de amor y respeto por la música tejana. Sin embargo, antes de conocer a Selena era un músico y

tenía mis propios gustos musicales. Seguí oyendo música rock e inclusive le mostré a Selena muchas de las bandas que me gustaban. Una parte considerable de mí todavía añoraba interpretar esa música.

Selena y yo siempre oíamos música cuando íbamos de gira, y estaba abierta a todo. Entendía la mayoría de la música que yo eligiera, que incluía de todo, desde Alice in Chains hasta Pearl Jam y Green Day. Teníamos una especie de acuerdo tácito de que escucharía mi música si yo escuchaba la de ella; en ese momento, sus artistas favoritos eran Bonnie Raitt, Whitney Houston y Janet Jackson. A Selena le gustaba sobretodo la canción "Black Cat" de Jackson, que Janet escribió para su álbum *Rhythm Nation 1814*. No podría contar las veces que Selena y yo escuchamos la grabación de esa canción.

Después de unos meses de habernos casado, le confesé a Selena que todavía tenía el deseo de tocar otro tipo de música. Me había aficionado al rock latino y oía mucha de esa música con mis audífonos o con ella. Pensé que tal vez podría iniciar una banda de rock latino y abrirme camino en esa dirección.

—Me fascina la música tejana —le dije a Selena—, y sabes que me encanta tocar con Los Dinos. Pero debes admitir que la música tejana no está realmente orientada a los guitarristas. Simplemente toco los mismos acordes una y otra vez.

—Eso no es cierto —protestó—. A.B. te permite tocar muchas cosas de la forma que te gusta.

Tenía razón, pero aún así, estaba corriendo un poco los límites en el contexto de la música tejana, aún no podía ver cómo podía progresar como guitarrista si me limitaba a este género. Esa música no representaba un verdadero reto y me sentía sofocado, así se lo dije.

—Ah —dijo Selena. Me miraba de forma extraña, como de reojo, mientras trataba de ser más claro en esta conversación.

Intenté de nuevo.

—Quiero ensayar algo distinto —le dije—. Te amo, y me encanta estar en el escenario contigo. Tú lo sabes. Pero estoy aburrido, Selena, es la verdad. Es hora de ensayar otra cosa, como el rock latino.

Selena se paró frente a mí. Me miró directamente a los ojos sin decir

nada. Sólo me dejó allí estático como si sus ojos oscuros me tuvieran ahí clavado.

—¿Qué? —le pregunté, sintiéndome de pronto muy nervioso.

—Eso no va a ocurrir —dijo Selena—. Si te sales de la banda a hacer otra cosa Chris, todo habrá terminado entre nosotros.

—¿Qué dices? —le pregunté alarmado. Para este momento, las manos me sudaban por la mirada fría que Selena me daba—. ¿Por qué se va a acabar lo nuestro debido a que quiera interpretar otro tipo de música?

Selena siguió hablando en voz muy calmada, pero se notaba una cierta tensión subyacente que me hizo sentir miedo de tocarla.

—Te irías de gira sin mí —respondió—. Toda mi vida he estado de gira, por lo que sé cómo es eso para ustedes. Te vi salir con otras mujeres y te vi beber antes de que estuviéramos juntos. Si tú y yo saliéramos de gira por separado, eso me preocuparía.

Tan pronto como ella lo dijo, sabía que tenía razón. Aunque yo era un año mayor, Selena había estado de gira por mucho más tiempo que yo; lo hacía desde niña. Conocía la realidad del negocio de la música.

No teníamos ni idea de cómo sería la vida si estuviéramos separados uno de otro siendo pareja. Desde que nos enamoramos, siempre habíamos estado juntos, en los autobuses, en los aviones, en los escenarios y en este hotel o en este ambiente. Selena lo sabía, por más que nos hubiéramos jurado fidelidad mutua, ese voto podría romperse muy fácilmente si no estuviéramos actuando juntos en la banda.

Selena también me había visto en mis peores momentos. Ya me conocía cuando me arrestaron por conducir ebrio, y estuvo a punto de abandonarme cuando destruí esa habitación de hotel con los miembros del equipo de trabajadores y por poco termino con la reputación de su familia en el proceso.

Mi esposa me había enseñado que el significado del verdadero amor es perdón. Esta persona que estaba frente a mí me había visto cometer algunos de los peores errores de mi vida, sin embargo, aceptó mis disculpas y creyó en mí. Le debía a Selena el mismo tipo de franqueza y lealtad que ella me había demostrado.

—Sí —le dije—. Creo que tienes razón.

Selena sonrió, y sus ojos cafés volvieron a iluminarse con esa expresión cálida.

—Entonces, ¿te quedarás con Los Dinos?

—Te seguiré apoyando —le dije. Lo dije y era cierto en lo que se refería a las vidas de ambos tanto fuera del escenario como en escena, y Selena lo sabía.

Nunca lamenté que Selena me hubiera obligado a quedarme. Por el contrario. ¿De qué podía quejarme? Me estaba ganando la vida tocando guitarra. Estaba en una banda de música tejana, pero la mejor de las bandas tejanas al frente de la cual estaba el amor de mi vida.

Lo más importante de todo, esta mujer me tenía a sus pies y yo la tendría a ella hasta que llegáramos a viejos y abandonáramos esta tierra. Qué lejos estaba de saber que el tiempo que pasaría con ella sería tan corto.

Hacía ya algún tiempo que estaba deseando una motocicleta. Mi padre fue motociclista hasta que tuvo un gravísimo accidente. Mis primos y mis tíos por parte de mi padre siempre habían tenido motocicleta. Por último, le dije a Selena que me compraría una.

La mayoría de las mujeres que conozco no están muy dispuestas a aceptar la idea de que la maravillosa sensación de montar una motocicleta compensa el riesgo, pero Selena no era así. Así como amaba a su familia, a sus perros, al diseño de modas y a mí, se enloquecía por cualquier tipo de vehículo. Emocionada, me acompañó a un concesionario en San Antonio cuando compré la motocicleta que anhelaba —una Kawasaki Ninja.

Mientras regresábamos a casa de Corpus Christi, Selena me alcanzó en la carretera en su BMW M3.

—Te apuesto una carrera —me gritó, incitándome a aceptar la apuesta con una de sus miradas salvajes.

—Órale —le respondí.

En cuestión de segundos volábamos lado a lado por la carretera. La moto no pasaba de 130 kph por horizontal que me pusiera sobre ese tanque de gasolina para reducir la resistencia del viento ni por más que la forzara. Selena me sobrepasó sin problema, riendo a carcajadas mientras me dejaba atrás, luego, aceleró aún más el BMW para demostrar lo que había hecho: había ganado otro desafío.

Selena y yo intentábamos estar juntos la mayoría del tiempo, aún cuando estábamos de gira. A pesar de haber estado casados durante un año después de habernos conocido otros tres años, continuábamos plenamente conscientes, día tras día, de la suerte de estar ahora casados, porque podíamos hacer todo juntos, como ir al supermercado. Nuestra vida no podía ser mejor.

Algo que le gustaba especialmente a Selena era salir a pasear conmigo en la motocicleta, en especial de noche, cuando no hacía tanto calor. Recorríamos toda la costa de Corpus Christi, admirando las hermosas casas sobre la playa. A veces nos deteníamos, bajábamos de la moto y nos sentábamos en el rompeolas o caminábamos por los malecones como lo hacíamos antes, cuando nos veíamos en secreto.

Poco después de que compré la Ninja, Selena y yo habíamos llegado de uno de esos paseos nocturnos, con su cuerpo presionado contra el mío al inclinarnos en las curvas, y con la brisa en la cara. Estábamos descansando en el rompeolas, admirando el reflejo de las luces en el agua, cuando de pronto ella dijo: “Quiero aprender a conducir una moto”.

—Eh, ¿qué tal si no? —le dije—. Ni lo sueñes.

—¿Por qué no? —empezó a protestar Selena.

Tal vez fuera porque fue la menor de su familia o tal vez porque era la más parecida a Abraham. Por la razón que fuera, Selena era una de las personas más tercas que jamás hubiera conocido. No le gustaba que nadie la contradijera —ni A.B., ni Suzette, ni sus padres, mucho menos su propio esposo, al que sabía que tenía enrollado en su dedo meñique.

—Ay, Chris, di que sí. Si tú puedes yo también puedo conducir una moto —dijo.

—¿Crees que es fácil conducir esta motocicleta? —le pregunté incrédulo—. No es como montar en bicicleta, lo sabes. Piensas que la Ninja es liviana porque siempre está sobre las dos ruedas cuando te subes a ella pero te puedo prometer lo siguiente: si condujeras esta motocicleta y permitieras que se inclinara más allá de un cierto punto, se te caería encima y no podrías volverla a levantar. Lo más probable es que te cayeras sobre una pierna y te la rompieras.

Ahora, Selena me estaba mirando con esa expresión de cachorro triste con sus grandes ojos cafés y fruncía el ceño.

—Pero, yo quiero aprender a montar en moto —insistió.

Suspiré hondo. Conocía a Selena lo suficientemente bien como para comprender que, una vez que se le metía en la cabeza que quería hacer algo, no había cómo detenerla. Selena era igual a nuestro dóberman miniatura André con un juguete. Ella batía esa idea de un lado a otro hasta que lograba destrozarla y ay del que quisiera quitársela.

—Muy bien —le dije al fin—. Vamos al estacionamiento del supermercado para ver si puedes mantener el equilibrio en la moto. Eso es todo lo que haremos hoy, ¿de acuerdo?

—Está bien —prometió.

A Selena se le facilitaba la mecánica y era una persona a la que le gustaba ensayar todo personalmente. Le encantaba conducir, por lo que no me sorprendió para nada que, en cuestión de minutos de haberle explicado, entendiera cómo funcionaban el embrague y el freno de la motocicleta. Esto, más el hecho de que nos encontrábamos ahora en un enorme estacionamiento, me tranquilizó un poco más.

—Está bien, voy a ponerme detrás de ti —le dije—. Mantendré derecha la moto.

Ella atravesó la moto frente a mí.

—Esto es genial —dijo.

Genial a menos de que destruyas mi moto, pensé.

—Sí, es genial siempre que tengas cuidado —le recordé—. Sólo piensa en lo que me hará tu padre si permito que te hagas daño. Está bien. Ahora te dejo sola. Ensaya a ver si puedes mantener la moto equilibrada.

Selena se tambaleó un poco de lado a lado.

—¡Ay! Tienes razón. Es pesada.

—Recuérdalo —le advertí—. De veras te harás daño si dejas que se caiga hacia un lado y no apoyas el pie en el suelo a tiempo para equilibrarte.

Le mostré cómo manejar el embrague y el estrangulador, diciéndole que se imaginara que la mano sobre el manubrio era como el pie en el acelerador. Hablamos de esas cosas mientras activaba el embrague y ensayaba los frenos. Entre tanto yo pensaba, *No es buena idea hacer esto, Chris*.

Pero no había forma de dar marcha atrás. Los oscuros ojos de Selena brillaban de entusiasmo detrás del enorme casco. Justo entonces, la moto dio una pequeña sacudida y ella saltó.

—¿Qué pasó? —me preguntó, mirando hacia la motocicleta entre sus rodillas.

—Está bien —le dije—. Estás en primera.

—¿Puedo arrancar? ¿En serio?

No pude menos que sonreír.

—Claro. Hazlo. Ponla en segunda, pero no pases de ahí. ¡Y recuerda dónde están los frenos! —le grité mientras comenzaba a alejarse de mí —. ¡Eso es lo que realmente importa!

Selena arrancó despacio y sin tambalearse. Me sentí orgulloso de ella: la moto no salió dando saltos ni tampoco se apagó. Fue un arranque suave y perfecto.

Naturalmente, en segundos estaba del otro lado del estacionamiento y lo único que yo alcanzaba a ver eran las luces de mi moto.

—¡Está bien! —le grité—. Hasta ahí no más. Ahora puedes volver acá.

Selena volvió a donde yo estaba, con la enorme moto ronroneando entre sus rodillas.

—¿Cómo meto los otros cambios? —me preguntó.

Le enseñé también eso y luego Selena salió a dar otra vuelta por el estacionamiento. Condujo la moto por unos cinco minutos, sintiéndose cada vez más a gusto. Poco después empezó a hacer ochos, mientras yo

la miraba y contenía el aliento. Como siempre, Selena me había sorprendido por la forma tan rápida como aprendía algo nuevo.

Al final, regresó a donde yo me encontraba y dijo:

—Creo que ya entendí.

—Así es —acepté —. Lo estás haciendo todo bien. Ahora, ensayemos activar y practicar las direccionales.

No había querido enseñarle demasiado de una sola vez, pero Selena no tuvo ningún problema con las direccionales al volver a dar la vuelta al estacionamiento.

Pronto regresó a mí.

—Súbete —sugirió.

—Ja ja. Eso si es gracioso —le dije mirándola aterrado—. ¿Qué tal si más bien tú te bajas?

— Anda, ¿por favor? —dijo Selena—. ¿Puedo conducir hasta la casa?

—Me estás asustando —le dije—. No. No puedo dejarte hacer eso. Para ir a casa tenemos que ir por la carretera.

Naturalmente, Selena adoptó esa expresión de terquedad y comenzó a discutir.

—¿Qué pasa si me detengo al final de la vía de acceso?

—Eso es aún más peligroso —le dije—. Ahí hay toda clase de intersecciones y señales de pare.

—Iré muy despacio —prometió—. ¿Por favor?

Al final me cansó. *Qué puede pasar*, pensé. Si estaba en la parte de atrás de la moto podría tomar el control en caso de que ella cometiera algún error.

—Está bien. Hagámoslo —le dije.

Su amplia y blanca sonrisa se veía a través del casco y me monté en la parte de atrás de la moto. Selena sacó cuidadosamente la moto del estacionamiento hacia la vía de acceso. Cuando llegamos al semáforo cerca de la rampa de acceso a la carretera, se tambaleó un poco pero yo mantuve la moto estable. Eso me hizo darme cuenta de que le podía ir mejor por la carretera; estaríamos más seguros si no tenía que detenerse ni girar. Además, era de noche y habría poco tráfico.

—Sigue —le grité para superar el ruido del motor—. Entra a la

carretera.

—¿De veras?

Por su tono de voz, podía detectar que estaba sonriendo.

—Sí, toma la carretera y veamos qué pasa.

Salimos entonces a la carretera. Selena comenzó a una velocidad baja, tal vez unos 80 kph, pero al poco tiempo íbamos a 86 y luego a 90 kph.

—¡Sigue así! ¡No aceleres más! —le grité tocando su costado. Podía oírla reír a través del casco pero redujo un poco la velocidad.

Nuestro recorrido se desarrolló prácticamente sin incidentes y comencé a tranquilizarme. Selena sabía conducir muy bien el auto y, a pesar de que amaba la velocidad, parecía bastante estable en la moto.

Lo único en lo que no había pensando hasta que llegó el momento de salir de la rampa de la carretera fue que Selena realmente no había tenido experiencia suficiente con la moto como para saber cómo respondería. Nunca había hecho un cruce de una calle a otra.

Yo estaba a punto de entrar en pánico. Levanté mi visor y rápidamente empecé a gritarle cosas, diciéndole cómo debería inclinarse al cambiar de carril o voltear una esquina, demostrándoselo con la presión de mi cuerpo contra el de ella.

Cuando llegó el momento de tomar la rampa de salida, Selena iba demasiado rápido.

—¡Desacelera! —le grité.

Afortunadamente, el semáforo estaba en verde cuando salimos de la carretera. Selena giró a la derecha con éxito, y tomó la rampa sin problema. Luego, tuvimos que hacer un giro rápido a la izquierda. Desafortunadamente, Selena decidió inclinar la moto antes de que yo lo hiciera de manera que la moto empezó a girar antes de llegar a la intersección.

Tuve que pensar muy rápido. Si trataba de contrarrestar lo que ella y la moto estaban haciendo al inclinarme hacia el otro lado, corría peligro de hacer que enderezara la moto y la inercia podía hacer que la moto cayera hacia un lado. Si me enderezaba, era posible que se inclinara aún más y que cayéramos de lado también. La experiencia no iba a ser buena si yo contrarrestaba sus movimientos de cualquier forma.

Por último, decidí seguirla e inclinarme con ella sólo un poco. Subimos a la acera y pasamos por el jardín de delante de algún vecino, luego bajamos la acera de un golpe y llegamos a la calle. Sentí que Selena se ponía un poco rígida y se apoyaba contra mí, como si tuviera miedo.

—¡Ay no! —gritó.

—Está bien, está bien. Tranquila. Sigue conduciendo —le dije, aunque en mi interior gritaba tanto como estaba gritando ella. Lo último que hubiera querido habría sido estrellarnos en nuestra propia calle y que Abraham se enterara.

Le dije a Selena que parara antes de llegar a la esquina, cuando todavía estábamos lo suficientemente lejos como para que su padre no pudiera vernos.

—¿Por qué? —me gritó.

—¿Qué pasaría si, por cualquier razón, tu padre estuviera afuera o si oyera venir la motocicleta y decidiera mirar por la ventana? —le grité —. ¡Lo último que querríamos sería que Abraham te viera conduciendo una motocicleta!

Selena detuvo la moto y se bajó de prisa. Creo que hacerla pensar en Abraham fue mucho más efectivo que cualquier otro argumento.

Sin embargo, Selena era lo suficientemente terca como para pensar que después de una pequeña clase, ya sabía todo acerca de las motocicletas. Una noche, llegué a casa y vi mi moto mal estacionada en el garaje.

Entré disgustado a la casa.

—¿Selena? ¿Qué rayos hiciste con mi moto?

—Sólo fui a dar una vuelta por el barrio —me respondió en tono despreocupado—. Fue genial.

Realmente me disgusté con ella esa vez.

—¡*No* fue genial! No sabes lo que habría podido pasar.

Comencé a hablarle del accidente que tuvo mi padre, y luego de todos mis otros amigos y parientes que habían quedado inválidos por algún error estúpido que habían cometido con sus motos. Debía asustarla para que entrara en razón.

—Cuando sientas la tentación de volverlo a hacer, recuerda que mi padre fue arrastrado con la motocicleta debajo de un camión por tres millas de distancia —le dije.

Selena se limitó a mirarme boquiabierta.

—¿Eso le pasó a tu padre? Cielos —dijo—. Está bien, no volveré a sacar la motocicleta cuando esté sola.

Estuve a punto de creerle. Sin embargo, después de eso, examinaba siempre la motocicleta cada vez que llegaba a casa. Sabía hasta qué punto le encantaba a Selena aceptar cualquier riesgo que se le presentara con valentía y entusiasmo —en la música, en el amor y en la vida.

Más o menos en la época en que compré mi motocicleta, Selena y yo teníamos dos autos. Cuando robaron el BMW M3 gris oscuro de Selena, tomó el dinero del seguro y lo reemplazó con un Porsche 968 negro. Yo ya les había dado mi auto a unos parientes que lo necesitaban y habíamos estado compartiendo el BMW. Dado que permanecíamos de gira tanto tiempo, no resultaba muy difícil compartir un auto. Sin embargo, un día, un amigo dueño de la misma concesionaria donde Selena había comprado su Porsche negro nos convenció de ir a ver los carros que tenía.

—Quiero comprar algo de segunda mano, no nuevo —le dije a Selena mientras íbamos hacia la concesionaria—. No veo la necesidad de comprar un carro nuevo que se va a devaluar en el momento en el que lo saque de allí. Consigamos un auto de unos dos años.

Selena aceptó. Por más dinero que hubiera ganado en su vida, siempre recordaba su humilde inicio. Aún me sorprendía con sus historias de cómo habían crecido ella, su hermano y sus hermanas; por ejemplo, me contó que su familia nunca había tenido mucho dinero para comprar juguetes, por lo que de niños jugaban principalmente con los enseres domésticos.

—Me fascinaba jugar con las sábanas recién lavadas —me dijo en una oportunidad—. Me gustaba hacer hamacas con las sábanas cuando colgaban de las cuerdas y acostarme allí como si se tratara de crisálidas.

En el momento en que entramos al estacionamiento de la concesionaria de nuestro amigo, vi un Porsche rojo. Era un Targa 911 con cola de ballena, el auto que se encuentra ahora en el museo de Selena. Sin embargo, no le dije nada a Selena porque me preguntaba si un carro rojo, tan notorio, era realmente mi estilo. Estaba muy seguro de que no era así.

Vimos algunos BMW y Porsche. Por último, nuestro amigo nos llevó hacia el auto rojo. Selena dijo de inmediato:

—Bebé, tienes que comprarme este.

Me hice el desentendido, mientras leía la hoja de información de la concesionaria en relación con el auto, a pesar de saber que una vez más, mi esposa ya estaba decidida y que sería difícil hacerla cambiar de idea. El auto era modelo 1987, semiconvertible. La capota semirremovible fue la razón principal por la que lo compré —eso, y el hecho de que supe de inmediato cuánto le gustaba ese auto a Selena.

—¿Sabes qué? —le dije—. Vamos a llenar los papeles.

Compramos el auto de inmediato y condujimos nuestros dos Porsche a la casa por la carretera, Selena en el negro y yo en el rojo.

Después de eso, Selena solía repetirme cuánto le gustaba mi nuevo auto.

—Tu auto se ve fantástico —decía, con un leve tono de ensoñación—. Tal vez yo debería cambiar mi Porsche por uno nuevo —agregaba de vez en cuando.

—No, no, quédate con ese carro —le decía—. No vale la pena cambiarlo ahora. Lo acabas de comprar.

Me encantaba el Porsche rojo, pero, naturalmente, Selena lo conducía ocasionalmente. Podía ver lo bien que se veía conduciéndolo. Volvía a casa después de haber conducido el auto por la ciudad, con su pelo desordenado por el viento, y decía: “Oye, me encanta tu auto”.

Por último un día le dije:

—¿Qué es lo que tanto te gusta del auto?

—¡Todo! —respondió Selena—. Me encanta lo fácil que es conducirlo y realmente me gusta que la gente me mire cuando estoy conduciendo ese auto rojo.

Me reí. Lo cierto era que desde hace algún tiempo, había venido pensando cuánto necesitábamos otro tipo de vehículo, tal vez una camioneta. A pesar de que me encantaban los Porsche, no eran prácticos. No había cómo acomodar allí nuestra familia de perros, por no hablar de mis guitarras y parlantes. Sería mucho mejor tener una camioneta lo suficientemente grande donde pudiéramos llevar todo en la parte de atrás. Aunque lo hablamos varias veces, ambos estábamos demasiado ocupados para hacer algo al respecto.

Pasaron unos meses. Como siempre, fuimos a visitar a mi familia en varias ocasiones durante ese período. A Selena le encantaba ir a San Antonio a visitar a mi mamá. Con frecuencia íbamos en ambos carros para este viaje de dos horas porque al llegar allí, Selena solía salir a hacer diligencias y conseguir materiales para sus proyectos de diseño de modas. Cuando compramos el Porsche rojo, Selena me retaba con frecuencia a correr en la carretera entre Corpus y San Antonio, aunque yo siempre ganaba.

—Es el conductor, no el auto —le decía bromeando, un día que estábamos saliendo para San Antonio—. Es sólo que soy un mejor corredor de autos que tú. Admítelo.

—Cállate —respondió furiosa—. Soy una excelente conductora. Tú sólo ganas porque vas en un auto mejor.

Sabía que tenía razón —el auto rojo era más rápido y Selena era una excelente conductora— pero sabía que la haría sentir bien confirmar que yo no tenía razón.

—Muy bien —le dije un día cuando estaba sintiéndome especialmente generoso—. Esta vez cambiemos de autos. Tú ve en el rojo y yo iré en el negro. Así sabremos realmente quién es el más veloz.

Claro está, el auto rojo dejó al negro atrás en una nube de polvo.

—¿Ves? —dijo Selena, subiendo a la acera.

Por último, cuando íbamos en otra oportunidad a San Antonio, Selena y yo nos detuvimos en una pequeña tienda de abarrotes y estación de

servicio en la carretera. Entramos a la tienda a tomar café, cuando un señor mayor se nos acercó y señaló hacia donde estaba el auto rojo 911.

—Ese es un excelente auto —dijo—. ¿De qué año es?

Se lo dije y comenzamos a hablar sobre el Porsche. Miré a Selena y vi que me abría sus enormes ojos.

Aún dentro de la tienda, Selena se me acercó, y deslizando su brazo por debajo del mío empezó a reclamarme.

—Eres un creído —me dijo—. Ese señor no dijo nada acerca de *mi* auto. Y ¿sabes qué? Ya no me gusta. Nunca lo elogian.

La miré, le sonreí y pagué el café.

—He estado pensando. No creo que el auto rojo sea realmente mi estilo, y he estado considerando la idea de comprar una camioneta. ¿No sería excelente para nosotros poder salir a veces con los perros? Para eso realmente necesitamos una camioneta.

Selena se mordió el labio, probablemente para no parecer demasiado ansiosa.

—Bien, ¿qué harás con el auto rojo? —preguntó—. ¿Lo cambiarás por una camioneta ?

—Claro que no —le respondí—. Te lo daré a ti.

Selena empezó a saltar entusiasmada.

—¿Hablas en serio, Chris?

—Sí. Vayamos a ver camionetas al volver de San Antonio. Te daré el auto rojo.

Estaba tan entusiasmada que por poco se derrama el café encima. Al salir de la tienda, se volteó hacia mí y me tomó del brazo.

—Sabes que te amo, ¿no es cierto?

—Sí, lo sé.

—Entonces, ¿puedo empezar a conducir mi auto desde ya?

Selena me dio esa mirada de cachorro triste, ese mismo gesto que hacía siempre cuando quería algo de mí, porque sabía que nunca le podría negar nada. Entonces, le di las llaves y eso fue todo. Arrancó en el auto rojo y yo conduje el negro de vuelta a San Antonio.

Excepto que las cosas no fueron exactamente así.

Selena se fue en el Porsche rojo y yo subí al auto negro. Nos

encontraríamos en la casa de mi madre para la cena, pero Selena tenía pensado dar algunas vueltas primero y yo me detendría en una de mis tiendas de música favoritas. Habría conducido tal vez algo más de un kilómetro cuando sentí que el Porsche negro comenzaba a fallar.

Miré el medidor de gasolina, pero decía "full", por lo que pisé más fuerte el acelerador, pensando que el medidor debería estar pegado. Por otra parte, Selena tenía la mala costumbre de conducir su auto siempre sin gasolina; de hecho, solía salir y prender su auto cuando ella iba a ir a alguna parte, confirmaba que tuviera gasolina y encendía la calefacción, o el aire acondicionado, para que estuviera cómoda en el auto de inmediato. Sólo que, esta vez, no lo había hecho.

Tal como lo había pensado, el carro no tenía gasolina. El motor dejó de funcionar justo cuando yo estaba deteniéndome lentamente a la orilla de la carretera. Me bajé del auto y lo empujé hasta un estacionamiento cercano, luego saqué mi teléfono celular.

Cuando Selena contestó, le dije:

—Oye, estoy aquí en la carretera y tu carro se acaba de apagar. Podría asegurar que está sin gasolina. ¿Te acuerdas, por casualidad, cuándo fue la última vez que le llenaste el tanque?

—Eh, no —respondió.

Respiré hondo.

—Bien, no importa. Ven y recógeme en tu nuevo auto rojo.

Selena y yo fuimos a mirar camionetas al volver de San Antonio. Vimos uno que me gustó mucho, un Chevy Silverado azul 1993, nuevecita. A Selena también le encantó.

—Es una linda camioneta —dijo—. Es perfecta para ti.

—No sé si quiera comprar algo último modelo —le dije—. Pensémoslo.

El vendedor de esa concesionaria era un mexicano-americano ya

mayor que de inmediato reconoció a Selena. Nos vio examinando la camioneta azul y vino a hablarnos de sus diversas características.

—Les gustaría sacarlo y ensayarlo ahora, ¿no es cierto?

—preguntó.

Cuando me vio indeciso, Selena me codeó.

—Sí, está bien —le dije y subí a la camioneta.

Selena subió al asiento del pasajero. Le encantó la consola que había entre los dos asientos, con un marco de madera. El vendedor se agachó y por encima de mí levantó la consola, lo que convirtió el frente de la camioneta en una banca. Selena soltó su cinturón de seguridad y se deslizó hasta quedar a mi lado.

—Ay, esto me encanta —dijo, y empezó a presionar todos los botones del tablero.

—A mí también —le dije riendo—. Volveremos en unos diez minutos —le dije al vendedor.

—Tómense su tiempo —dijo.

Al salir a la carretera, Selena siguió explorando entusiasmada las distintas características de la camioneta.

—Tienes que comprar esta camioneta, Chris —dijo.

Yo moví mi cabeza en señal de negación.

—Quiero pensarlo, Selena. Es una decisión importante. No soy como tú, que siempre sabe de inmediato lo que quiere.

Dimos una vuelta por Corpus durante media o una hora, conversando de nuestros temas habituales sobre el futuro y lo que podríamos hacer si aún tuviéramos esta camioneta cuando empezaran a nacer nuestros hijos.

—Recuerda que quiero cinco hijos —dijo Selena.

Eso siempre me ponía nervioso.

—Mujer, tendrás un hijo y luego lo discutiremos —le dije en broma, como siempre lo hacía—. Además, si voy a conducir esta camioneta, necesitaremos además una minivan. Ya no habrá más Porsche para ti.

Cuando volvimos al concesionario, el vendedor salió a recibirnos.

—¿Qué les pareció?

Selena respondió:

—¡Nos encantó!

—Es una excelente camioneta —acepté, mientras le daba a Selena una mirada de advertencia—. Pero quiero pensarlo.

Unos días después, aún no me había decidido. Habíamos estado ocupados y ese día era nuestro primer aniversario de bodas. Abraham y Marcella darían una gran fiesta para nosotros en su patio trasero; habían instalado una carpa y todo lo necesario porque esperábamos que asistiera mucha gente.

Como de costumbre, a Selena se le estaba haciendo tarde. Se estaba demorando una eternidad en vestirse, peinarse y maquillarse. Hice lo que siempre hacía mientras la esperaba: me puse a tocar la guitarra en la sala intentando componer una nueva canción.

Alguien llamó a la puerta, y cuando fui a abrir, me sorprendió encontrar allí a A.B. A diferencia de Abraham, que llegaba a nuestra casa siempre que quería, A.B. casi nunca venía sin avisar. Además, nos íbamos a ver en pocos minutos en la fiesta.

—Hola, ¿qué onda? —dije.

—¿Se están alistando para la fiesta? —preguntó A.B.

—Sí, estoy esperando a Selena, como de costumbre —le dije.

—Bien, debo ir a la tienda. ¿Por qué no vienes conmigo?

Esto me parece extraño, pensé, porque A.B. jamás venía a invitarme a salir a comprar nada a ninguna parte.

—¿Qué vas a comprar? —le pregunté intrigado.

—Necesito comprar goma de mascar —me dijo.

—Está bien —le respondí, encogiéndome de hombros. Seguía pensando que esto era raro. Por otra parte, estaba cansado de esperar a Selena.

—¿Selena? —la llamé—. Voy a salir a la tienda con A.B. De una vez voy a comprar más cerveza para la fiesta.

Cuando salimos para la tienda una camioneta azul dio la vuelta a la esquina. Ya era casi de noche; vi pasar la camioneta, pero no alcancé a verla bien porque ya estaba oscuro.

—Creo que esa camioneta era como la que te conté que Selena y yo estábamos pensando comprar —le dije.

—¿De veras? No la vi. Lo siento —dijo A.B.

En la tienda, A.B. compró su goma de mascar y yo compré cerveza. Luego volvimos en el auto a casa para recoger a Selena e ir a la fiesta.

La Chevy Silverado azul estaba parqueada frente a nuestro garaje.

—¡Feliz aniversario, bebé! —gritó Selena.

Yo quedé sorprendido, casi sin habla. No podía creer que hubiera vuelto a la concesionaria, que hubiera dado una cuota inicial para la compra de la camioneta y hubiera llenado todos los papeles ella misma.

Reí y la abracé.

—Vamos a dar una vuelta.

Por más que pensaba que la conocía bien, Selena nunca dejaba de sorprenderme. Un día, llegué a la casa y encontré en el garaje un extraño olor a gasolina y un raro olor de motor pequeño, como el de una podadora de césped. Me tomó un minuto detectar su origen: había un go-cart en nuestro garaje.

Entré a la casa y llamé a Selena. Al no obtener respuesta, intenté llamarla al celular.

—Oye, Selena. ¿Qué está haciendo este go-cart en nuestro garaje?

—Ah, sí —dijo—. Hoy compré un go-cart.

—¿Compraste un go-cart? ¿Así como así?

No estaba enojado ni mucho menos. Sólo sorprendido, y así se lo dije.

—Sí —me repitió—. Siempre quise tener un go-cart cuando era niña, ¿tú no?

Definitivamente, eso era algo que Selena y yo compartíamos: el amor por los vehículos, especialmente los que producen emoción al conducirlos. Me reí y le dije:

—Juguetes grandes para gente grande, ¿verdad?

—Verdad —me respondió—. Ya estoy camino a casa. Te contaré el resto de la historia cuando llegue.

Lo que ocurrió fue lo siguiente: Selena había estado conduciendo su auto por Corpus con nuestra amiga Nicolette, una cantante que había estado durante un tiempo con Los Dinos. Las dos pasaron por un concesionario que vendía vehículos todo terreno, y tenía toda una línea de go-carts estacionada en un lote que daba a la calle. Selena se detuvo y compró uno sin pensarlo dos veces. El dueño de la concesionaria había llevado el go-cart a nuestra casa ese mismo día.

Selena comenzó a reír contándome, mientras estábamos en la cocina, cómo las habían mirado los hijos de los vecinos cuando las vieron a ella y a Nicolette conduciendo el go-cart hasta la escuela del barrio. Selena dejó que los niños lo condujeran por turnos.

—Pero Nicolette se puso a jugar con el go-cart en un intento por hacer alarde de sus destrezas como conductora —dijo Selena—. Conducía realmente rápido y hacía círculos en el patio de la escuela, y todo eso.

En ese momento comenzó a reír descontrolada y le corrían las lágrimas por las mejillas. Llegó el momento en que no podía ni siquiera hablar, porque no podía ya respirar.

—¿De qué te ríes? —le pregunté—. ¿Qué pasó?.

—Nicolette se vino a toda velocidad hacia mí, dio un volantín en el césped y ¡se salió del go-cart! —dijo—. No tenía puesto el cinturón de seguridad de manera que ¡se deslizó del asiento y salió dando botes!

—Pero, ¿está bien? —pregunté, aunque también estaba riendo de imaginar la escena.

—Sí claro, está muy bien, pero esa tonta intentaba lucirse con el go-cart y mira lo que le pasó —dijo Selena mientras se secaba los ojos.

—Y ¿qué pasó contigo? ¿Te caíste? —le pregunté—. ¿Estás bien?

Selena me dio una de esas miradas extrañas.

—Claro que estoy bien. Tú me conoces. Puedo conducir lo que sea.

Esto también era cierto. La había visto hacerlo. Desde motocicletas hasta autos veloces, desde go-carts hasta camiones, a Selena le encantaba la velocidad, entre más rápido, mejor.

El 3 de febrero de 1993, Selena y Los Dinos hicieron una presentación en el Memorial Coliseum de Corpus Christi. Ubicado en la bahía, el Coliseo fue construido para honrar a los veteranos de la Segunda Guerra Mundial de Corpus. Este edificio, que desafortunadamente fue demolido en 2010, era un lugar increíble para hacer presentaciones, principalmente debido al enorme techo curvo de acero con su delgada cubierta de concreto —la superficie sin soporte más grande del mundo jamás construida.

Nos encantaba presentarnos en cualquier sitio en Corpus, realmente, porque podíamos alistarnos en casa y no teníamos que preocuparnos por llegar a tiempo, fuera de que yo tenía que arreglármelas para que Selena saliera del baño pronto. Esa noche, Selena iba a dar una fiesta en nuestra casa —sólo con algunos amigos y la familia— pero el problema era que para ese entonces muchos de los fans sabían dónde vivíamos. A veces estaban más enterados de nuestro cronograma que nosotros mismos.

Ninguno de ellos se comportó nunca de forma ofensiva o irrespetuosa; a lo sumo, los fans podían pasar por nuestra casa con cornetas ruidosas, o con una de las canciones de Selena a todo volumen en sus altoparlantes, o gritando por las ventanas. Esto era habitual después de nuestras presentaciones en Corpus, por lo que mantuvimos la fiesta en secreto hasta terminar la presentación de esa noche.

Otro secreto —al menos para mí— fue el hecho de que estábamos planeando grabar el concierto para el próximo álbum que al final se llamaría *Selena Live!* Tal vez fue mejor que no lo hubiera sabido puesto que ya estaba nervioso acerca del número de espectadores que tendríamos, dado que el Coliseo era la sede de eventos más grande de Corpus. También me preocupaba que el sonido funcionara bien y saber si todo mi equipo estaba en buen estado. Selena y Los Dinos ya no eran una pequeña familia; nuestras producciones ahora requerían caravanas de tres camiones de ocho ruedas para transportar la banda, los técnicos y nuestro equipo. Las cosas ya no eran tan sencillas como solían ser.

Cuando llegamos al Coliseo, Selena y yo quedamos sorprendidos por el número de autos en el estacionamiento. Más de tres mil fans locales asistieron a la presentación, pero los funcionarios del Coliseo se las

arreglaron, de alguna forma, para instalar una pista de baile al verdadero estilo tejano.

Fui al escenario a comprobar que todo estuviera bien. Entre tanto, Selena fue directo al camerino, en la parte posterior, donde tenía su ropa y tomó unas decisiones de último minuto.

De pronto, oí un anuncio que decía que todos deberíamos ponernos el vestuario para la presentación y reunirnos para una fotografía que aparecería en la cubierta del álbum —fue en ese momento cuando comprendí que esta presentación sería nuestro próximo álbum. Aparentemente, la decisión de grabar la presentación se había tomado hacía tiempo, pero nunca me había enterado.

No me tomé la molestia de hacer preguntas. Sólo me aseguré de que Selena y yo estuviéramos listos y en el lugar adecuado a la hora prevista. Esta era una de esas situaciones en las que Abraham me llevaba a un lado y me decía, "Oye, asegúrate de que Selena no llegue tarde".

—Haré cuánto esté a mi alcance —le dije, que era, prácticamente mi respuesta habitual. Sabía que no tenía más control que él sobre Selena; la diferencia era que esto no me molestaba.

La presentación salió bien, pero después comencé a preocuparme porque pensé que me había equivocado varias veces. Fui recordando mentalmente cada uno de mis errores, y decidí que debería arreglarlos cuando fuéramos al estudio a terminar la edición del álbum. Al final, fueron sólo dos acordes los que hubo que arreglar.

Selena lo disfrutó mucho de principio a fin. Lo extraño de hacer una presentación en la propia ciudad natal es que siempre te preocupas de que no vendrá nadie, porque todos nos conocen ya y han oído nuestra música una y otra vez. Selena quedó fascinada esa noche de haber atraído a tantos fans y de haber tenido una audiencia tan maravillosa para la función. También sabía que la energía del público transformaría el nuevo álbum.

Tal como estaba programado, la banda vino a nuestra casa después de la presentación. La fiesta fue maravillosa. Sin embargo, lo que más recuerdo de esa noche es haber entrado a la alcoba cuando ya todos se

habían ido. Selena se había ido a la cama antes que yo; me faltaba sacar los perros y cerrar la casa.

—Oye —dije, sorprendido de ver la luz aún encendida en la récamara —. ¿Qué haces aún levantada?

Me sonrió.

—Sólo estoy descansando —dijo—. Leyendo —Levantó la revista de modas que sostenía sobre las rodillas y me la mostró—. Excelente presentación, ¿no crees?

—Sí —le dije, pero en ese momento no estaba pensando ni en la presentación ni en la fiesta. Estaba maravillado de ver a mi esposa.

Habíamos tocado muy bien y nos habíamos presentado ante miles de personas. Ahora, Selena estaba aquí, compartiendo mi cama y más bella que nunca, sólo descansando y leyendo como cualquier otra mujer. Se veía tan equilibrada y tranquila. ¿Cómo podía ser posible después de toda la energía que había derrochado para actuar en el escenario? Y ¿cómo era posible que yo tuviera la suerte de poder compartir con ella estos momentos maravillosos?

Me acosté con Selena y hablamos un rato más sobre la presentación.

—Ni siquiera sabía que la íbamos a grabar —admití por fin. Ella rió.

—Yo te lo dije, tonto. También te lo dijo A.B.

—Probablemente no presté atención —respondí, y era cierto: la mayor parte del tiempo, concentraba mi atención en Selena. Ya tenía un lugar muy profundo en mi corazón y me enamoraba más de ella cada día.

El ascenso gradual de Selena a la fama adquirió una velocidad meteórica en 1993, con el lanzamiento del álbum *Selena Live!*, que fue nuestro cuarto álbum para EMI Latin y presentaba la grabación en vivo de los éxitos de las presentaciones de Selena y tres nuevas pistas: “No debes jugar”, “La llamada” y “Tú robaste mi corazón”. Esos tres sencillos

alcanzaron rápidamente un lugar entre los cinco principales éxitos de la lista de Hot Latin Tracks en los Estados Unidos, y el álbum fue catalogado como de Oro en dichas listas.

Poco después del concierto de Corpus, quedó confirmado el hecho de que Selena se había convertido en una de las principales atracciones latinas, cuando se presentó en el Houston Livestock Show and Rodeo en el Astrodome con David Lee Garza. Entre los dos grupos, atrajimos una audiencia de 60.000 personas, cosa nunca antes lograda por un conjunto tejano. Además, Selena ganó los premios de Vocalista Femenina del Año y Mejor Intérprete Femenina del Año en los Tejano Music Awards en ese año así como también Álbum del Año por *Entre a mi mundo*.

Este fue un éxito que, definitivamente, no pasó inadvertido para las casas disqueras: en noviembre, Selena y Los Dinos aceptaron grabar un álbum en inglés para SBK Records. Uno de nuestros principales promotores, Daniel Glass, el presidente ejecutivo de EMI Records Group, comparó a Selena con Madonna en una entrevista concedida a la revista *Billboard*, diciendo: "Tiene ese mismo control, y me encantan los artistas que saben adónde quieren llegar y cómo hacerlo. Es definitivamente una estrella pop".

Tras bambalinas, Selena estaba entusiasmada con su éxito, aunque también a veces se mostraba indecisa. Era leal a su base de fans y no quería decepcionar a su público al cantar únicamente en inglés. Tenía la intención de seguir interpretando música tejana.

Lo que más le preocupaba era lo que podría ocurrir con su familia y la banda si ella continuaba por este camino al estrellato internacional. Un día, subí al bus y encontré a Selena acostada en su camarote, realmente deprimida. No había pasado nada malo, pero sabía que no estaba bien, parecía estar realmente en otro mundo.

—¿Estás bien? —puse mi mano en su frente para ver si tenía fiebre porque sus ojos, generalmente brillantes, estaban opacos, pero su rostro no estaba caliente—. No te ves bien.

—Sí, estoy bien —dijo.

—¿Segura?

—Sí, estoy segura.

La besé y seguí en lo que estaba haciendo, acomodando mis guitarras en la parte posterior del autobús, dentro de un clóset. Al terminar, volví al cuarto de los camarotes para ver cómo estaba. Aún continuaba allí acostada, en la misma posición.

Me senté en el piso, a su lado.

—Selena, ¿qué pasa? ¿En qué estás pensando?

Con un hondo suspiro, me respondió:

—Pienso en nuestro importante álbum en inglés.

—¿Estás nerviosa?

—No, no estoy nerviosa —respondió—. No es eso.

Intenté tranquilizarla.

—Todo va a salir bien, ya lo verás. Piensa en lo duro que trabajamos para la parte latina. Esto no será tan difícil como cuando nos presentamos en México por primera vez, y allí alcanzaste el éxito. Lo estás haciendo muy bien. No te preocupes por nada. Vas a ser una artista americana tal como lo eres ahora, sólo que estarás cantando en inglés una y otra vez, tal como cantas en español una y otra vez.

Esto la hizo reír.

—Ya lo sé —me dijo—. Sé que será mucho trabajo, pero puedo hacerlo.

—Así es —le dije—. Nunca te ha asustado el trabajo duro y lo vas a hacer maravillosamente bien.

Me quedé mirándola por unos minutos, preocupado, porque veía que Selena estaba a punto de llorar.

—Dime —le dije—. Por favor, háblame. ¿Por qué estás tan triste?

Ella, con un movimiento ligeramente nervioso, me volteó a mirar. Le corría una lágrima por la mejilla y su voz era poco más que un susurro. Tuve que acercármele para oír lo que decía.

—Sólo pensaba en cómo va a ser cuando tenga que ir a dar esos conciertos en inglés —dijo—. Es una música tan diferente a la tejana. Tú eres tal vez el único músico de la banda que sabe tocar música pop. A.B. ya está diciendo que él no puede ir porque él no toca ese estilo de bajo. Suzette no puede tocar así la batería porque no sabe cómo hacerlo para la música pop. Los Dinos no se podrán abrir camino a ese nivel.

Le tomé la mano, pero no pude decir nada. Sabía que tenía razón. Sólo que no lo había pensado antes. Yo crecí tocando música rock y música pop, y era un guitarrista lo suficientemente bueno como para aprender a tocar cualquier cosa sacándola de un álbum.

Sabía que podía tocar la música que la casa disquera quería que tocáramos para un álbum de música popular en inglés. Los otros, probablemente con excepción de Ricky, no lo podían hacer, pero era algo que a Ricky no le llamaba la atención. Si Selena iba a permanecer a nivel de una celebridad e iba a interpretar música comercial para el gran público, tenía que estar respaldada por una banda tan sofisticada como la de Mariah Carey o Whitney Houston. Eso no lo encontraría en Los Dinos.

—¿Qué quieres hacer entonces? —le pregunté—. ¿Quieres cancelar la grabación del álbum?

Al oír esto, Selena comenzó a llorar aún más fuerte.

—Ya firmé el contrato. Además, tú sabes que quiero triunfar. Pero simplemente no sé si podré cantar en el escenario, mirar hacia atrás y no ver a A.B. ni a Suzette allí conmigo. No será lo mismo.

—No —acepté—. No será lo mismo —respiré hondo y después le pregunté—: ¿Me estás diciendo que si hubieras pensado en esto antes, les habrías dicho que no harías el álbum en inglés?

Selena me miró a los ojos y asintió.

—Sí. Eso sería lo que habría dicho.

Estaba confundido. Sabía que Selena quería tener éxito a nivel internacional —para eso se había esforzado tanto toda su vida— pero también sabía de su inquebrantable lealtad y amor hacia su familia.

—Todo saldrá bien —le dije al fin, aunque sólo estaba convencido en parte—. Suzette puede tomar clases de batería y A.B. puede hacer un esfuerzo por interpretar el bajo en un nuevo estilo. Pueden aprender y podemos seguir interpretando algunas canciones en español con el resto de la banda para grabar también otros álbumes de música tejana.

—¿De verdad crees que podemos hacer que funcione? —preguntó Selena.

—Podemos intentarlo —le respondí—. Es todo lo que cualquiera

podría hacer, ¿no es cierto?

El álbum *Selena Live!* salió al mercado el 4 de mayo de 1993, poco después de que Selena me regalara la camioneta en nuestro primer aniversario. Cuando fue nominado para un Grammy, ninguno lo podíamos creer, a pesar de todo el éxito que habíamos tenido recientemente. Selena y yo fuimos a Nueva York con A.B. y su esposa para la ceremonia de entrega de los premios en el Radio City Music Hall. Como era natural, estábamos emocionados de haber sido nominados, pero no creo que ninguno imaginara que podríamos realmente ganar un Grammy.

Lo que más nos emocionaba a Selena y a mí era tener la oportunidad de conocer a los artistas que admirábamos, o al menos verlos presentarse en persona. Lo que más me interesaba era ver a Sting, pero a su vez Selena no veía la hora de encontrarse con Whitney Houston, una de sus cantantes favoritas.

Cuando nuestro avión comenzó a descender sobre los rascacielos de Manhattan, miré por la ventana del lado de Selena. Las Torres Gemelas se destacaban a distancia y no podía creer lo altas que eran. Pensé que esos debían ser los edificios a los que había subido King Kong en la película que había visto en mi infancia. Podíamos ver también La Estatua de la Libertad, demasiado pequeña, pero brillando a distancia, y un cosquilleo de emoción me recorrió la espalda. No podía creer que finalmente llegaría a conocer la ciudad de Nueva York.

Tomamos una limosina que nos llevó del aeropuerto al hotel, que quedaba a la vuelta del Radio City Music Hall. Cuando Selena y yo pisamos la acera frente al hotel, fuimos asaltados de inmediato por olores, por los estruendosos pitos de los autos y por la muchedumbre. Nueva York no se parecía en nada a Corpus, ni siquiera a San Antonio.

Selena entró al hotel delante de mí. Y cuando yo quise seguirla al

lobby, se desató una acalorada discusión en la calle cuando un conductor de taxi salió del auto y empezó a gritar e insultar a otro conductor que había golpeado la trompa del taxi con su puño.

Debí haber entrado al hotel corriendo con una expresión extraña en mi cara, porque Selena preguntó:

—¿Está todo bien, Chris?

—No lo sé —dije—. Esos dos tipos estaban discutiendo allá afuera. Un conductor de taxi y otro hombre.

—No vuelvas a salir allá solo —me aconsejó.

Acepté de inmediato su consejo. Habíamos visto en película la ciudad de Nueva York, pero parecía que todos eran aquí aún más locos de lo que se veía en el cine.

La presentación y entrega de los premios se realizaría esa noche. Abraham había dispuesto que Selena se reuniera ese día con algunos directores de la casa disquera, de manera que se fue con A.B. y después fue de compras con Suzette. Por último, me atreví a salir solo a las calles de Nueva York, y compré algunas cosas para los equipos de la banda que no podía encontrar en Texas.

Para la función de esa noche, Selena se puso un vestido largo con lentejuelas con una cola en forma de cola de pescado. Para ese momento estaba realmente nerviosa y perdía la paciencia conmigo con mucha frecuencia porque la cola del vestido arrastraba y yo, caminando muy cerca de ella, la pisaba una y otra vez por equivocación.

—Hazte un poco más atrás, Chris —me susurró en un momento dado —. Es bastante difícil caminar con este vestido. Si me pisas el borde, me caeré y eso es lo último que quiero que me ocurra frente a toda esta gente.

Todos nos sentamos juntos en el teatro Radio City Music Hall. Cuando mencionaron el nombre de Selena como ganadora del Grammy en la categoría de Mejor Álbum Mexicano-Americano todos saltamos de nuestros asientos y gritamos de emoción.

—¡Ay, Chris! —me susurró—. ¡No puedo creer que haya ganado!

La abracé y después la animé empujándola con el codo.

—Vamos, vamos, ¡tienes que ir allí y dar tu discurso!

—¿Qué tal que me caiga con este vestido? Ay, por favor no me dejes enredarme y caer mientras llego allá —oí que murmuraba mientras avanzaba por el pasillo hacia el escenario.

Selena no se tropezó, y jamás la vi más hermosa que esa noche con su vestido blanco bordado de lentejuelas, y con su cabello nítidamente arreglado en un peinado alto. Pronunció las breves palabras que había preparado expresando su agradecimiento a José Behar, a la banda y a todos los miembros de su familia.

Terminado su discurso, Selena fue sacada sin demora del escenario mientras todos disfrutamos el resto del espectáculo. Selena estaba tan emocionada por la idea de conocer otros artistas en la entrega de los Grammy que inclusive había traído una cámara para tomarse fotografías con ellos; desafortunadamente, no nos permitieron meter cámaras al teatro, por lo que supe que debía estar sintiéndose frustrada, tras bambalinas. Además, pensé mientras sonreía, que ella sería la persona con la que todos querrían tomarse fotos ahora, puesto que estaba entre los ganadores.

Al salir del Radio City Music Hall, esa noche, oímos que la gente que estaba afuera gritaba el nombre de Selena. Ella no podía creer que conocieran su nombre. Pero se mantuvo tranquila, saludando con la mano, como si fuera la primera dama o algo así, aunque todo el tiempo había estado preocupada de que se fuera a enredar en el vestido y se fuera a caer.

Luego, ya todo había pasado y Selena podía decir que había ganado un Grammy. Es gracioso cómo el hecho de ganar un Grammy no parece ser gran cosa, hasta que uno lo recibe —y entonces se convierte en algo realmente importante, especialmente porque se cuenta con el reconocimiento de la industria musical y comienzan a abrirse otras puertas con nuevas oportunidades a todo alrededor, simplemente porque se ha obtenido un gesto de aprobación de la industria.

Este fue un gran día para A.B. Intentaba que todos prestaran atención a la calidad de su producción y, al final, fue reconocido como un gran productor. Todos éramos piezas de este rompecabezas, pero él era quien las unía.

Muchos consideraban a Selena una artista solista —el nombre Los Dinos ni siquiera aparecía en las carátulas de sus álbumes para cuando ganó el Grammy, y el crédito sólo nos llegaba en segundo plano—, sin embargo, sabía que, cada vez que sacábamos un nuevo álbum, los demás grupos intentaban ahora imitar nuestros sonidos y lo seguirían haciendo por mucho tiempo. Selena tenía razón: todos habíamos llegado a confiar unos en otros como familia, y era importante que permaneciéramos juntos.

ONCE

SUEÑOS HECHOS REALIDAD

AP Photo/Houston Chronicle, Paul Howell

En una oportunidad, Abraham había dicho que yo era “un cáncer” en la familia Quintanilla. Resultó ser uno benigno. Nadie detectó el verdadero cáncer, que apareció en forma de una mujer bajita, de apariencia sencilla, llamada Yolanda Saldívar.

Conocí a Yolanda poco después de que Selena y yo nos casamos, cuando todavía nos veíamos ocasionalmente. Mis primeros recuerdos de Yolanda son vagos. Solía verla en algunas de nuestras presentaciones, por lo general en San Antonio. En ocasiones, solía venir a vernos al autobús, y hablaba con Selena y con Suzette. Después de conocerla por algún tiempo, podía decirle, “Hola, ¿qué hay?”, si me la encontraba en una presentación o en el autobús, pero no más.

Fuera de eso, lo que sabía de Yolanda lo sabía de oído. Para mí, era sólo otra amiga de la familia Quintanilla —una amiga a la que a todos aparentemente gustaba y una en la que todos confiaban. Era amable con ella, pero hasta ahí llegaba nuestra relación en esos primeros años.

En alguna parte oí decir que Yolanda, una enfermera graduada, asistió a uno de los conciertos de Selena en 1991, y aparentemente quedó tan fascinada con la música de Selena que se acercó a Suzette, quien en ese entonces estaba encargada de la comercialización. Yolanda le había propuesto iniciar un club de fans en San Antonio.

No presté mucha atención a esta historia en ese entonces. Selena tenía muchos fans, y para cuando ya éramos pareja, Yolanda parecía estar haciendo las cosas muy bien como presidente de dicho club, cuyos miembros aumentaban rápidamente en el área de San Antonio. Para ser miembro, los fans pagaban y recibían camisetas, pósters y otros recuerdos a cambio de su cuota de inscripción. O podían ser miembros de forma gratuita y recibir una circular mensual con la programación de los lugares donde nos presentaríamos.

Yolanda parecía vivir para su trabajo como presidente del club de fans de Selena. Era mayor que nosotros y actuaba de forma muy franca y profesional. Parecía no querer más que ayudar a Selena en cualquier forma que pudiera, y al principio, tenía hacia ella una actitud maternal

muy dulce y cariñosa.

Lo que ninguno de nosotros sabía en ese entonces era que Yolanda había contactado inicialmente a Shelly Lares, con quien yo había tocado antes de entrar a Los Dinos, con el mismo tipo de propuesta. Fred, el padre de Shelly, no la había aceptado. Shelly fue quien presentó a Yolanda inicialmente a Suzette.

No teníamos la menor idea de que Yolanda tenía un pasado de problemas legales. Había incumplido su préstamo de estudiante y uno de sus empleadores, un dermatólogo, la había demandado en 1983, supuestamente por haber robado dinero de su negocio.

¿Qué hizo que Abraham, que era normalmente tan precavido, confiara en Yolanda? Probablemente el hecho de que Yolanda parecía tan inofensiva y sabía hacer las cosas muy bien. Era una persona dulce, que siempre hablaba en voz baja y se mostraba muy respetuosa con Abraham. Suzette había presentado a Yolanda con Abraham y a él le gustó la idea de que alguien, ajeno a la familia, manejara el club de fans debido a que todos estaban sobrecargados de trabajo. Yolanda demostró ser especialmente útil en San Antonio, donde solíamos quedarnos a trabajar en el estudio o tocar en las presentaciones. Los Quintanilla y la banda venían todos en el autobús, por lo que Suzette y Selena no tenían cómo ir a ninguna parte a menos de que Yolanda las llevara en su auto.

Por las razones que fueran, Abraham, por lo general tan precavido con los extraños, aceptó a Yolanda dentro de su círculo más íntimo de personas que gozaban de la amistad y la confianza de los Quintanilla.

—Los clubs de fans pueden ser la ruina para uno si las cosas no se manejan bien y las personas no obtienen los artículos o la circular que les prometieron —me explicó Selena—. Estoy muy contenta de que sea Yolanda la que maneja las cosas como lo está haciendo. El club de fans sigue creciendo y todos están realmente felices.

Para demostrarle su agradecimiento a Yolanda, Selena le daba regalos con frecuencia. Yolanda tenía una afición especial por las vacas con manchas, por ejemplo, Selena le compró un tapete de ochocientos dólares con una vaca pintada. También le compró un teléfono en forma de vaca durante un viaje a Los Ángeles. Poco a poco, Yolanda se iba

haciendo más amiga de Suzette y de Selena, y las dos la trataban como a una hermana. Cuando llegó el momento de que el mayor sueño de Selena se convirtiera en realidad, lo más natural, evidentemente, era llamar a su amiga a pedirle ayuda.

Ya fuera que Selena estuviera en casa o de gira, siempre dibujaba diseños de moda y confeccionaba vestuario y accesorios con sus propias manos. Desde niña tenía un gusto especial por la moda y se sentía feliz con su mochila llena de objetos de metal, goma, alicates y joyas de fantasía; siempre estaba fabricando un nuevo cinturón o adornando su vestuario para el escenario al último minuto.

Las cosas ya estaban saliendo muy bien para la banda. Ahora, después de ganar el Grammy, ocurrió algo como lo que ocurre con las podadoras de césped que uno trata de iniciar y no arrancan. Uno sigue intentando una y otra vez, y la podadora se vuelve a apagar continuamente, hasta que de pronto, uno lo logra y la podadora arranca a toda velocidad. Así fue como lo sentimos. Siempre había algo que había que hacer, y ese algo estaba relacionado con algo más que a su vez se relacionaba de nuevo con otra cosa que se nos pedía que hiciéramos.

Era increíble el número de giras y presentaciones que hacíamos, la cantidad de álbumes y sencillos que vendíamos y cómo todo el mundo adoraba a Selena. Su atractivo iba mucho más allá de lo que hacía desde el punto de vista musical. Por ejemplo, Selena grabó una propaganda de servicio público para un refugio de mujeres abusadas. Cada vez que salía esta grabación en el radio, que decía “Put an End to the Pain” (ponle fin al dolor), los teléfonos sonaban insistentemente con llamadas de mujeres hispanas que habían oído la voz de Selena y habían decidido mejorar sus vidas buscando ayuda para ellas mismas.

Selena nunca consideró esta admiración como algo normal. Siempre se mostró humilde y constantemente preocupada de no estar trabajando

lo suficientemente duro. Era hija de Abraham, de eso no cabía duda: tenía su empuje y su ética profesional, junto con una chispa creativa exclusivamente suya.

A fines de 1993, la familia Quintanilla decidió utilizar su nueva credibilidad y su posición financiera mejorada para empezar Q Productions, una compañía productora y estudio de grabación propio instalado en un antiguo gimnasio cerca al aeropuerto de Corpus Christi. Abraham siempre había querido tener un estudio de clase mundial cerca de su casa y había imaginado que eventualmente dirigiría su propio sello discográfico. Él era el gerente de esa compañía mientras que A.B. era parte de la compañía productora Phat Kat Groove.

Tanto Abraham como A.B. estaban interesados en producir el trabajo de nuevos artistas, grupos comerciales de música popular y música tejana y ampliar la dinastía musical de los Quintanilla. Muy pronto Selena siguió sus pasos con su negocio propio, en enero de 1994, cuando al fin abrió las boutiques de las que había estado hablando durante tanto tiempo.

Abraham reaccionó como una fiera cuando supo de la decisión de Selena.

—¿Qué te pasa? —preguntó, meneando la cabeza—. ¿Cómo se te pudo ocurrir abrir otro negocio? ¿Sabes cuánto tiempo te tomará y hasta qué punto te complicará la vida? ¿Por qué no te limitas a disfrutar del dinero que estás ganando?

Selena se mantuvo firme.

—Es lo que quiero hacer, papá —respondió—. Y es mi vida.

Sin querer darse por vencido en su lucha por disuadir a su hija, Abraham me llevó a un lado.

—No la puedes dejar hacer esto —me dijo desesperado—. Se va a quemar.

—Entiendo que te preocupes porque Selena intente abarcar más de lo que puede manejar —le dije en tono calmado—. Pero esto es algo que ella realmente quiere hacer, y no le voy a decir a Selena que no. Si algo haré, será esforzarme por ayudarla en todo lo que pueda.

A pesar de su propia naturaleza ambiciosa, Abraham creía que Selena

estaba cometiendo un gran error. Sin embargo, no tenía realmente cómo detenerla. Selena y yo éramos financieramente independientes y, como yo ya lo había entendido, Abraham nunca logró tener sobre Selena un control tan grande como algunos pensaban que tenía, sobre todo después de que se casó conmigo.

Pienso que algunas personas pueden haber tenido la impresión errada de que Abraham manejaba cada aspecto de la vida de Selena porque, con frecuencia, ella lo utilizaba como parapeto. Si alguien llegaba con una idea que a ella no le gustaba, decía, "Parece interesante, pero tendrá que hablar con mi padre".

Esto pasaba con mucha frecuencia a medida que la popularidad de Selena iba en aumento y más personas intentaban convencerla de invertir en esto o en aquello, en lo que estuvieran trabajando. "Tendré que consultarlo con mi padre", respondía, pero eso simplemente era su forma de poner fin a la conversación.

Por lo tanto, cuando Selena llegó una noche y me dijo, "Bien, Chris. Estoy lista para abrir mi boutique. Ya no quiero esperar más. Vamos a mirar edificios", supe que no había nada que Abraham pudiera hacer para disuadirla. Como le había dicho a Abraham, estaba dispuesto a ayudar a Selena en cualquier forma que pudiera, pero primero tenía que estar seguro de que ella sabía el trabajo que eso exigiría.

—Vas a estar aún más ocupada de lo que estás ahora —le recordé—. Y ya no te alcanzan las horas del día.

—Podemos hacerlo —me prometió—. No soy yo la que va a hacer todo el trabajo. Conseguiré personas que me ayuden.

—Así que ¿realmente quieres hacer esto? —le pregunté.

—¿Tú qué crees? —me hizo una mueca—. No has sido el único que me ha oído hablar de esto durante dos años, pero siempre he querido tener mi propia boutique, desde pequeña.

—Está bien —le dije—. Pongámoslo por obra.

A decir verdad, yo habría sido feliz de ser sólo un músico. No necesitaba ni quería abrir otro negocio. Lo que sabía del negocio de la moda podía caber en la cabeza de un alfiler. Pero era lo que Selena más quería en el mundo. También pensé que, aunque Selena terminara por

descubrir que su propia boutique no era lo que realmente había imaginado ni correspondía a su estilo de vida, al menos habría tenido la oportunidad de sacarse la idea de la cabeza.

Selena y yo comenzamos a ver edificios comerciales para alquiler o para venta por todo Corpus. Por último, encontramos el lugar adecuado: un edificio cuadrado de 1950 en el 4926 Everhart. Nos encantó por su estilo clásico. Además, el lugar era perfecto, cerca de los mayores centros comerciales de Corpus Christi que se habían construido en la última década. El edificio estaba a la venta por un buen precio, y se empezaban a construir nuevos locales comerciales a todo alrededor.

—Esta es un área de gran potencial —dijo Selena y yo estuve de acuerdo.

Fuimos al banco y llenamos todos los papeles para financiar el negocio y luego comenzamos a buscar un contratista. Después de decidirnos por un contratista recomendado por uno de nuestros amigos, Selena comenzó a dibujar bocetos de cómo quería que fuera la boutique.

Este fue uno de esos momentos en los que Selena agradecía más mi ayuda, eso creo. Yo crecí con un padrastro que era muy hábil para hacer arreglos en la casa, le había ayudado a remodelar habitaciones y a construir una adición en la casa en la que crecí, por lo que tenía muchos conocimientos básicos necesarios para lo que Selena deseaba hacer. Ella me describía sus ideas y las dibujaba y yo le ayudaba explicándoselas al contratista.

Nunca antes había visto a Selena tan entusiasmada como cuando empezamos a jugar con sus planes de construcción y a hablar de los detalles interiores para la boutique. Se veía ya vendiendo sus propios diseños aquí, y teniendo un salón de belleza dentro del local donde sus clientas podían arreglarse el cabello y hacerse las uñas.

Después de que el contratista terminó la mayor parte de las remodelaciones, Selena y yo entramos e hicimos algunos detalles de terminación. “Realmente quiero que haya mucha luz aquí”, me explicó Selena, indicándome cómo quería que hubiera ventanas entre los puestos de manicura.

Para satisfacer su solicitud, terminé instalando paredes de vidrio entre

los puestos de manicura, que estaban dispuestos en zigzag en una enorme mesa. Tuve que ir a comprar un kit para saber cómo hacer esas separaciones de vidrio y al final lo logré.

El único miembro de su familia que apoyó el sueño de Selena de inmediato y de forma tan total como lo hice yo, fue su madre. "Selena siempre ha querido hacer esto, desde niña", me dijo. "Estoy muy feliz de que te tenga para que le ayudes".

Marcella elaboró unas vides de aspecto extravagante que colgué en el techo del salón. También traje un equipo de sonido de alto nivel para que Selena pudiera tener buena calidad de sonido en su boutique e instalé los cables de modo que no se vieran.

Nos llevó varios meses obtener los permisos de construcción y terminar la remodelación. Luego, Selena misma se encargó del proceso de contratación porque quería elegir a las empleadas de su boutique una por una. Conoció también un joven diseñador de modas tejano, Martin Gómez, quien aceptó ayudarle a transformar los diseños que visualizaba en su mente y en dos dimensiones en su libreta de bocetos, en una excitante colección de ropa y accesorios en tercera dimensión. El objetivo global de Selena era confeccionar el tipo de ropa y accesorios dramáticos que le gustaba lucir en el escenario o para salir de noche, para venderlos al público a precios razonables.

Selena diseñó inclusive las marquillas que llevaría la ropa —sólo algo muy pequeño, una etiqueta en un trozo de tela, pero también sería algo exclusivamente suyo y se veía muy profesional. Pensar y soñar en algo por tanto tiempo y luego hacerlo realidad, es un increíble logro para cualquiera. Para Selena, era la definición de la felicidad.

No dejaba de sorprenderme su energía y su atención a los detalles cuando inauguró por fin su nuevo negocio, sobre todo porque estaba actuando todos los días y cumpliendo sus compromisos contractuales con patrocinadores como Coca-Cola y el shampoo Agree. Al mismo tiempo, Selena jamás olvidó dónde estaba su corazón: todavía destinaba tiempo a sus obras de beneficencia, como hablar a los niños de las escuelas sobre la importancia de la educación en distintas campañas de "Stay in School" (No Abandones la Escuela).

Durante una visita a una escuela local, por ejemplo, me senté entre el público mientras Selena subía al podio. Con el micrófono en la mano miró con emoción a su joven público —niños y niñas que tenían la misma edad que tenía ella cuando se inició en el negocio de la música como cantante— y les dijo de inmediato que no siguieran su ejemplo, sino que permanecieran en la escuela.

—La música no es un negocio muy estable —les dijo—. Es algo que viene y va, así también como el dinero. Pero la educación es algo que siempre se quedará con ustedes. Si tienen un sueño —agregó Selena—, no permitan que nadie se los quite. Lo imposible siempre es posible.

Los niños estaban enloquecidos, sobre todo cuando Selena cantó para ellos. Luego bajó del escenario y se paró entre los escolares. Autografió todos y cada uno de los opjetos que le presentaron, con una palabra personal y amable para cada niño.

Fue una época agotadora, una verdadera locura. Sin embargo, además, estar al lado de Selena a cada paso y ver la satisfacción en su rostro a medida que superábamos todos los obstáculos, desde enjarrar el lugar hasta pintar las paredes e instalar el aviso de neón con su nombre, hizo que nuestros esfuerzos valieran la pena. Juntos, trabajando duro y con determinación, hicimos realidad el sueño de su vida.

—Se ve asombroso —dije, rodeando con mi brazo la cintura de Selena mientras observábamos el nuevo y enorme aviso de neón con su logo Selena, Etc.— ¡Cielos, realmente lo estás logrando! De verdad está ocurriendo.

—Gracia, Chris —dijo, recostando su cabeza en mi hombro y mirando feliz su nombre en luces de neón.

Después de que Selena abrió su boutique en Corpus Christi, decidió que sería lógico tener otra boutique y otro salón de belleza en San Antonio, la otra ciudad donde pasábamos la mayor parte del tiempo y donde tenía

otra gran base de fans, gracias al trabajo de Yolanda en el club. Además, mi hermana y nuestras otras amigas podrían trabajar en la boutique de San Antonio.

Unos ocho meses después de haber abierto la boutique en Corpus, Selena abrió la segunda en Broadway en San Antonio —por coincidencia, a aproximadamente una cuadra y media del apartamento donde viví con mi padre mientras Selena y yo éramos de novios. Debido a que ya estábamos demasiado ocupados, esta nueva empresa se hizo de manera más formal, y no como un trabajo de amor, contratamos gente que hiciera lo que había que hacer en el interior y el exterior del local en vez de intentar hacerlo nosotros.

Mientras las boutiques de Selena comenzaron a tener éxito, su carrera como cantante se movía a un paso aún más acelerado. En 1994 estaba más ocupada que nunca. Ahora, sus nuevas obligaciones incluían hacer videos musicales —el nuevo estándar de la industria— así como grabar las partes vocales.

Por ejemplo, el video musical para "La llamada", uno de los mayores éxitos de Selena del álbum *Selena Live!*, se grabó en el tejado de una casa en la playa en Malibu, California, lo que significaba que todos tuvimos que viajar por avión y quedarnos allí dos días.

Muchas de las escenas del video son de Selena cantando con un gran grupo de gente que baila a su alrededor, como si estuviera en una gran fiesta; la grabación del video fue bastante fácil. Sólo invertimos un día ensayando las canciones una y otra vez, y luego Los Dinos pudieron irse. Sin embargo, Selena tuvo que quedarse varias horas más porque también estaban grabándola cantando la canción frente a una cortina azul.

En un momento dado, volví a subir al tejado para ver cómo le iba. Estaba preocupado porque se estaba ya ocultando el sol. Y a medida que oscurecía aumentaban el frío y el viento, y Selena tenía únicamente un vestido ceñido de material muy delgado que probablemente no la abrigaba.

La encontré con una manta sobre los hombros entre una y otra toma. Pero a pesar de esto, le castañeteaban los dientes y estaba temblando. La abracé y le froté los hombros en un intento por calentarla un poco.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Me estoy congelando —respondió.

—Sí, eso veo. Creo que no tenemos chaquetas.

—Ya lo sé —dijo desconsolada.

—¿Quieres que me quede aquí arriba contigo?

—No, no, ya casi termino —respondió.

—Al menos deja que te traiga café —le dije y fui a buscar a uno de los asistentes.

Comenzaron a grabar de nuevo el video cuando yo estaba bajando del tejado. Cuando voltee a mirar, vi que Selena no tenía ya la manta alrededor de los hombros y que estaba cantando con todo el corazón, se veía totalmente feliz y no parecía tener frío. Selena era una actriz nata lo suficientemente profesional como para cambiar de ánimo tan fácil como algunos cambian de vestido.

Tener tantas obligaciones de este estilo sobre sus hombros hizo que Selena comenzara a depender cada vez más de Yolanda Saldívar. A este punto, Yolanda no había hecho nada para que desconfiáramos de ella. De hecho, en su cargo sin remuneración, como presidente del club de fans de Selena en San Antonio, Yolanda había tenido éxito en aumentar el número de miembros a una sorprendente cifra de cuatro mil, causando una excelente impresión en todos los miembros de la familia por su ética laboral y su compromiso con Selena y con la familia Quintanilla.

Inclusive, Yolanda se había mudado a Corpus Christi en 1993 y alquiló un apartamento con una compañera para poder vivir cerca de los Quintanilla; estábamos lejos de saber que su compañera de apartamento se había mudado a otro lugar a los pocos meses, cuando Yolanda empezó a convertir el apartamento en un templo en honor a Selena. Yo sólo veía que Yolanda se había convertido en una buena amiga tanto de Suzette como de Selena. Además, era ahora la asistente personal de Selena, y hacía de todo, desde ayudarla con los cambios de vestuario tras bambalinas hasta servir de parapeto entre Selena y sus fans exageradamente efusivos.

Entre más confiable parecía ser Yolanda, más confiábamos en ella y más la apoyábamos. Por lo tanto, fue algo apenas lógico que Selena le

ofreciera a Yolanda un cargo oficial, remunerado, como gerente, encargada de supervisar la boutique de Corpus y la de San Antonio. Las tiendas tenían gerentes locales; de hecho, mi hermana Tricia manejaba la boutique de San Antonio. "Pero si no puedo estar allí para algo que haya que hacer, me sentiré mejor sabiendo que Yolanda se encargará de eso", me dijo Selena.

Estuve de acuerdo con su decisión. Selena trataba de hacer malabarismo con todas las cosas que tenía en su vida y Yolanda le había demostrado su lealtad. También Abraham pensó que la idea era sensata; para él era un alivio que Selena se liberara de algo del estrés que soportaba. Yolanda entró a formar parte de la nómina y Selena le entregó una tarjeta de crédito y un celular que podía utilizar para propósitos del negocio. Entre más apoyo recibiera Selena para su nuevo negocio, mejor, eso pensaba. La verdad, no entendía lo que estaba pasando en el negocio y sólo quería que mi esposa fuera feliz.

Al comienzo, todo iba muy bien. Si había algo que hacer en una de las boutiques, Yolanda se encargaba o nos llamaba si estábamos de gira. O, si Selena estaba en Corpus, Yolanda la ayudaba con su agenda. Ella parecía reducir parte de la presión que Selena soportaba desde que abrió sus boutiques, y por eso todos le estábamos agradecidos.

A medida que pasaban los meses, Selena fue confiando cada vez más en Yolanda para que la aconsejara, especialmente en una ocasión en la que estuvo pensando seriamente en abrir una tercera boutique donde se encontraba la mayor parte de su base de fans, en Monterrey, México. No sabíamos nada acerca de cómo manejar un negocio. Yolanda tampoco lo sabía, pero actuaba como si lo supiera y comenzamos a depender cada vez más de ella. Estábamos ansiosos por independizarnos de Abraham, y además, Yolanda tenía conexiones personales en Monterrey y estaba siempre dispuesta a ir allí con Selena para estudiar la viabilidad del negocio.

En realidad, yo no veía mucho a Yolanda. Si dejaba a Selena en la boutique de Corpus para que la peinaran y le hicieran las uñas, hablaba con Yolanda por unos minutos. Esa era prácticamente toda mi interacción con ella, a excepción de algunos almuerzos ocasionales con

Yolanda y Selena, donde ellas hablaban del negocio y de las personas que conocían, y yo contaba un chiste de vez en cuando.

Nunca vi a Yolanda como una amenaza. Era igual a todas las demás muchachas de la secundaria a las que solía tenerles lástima porque parecían no tener vida propia. No había razón alguna para sospechar que pudiera ser peligrosa. Por alguna extraña razón, creo que todos nosotros probablemente la estábamos aceptando más de lo que lo habríamos hecho si Yolanda fuera otro tipo de mujer —hermosa o ambiciosa o inteligente— porque estábamos decididos a no juzgarla por su apariencia o su talento, sino por su buen corazón.

Lamentaré todos los días de mi vida haber sido tan ciego. En mi defensa sólo puedo decir que era joven, que estaba enamorado, que tenía amigos y una esposa que adoraba. Estaba tocando música en una banda que adquiría cada vez más fama y estaba ganando mucho dinero. Tal como veía las cosas, Selena y yo teníamos un brillante futuro ante nosotros. Mi principal preocupación era que Selena estuviera tan feliz como yo y parecía ser así.

Había sólo un pequeño detalle que, mirando atrás, probablemente debería haberme servido de alerta. Fue algo que ocurrió en una de nuestras fiestas anuales.

Poco después de que empecé a salir con Selena, Yolanda comenzó a organizar fiestas anuales para los miembros de la banda, sus familias y sus amigos más cercanos. Eran fiestas que nos encantaban a Selena y a mí. Me parecía muy bueno ir a un restaurante o a algún otro lugar a estar todos juntos; aunque era irónico, porque como nuestra banda siempre estaba trabajando, era difícil encontrar tiempo para socializar todos juntos.

Sin embargo, poco a poco, a medida que iban pasando los años, comencé a tener una sensación de distanciamiento cada vez mayor y hasta una extraña vibración, entre Yolanda y algunas de las otras personas que asistían a estas fiestas. En ese entonces no lo sabía, pero Yolanda había comenzado a llevar su cargo de asistente personal de Selena a otro nivel; cualquiera que quisiera ver a Selena o comunicarse con ella, tendría primero que hacerlo con Yolanda. Sin embargo, Suzette

siempre defendía a Yolanda si alguien se quejaba de ella, y la misma Selena decía, “Envíelos a Yolanda”, si alguien quería verla cuando estuviera demasiado ocupada, lo que solía ocurrir.

De todas formas, en una de esas fiestas, el baño del restaurante fue destruido y Selena se enteró, por Yolanda, que yo había tenido parte en eso con algunos otros amigos.

Recordando cómo me había emborrachado y había destruido esa habitación de hotel el año anterior a nuestro matrimonio, Selena probablemente tuviera una sospecha aún mayor.

—¿Destruiste tú el baño, Chris? —preguntó—. Yolanda dice que lo hiciste.

—No —le dije—. Sabes que no podría haberlo hecho. Selena, sabes dónde estuve. Estuvimos juntos toda la noche.

—Ah. Bueno —dijo Selena y pasamos a hablar de otra cosa.

En realidad, no me acordé después de esa conversación. Debido al éxito de la banda, Selena y yo siempre teníamos que disipar rumores tontos. Tal vez por eso no interpreté esa conversación como lo que realmente era: un signo de advertencia de que Yolanda intentaba interponerse entre Selena y yo, así como procuraba asegurarse de que Selena no se acercara mucho a ninguna otra persona.

A pesar de los intentos de Yolanda por causar problemas entre nosotros, y a pesar de la presión en aumento producida por nuestro creciente éxito, Selena y yo estábamos más enamorados que nunca. Siempre hacíamos las cosas juntos, ya fuera que estuviéramos cuidando a los perros, o en nuestra casa. Yo procuraba, en todo lo que hacía, seguir un consejo que me dio un amigo antes de que nos casáramos.

—No creo que una relación pueda funcionar si cada uno da sólo el cincuenta por ciento —me dijo.

—¿Por qué no? —le pregunté intrigado—. Eso me parecería justo.

Él movió su cabeza en señal de negación.

—No, la verdadera forma de pensar en el matrimonio es que tienen que darse el cien por ciento uno a otro.

Selena y yo siempre nos dábamos el cien por ciento. Nunca llevamos cuentas, como hacían algunas parejas que conocíamos ni decíamos "Tú hiciste eso, a mí me toca esto", como una especie de balance. Tampoco teníamos pequeños desacuerdos. Éramos buenos amigos.

Por ejemplo, así como Selena siempre había soñado con tener sus propias boutiques de moda, sabía que mi meta desde que estaba en la secundaria era convertirme en compositor y productor de mi propia música. Aunque Selena se mantuvo firme para que me quedara con Los Dinos para que pudiera salir de gira con ella, hizo lo que estaba a su alcance por apoyarme en el logro de esta meta.

Para cuando Selena abrió sus boutiques, Abraham había comenzado a manejar distintas bandas a través de Q Productions. Encontramos una banda de rock en Corpus que queríamos manejar, Abraham me preguntó si me gustaría componer algunas canciones para ellos. La idea me pareció atractiva —si quería tener una banda de rock o inclusive componer mis propias canciones, no lo habría hecho con estos músicos en especial. Pero decidí aceptar, porque deseaba ayudar a Abraham y tal vez podría aprender algo en el proceso.

Un día, el cantante de esa banda vino a trabajar en una canción compuesta por mí, con letra de Ricky. Selena estaba allí, con uno de los pañuelos que siempre utilizaba para recogerse el pelo cuando estaba limpiando y aspirando la casa. Continuó haciendo la limpieza mientras ese cantante y yo trabajábamos durante horas en nuestra canción en el estudio de nuestra casa. No tenía la menor idea de que Selena estaba escuchando con atención mientras yo trataba de enseñarle al otro cómo interpretar la canción de cierta forma, poniendo énfasis en este o en aquel sitio de la letra y dando ciertas notas en especial. Pero él no lo lograba; realmente nunca entendió lo que le quería decir. Por último, sintiéndome frustrado, le dije que por ese día habíamos terminado.

—Mañana continuaremos desde donde quedamos —le dije.

Apenas lo acompañé hasta la puerta y se fue, Selena llegó a mi lado.

—Bebé, ¿cómo no enloqueciste con ese tipo intentando cantar la canción una y otra vez? —preguntó.

Yo reí.

—No todos los cantantes son tan buenos como tú —le dije—. Ojalá lo fueran. Pero tu papá realmente quiere que yo haga esto.

—Yo la puedo cantar —me dijo—. Déjame cantártela.

Creí que bromeaba.

—¿Por qué lo harías?

—Sé qué es lo que quieres —respondió—. Te estuve escuchando todo el tiempo.

—¿Todo el tiempo? —le pregunté incrédulo.

—Sí, todo el tiempo. Y quiero cantar esa canción. Me gusta lo que compusiste —dijo—. Por favor, ¿me permites cantarla?

A decir verdad, me sentí incómodo. Aquí estaba la súper estrella Selena, que, por casualidad, era mi esposa ¡y quería cantar mi demo! Por otra parte, no podía resistirme a la curiosidad de oír lo que ella podría hacer con mi canción.

—Bueno —le dije—. Hagámoslo.

Nos pusimos los audífonos y le di la espalda mientras graduaba los botones del mezclador. Tan pronto como empezó la música, dijo:

—Está bien, voy a cantarla —y lo hizo.

Selena interpretó a la perfección la canción desde la primera vez, de principio a fin, exactamente como se lo había estado explicando al otro cantante. Al final de la canción, le agregó algo más.

No salía de mi asombro. ¿Cómo era posible que yo tuviera tanta suerte? Selena siempre me había apoyado lo suficiente como para estar por ahí para saber cómo salía todo, y después se adueñó de la canción de principio a fin en aproximadamente un segundo.

El hecho de que Selena cantara el demo con el mismo sentimiento y talento con el que interpretaba cualquier otra canción con nuestra banda, significaba muchísimo para mí. Esa grabación fue una fuente de consuelo para mí por mucho tiempo después de que Selena fuera asesinada, porque era algo suyo que yo podía conservar como algo propio.

Para nuestro segundo aniversario de boda, decidí que el regalo que Selena necesitaba más que nada era un descanso romántico —un tiempo alejada de la música, de las boutiques, del trabajo doméstico e inclusive de los perros. Quería llevarla a algún lugar hermoso, donde nunca hubiéramos estado antes, un sitio donde pudiéramos estar lo suficientemente lejos de la familia y del trabajo, en donde pudiéramos estar juntos y realmente descansar. Habíamos hecho ese viaje a Acapulco cuando empezó nuestro noviazgo, claro está, pero inclusive entonces nos acompañaron su hermano y su hermana. Este viaje lo haríamos solos.

Después de hablar con unas cuantas personas decidí que iríamos a Ocho Ríos, Jamaica. Era la primera vez que preparaba un viaje a tan gran escala, por lo que recurrí a la ayuda de un agente de viajes que me ayudó a elegir el hotel y a organizarlo todo. Después, escondí el paquete con los pasajes y los folletos en mi mesa de noche debajo de otros materiales de lectura, rogando que Selena no los encontrara.

Había esperado encontrar resistencia de parte de la familia de Selena. Sin embargo, para mi sorpresa, cuando les conté mi plan, ni siquiera Abraham dijo algo negativo. Además, guardaron el secreto, de modo que Selena qued totalmente sorprendida cuando al llegar al aeropuerto de San Antonio, después de un concierto, le dije que no iríamos a casa con el resto de la familia porque haríamos conexión con un vuelo a Miami.

Selena se emocionó muchísimo, pensando que Miami sería nuestro destino final. Le encantaba hacer compras en Miami. Lo único que le dije con anticipación era que necesitaría un traje de baño porque íbamos a un lugar tropical.

No recuerdo exactamente cómo fue, pero Selena me dijo algo cuando estábamos abordando el vuelo a Miami que me hizo responderle:

—¿Qué dices? ¡Eso no se hace en Jamaica!

Selena empezó a saltar y a reír.

—¡Te hice decírmelo! ¡Te hice decírmelo! —decía riéndose de mí.

—Sólo por esa pequeña trampa, tal vez te debería llevar de vuelta a casa —le dije.

—No, vamos, dime, ¿realmente vamos a Jamaica? ¿Nosotros solos? —me dijo.

—Sí, lo haremos —le dije, y ella me abrazó.

Me habría podido sentir peor de que Selena hubiera adivinado nuestro destino, excepto que le tenía también otra sorpresa: un anillo que le había mandado a hacer a un amigo joyero en San Antonio. Era una argolla sencilla de oro blanco, pero hice que el joyero le pusiera una pequeña hilera de chispas de diamante. Estaba seguro de que a Selena le encantaría ese pequeño destello en una argolla tan sencilla y elegante.

Cuando aterrizamos en Jamaica, empecé a dudar de mi elección porque, a través de las ventanas del autobús del aeropuerto, el paisaje era muy similar al de muchos pueblitos de México que ya habíamos visitado. Estaba oscuro porque las calles no tenían iluminación y yo me sentía cada vez más nervioso —¿qué tanto podría confiar realmente en lo que me había dicho el agente de viajes?—, pero Selena lo estaba pasando muy bien, no dejaba de hablar y disfrutar plenamente.

No iba a arruinarle el momento. Además, entre más nos alejábamos del aeropuerto, más me daba cuenta de que al fin estábamos solos.

De pronto, el autobús del aeropuerto comenzó a desacelerar. Escuché el sonido de una banda de reggae a través de las ventanas abiertas, por lo que pensé que nos estábamos aproximando al hotel. Luego vi un solo poste de luz, con muchas personas alrededor.

—¿Qué es eso? —preguntó Selena—. Parece una fiesta. Todas esas personas están bailando.

Así era, estábamos todavía a mitad de camino pero aquellos jamaiquinos se estaban divirtiendo de lo lindo debajo de la única luz de su pequeño pueblo, bailando al ritmo del reggae que salía de un enorme parlante y bebiendo cerveza Red Stripe a pico de botella. Se divertían tanto que Selena no pudo evitar ponerse de pie en la mitad del autobús y comenzar a bailar.

—¡Siéntate! —le dije, mientras el autobús pasaba por encima de otro hueco en la carretera—. ¡No quiero que te lastimes antes de que

lleguemos al hotel!

El autobús tomó otro camino, una entrada larga, y de buenas a primeras, llegamos al hotel. Todo estaba muy iluminado y se veía hermoso. Me tranquilicé por completo, ahora sabía que, después de todo, había elegido un buen lugar.

—No veo la hora de ir a explorarlo todo —dijo Selena.

—Está bien. Aquí estamos —Empecé a sacar los folletos que había traído y los puse sobre la cama.

—Cielos, ¡mira esto! Aaah, ¡también tienen esto! —dijo Selena al leer todo lo que el lugar ofrecía, desde paseos a caballo por la playa, hasta un caudaloso río para hacer canotaje—. ¡Esto es el paraíso!.

Yo reía, pero también estaba pensando en cómo le entregaría a Selena el anillo especial que le había comprado como regalo de aniversario. Por último, se me ocurrió la forma perfecta de sorprenderla. Cuando Selena se quedaba dormida tenía el curioso hábito de poner su mano dentro de la funda de la almohada. Entonces, mientras estaba en el baño, duchándose después del viaje, puse la pequeña caja azul con el anillo entre la funda de una de las almohadas del lado derecho de la cama —el lado en el que ella siempre dormía.

Pensé que Selena querría refrescarse en la habitación y tomar una siesta; así, encontraría el anillo de inmediato. Pero no fue así, quería salir a verlo todo de inmediato porque estaba muy entusiasmada. Tuvimos una pequeña discusión al respecto.

—¿De veras? —le dije—. ¿Quieres hacer todo eso ya mismo, sin descansar un rato antes?

Me esforzaba por no mirar demasiado el bulto dentro de la funda de la almohada.

—Sí, quiero verlo todo —dijo.

Por último dije:

—Está bien, como quieras —porque, naturalmente lo último que quería era arruinar nuestro viaje especial.

Salimos y cenamos y tomamos unos tragos. Luego caminamos por todo el lugar y fuimos a la playa de noche. La noche era clara y podíamos ver la Luna y las estrellas. La estábamos pasando tan bien que

me olvidé totalmente del anillo mientras caminábamos por la playa bajo la luz de la Luna, cuando ella comenzó a hablar de iniciar una familia.

—No puedo creer que hayas hecho esto por mí —dijo Selena—. Todo es tan perfecto. Nadie ha sido nunca tan bueno conmigo como lo eres tú, Chris.

Entonces, ¡de pronto me acordé! ¡Había dejado el anillo dentro de la funda! Ahora comencé a sudar, sin duda las camareras habrían entrado a arreglar la habitación mientras estábamos fuera, y me preocupaba que se hubieran podido robar el anillo.

Empecé a fingir que estaba totalmente agotado.

—Sí, ha sido una noche fabulosa en este hermoso lugar —dije mientras bostezaba—. Me encanta que te guste. Vamos a la habitación a descansar, ¿sí? Mañana podemos ensayar el canotaje por los rápidos o hacer lo que tú quieras.

Fuimos caminando de vuelta al hotel mientras yo me esforzaba por no correr. Para mi tranquilidad, pude ver que el anillo aún estaba ahí.

Tal como lo había pensado, esa noche Selena se acostó del lado derecho de la cama, como siempre lo había hecho. Yo me senté y encendí el televisor, lo que a Selena no le molestaba para dormirse.

De pronto, la oí decir:

—¿Y esto? ¿Qué es esto? —cuando metió su mano en la funda de la almohada.

—¿Qué es qué? —le pregunté sonriendo y observando su hermoso rostro.

Selena sacó el estuche donde estaba el anillo y lo abrió. Saltó de la cama y se lo puso, le temblaba un poco el labio inferior.

—Ay, Chris —dijo—. No me digas que lo hiciste.

—Lo hice —le dije—. Feliz aniversario.

Empezó a llorar, y luego a sollozar. Se acostó de nuevo junto a mí y la abracé hasta que volvió a sonreírme. Así nos quedamos dormidos, abrazados el uno al otro.

Ese viaje a Jamaica sólo confirmó lo que siempre había sabido de Selena: mi esposa era una aventurera. No era de esas mujeres que se conforman sólo con acostarse en la playa si sabía que podía ir a

explorar.

Habríamos podido quedarnos en nuestro hotel que lo tenía todo y no hacer más que descansar al pie de la piscina o sumergirnos en las tibias olas, pero Selena estaba decidida a aprovechar al máximo ese maravilloso tiempo que estábamos pasando juntos. Algo que nunca había ensayado era hacer canotaje por los rápidos, por lo tanto, fuimos a hacer una excursión que incluía no sólo navegar por los rápidos en un caudaloso río verde sino también caminar y escalar empinados caminos rocosos. Selena estaba en excelente estado físico —no porque fuera al gimnasio sino porque siempre estaba bailando— por lo que no tuvo ningún problema para subir esas pendientes. Sólo me aseguré de estar detrás de ella mientras subía por allí ¡en bikini!

En un momento dado, se nos propuso la opción de tomar un autobús para regresar desde cualquier lugar que nos encontráramos en la selva, pero Selena y yo decidimos prolongar nuestra excursión. Alquilamos un bote, casi una canoa, y remamos río arriba. Fue como si hubiéramos sido las únicas personas en un nuevo mundo, rodeados como estábamos de plantas tropicales, insectos y animales que nunca antes habíamos visto. Había inclusive changos en los árboles.

Era nuestro propio Edén especial, y cuando las cosas se nos hicieran difíciles después de esto —como de hecho estaban destinadas a serlo, dado el rápido ascenso a la fama de Selena— recordaría esa expresión de ensoñación en el rostro de Selena, en nuestro paraíso privado.

DOCE

AMOR PROHIBIDO

Everett Collection

La banda estaba haciendo una prueba de sonido con Selena en el escenario cuando nació uno de sus principales éxitos de todos los tiempos.

Estábamos haciendo distintas graduaciones en el equipo y afinando los instrumentos, cuando espontáneamente Selena empezó a cantar "Bidi Bidi Bom Bom". Nunca había visto la letra de esa canción en nuestra casa, a pesar de que Selena siempre estaba escribiendo en sus libros de notas y en pequeños trozos de papel y los dejaba dondequiera que estuviera sentada o parada cuando se le ocurría una idea para una canción.

Incluso ahora, puedo recordar en qué escenario nos encontrábamos cuando creamos juntos "Bidi Bidi Bom Bom". Muchos de los eventos que realizamos durante 1993 y 1994 se confunden en mi mente porque nuestro trabajo profesional fue frenético en esa época. Selena y Los Dinos no habían dejado de viajar desde que Selena ganó el Grammy por *Selena Live!*. Desde el concierto en el Memorial Coliseum en Corpus Christi, Texas, no habíamos dejado de hacer presentaciones tanto en los lugares donde comúnmente nos presentábamos como en otros escenarios mucho más grandes.

Más de veinte mil personas vinieron a oírnos en las instalaciones de la Feria de Pasadena en agosto de 1993, por ejemplo, y en septiembre reunimos una audiencia de setenta mil en La Feria de Nuevo León en México. Ese año en octubre, Selena fue una de las estrellas en el Show de Música Tejana Grand Finale en la gira de Coca-Cola en el Parque Guadalupe Plaza en Houston.

En la Exposición Ganadera y Rodeo de Houston en febrero de 1994, nos presentamos ante sesenta mil personas. Además, para conmemorar los cinco años de Selena como representante de la compañía, Coca-Cola sacó una serie de botellas de colección de Selena que se vendió casi tan pronto como salió al mercado.

Todos estábamos sorprendidos de la velocidad de nuestro ascenso al éxito. Como a Selena, también a nosotros era algo que nos hacía sentir

humildes. Los miembros de la banda procuraban enfocarse únicamente en lo que sabían hacer mejor: hacer música juntos. Realmente, debido a las luces, no alcanzábamos a ver más allá de las primeras filas del auditorio cuando estábamos en el escenario. Nos encontrábamos allí, en un pequeño escenario que parecía desconectado del mundo, hasta que escuchábamos y sentíamos toda esa maravillosa energía de nuestros fans que volvíamos a incorporar nuevamente en nuestra música.

La noche que Selena empezó a cantar la letra de "Bidi Bidi Bom Bom" fue una de esas maravillosas noches en 1994. Las palabras *bidi bidi bom bom* representan el latir de un corazón, y esta canción narra la historia de alguien tan enamorada que su corazón enloquece y se escucha latir cada vez que él pasa a su lado. Mientras Selena ensayaba la letra de la canción, empecé a tocar unos compases en la guitarra para acompañarla, sólo por diversión. Me sonrió y siguió cantando.

—¡Paren! —me dijo A.B. desde el otro lado del escenario—. ¿En qué tono están tocando?

—En si bemol —le dije.

—¿Cuáles son tus acordes? —me preguntó.

Le dije que estaba sólo ensayando algunos. A.B. inventó unos compases para el bajo y empezamos a tocar juntos. Suzette comenzó a tocar un patrón de ritmo en la batería y la canción simplemente salió en ese momento en el escenario.

Luego empezó el show y Selena lo estaba disfrutando como siempre lo hacía. Para ser una cantante realmente exitosa, hay que hacer algo en el escenario que haga que el público se detenga y mire. Selena siempre salía bailando. Además, se comunicaba directamente con el público en una forma que muchos cantantes no conocen; sobre todo ahora, son muchos los que se ciñen a sus guiones. Selena no era así.

Por más éxito que alcanzara, cada una de nuestras presentaciones era distinta porque Selena siempre estaba consciente del momento. Si había escuchado una anécdota graciosa antes de salir al escenario, se la contaba al público entre una y otra canción. Siempre era auténtica, y todos podían darse cuenta de que no estaba actuando. Selena nunca hacía que el público se sintiera como si estuviera presenciando un

espectáculo. Era consciente de que todos los que estaban en el auditorio eran iguales a ella y hacía que todos se sintieran como si estuviéramos pasando una agradable velada juntos. Eso es algo difícil de lograr cuando uno está en el escenario, pero Selena siempre lo lograba.

La banda tampoco hacía nada de forma rutinaria. Siempre cambiábamos la lista de canciones establecida, porque A.B. observaba cuidadosamente al público para saber a qué estilo de música reaccionaban y nos pedía que tocáramos las canciones adecuadas. A excepción de la primera canción, no teníamos nunca la menor idea de lo que tocaríamos en una determinada noche, ni en qué orden. Simplemente lo hacíamos.

En esta noche en especial, Selena estaba hablando al auditorio entre una y otra canción cuando oí que A.B. decía, "Oye, Selena, toquemos la canción que estabas cantando durante la prueba de sonido —comenzó a tocar el patrón rítmico y Suzette entró con la batería. Luego entré yo con la introducción en la guitarra y Selena comenzó a cantar. Era evidente que había escrito la letra en alguna parte o la había memorizado. El público enloqueció con la nueva canción.

Después, A.B. no podía dejar de sonreír.

—Ese será nuestro próximo éxito —anunció.

De vuelta en el estudio, Selena trabajó con Pete para compaginar la letra con la melodía y grabamos "Bidi Bidi Bom Bom" como una de las pistas del nuevo álbum en el que estábamos trabajando, *Amor prohibido*. Cuando llegó el momento de incluir mi parte, A.B. me explicó cómo íbamos a hacer el arreglo de la canción y luego dijo:

—Aquí es donde harás tu solo de guitarra.

Luego salió del estudio confiando en que yo inventaría un solo adecuado. Recuerdo haber pensado, *Esta canción va a ser fabulosa*, porque sentía lo mismo que A.B. "Bidi Bidi Bom Bom" fue la orgullosa celebración de amor de una mujer. Yo quería crear un solo de guitarra radical que verdaderamente mezclara un sonido de hard rock en una cumbia tejana, de la misma forma en la que Selena y yo, que habíamos crecido en familias tradicionalmente distintas, nos habíamos convertido en una pareja contemporánea. Quería más que todo respaldar con mi

guitarra ese sonido rico y optimista de Selena.

La canción funcionó en todos los niveles y en muy poco tiempo “Bidi Bidi Bom Bom” tomó vida propia y se convirtió en uno de los éxitos más amados y perdurables de Selena.

No sé cómo la canción resultó así, de pronto, no sé cómo encontramos el tiempo para sacar el siguiente álbum. Entre mayor era el éxito de Selena, con más frecuencia teníamos que salir de gira y más era la presión que ella tenía que soportar. Además de las restricciones de tiempo, las dos boutiques eran ya un éxito en Corpus Christi y San Antonio, y estaba viajando cada vez con más frecuencia a Monterrey para hacer los arreglos de la apertura de un taller de confección y una boutique en esa ciudad. Si Abraham, Suzette, su madre o yo no podíamos acompañarla a alguna parte, a veces Selena le pedía a Yolanda que fuera con ella.

Todavía estábamos presentando muchos conciertos en México, y también empezamos a presentarnos en otros países de América Latina. En todas partes nos trataban como celebridades —aún más que en los Estados Unidos— y nos alojaban en los más lujosos hoteles.

Por ejemplo, en un hotel en El Salvador, estaba sólo en el lobby cuando de pronto me di cuenta de que estaba rodeado no sólo por los miembros del ejército salvadoreño armado que habitualmente vigilaban el lugar, portando sus ametralladoras, sino también por el Servicio Secreto de los Estados Unidos.

Yo miré por todo el lobby para tratar de encontrar la razón de todo este despliegue de seguridad, consciente de que no podía ser para nosotros. Me sorprendí de ver al presidente George Bush con su esposa Barbara a unos cinco metros de distancia. Me fui retirando lentamente procurando no despertar sospechas, temiendo que, de alguna forma, pudiera hacer algún movimiento equivocado y me pudieran disparar a

quemarropa.

En otra oportunidad, Selena y yo estábamos haciendo una presentación en Monterrey cuando vi una valla que anunciaba la presentación de los Scorpions, una popular banda de heavy metal que había admirado desde niño. Siempre había querido verlos actuar en vivo, y al volver al hotel después de la presentación, me sentía un poco triste de no haber sabido con anterioridad que también estarían presentándose en México.

Cuando Selena y yo entramos al ascensor del hotel con nuestra guardia de seguridad, ya había otras dos personas allí. Un hombre era de baja estatura, de tal vez un metro con cincuenta, con una boina negra. Cuando él y el hombre que lo acompañaba no se movieron para abrirnos campo, Selena y yo tuvimos que deslizarnos detrás de ellos en el ascensor.

Apenas comenzamos a subir, el hombre de corta estatura frente a mí se volteó a decirle algo a su compañero y me di cuenta de que era Klaus Meine, el legendario cantante estrella de los Scorpions. Le di un codazo a Selena que estaba a mi lado.

—¿Qué? —dijo en voz alta.

Yo enrojecí de vergüenza. No quería que el cantante se diera cuenta de que lo había reconocido.

—Nada, no importa —le dije—. Nada importante.

Sin embargo, en mi interior, estaba enloqueciendo. Selena no dejaba de mirarme de manera que con la cabeza señalé al hombre que estaba frente a nosotros y le dije moviendo sólo los labios:

—¡Es él! ¡Es Klaus Meine!

Selena me miró y moviendo sólo los labios me dijo:

—¿Qué? ¿Quién?

Por último, al fin los Scorpions salieron del ascensor al llegar a su piso. Tan pronto como salieron y se cerró la puerta del ascensor, comencé a decir entusiasmado:

—¡Era él! ¡Era él! ¡Era Klaus, el cantante principal de los Scorpions!

—¿Qué dices? ¿Y no lo saludaste? —gritó Selena.

—No, no. No quise importunarlo.

Metí las manos en mis bolsillos lo más hondo que pude.

—¿Quieres bajar del ascensor y buscarlo? —dijo—. ¡Vamos a que nos dé su autógrafo!

—No, no importa —insistí—. ¡Es una de las más grandes estrellas en México! No voy a perseguirlo para que me dé un autógrafo.

—No te lo puedo creer —dijo ella—. ¿Por qué no?

—Porque no soy tan valiente como tú —le respondí, haciéndola reír.

Durante otra gira en México, Selena y Los Dinos se presentaron en un gran concierto junto a otros populares artistas latinoamericanos. Una de ellas fue Alejandra Guzmán, conocida como la Reina del Rock en América Latina. Recuerdo la primera vez que vi a Alejandra y la oí cantar, fue en Big Bertha, justo después de haber entrado a formar parte de Los Dinos y mucho antes de que Selena y yo fuéramos novios. La televisión estaba encendida y Alejandra estaba cantando en uno de esos programas de variedades en español.

—Cielos, ¿quién es ella? —le pregunté a Selena, mientras allí sentados veíamos a Alejandra y la oíamos cantar.

Selena me dijo que su nombre era Alejandra y rió.

—¿Por qué te gusta?

—Sin duda es muy buena —dije, sólo por molestar a Selena—. Déjame escucharla.

De hecho, lo que más admiraba era la música de Alejandra. Pasé por una fase grave de admiración por Alejandra después de eso, en la que compraba sus CDs y escuchaba su música.

Así que, naturalmente, cuando Alejandra entró al camerino a vernos durante esa presentación en México, ella y Selena comenzaron a bromear y Selena dijo en español:

—Oye, Alejandra, ven y te presento a mi esposo Chris. Está profundamente enamorado de ti.

Yo quise protestar pero, naturalmente, mi español no era lo suficientemente bueno, y Selena y Alejandra ya se estaban riendo de ver mi expresión de ineptitud. Supe que era una causa perdida.

Selena y yo nos respetábamos como artistas. Sabía lo buena que era: Selena tenía el talento, la voz, la personalidad y la belleza que llevan al estrellato. Por su parte, Selena admiraba cuán diferente era yo de los demás intérpretes de música tejana. Los demás integrantes de nuestra banda eran muy buenos interpretando música tejana y aprendí mucho de ellos, pero para 1994 yo simplemente estaba agregando mis propios detalles a esa música, tocando como ellos lo hacían pero dando un verdadero sonido de rock a la banda de Los Dinos, como lo había hecho con nuestra remezcla de "Fotos y recuerdos", una canción interpretada originalmente por los Pretenders, en el álbum *Amor prohibido*.

No recuerdo que Selena se haya comportado jamás como una diva. Nunca se quejaba de la mezcla ni del sonido en el escenario, algo que no es común en muchas vocalistas. Nunca la oí decir, "No quiero hacer eso". Era tal su talento que podía detenerse en el estudio cuando la banda estuviera trabajando en una nueva canción, tararear un poco su parte y luego irse para el centro comercial diciendo, "No se preocupen por mí. Ya sé lo que debo hacer cuando todos ustedes estén listos para grabar esto".

No teníamos que preocuparnos. Era totalmente sincera, nunca oí a Selena equivocarse en el escenario. Ninguno de nosotros le pidió jamás que cambiara algo en el estudio. De hecho, a veces ella misma revisaba sus grabaciones de voz, y era ella quien pedía que se hiciera una segunda grabación para poder agregar pequeñas armonías de su propia creación. Así de buena era, y mejoraba con cada álbum.

Para *Amor prohibido*, hicimos las cosas como siempre. Como una máquina bien aceitada, Selena y los miembros de la banda prepararon nuestras pistas por separado en el estudio, sólo después de que las habíamos perfeccionado durante las sesiones de preproducción, y luego A.B. hacía los arreglos y la mezcla de la música. Hubo una excepción. Tarde en la noche previa al día en que debíamos entrar al estudio, recibí una llamada de A.B.

—¿Puedes venir a escuchar algo lo más pronto posible? —me preguntó.

Fui a su casa y escuché la canción "Ya no", que habría de convertirse en la última canción en el CD. Era una canción acompañada por un conjunto con acordeón.

—Quiero convertir esto en una canción de rock —dijo A.B., después de que yo la había oído un par de veces—. ¿Qué te parece? ¿Puedes hacerlo?

—¿Quieres decir, para el álbum? —le pregunté—. Pero, ¿no se supone que debemos estar mañana en el estudio a primera hora?

A.B. asintió con la cabeza.

—¿Qué opinas?

—Está bien —le dije—. Lo intentaré.

Pasamos esa noche en su estudio intentando lograr un arreglo que funcionara. Selena estaba en casa y no dejó de llamar mientras trabajábamos.

—¿Está bien Chris? —le preguntaba a A.B.— ¿Aún están allá?

Por último se durmió. Cuando terminamos, me fui de la casa de A.B. a la nuestra extenuado, preguntándome cómo me levantaría en la mañana para conducir hasta San Antonio y grabar este álbum.

Al despertar, al día siguiente, Selena preguntó:

—¿Cómo les fue?

—Nos fue —respondí—. Pero no sé cómo irá a sonar hoy.

—Todo estará bien —me tranquilizó—. No veo la hora de escucharlo.

Nos fuimos a San Antonio y grabamos la parte instrumental de *Amor prohibido*. Luego, Selena fue sola a registrar sus pistas vocales. Cuando lo oí todo junto, recuerdo haber pensado la increíble madurez que había en la voz de Selena. Había una diferencia considerable entre su voz en este álbum y en especial la que tenía en *Entre a mi mundo*.

No puedo decir que fuera exactamente una voz mejor, porque siempre pensé que la voz de Selena era increíble. Sólo que ahora su voz era más rica y más madura que antes y, como resultado, su forma de cantar era más emotiva y potente.

—Los fans no están listos para esto, Selena —le dije.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—Es un tipo de álbum distinto, en el buen sentido de la palabra —le dije—. Tú suenas increíble, y A.B. tiene razón. Este va a ser uno de los mayores éxitos.

Lo fue. Las canciones de *Amor prohibido* se escuchaban en todas las emisoras de radio tan pronto como el álbum salió al mercado. La canción del título del álbum llegó como un cohete a la primera posición en la lista latina de Billboard para convertirse en el mayor éxito de la carrera de Selena hasta el momento. Esa canción, junto con "No me queda más" se convirtió en uno de los sencillos más exitosos de 1994 y 1995, tanto en las comunidades latinas de Estados Unidos como en México.

Amor prohibido ganó el premio de Álbum del Año en los Premios de Música Tejana de 1995, en enero, donde Selena recibió el primer premio en seis de quince categorías, entre ellas Vocalista Femenina, por siete años consecutivos, algo sin precedentes, y el premio de Intérprete Femenina del Año. "Bidi Bidi Bom Bom" ganó como Canción del Año.

Ahora estábamos en un tren realmente rápido, y no parecía haber nada más en el futuro que un éxito cada vez mayor. Ocasionalmente, miraba a mi bella y talentosa esposa y deseaba poder llevarla de nuevo a Jamaica, donde podríamos estar nuevamente solos en la playa a la luz de la Luna.

Durante esta época de actividad frenética en 1994, Selena y yo encontramos el único verdadero escollo en nuestro matrimonio. Imagino que, al igual que la mayoría de las parejas jóvenes, estábamos pasando de la novedad de la experiencia de vivir juntos a la realidad de tener que manejar las presiones de la vida diaria por largo plazo. En nuestro caso, esas presiones eran mucho más fuertes, tal vez, debido a nuestro intenso trabajo y a la programación de giras —sobre todo para Selena. Puesto que ella ahora tenía a Yolanda para que la acompañara en sus giras, a

veces yo podía quedarme en casa, como lo hice cuando Selena tuvo que ir a Los Ángeles a hacer el video musical de "Bidi Bidi Bom Bom", o cuando Selena y Yolanda tenían que atender negocios para las boutiques. Selena no tuvo la misma suerte. Nunca tuvo un momento de descanso.

A veces todos en la banda estábamos tan cansados y teníamos que actuar en piloto automático sólo para enfrentar el día a día. El video musical de "No me queda más" fue filmado en San Antonio, afortunadamente, por lo que nadie tuvo que viajar muy lejos. Las tomas de la banda eran con todos nosotros tocando en una estación de tren, donde Selena cantaba parada en una escalera luciendo un vestido blanco. Antes había hecho tomas durante todo el día, en Riverwalk, por lo que ahora estaba agotada.

Al terminar de grabar el video en la estación de tren, todos debíamos regresar a Corpus. Abraham tenía allí el autobús de las giras. Yo podría haberme quedado donde mi madre, pero la atracción de mi propia cama en Corpus me hizo decidir viajar en mi camioneta detrás del autobús.

—Ve tú en el autobús y descansa un poco en el camarote —le dije a Selena, porque se veía realmente cansada—. No tienes que ir conmigo en la camioneta.

—¿De veras? —respondió—. ¿Estás seguro?

—Sí, estaré bien. Tengo el radio.

—Gracias, Chris —me dijo con un suspiro y me dio un beso de buenas noches.

Todo el camino a casa seguí el autobús en la carretera imaginando a Selena profundamente dormida en su camarote, con su mano guardada en la funda de la almohada. Jamás me había sentido tan cansado. Una parte de mí, en ese momento, añoraba las épocas más tranquilas.

Este tipo de viajes agotadores llevó a la peor pelea que tuvimos en nuestro matrimonio. A Selena le gustaba llegar a casa y dormirse de nuevo tan pronto como el autobús nos llevaba a nuestro hogar después de la presentación, dejándome lo que hubiera que hacer, como meter nuestro pesado equipaje a la casa y ver cómo estaban los animales.

Una noche, al venir a casa de uno de esos viajes, estábamos ambos de

mal humor. A Selena le gustaba que la despertaran suavemente, pero en esta ocasión en particular, yo estaba impaciente con todos y con todo, por lo que sólo le sacudí el hombro y le dije:

—Oye. Ya llegamos, hay que bajar del autobús.

Selena se despertó disgustada. Se puso de pie y dijo:

—Quítate de mi camino, Chris. Voy a la casa.

Yo intentaba alcanzarle algo que se le había quedado en el camarote. Selena avanzaba rápido por el pasillo, probablemente pensando en llegar a casa y meterse a la cama, y se estrelló contra mí.

—Oye, ¿qué te pasa? —le pregunté bloqueándole el paso a propósito —. ¡Faltó poco para que me hicieras caer! Espera un minuto, déjame sacar mis cosas.

—No —respondió—. Quiero irme ya.

Selena me empujó a un lado y fue derecho a la puerta que daba a la sala de descanso de la parte delantera del autobús.

Pensé que su pataleta era graciosa y empecé a reír. Gran error. Eso hizo que Selena estallara y que su furia aumentara. Dio la vuelta y vino hacia mí, decidida a empujarme, o algo así, justo cuando el conductor del autobús subía la escalera.

Apenas Selena me alcanzó, me voltee hacia un lado y su cálculo falló. Perdió el equilibrio y cayó al piso, en el pasillo.

El conductor observó lo que estaba pasando, dio la vuelta y bajó del autobús. Ayudé a Selena a levantarse, mientras movía mi cabeza desconcertado.

—Qué bien —le dije—. Espero que eso te haga feliz. Ahora el conductor cree que estoy abusando de ti, o algo por el estilo.

Selena simplemente me empujó a un lado y entró a casa.

Normalmente, no pierdo los estribos fácilmente, pero mis nervios ya no daban más después de la presentación y el viaje, realmente enfurecí. Comencé a bajar bruscamente el equipaje del autobús, tan rápido como pude, mientras sentía que hervía de pensar lo injusto que era que Selena siempre fuera la que entraba primero y se acostaba después de un viaje, mientras que daba por hecho que mi obligación era bajar el equipaje y ocuparme de todo. Ella nunca se comportaba como una diva con sus

fans. ¿Por qué actuaba de esta manera conmigo?

Acababa de comprar una hermosa guitarra de dos mil dólares y venía en un estuche; fue lo último que metí a la casa. La puse en el sofá y fui a la recámara donde coloqué algo de Selena sobre la cama. Luego volví a la sala a traer mi guitarra.

De pronto oí un estruendo en la recámara. Supe de inmediato lo que Selena había hecho: de una patada había tirado al suelo todo lo que yo había puesto en la cama. Abrí los ojos en desesperación y pensé, *¿Ah, sí? ¿Va a adoptar esa actitud?*

Fui por mi guitarra y volví a la recámara. Puse la guitarra sobre la cama, donde no quedaba cerca de ella y volví a la sala a traer otra maleta. Oí otro golpe *bum* y pensé, *¡Imposible que fuera mi guitarra!*

Cuando volví corriendo a la recámara vi que de hecho, Selena había estirado las piernas y había pateado mi guitarra tirándola al piso —cosa que realmente no tenía que haberse molestado en hacer porque yo había dejado la guitarra del otro lado de la cama.

Enfurecí.

—¿Qué pasa contigo? —le grité.

Selena se sentó en la cama y empezamos a gritarnos mutuamente como un par de niños pequeños.

—¡Me empujaste en el autobús! —me gritó.

—¡No lo hice! ¡Venías a golpearme! —le dije—. Sabes que eso es cierto. ¡Todo lo que hice fue hacerme a un lado para que no me golpearas!

Al pensar ahora en ese momento, sé que éramos sólo dos personas jóvenes de mal humor. Sin embargo, la discusión fue en aumento hasta que enfurecí tanto que le dije:

—¿Quieres empezar a patear las cosas? Está bien, entonces. ¡Aquí tienes!

Recogí la guitarra del piso y lanzándola por encima de sus piernas cayó sobre la mesa al otro lado de la habitación. Derribó la mesa y se rompieron varios objetos que había ahí encima, pero no me importó.

—¡Estoy harto de esto, y no necesito este tipo de escenas! ¡Ya me cansé! —grité. Después di la vuelta y salí de la habitación.

Llegué hasta la sala. Estaba realmente decidido a salir de esa casa. Jamás en mi vida había estado tan disgustado. ¿Cómo se atrevía a tratarme como si yo siempre fuera a ser su sirviente?

Estaba a punto de abrir la puerta cuando Selena llegó por detrás y agarró mi brazo. Estaba llorando.

—Lo siento. No te vayas —me rogó—. ¡Mi intención no era portarme así!

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —le dije, dándole un abrazo—. Yo tampoco quería actuar como lo hice. Es sólo que llega un momento en que no aguanto más. Tengo que descargar todas mis cosas y además las tuyas cada vez que llegamos a casa, cuando todo lo que tienes que hacer tú es bajarte del autobús y entrar. No me importa que lo hagas, pero tienes que entender que yo también estoy cansado.

Hicimos las paces en ese momento y todo salió muy bien. Mucho después, después de que Yolanda había disparado a mi esposa asesinándola, le diría a la prensa que nuestro matrimonio estaba llegando a su fin y que Selena pensaba divorciarse. Inventó alguna historia —una de las muchas mentiras que Yolanda dijo a través del tiempo— acerca de cómo yo había llegado a golpear con el puño una puerta hasta tumbarla.

Es cierto que a veces Selena y yo discutíamos, pero no creo que jamás llegáramos a algo fuera de lo normal. La mayoría de las parejas que permanecen casadas llegan a un punto en sus vidas —o a muchos momentos en sus vidas, si el matrimonio dura lo suficiente— en el que tienen que decidir que todavía están lo suficientemente comprometidas para continuar su relación.

Durante este momento difícil que tuvimos, un amigo me dijo:

—Oye, ¡tú no puedes separarte de Selena! ¡Tu esposa es tu más preciado y hermoso trofeo!

—No lo veo así —le respondí. Pero no seguí hablándole del tema, porque no sabía qué decir.

¿Cómo podría explicar que aunque admiraba lo talentosa que era Selena en el escenario y aunque su voz me traspasaba el corazón, no era esa la razón por la que estaba enamorado de ella? Yo amaba a la

verdadera Selena, a esa Selena que actuaba de modo tan gracioso, con esa risa contagiosa y por su amor por los perros y los niños, a la mujer que se ponía un pañuelo en el pelo para limpiar la casa, a esa osada conductora que montó mi motocicleta conmigo aquella noche alrededor de la bahía. Amaba a mi esposa.

Sin embargo, en el momento de mayor estrés por intentar manejar nuestro cronograma de presentaciones, la casa y el nuevo negocio de Selena, hubo un tiempo en el que tanto Selena como yo pensamos si no sería mejor que cada cual siguiera su camino. Realmente, en ese preciso momento, no estábamos discutiendo; era más bien como si las cosas entre nosotros hubieran dejado de funcionar.

Ambos habíamos llegado a un punto en nuestra relación —y en nuestras vidas— en el que nos sentíamos emocionalmente desconectados y nos preguntábamos si no querríamos hacer otra cosa. No quería aferrarme a ella.

Creo que si entonces hubiera tenido la edad que tengo ahora, me habría sentido distinto y habría trabajado más duro. Sin embargo, como estaba la situación entonces, no creía que pudiera ser un estorbo si lo que Selena quería era vivir su propia vida por un tiempo.

Durante esta difícil etapa, que no duró más que unas pocas semanas, le dimos vueltas a la idea de separarnos, aunque todavía tuviéramos que estar juntos todo el tiempo debido a nuestras presentaciones. En una ocasión, Selena y yo estábamos sentados uno al lado del otro en un avión, conversando sobre la posibilidad de intentar vivir separados por un tiempo.

—Mira, si eso es lo que necesitas, sabes que no te lo voy a impedir, pero no sería mi primera alternativa —le dije.

—Sí, lo sé —respondió.

Selena consideraba tan en serio la posibilidad de separarse como para discutirla con A.B. Más tarde me dijo que había ido a hablar con él para contarle de sus frustraciones y dudas.

—Muy bien, entonces —le respondió A.B.— Te preguntaré esto, y será lo único que te preguntaré. ¿Cómo te sentirías si decidieras separarte, o divorciarte, o lo que fuera y luego vieras a Chris por ahí con

alguna otra mujer?

—Oh, no ¡eso no va a ocurrir! —respondió Selena.

Poco tiempo después de esa conversación con su hermano, todo volvió a la normalidad. Le dije a Selena:

—No quiero seguir peleando así contigo. Te amo. Pero si no te puedo hacer feliz, mereces buscar tu camino y ser feliz con otra persona.

Ella empezó a llorar.

—No quiero ser feliz con nadie más —dijo—. Sólo quiero ser feliz contigo.

La acerqué a mí.

—Entonces, seamos felices juntos —susurré dentro de su pelo—. Podemos hacerlo. Yo sé que sí.

Lo extraño fue que después de ese pequeño escollo, todo entre nosotros fue mejor que antes. Nos sentíamos como si fuéramos de nuevo una pareja de recién casados, amándonos el uno al otro y abriéndonos camino en el mundo, unidos como equipo.

Decidimos que era hora de dar el siguiente paso en nuestra relación y mudarnos lejos de sus padres. Queríamos comprar un terreno y construir nuestra propia casa, para así estar listos al momento de iniciar nuestra propia familia. Selena seguía insistiendo en que quería cinco hijos. Y aún peor que eso eran los nombres que quería ponerles: nombres largos y distinguidos, como Sebastián.

—Es una locura, piensa los problemas que tendrán nuestros hijos cuando estén en kínder, al tratar de deletrear sus nombres —bromeé—. Creo que les deberíamos poner nombres corrientes, como Eric, o algo así.

Sin embargo, había algo en lo que definitivamente estábamos de acuerdo, y era en que queríamos comprar un terreno grande, pero que estuviera cerca del centro de Corpus Christi. No eran muchas las propiedades que cumplieran con esas condiciones, por lo que no nos demoramos mucho en buscar.

Afortunadamente, después de ver sólo un par de terrenos, encontramos lo que queríamos.

—Este es —dijo Selena, apenas bajamos de mi camioneta y

recorrimos con el vendedor de bienes raíces los límites de la propiedad.

Eran diez acres con una pequeña colina que sería el lugar perfecto para construir la casa que pensábamos llenar con los sonidos de música, niños y risas. Había un estanque donde los niños podrían pescar y un arroyo que podían atravesar o simplemente podían soñar en la sombra. Selena al fin podría tener sus caballos. Esos diez acres habían sido dispuestos especialmente para nosotros y presentamos una oferta para comprar el terreno el mismo día que lo vimos.

—Realmente puedo imaginarnos aquí —dije—. Cuando tenga ochenta años, me sentaré justo aquí, en el porche de la casa. Estaré tan aburrido que dedicaré las tardes a abrir nueces de nogal con un cascanueces, y tendremos tanto tiempo libre que habrá cientos de tarros de café llenos de cáscaras de nueces por todo el dichoso porche.

Selena rió.

—¿Y qué estaré haciendo yo, si los niños ya no están y ya he dejado de cantar?

La miré, esforzándome por permanecer serio.

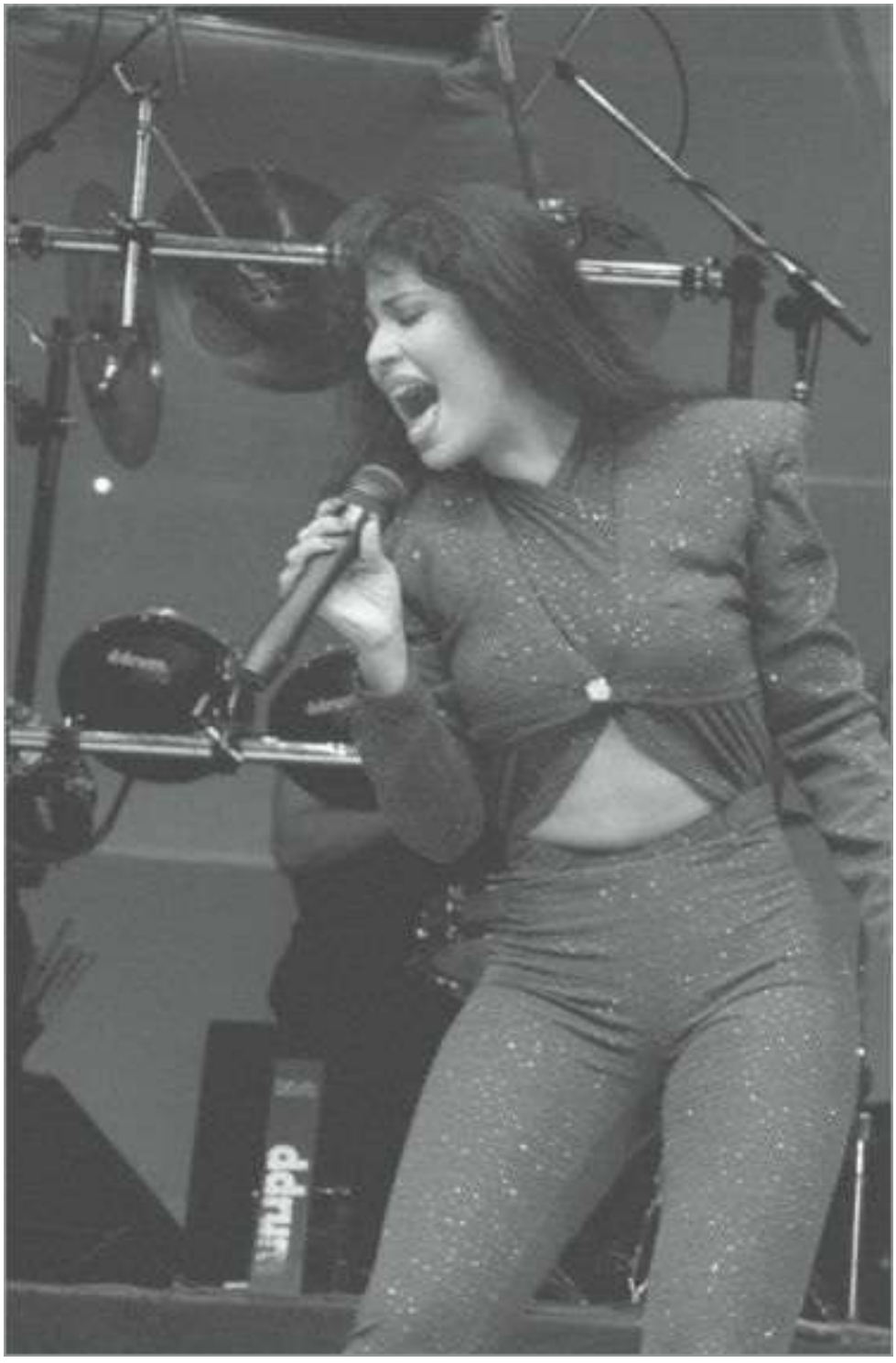
—¿Tú? Tú estarás justo aquí sentada en el porche a mi lado, tejiendo.

Nuestro amor se había renovado porque Selena y yo habíamos examinado realmente lo que habíamos descubierto el uno en el otro —y cuánto perderíamos si nos separábamos. Ahora estábamos listos para acompañarnos en un futuro lleno de amor y de familia. Habíamos encontrado un lugar para construir nuestra casa y envejecer juntos.

Nunca volvimos a Jamaica, pero este sería nuestro lugar de retiro, un pedazo de paraíso privado, sólo para Selena y para mí. Era perfecto.

TRECE

EL DÍA QUE SE DETUVO EL MUNDO



AP Photo/Houston Chronicle, John Everett

Lo que no sabíamos, claro está, era que mientras continuábamos con nuestras vidas, el cáncer seguía creciendo. Ahora Yolanda parecía estar en todas partes, decidida no sólo a tener un dedo dentro de cada torta sino toda su mano. Se había involucrado tanto en el manejo de las boutiques que Selena le había dado acceso total a todas las cuentas corrientes y las tarjetas de crédito.

Francamente, Martin Gómez, el diseñador de modas que trabajaba estrechamente con Selena en el diseño de su ropa, pudo ser probablemente la primera persona en darse cuenta de que había algo raro en Yolanda. Hacía que Selena cayera en cuenta de pequeños detalles, de ejemplos de la forma como Yolanda manipulaba a las personas o intentaba controlar demasiados aspectos del negocio.

Martin nos dijo que algunos de los otros empleados de las boutiques estaban teniendo desacuerdos con Yolanda y amenazaban con renunciar. "Ella es mala y controladora", le dijo a Selena. "El clima de trabajo es muy tenso. Grita a mis costureras, e incluso a mí. No creo que pueda seguir trabajando bajo estas condiciones".

Era cierto que, cuando Selena empezó con las boutiques, tenía amigos y amigas que trabajaban para ella. Yolanda se las había arreglado para ir despidiendo poco a poco a los amigos de Selena. Ahora, según Martin, Yolanda también había empezado a decir que ya no debían llamar directamente a Selena —debían llamarla a ella. Estaba actuando cada vez más como la guardaespaldas de Selena que como su asistente personal. Cuando una de las costureras de Martin fue a la casa de Yolanda a recoger algo, quedó sorprendida al ver que las paredes estaban totalmente cubiertas con fotos de Selena.

—Sólo pienso que es algo extraño cómo Yolanda está tratando de interponerse entre tú y todos los demás —le dijo Martin a Selena—. Está obsesionada contigo y le tengo un poco de miedo.

Las preocupaciones de Martin deberían haber sido una señal de alarma para nosotros. Sin embargo, como siempre, Selena y yo estábamos tan ocupados que pasamos por alto todas esas señales que

indicaban que Yolanda estaba realmente perdiendo el juicio. Es cierto que Martin era terco, como la mayoría de los artistas, y pensamos que también, al igual que muchos de los artistas, no quería que nadie le dijera lo que tenía que hacer. En lo que tenía que ver con los conflictos entre Yolanda y Martin, realmente no pensábamos que fuera nada importante, sino problemas entre dos personas con un exceso de actitud que luchaban cada cual por sobresalir.

Entre tanto, Selena seguía confiando en Yolanda. De hecho, le agradaba que Yolanda atendiera a las personas que la llamaban a ella y que sirviera de parapeto entre ella y las boutiques. Llegó inclusive a darle a Yolanda una llave de nuestra casa.

Además de cumplir el intenso cronograma de presentaciones, Selena estaba cada vez más decidida a instalar su fábrica de ropa y su boutique en México, y Yolanda la estaba ayudando en eso. Puesto que Yolanda dominaba el español, era ella quien asistía a las reuniones de negocios en México con Selena —algo en lo que yo hubiera sido inútil, ya que no dominaba el español ni conocía mucho sobre la industria de la moda.

Sin embargo, poco a poco, inclusive Selena y yo comenzamos a notar que Yolanda se estaba volviendo cada vez más posesiva y más rara. Cuando Selena estaba en San Antonio, Yolanda procuraba insistir en ir con ella a todas partes. O Yolanda llamaba a Selena a horas muy extrañas para decirle, “Tenemos que ir a Monterrey, porque tal persona o tal otra quiere reunirse con nosotras. ¡Tenemos que ir ya mismo!”. Luego se disgustaba porque Selena no saltaba cuando ella le decía “salta”.

Sin embargo, Selena era fiel —en especial a cualquiera de su círculo familiar y de amigos más cercanos. Intentó por mucho tiempo proteger a Yolanda. Cuando Martin dijo que algunos empleados se quejaban de Yolanda, Selena dijo, “Probablemente se quejan sólo porque Yolanda es la jefa y no quieren hacerle caso”.

Además, Yolanda siempre hacía cuanto estaba a su alcance para que lo que parecía ser su profunda devoción a Selena quedara totalmente en claro —especialmente cuando le regaló a Selena un anillo en forma de uno de los huevos Fabergé que coleccionaba Selena.

Selena había conseguido el primero de esos huevos un par de años antes, en uno de nuestros viajes a Miami. Estábamos alojados en el Intercontinental Hotel en esa ciudad y, como siempre, Selena insistió en ir a la tienda de regalos. Allí vio su primer huevo Fabergé —un huevo de avestruz con incrustaciones de oro y distintas piedras preciosas. "Es tan hermoso", dijo.

Por alguna razón, Selena se fascinó con ese huevo, por lo que se lo compré. Le encantaba, y desde entonces, seguí comprándole huevos Fabergé siempre que los encontraba. Creo que era algo que le intrigaba porque, para ella, los huevos representaban el comienzo de la vida. Además, los huevos Fabergé eran objetos increíbles, obras de arte hechas a mano. Su colección de huevos se convirtió en su orgullo y su felicidad. Con el tiempo, comenzó a exhibir su colección en nuestra casa, en gabinetes con puertas de vidrio —probablemente eran cientos.

Claro está que Yolanda lo sabía, de modo que cuando los miembros del personal de las boutiques quisieron reunir dinero para comprarle un regalo a Selena, les dijo que le dieran el dinero a ella y que mandaría a hacer un anillo que a Selena le encantaría. El anillo era precioso —un anillo de oro con un huevo en oro blanco. El huevo tenía cincuenta y dos deslumbrantes chispas de diamante incrustadas en una banda de oro de catorce quilates que tenía grabada tres veces la letra "S".

—Te compré esto —dijo Yolanda, sin mencionar jamás el dinero que había pedido a los demás empleados ni el hecho de que había cargado el precio del anillo, de tres mil dólares, a la tarjeta American Express de Selena—. Es un anillo de amistad.

Selena quedó fascinada con el regalo y empezó a usarlo de inmediato.

—Mira, Chris —dijo al mostrármelo—. ¿Ves lo detallista que puede ser Yolanda?

¿Por qué no detectamos el cáncer? No lo hicimos obviamente en parte

porque estábamos aún más ocupados que nunca. Nuestras presentaciones incluían una ante veinte mil fans en el Anfiteatro Southern Star del Six Flags AstroWorld's en julio, y otra con Mazz y Emilio Navaira en la tercera Superfest Tejana anual.

En diciembre de 1994, Selena fue la atracción principal del Baile de la Noche de Año Nuevo en el Centro de Convenciones George R. Brown, y en enero dio un concierto en el Houston Livestock Show and Rodeo en el Houston Astrodome para más de sesenta y cinco mil fans. También fue la cantante principal del Festival de la Calle Ocho en Miami, que atrajo más de cien mil amantes de la música. Nuestro álbum, *Amor prohibido*, fue nominado para un Grammy en 1994, y Selena grabó un dueto titulado "Donde quiera que Estés" con los Barrio Boyz que llegó al primer lugar en las Billboard's Hot Latin Tracks.

Se seguían abriendo nuevas oportunidades para Selena. A comienzos de 1995, empezó a hacer planes para desarrollar una línea de perfumes. También se emocionó mucho cuando le dieron la oportunidad de iniciarse en la actuación. Realmente quería intentar ser actriz y, como todos lo habíamos descubierto a través de los videos musicales y los comerciales de televisión, también resultó muy buena para eso —una actriz que se mostraba totalmente natural frente a la cámara.

Uno de nuestros promotores consiguió que Selena apareciera como invitada en la popular novela latinoamericana "Dos mujeres, un camino", para exponerla a una audiencia aún mayor. Selena se entusiasmó con la oportunidad de salir en televisión, pero esa experiencia en particular la decepcionó. Realmente no le gustó representar al personaje que habían escrito especialmente para ella, cuando el director le dijo que tenía que besar a un actor que tocaba en una banda.

—Eso no lo haré —protestó—. Soy una mujer casada. Simplemente no lo puedo hacer. No es correcto.

Un amigo me preguntó después si Selena se había negado a besar al otro actor debido a mí, pero yo sabía que no era por eso. No me sentía inseguro en lo mínimo con respecto a ella. Tal vez eso fue algo más de lo que ella vio en mí: el hecho de que nunca sería como esos hombres

posesivos y nunca pretendería controlarla. Todo el mundo hacía comentarios constantemente acerca de su cuerpo, pero nunca reaccioné a ellos porque sabía que esos rudos comentarios eran parte de lo que había que soportar al convertirse en una celebridad.

Si Selena hubiera decidido que tenía que besar a otro actor para desempeñar su papel de forma más convincente, yo la habría apoyado. Sin embargo, algo que me disgustó fue un tabloide mexicano publicado durante la aparición de Selena en la novela en el que aparecía una entrevista con el actor que hacía el papel del amor principal de Selena en la novela. El entrevistador le hizo las mismas preguntas estúpidas de siempre, incluyendo la de:

—¿Si pudiera estar con alguien alguna noche, ¿a quién elegiría?

—A Selena —respondió el actor.

Pero no me preocupaba por Selena porque sabía cómo era. No era ni mucho menos una coqueta. Ni siquiera hacía uso de su sexualidad para obtener lo que quería. Usaba su cerebro y su talento para alcanzar sus metas. Lo demás era algo que simplemente llevaba con ella cuando se presentaba en un escenario. Estaba satisfecha consigo misma, por lo que no tenía que fingir como lo hacen muchas celebridades, que esperan que al entrar en un salón todo el mundo voltee a mirarlas con admiración. Selena era siempre muy natural, como para comportarse como una estrella de cine.

La segunda experiencia de Selena como actriz fue mucho más divertida que la primera. Se le pidió que representara un pequeño papel como cantante de mariachi en una película titulada *Don Juan DeMarco*, protagonizada por Faye Dunaway, Johnny Depp y Marlon Brando. Esto realmente nos emocionó a ambos, no sólo porque era una buena oportunidad para Selena de ser vista por muchos cinéfilos que probablemente jamás habían oído música tejana, sino debido al alto calibre de los actores involucrados.

Fuimos a Los Ángeles, donde se filmó la escena en el Hotel Biltmore y, cuando llegamos, Selena se veía muy segura y tranquila. El que estaba nervioso era yo.

Cuando llegó el momento de salir a escena, bajamos al lobby del

Biltmore. Allí estaba Johnny Depp, quien vino de inmediato hacia nosotros y se presentó. Selena continuaba muy tranquila y segura de sí misma, totalmente imperturbable. Se fue a hacer su escena —una y otra vez— y yo regresé a la habitación porque el rodaje estaba tomando mucho tiempo.

Al final, Selena subió de nuevo, agotada pero feliz.

—Oye, ese Marlon Brando es un casanova— dijo.

Poco después de que Yolanda le regalara el anillo a Selena, las cosas empezaron a empeorar en las boutiques. Nuestros registros contables no concordaban con el dinero que faltaba. Había cargos en nuestras tarjetas de crédito que no tenían explicación. Selena comenzó a notar estas discrepancias fiscales debido a que era la que revisaba las cuentas y facturas de su empresa.

Selena contrató a su prima Debra para que trabajara en las boutiques y las ayudara a ella y a Yolanda en la expansión del negocio en México. Debra renunció en el término de una semana, diciéndole a Selena que estaba disgustada con la forma como los miembros del personal estaban presentando los informes de sus ventas. Yolanda le dijo a Selena que no se preocupara por nada de esto. “Yo me encargaré de ese problema”, prometió Yolanda.

Poco después, Martin Gómez le pidió a Selena que lo liberara del contrato, porque se daba cuenta de que ya no podía seguir trabajando con Yolanda. “Ha estado manejándolo todo mal desde el comienzo”, dijo, y le contó a Selena que Yolanda había destruido algunos de sus diseños originales y no había pagado sus cuentas.

Ambos locales empezaron a presentar pérdidas. Yolanda despedía a cualquiera que no le gustara, por lo que el descontento de los empleados era constante; la nómina se había reducido a la mitad y los empleados seguían quejándose de la forma como Yolanda trataba a todo el mundo.

Selena no prestaba atención porque no quería creer que una amiga tan querida como Yolanda pudiera llegar a hacer algo que la afectara.

Con el tiempo, los empleados comenzaron a hablar con Abraham, quien, a su vez, le expresó a Selena sus preocupaciones por los conocimientos —o falta de conocimientos— de administración de negocios de Yolanda. Ella intentó disipar esas preocupaciones considerándolas divertidas.

—Papá siempre cree que la gente es mala —me comentó—. Ya sabes, nunca confía en nadie.

Para principios de marzo, sin embargo, ya no podíamos seguir ignorando los problemas en todos los aspectos del negocio en los que estaba involucrada Yolanda —que eran casi todos— y también en el club de fans. Algunos enviaban efectivo o cheques para hacerse miembros del club, pero nunca recibían las camisetas y los otros artículos que supuestamente debían recibir a cambio; ahora escribían o llamaban para quejarse. Yolanda estaba diciéndoles que giraran los cheques directamente a su nombre y no a nombre del club de fans.

Abraham comenzó a recibir llamadas de los fans de Selena, decepcionados y confundidos. El 9 de marzo, llamó a Yolanda a las oficinas de Q Productions para una reunión privada con Selena y Suzette, con el fin de determinar lo que estaba ocurriendo.

—Yolanda no pudo dar explicaciones —me dijo después Selena. Cuando Abraham la interrogó, Yolanda repetía constantemente—: No sé, no sé.

Abraham le dijo a Yolanda que se fuera de la propiedad de la familia y que jamás volviera, o la haría arrestar. Además la amenazó con demandarla por desfalco.

Suzette llamó a Yolanda ladrona y mentirosa y expresó su disgusto de que una persona en la que había confiado tanto como para que participara en su matrimonio, hubiera hecho esto a su familia —y en especial a Selena, quien había sido tan buena con ella.

Mientras tanto, Selena no tenía corazón para terminar esa amistad. En algunos aspectos, Selena era lo opuesto a Abraham: eran tan confiada como él desconfiado. Estaba atrapada entre sentirse traicionada y

furiosa de ver cómo Yolanda se enredaba en sus propias mentiras, y la lástima que le inspiraba esa mujer que una vez había considerado como una de sus mejores amigas. Creo que, de muchas formas, Selena no podía creer lo que veía, a medida que Yolanda se mostraba tal como era, justo frente a nosotros.

—¿Qué hará la pobre Yolanda si no nos tiene a nosotros? —preguntó Selena.

—¿No ves lo que está haciendo? —dijo Abraham furioso. Había revisado los documentos él mismo para ese entonces y había visto las terribles discrepancias financieras—. Una persona que dice todas estas mentiras solo continuará haciendo lo que hace, porque cree que puede salirse con la suya. Tienes que protegerte a ti y a tu negocio.

Selena sabía que Abraham tenía razón. El club de fans había sido el punto que la llevó a cambiar de opinión. Para Selena, sus fans eran su familia, y ahora su familia había sido afectada.

La mañana siguiente a la reunión con Yolanda, el hermano de Abraham, Eddie, lo llamó para decirle que Yolanda estaba en Q Productions con otro empleado de la boutique de Corpus Christi. Abraham fue inmediatamente a la oficina para decirle otra vez a Yolanda que ya no era bienvenida en ninguna de sus propiedades.

Ese mismo día, escuché a Selena discutir con Yolanda por teléfono. Cuando Selena colgó, dijo:

—Ya no puedo confiar en ella.

Tenía razón. Al día siguiente de que Abraham le prohibió a Yolanda volver a Q Productions, ella compró un revólver.

Al fin, Selena comenzó a interrogar a varios de los empleados de las boutiques acerca del comportamiento de Yolanda. Todos le dijeron que habían venido teniendo problemas con Yolanda. Es más, varios de los empleados del salón de San Antonio le dijeron que parecía que Yolanda

estaba robando dinero. Yolanda se había involucrado inclusive en la línea de perfumes de Selena, eligiendo muestras de Leonard Wong, el hombre con el que trabajaba en la creación del perfume, pero sin dárselas nunca a Selena.

—No puedo creer que esto esté ocurriendo —me dijo Selena, desconsolada porque esto había estado pasando durante mucho tiempo, mientras nosotros, ignorantes de todo, estábamos de gira—. Debería despedir a Yolanda, pero ella tiene algunos papeles que realmente necesito para nuestra declaración de impuestos. No quiero alejarla por completo y arriesgarme a perder esos registros.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté. Sabía que Selena no quería involucrar a Abraham. Éste era su negocio y quería resolver sus problemas de forma independiente, sin la ayuda de su familia.

Yo estaba convencido de que no se trataba de registros que fueran de vida o muerte —lo más probable era que yo hubiera contratado simplemente unos abogados para tratar de que Yolanda los entregara— pero también sabía que Selena no iba a dejar piedra sobre piedra. Selena era terca, lo que contribuyó en parte a su marcado éxito profesional; sólo quería que Yolanda devolviera lo que era legalmente nuestro antes de desentenderse de la mujer en la que había confiado de forma tan absoluta.

Selena y yo consideramos una y otra vez posibles soluciones que comprendían desde despedir a Yolanda inmediatamente o contratar a un investigador privado. Por último, Selena dijo:

—No puedo dejar que Yolanda se entere de que sospechamos que ha utilizado de forma indebida nuestras tarjetas de crédito o que nos ha robado dinero. Dudo que realmente tenga alguna prueba de que no está robando, como insiste. Pero necesitamos que nos devuelva los papeles de la empresa para los impuestos. No podemos permitir que sepa que pensamos despedirla. No, aún no.

Yo estuve de acuerdo, y fue ahí donde empezó el verdadero juego del gato y el ratón. Durante las dos semanas siguientes, Yolanda continuó insistiendo en que tenía pruebas de que no había estado robando de las boutiques ni desfalcando dinero del club de fans, pero cada vez que

Selena se reunía con ella para ver los recibos y otros papeles que podrían probar la inocencia de Yolanda, por alguna razón, ésta nunca traía los papeles correctos.

En algún momento, alrededor del 15 de marzo, Selena me dijo que iría a encontrarse con Yolanda en un restaurante en las afueras de Corpus para que le entregara los papeles que necesitábamos.

—¿Por qué no puede traer los papeles a las boutiques? —le pregunté.

—Está asustada —dijo Selena—. Yolanda no quiere venir a Corpus porque dice que ha estado recibiendo amenazas telefónicas.

En el restaurante, se sentaron en el auto de Selena porque Yolanda estaba demasiado nerviosa para entrar. Yolanda le entregó a Selena prácticamente todos los papeles que necesitábamos para nuestro negocio, aunque faltaron algunos.

—Tal vez debería buscar trabajo en otra parte —dijo Yolanda—. Esto ya es demasiado para mí.

Dudo mucho que Yolanda estuviera pensando realmente en renunciar. Sólo intentaba manipular a Selena. Y Selena realmente sentía lástima por Yolanda, porque su antigua amiga parecía estar tan descorazonada. Al mismo tiempo, Selena tenía sus propias razones para pretender que aún creía en la amistad de Yolanda: seguía empeñada en recuperar nuestros papeles.

Comparando rápidamente las alternativas, Selena decidió que lo mejor era adoptar una posición conciliadora, al menos por el momento.

—No, no, no —le dijo Selena a Yolanda—. Por favor no renuncies. Te necesito para el negocio de México. Necesito realmente tu ayuda. No puedes renunciar ¡no cuando somos tan amigas!

Tan pronto como Selena dijo esto, el comportamiento de Yolanda cambió por completo. “De un momento a otro, recuperó su buen humor, y su actitud de amiga íntima conmigo, riendo como cuando de verdad lo era”, me dijo Selena después.

Luego Yolanda dijo:

—¿Quieres ver algo?

—Claro —dijo Selena—. ¿Qué es?

Yolanda buscó en su bolso y sacó un revólver.

Cuando Selena me contó esto más tarde, tuve una sensación de angustia. Supe entonces que Yolanda estaba aún más loca de lo que creía.

—¿Qué diablos? —le pregunté—. ¿Tenía un arma en el auto?

—Así es —dijo Selena, pero no parecía estar nerviosa por eso—. Yolanda sacó el revólver y dijo que lo había comprado para protegerse.

—¿Y tú qué hiciste? —le pregunté.

—Yo le dije lo que estaba pensando y le insistí que debía devolver de inmediato ese revólver adonde lo había comprado, claro está —dijo Selena.

Más adelante, los investigadores descubrieron que el 11 de marzo Yolanda había ido a una tienda de armas, que tenía además un campo de tiro, llamado A Place to Shoot en San Antonio. Yolanda le dijo a uno de los empleados que trabajaba como enfermera privada en una casa de familia y que algunos de los miembros de familia del paciente la habían amenazado. Quería comprar el arma para protegerse.

Yolanda tuvo que esperar tres días para que verificaran sus antecedentes, y luego fue a recoger el revólver y compró veinte balas de punta hueca —el tipo de balas diseñado para abrirse rápido al impacto, produciendo máximo daño. Al día siguiente, llevó el revólver al restaurante donde se iba a encontrar con Selena.

Después de la reunión con Selena, Yolanda creyó que aún eran amigas. Devolvió el arma al sitio donde la había comprado y dijo al dueño, McDonald, que había cambiado de opinión y que, después de todo, no necesitaba el revólver.

Aún me pregunto a veces si Yolanda no hubiera podido dispararle a Selena el día que le mostró por primera vez su arma, en caso de que Selena la hubiera despedido. Tal vez. Tengo cierto complejo de culpa por no haber dicho nada acerca del arma que Yolanda llevaba en su bolso y que le había mostrado a Selena.

¿Qué habría pasado si se lo hubiera dicho a la policía? ¿O a Abraham? ¿Cómo habría reaccionado Abraham? Tal vez habría pedido a la policía el favor de que asustara a Yolanda y todo habría terminado. Aún vivo con esos interrogantes.

Unas semanas antes, Selena había ido a trabajar a Q Productions en la canción "Dreaming of You", que se convertiría en su mayor éxito en el álbum en inglés que teníamos programado para lanzar al mercado más tarde, ese mismo año. Yo iba a ir con ella, pero ese mismo día, Abraham me pidió que trabajara con el cantante principal de la banda de rock que intentaba promover; el mismo con el que había estado trabajando en nuestra casa cuando Selena me mostró cómo debería sonar una de las canciones que yo había escrito para ellos.

—¿Te importaría si le ayudara a tu papá en vez de ir contigo al estudio? —le pregunté a Selena.

—No, está bien —dijo ella—. Haz lo mejor que puedas con ese cantante y yo volveré pronto. —Me abrazó, me besó y me dijo—: Te amo.

—Yo también te amo —le respondí.

Quisiera poder decir que tuve algún tipo de premonición de que el momento en que terminaría mi vida con Selena se estaba acercando rápidamente, pero no fue así. Simplemente me fui a trabajar. Sin embargo, no tengo ningún remordimiento en relación con lo que pasó más tarde ese día.

Trabajé con el cantante de la banda de rock de Abraham en nuestro estudio en la casa, toda la tarde y hasta entrada la noche. Tenía mi celular en vibrador sobre el tablero del mezclador; intentaba moldear las cuerdas vocales de este cantante cuando vibró el teléfono. Era Selena.

—Hola, ¿qué estás haciendo? —me preguntó.

—Sigo trabajando —le dije.

—¿Puedes dejar de hacerlo?

—No, no lo creo —le respondí.

—¿Por favor? ¿No puedes simplemente decir que tienes que ir a algún sitio? —me preguntó Selena—. Realmente quisiera que vinieras al estudio.

—Podría decirlo, pero al fin estamos avanzando un poco —dije para

justificarme—. Tengo que trabajar en esto por un poco más de tiempo para terminar. Luego, tal vez, podré pasar. ¿Por qué? ¿Qué es tan importante?

—Realmente quiero que vengas a escuchar algo —dijo Selena—. Se trata de esa canción, "Dreaming of You".

Sabía de qué canción me hablaba, claro está, pero aún no había prestado mucha atención al demo que ya contenía la letra. No tenía idea de qué se trataba.

—Trataré de ir —le dije.

—Está bien —respondió—. De verdad quiero que vengas y oigas lo que hice en esa canción.

Nos despedimos. Más tarde —mucho más tarde, después de que el mundo pareció terminar y mi corazón se rompió en dos— pensé en esa llamada. Me agrada imaginar que Selena estaba pensando en mí cuando grabó la pista vocal. Además, creo que así fue porque Selena no me había pedido nunca antes que dejara lo que estuviera haciendo y fuera a oír algo que ella estaba cantando.

Eso era lo que habría debido hacer: dejarlo todo y pasar unos cuantos minutos preciosos más con mi esposa. Si lo hubiera hecho, mis últimos momentos con Selena podrían haber incluido el estar junto a ella en el estudio y oír esa canción suya, que expresa todo lo que sentía por mí.

Todavía siento alegría cuando pienso que Selena estaba pensando en mí mientras cantaba esa canción. Pero también me desgarra el alma el hecho de no haber ido adonde ella estaba. ¿Por qué no dejé el trabajo para poder escuchar lo que mi esposa quería que oyera?

La respuesta es sencilla: nunca me di cuenta de que mi oportunidad de escuchar cantar a Selena estaba a punto de terminar.

El 30 de marzo, Selena y yo estábamos en nuestra casa, esperando que mi padre volviera del centro de la ciudad. Había venido a pasar unos

días con nosotros y se quedaría en el cuarto de huéspedes. Sin embargo, antes de que él llegara, Yolanda llamó y dijo que estaba en el Days Inn en Corpus y que al fin había traído los papeles que faltaban y que Selena necesitaba para su negocio.

—Sólo ven y te doy los papeles —dijo Yolanda a Selena—. No quiero tener que entenderme con nadie más.

—Parece nerviosa —dijo Selena cuando colgó el teléfono.

—Recuerda que siempre está inventando cosas —le recordé—. ¿Qué te hace pensar que Yolanda sí tiene los papeles esta vez, cuando nunca los ha tenido antes?

—No sé, pero voy a ir allá —dijo Selena—. Vale la pena intentarlo.

—Deja que te lleve en el auto al hotel —le dije—. No quiero que vayas allá sola de noche.

Llevé a Selena al hotel en mi camioneta y estacioné. Selena bajó y me dijo que Yolanda estaba en la habitación 158.

—Quiere que vaya a verla sola —dijo Selena—. Por qué no hago eso y tú me esperas aquí. Es posible que esté más dispuesta a decirme la verdad si estoy sola.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo—. Además, si estás tú aquí, en la camioneta, tendré una buena excusa para salir de allí.

—Está bien.

La noche era agradable. Apagué el motor y abrí las ventanas. Oí a radio, pero cuando Selena se demoró en bajar, decidí que era mejor ir a ver qué pasaba.

Cerré la camioneta y seguí el camino que había tomado Selena. La puerta de la habitación de Yolanda estaba abierta y la luz iluminaba el vano de la puerta. Miré hacia adentro y vi a Yolanda sentada en la cama. Parecía que había estado llorando. Selena estaba de pie frente a ella, y parecía estar también muy molesta.

—Oye —dije—. ¿Está todo bien aquí?

—Sí, todo está muy bien —dijo Selena.

Ninguno de los dos sabía que Yolanda había vuelto a la misma tienda de armas en San Antonio, unos días antes, y había vuelto a comprar

exactamente el mismo revólver Taurus 45 de cañón recortado que había comprado antes. No vi el revólver. Todo lo que vi fue una pequeña, triste y fea mujer sentada sobre la cama, no una asesina.

¿Quién sabe? Tal vez Yolanda habría matado a Selena esa noche si yo no hubiera entrado. De cualquier forma, Selena me siguió hasta el auto y me dijo que Yolanda le había estado contando que había sido violada ese día, horas antes en Monterrey.

—¿*Cómo*? —la miré aterrado.

—Sí, intentaba mostrarme sus ropas desgarradas —dijo Selena—. Me ofrecí a llevarla al hospital pero no quiso ir, probablemente porque se trataba de otra de sus mentiras. Me parece que Yolanda se hizo eso ella misma.

Entramos al carro y lo prendí. Selena prendió la luz del techo y empezó a revisar los papeles.

—No está todo aquí —dijo frustrada—. Todavía faltan más papeles, Chris. Déjame volver a entrar a hablar otra vez con Yolanda.

Ya estaba sacando la camioneta del estacionamiento del motel.

—No, vámonos —le dije—. Sabes lo que va a suceder si vuelves a entrar allá. Yolanda simplemente va a inventar alguna excusa para explicar por qué no te puede entregar nada más.

Selena respiró hondo, inclinó hacia atrás la cabeza y me dijo:

—Sí, tienes razón.

Para cuando volvimos a casa, mi padre ya había llegado de San Antonio. Conversamos un rato e hicimos planes para el día siguiente. Selena me hizo una lista de cosas que debía comprar en el supermercado; pensaba preparar mi plato favorito de tiburón de aleta negra.

Al final, mi padre se fue al cuarto de huéspedes a desempacar. Volvimos a la cocina, Selena y yo estábamos pagando cuentas. Ambos teníamos las chequeras sobre la mesa de la cocina. Ver esto hizo reír a mi padre y fue a traer su cámara.

—Aquí —dijo, apuntando la cámara hacia nosotros—. Quiero fotografías de ustedes dos pagando cuentas como gente grande, y portándose de forma responsable.

Esa fue la última fotografía que se tomó de Selena viva.

Si tuviera que elegir mi recuerdo más feliz con Selena, es probable que eligiera la noche anterior al día en que la mataron. Todo iba tan bien en ese momento. Como siempre lo hacíamos, Selena y yo nos fuimos a la cama al mismo tiempo, nos abrazamos y nos dijimos cuánto nos amábamos. Esa noche, recostó su cabeza en ese hermoso sitio en mi hombro y hablamos de nuestro futuro. Fue uno de esos momentos en los que uno está tan enamorado de alguien y siente que ese amor es correspondido. Me alegra tener ese recuerdo de nuestra última noche juntos como un recordatorio de lo abundante y bueno que fue nuestro amor o de lo buenas que fueron nuestras vidas, a pesar de todo.

Sonó el teléfono mientras aún estábamos ahí acostados y Selena me miró.

—¿Qué? —le dije.

—Es Yolanda.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

Selena se dio vuelta en la cama y tomó el teléfono. Después de contestar, se quedó escuchando durante un minuto y luego me dijo:

—¿Adivina qué? Yolanda encontró los papeles que faltaban. Quiere que vuelva al motel a recogerlos. Quiere que vaya sola.

—¡No! —le dije—. Dile que no vas a volver allí. Es muy tarde. No irás de ninguna forma. Además, no quiero que vayas sola.

—No —repitió Selena al teléfono—. Chris dice que es demasiado tarde. Volveremos mañana.

Yolanda comenzó entonces a hablar de la violación. Selena la detuvo y dijo:

—Si quieres que te lleve al hospital, lo haré. Ya te lo había dicho.

Cuando Yolanda dijo que no, que no quería ir al hospital, Selena le respondió:

—¿Sabes qué? Es tarde y nuestra conversación ha terminado —y colgó el teléfono.

—Probablemente pensó que estaría contigo y por eso dijo que no —le dije.

—Sí, y probablemente también sabe que, si la llevo al hospital, no le encontrarán nada malo —dijo Selena—. Tal vez debería ir allá de todas formas.

—No lo hagas. Quédate aquí conmigo —le dije—. Mañana nos encargaremos de todo ¿te parece?

—Está bien —aceptó Selena, y al fin ambos nos quedamos dormidos.

En la mañana, me despertó el ruido de Selena moviendo cosas en la recámara. Abrí un ojo y la vi alistando su ropa. No sabía adónde iba, pero estaba demasiado dormido para tratar de adivinarlo. Ni siquiera pensé en el hotel ni en Yolanda.

Selena se bañó y se vistió y abrió la puerta de la recámara para irse. En ese momento, mi padre abrió la puerta del cuarto de huéspedes. Selena había olvidado por completo que estaba en la casa. Al verlo gritó —un grito fuerte, de miedo.

Salté de la cama.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —grité.

Selena me miró y comenzó a reír a carcajadas, como solía hacerlo.

—No es nada. Vuelve a la cama, Chris. Lo siento. Olvidé que tu padre estaba aquí. ¡Realmente me asustó!

Podía ver a mi padre en el pasillo, disculpándose.

—No quise asustarte —le dijo a Selena, pero el hecho es que también él se veía bastante sorprendido.

Mi padre y Selena hablaron por unos minutos en el pasillo. Yo me di la vuelta y me quedé dormido de nuevo. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle a Selena por qué se había levantado tan temprano. Solía levantarse antes que yo, se vestía y daba vueltas por la casa, llamaba por teléfono o iba a desayunar con su padre. Lo único extraño esa mañana fue que me despertó el grito de Selena.

Lo cierto es que Selena estaba de camino al Days Inn. Había vuelto a hablar con Yolanda esa mañana y estaba decidida a llevar a Yolanda al

hospital para que la examinaran después de la supuesta violación. Así era Selena: iba a poner fin a este asunto y a demostrar que Yolanda mentía.

Selena me llamó un poco más tarde en la mañana para decirme que había llevado a Yolanda al Doctors Regional Hospital. Ahora iban de regreso al Days Inn.

—No pude encontrar mis llaves —confesó Selena—, entonces me llevé tu camioneta y tu celular.

Yolanda estaba en la camioneta con ella, por lo que Selena me habló en voz baja para decirme que los médicos no habían encontrado ninguna evidencia de violación.

Yolanda no tenía ya ninguna otra disculpa para hacer que Selena se quedara con ella. Iban de vuelta al motel y Selena vendría a casa, pensé. Tal vez al fin saldríamos de esa mujer y sus locuras.

Fui con mi padre en su auto a comprar lo que necesitábamos para la cena y a hacer otras diligencias. El cielo estaba nublado y triste.

Algo me hizo dejar de lado las otras cosas que tenía que hacer después de que compramos los alimentos.

—¿Sabes qué? —le dije a mi padre—. Volvamos a casa. Puedo salir de nuevo más tarde.

Dejamos la pescadería donde habíamos comprado el tiburón y fuimos a casa. Cuando vi que la luz del contestador estaba titilando, presioné *play* y escuché un mensaje críptico de uno de nuestros DJs amigos en el valle.

—Hola, Chris —decía—. ¿Está todo bien? Devuélveme la llamada.

Me pregunté por qué no me había llamado a mi celular. Después me acordé de que Selena tenía mi celular en la camioneta con ella. Nadie podía encontrarme.

Había también otro mensaje, este era de alguien que había oído decir que Selena había tenido un accidente y estaba herida. Yo abrí los ojos sorprendido. Era frecuente que Selena y yo recibiéramos este tipo de llamadas absurdas, porque los medios en Corpus estaban siempre a la búsqueda de otra historia que pudieran publicar acerca de ella.

Estaba en mi recámara y mi padre estaba en la sala viendo televisión

cuando sonó el teléfono. Dejé que el contestador recibiera la llamada. Nunca contestaba de inmediato el teléfono.

Sin embargo, esta vez oí la voz de la tía de Selena, Dolores, y levanté el auricular de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Dolores sonaba tranquila y aparentemente normal, aunque su voz era un poco más aguda que de costumbre, y sonaba un poco forzada.

—Selena ha tenido un accidente, Chris —dijo, mientras su voz empezaba a temblar un poco—. Está en el Memorial Hospital. Debes ir allá lo más pronto posible.

Pensé de inmediato en cuánto le gustaba a Selena conducir a toda velocidad. *Debe haber sido un accidente de tránsito*, me imaginé.

—¿Qué pasó? —le pregunté mientras mi corazón latía con fuerza.

—Selena recibió dos disparos —dijo la tía Dolores—. Debes venir al hospital ahora mismo.

Colgué el teléfono y corrí a la sala a contarle a mi padre la llamada que había recibido. Estaba preocupado, pero aún no entraba en pánico. *Muchos reciben disparos y sobreviven a sus heridas, todo el tiempo* , me decía.

Para ese momento ya estábamos en el auto. En voz alta le dije a mi papá:

—Maldita sea, ¿por qué tuvo que haber ido sola a ese hotel esta mañana? Mira lo que pasó.

Mi papá conducía al límite de velocidad permitido. Comenzó a conducir cada vez más rápido entre más nos acercábamos al Memorial Hospital. Para cuando entró al estacionamiento del hospital, estaba conduciendo tan rápido que las llantas del automóvil chirrearon al hacer el último cruce.

En mi mente, claro está, Selena estaba aún con vida. Yo entraría al hospital y la vería y la tomaría en mis brazos. Jamás me pasó por la imaginación que mi esposa pudiera morir —mucho menos, que pudiera fallecer antes de que la volviera a ver.

Robert, uno de nuestros técnicos de sonido en las giras, estaba ya allí; lo vi de pie frente a la puerta principal, fumándose un cigarro, pero no

me dijo nada. Mi padre y yo entramos a la sala de urgencias y de inmediato nos rodeó un grupo de médicos y enfermeras. Alguien puso una mano en mi hombro y dijo:

—Por aquí, hijo.

Me llevaron a una sala de espera. Ya todos estaban allí: Abraham, Marcella, Suzette y muchos otros miembros de la familia. Sólo faltaba A.B.; ya se había ido a llorar su pena a solas.

Cuando los vi, les sonreí a todos, aunque se me hizo un nudo en el estómago al ver la expresión de sus caras.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Dónde está Selena?

Abraham me miró con ojos inexpresivos y dijo:

—Selena falleció, Chris. Está muerta. Le dispararon y está muerta.

Por un momento me quedé allí parado, sin entender lo que pasaba, totalmente insensible por el shock. ¿Cómo era posible que ni siquiera pudiera ver otra vez a mi esposa viva? ¿Que nunca más la pudiera besar ni sentir que me rodeara con sus brazos?

Entonces, comencé a llorar, sabiendo que Selena se había ido, pero sin comprenderlo en realidad. Toma un tiempo creer que alguien se ha ido para siempre. Uno lo entiende, pero realmente no lo cree.

Ahora también Abraham lloraba. No sabíamos cómo le habían disparado —eso lo supimos mucho después. Entonces todos los demás comenzaron a llorar con nosotros y de repente me vi obligado a salir de esa sala, a escapar de la muralla de tristeza.

Isaac, el tío de Selena, el hermano menor de Abraham, estaba también sentado en la atiborrada sala de espera. Debió haber visto el estado en que me encontraba porque abrió la puerta y salió al pasillo del hospital conmigo. Allí habían dos médicos. Uno de ellos me dijo:

—Lamentamos su pérdida. Hicimos todo lo que pudimos.

Yo no podía hablar. Los doctores dijeron:

—Necesitamos que venga a identificar el cuerpo.

—¿Qué? —pregunté, incrédulo, aún sin poder aceptar que esto estuviera pasando—. ¿Qué dice? ¿Qué tengo que hacer?

Isaac dijo:

—¿De qué habla? Selena está muerta. ¿Por qué tiene él que ver su

cuerpo?

—Alguien de la familia debe identificarla —dijo en tono comprensivo y amable uno de los médicos—. Es el procedimiento normal.

—No puedo hacer eso —dije con voz entrecortada. Sentía que me iba a desmayar de tristeza; casi no podía respirar. No podía más que pensar en la expresión de Selena cuando volteó a mirarme y se rió esa mañana, en la recámara, y me dijo que me durmiera otra vez. Selena se había ido. ¿Cómo podía haberse ido?

—Lo lamento, pero tiene que venir con nosotros e identificarla —repetía el doctor.

Yo me había controlado escasamente hasta ahora. Pero me descontrolé por completo y comencé a gritarle a los médicos.

—¿Debo hacerlo ahora, justo ahora? —gritaba—. Ya les dije. ¡Simplemente no puedo!.

Isaac se interpuso entre los médicos y yo y dijo:

—¿Qué tal si lo hago yo? ¿Puedo hacerlo por él?

—¿Es usted un familiar? —preguntó el doctor.

—Soy tío de ella —respondió.

Los doctores se lo llevaron y me dejaron solo de pie en el pasillo, llorando.

Mi padre me llevó del hospital a la casa. No sé a qué hora nos fuimos de allí, ni en qué orden ocurrieron las cosas. Yo estaba ahí, pero a la vez no estaba. Era como una pesadilla. Recorrí todas las habitaciones de la casa y vi la ropa de Selena sobre la cama y nuestros papeles todavía en la mesa de la cocina desde la noche anterior. Entré al baño y vi la bata de Selena todavía colgando de la barra de la ducha, desde esa mañana. Se me ocurrió entonces que, claro está, Selena tampoco sabía que este sería su último día en este mundo. Empecé a llorar.

Estando ya en casa, mi familia comenzó a llegar. Empezaban a aparecer algunos detalles sobre la forma como le dispararon y se fueron filtrando en mi conciencia adormecida. Sabía que Selena había ido al Days Inn a reunirse con Yolanda esa mañana, que la habían llevado al hospital y que me habían llamado cuando iban de regreso a la habitación de Yolanda. Había habido algún tipo de confrontación en la habitación del hotel —probablemente por los registros financieros faltantes— justo antes del mediodía.

Cuando Selena le dijo a Yolanda que ya no podía confiar más en ella, Yolanda había sacado el revólver de su bolsa. Cuando Selena se dio la vuelta para abandonar la habitación, Yolanda le dio un tiro en la espalda a mi esposa, rompiendo una arteria coronaria.

Selena había logrado atravesar el estacionamiento hacia la recepción del hotel, dejando un rastro de sangre a su paso y pidiendo ayuda. Se desmayó en el piso del lobby, empapada en sangre, y pidió a los recepcionistas que cerraran la puerta. Identificó a Yolanda y les dijo que era la persona que le había disparado; luego uno de ellos llamó una ambulancia.

Los paramédicos intentaron contener la hemorragia interna de Selena y le dieron RCP; Selena estaba aún con vida cuando llegaron al Memorial Hospital. Aparentemente se había quitado el anillo que Yolanda le había regalado, porque cuando uno de los paramédicos intentó encontrar una vena para administrarle una solución intravenosa, la mano de Selena se abrió y el anillo cayó.

En la sala de traumatología del hospital, los médicos y cirujanos intentaron hacerle trasfusiones después de abrirle el tórax y descubrir la masiva hemorragia interna. Selena murió poco después de la una de la tarde. Dos días después de nuestro tercer aniversario de boda.

Después de dispararle a Selena, Yolanda había corrido hacia su camioneta y había intentado huir del estacionamiento del hotel, pero la policía la vio intentando escapar. Ahora, mientras nuestras familias se reunían en la sala de nuestra casa, Yolanda estaba estacionada en su camioneta con la misma pistola apuntando a su sien derecha. Amenazaba con suicidarse.

No pude quedarme en la sala, viendo cómo ella se negaba mientras la policía intentaba convencerla e impedir que halara el gatillo. No creía que Yolanda lo fuera a hacer. Aunque realmente no me importaba lo que hiciera. Era como si me hubiera absorbido una nube negra y no pudiera ver más allá de mi propia tristeza.

Entré a la alcoba y me acosté. Después de un rato, me levanté de nuevo y recogí la ropa que Selena había usado la noche anterior; la había dejado en el suelo, al lado de la cama. Mi familia seguía viendo la confrontación con Yolanda en la televisión; permanecería un total de más de nueve horas en esa camioneta afuera del Days Inn antes de permitir que la policía la pusiera bajo custodia.

Al volver al dormitorio, me senté en la cama del lado de Selena y me aferré a su ropa. Podía oler su perfume, y de pronto, más que cualquier otra cosa, lo que quería era guardar ese olor para siempre.

Volví a la cocina y puse la ropa de Selena en una bolsa de plástico para poder sellar el olor. Tuve que pasar por la sala; todos me miraron desde frente a la televisión donde seguían mirando la confrontación entre la policía y Yolanda.

—No sé por qué están mirando eso —les dije—. Ella no va a suicidarse.

Yolanda no dejaba de repetir que lamentaba haberle disparado a Selena pero yo no lo creía. Estaba seguro de que sólo deseaba tener el valor de halar ese gatillo, pero ella, al igual que yo, sabía que no lo tenía. Esto era sólo una actuación para mostrar que estaba arrepentida. Pero no era cierto: lo único que lamentaba era que la hubieran atrapado, eso era todo.

Después de rendirse, Yolanda dijo a los negociadores que Abraham era el responsable de lo que había pasado. “Su padre me odia”, le dijo a la policía.

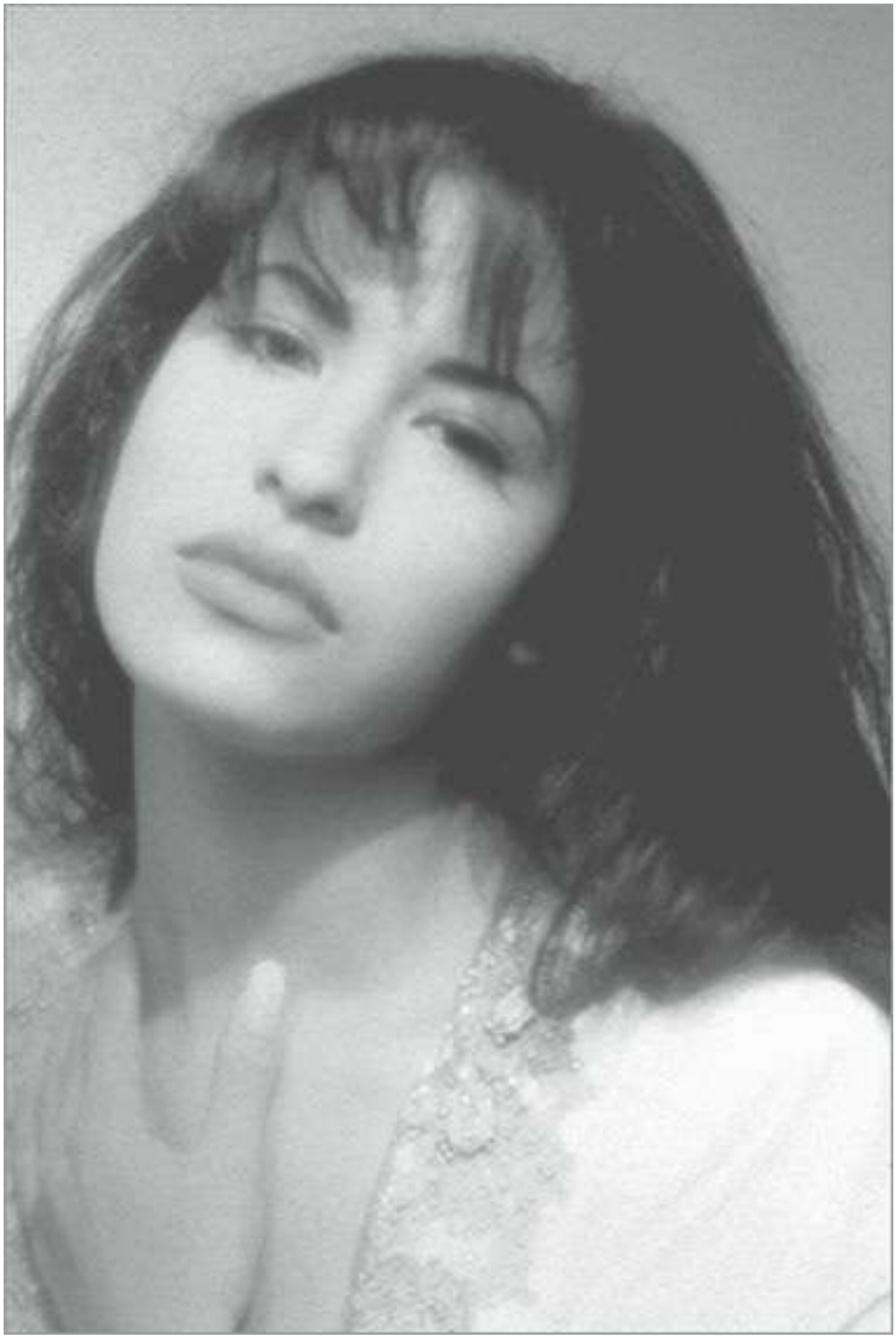
Volví al dormitorio con la ropa de Selena y sostuve la bolsa en mis brazos meciéndome un poco en el borde de la cama.

Guardé por muchísimo tiempo la bolsa con la ropa de Selena. De vez en cuando le abría un hueco a la bolsa y la apretaba para poder oler su perfume. Luego sellaba de nuevo el hueco lo más pronto posible. Sabía

que sólo podría hacer eso unas cuantas veces antes de que ya no quedara nada de Selena.

CATORCE

RESURRECTION



Everett Collection

La estación de radio KEDA-AM fue la primera en dar la noticia de la muerte de Selena. De ahí, la noticia se difundió con rapidez.

Empezaron a llegar personas de todas partes. En auto, caminando y en bicicleta, pasaban frente a nuestra casa en la calle Bloomington. Muchos se detenían frente a nuestra cerca de eslabones de hierro para ir creando un sito de adoración a Selena con globos y cintas de colores, peluches, dibujos, fotografías, notas escritas rápidamente, flores y banderas de todas partes. Llegó un momento en el que la fila de carros daba la vuelta a cinco manzanas del barrio. Selena había sido una persona querida y admirada por todos, desde niños pequeños a quienes les encantaba bailar al ritmo de "Bidi Bidi Bom Bom," hasta fans tejanos de la tercera edad. Ahora estaban expresando su amor y su tristeza.

También las boutiques de Corpus Christi y San Antonio se convirtieron en templos, y los fans, entristecidos, hacían vigilias con velas por todo el país. La mayoría de los automóviles en Corpus Christi andaban con las luces encendidas. Además, los fans dejaban notas y mensajes en la puerta de la habitación 158 del Days Inn, donde le dispararon a Selena.

Los álbumes y casetes de Selena se agotaron rápidamente en todas las tiendas de música mientras que las estaciones de radio trasmitían sus canciones sin parar. Los fans apesadumbrados llamaban a las estaciones de radio para leer poemas en honor a Selena para que fueran trasmitidos al aire, mientras que otros artistas tejanos compartían sus recuerdos de ella en los medios de comunicación. Sus seguidores se reunían también en otras ciudades del mundo; sólo en Los Ángeles cientos de personas se reunieron en el Sports Arena Memorial para honrar a Selena.

Siguieron llegando personas dolientes al exterior de nuestra casa durante meses después de la muerte de Selena, a veces, inclusive de noche. Estaban siempre en la calle. No importaba. De todas formas, yo no quería salir.

La víspera del funeral de Selena, en la noche, tuvimos un velorio para la familia y los amigos más cercanos en la funeraria. Yo aún no había visto su cuerpo. Me senté en la primera fila, tal vez a unos tres metros de los pies del ataúd, incapaz de mirar a otra parte que no fuera una mancha en el suelo a aproximadamente treinta centímetros de mis pies. Me senté allí con su familia, sólo mirando fijamente esa mancha, sintiendo cerca a Selena pero sin poder mirarla, mucho menos acercarme al ataúd. Estaba paralizado por la tristeza.

—Vamos, Chris —me decían todos—. Tienes que decirle adiós.

—Por favor, no quiero hacerlo —les decía—. No puedo verla así.

Todo parecía surrealista y todo este evento en la funeraria, al que asistieron miles de personas, con muchas más haciendo cola en el exterior toda la noche sin poder entrar, me parecía un simple espectáculo. No había tenido oportunidad de estar a solas con Selena.

Apretaba en mi puño el anillo que había comprado a Selena para celebrar nuestro segundo aniversario de matrimonio, el anillo que escondí en la funda de su almohada en Jamaica. Me lo puse en uno de mis dedos y no dejé de darle vueltas.

La familia de Selena, entre tanto, hizo un excelente esfuerzo por hablar con la gente que venía a dar el pésame. Cuando terminó el velorio, se me acercó su tío Isaac y me dijo:

—Chris, aún no la has visto. ¿Por qué no?

Yo lloraba.

—No puedo —le dije—. No puedo acercarme a mirarla.

—Vamos —me dijo en tono suave y literalmente me levantó del asiento donde estaba poniéndome un brazo alrededor de los hombros.

No me resistí. Sin embargo, mientras nos acercábamos al ataúd, las piernas comenzaron a temblarme tanto que faltó poco para que me cayera. No había comido nada en dos días y ya la ropa me colgaba del cuerpo.

—¿Sabes qué? —dijo Isaac—. Quédate aquí un minuto. Voy a

sacarlos a todos de este sitio. Van a estar solos ella y tú, hijo.

Me detuve junto a él. De todas formas, no hubiera podido moverme sin su apoyo. Tal como lo prometió, Isaac dijo en voz alta:

—Salgan todos, por favor. Necesitamos privacidad aquí.

Me llevó hasta el ataúd cuando ya la sala estaba vacía y me dejó ahí. Ya no había nadie y me sentí bien, la función había terminado.

—Estamos solos tu y yo ahora —le susurré a mi esposa.

Me quedé allí parado llorando y mirándola durante un minuto. Luego le di a Selena un beso en la frente y acaricié su mano. Se veía tan cómoda y tranquila acostada en el ataúd que sentí deseos de meterme allí con ella y acostarme a su lado, de poner mi brazo a su alrededor, de cerrar la tapa del ataúd y permanecer ahí, y decirle, “Vámonos”.

Sin embargo, al cabo de unos minutos, saqué el anillo de mi bolsillo y lo puse en el dedo anular de Selena. Luego me hinqué de rodillas en ese mismo sitio y dije una oración, con las lágrimas aún corriendo por mis mejillas, y le di mi último adiós.

Al día siguiente fue el funeral de Selena en el Seaside Memorial Park en Corpus Christi. Mi amigo Rudy me llevó allá en su auto. No recuerdo mucho de ese día, fuera de que había grandes nubarrones grises en el cielo y consciente de tener el anillo de boda de Selena en mi dedo meñique. Estaba demasiado abrumado para ver más allá de mi pequeño círculo de dolor. Ya me había despedido de ella la noche anterior, en la funeraria, de modo que en el cementerio no quedaba nada más dentro de mí. No era más que un caparazón.

Supe después que asistieron al funeral más de sesenta mil personas, y que celebridades como Celia Cruz, Madonna, Julio Iglesias y Gloria Estefan enviaron sus condolencias. Sus fans hicieron cola a todo lo largo de Shoreline Boulevard por casi una milla para ver el ataúd de Selena cuando pasara camino al Bayfront Auditorium. Rodeamos el ataúd

cerrado de Selena de cinco mil rosas blancas, su flor preferida. Pedimos además a quienes fueron al funeral que pusieran rosas blancas sobre el ataúd. Para cuando fue enterrada, había una pila de casi un metro de alto de rosas blancas sobre el ataúd.

La muerte de Selena tuvo un impacto tan alto que la noticia apareció en la primera plana del *New York Times* por dos días consecutivos.

El 12 de abril de 1995, dos semanas después de la muerte de Selena, el entonces gobernador George W. Bush declaró la fecha de su cumpleaños como el Día de Selena en Texas. Además, Selena también entró al Billboards' International Latin Music Hall of Fame.

No presté atención a nada de esto. Escasamente estaba consciente, prisionero dentro de las cuatro paredes de mi propio dolor. Una gran parte de mí había muerto con Selena. Para propósitos prácticos, yo también estaba muerto después de que la enterramos.

Hubiera dado cualquier cosa por tenerla de nuevo conmigo.

De alguna forma pude soportar el juicio ese mes de octubre. El jurado deliberó por sólo dos horas antes de declarar a Yolanda culpable de asesinato y sentenciarla a prisión perpetua por el asesinato con arma de fuego mortal. El juez que presidió el juicio ordenó que la pistola.38 utilizada por Yolanda para dispararle a Selena se rompiera en cincuenta pedazos que serían diseminados por la bahía en Corpus Christi.

Desde su celda en la unidad Mountain View de Gatesville, Yolanda siguió insistiendo en que era inocente, argumentando que el disparo había sido por accidente. Intentó además difundir rumores acerca de Selena y su familia en relación con todo lo imaginable —y sobre cosas que nunca ocurrieron. Nadie nunca descubrió alguna evidencia que pudiera respaldar sus horrendos rumores.

Yo no presté atención. Seguía aturdido y nada de eso me importaba. Tenía escasa conciencia de sentir alivio de que Yolanda hubiera sido

sentenciada a prisión perpetua. La muerte habría sido algo demasiado fácil para ella y merecía estar viva con conciencia de lo que había hecho. El sistema de justicia había hecho lo que había podido. Ningún veredicto podía cambiar el hecho de que Selena se había ido. Mientras tanto, yo seguía vivo, aunque muchos no habrían dicho que era así.

Me quedé por un tiempo en nuestra casa de Corpus. Quería estar rodeado de la familia de Selena, de sus pertenencias y de nuestros perros, con cualquier cosa que me ayudara a mantener a Selena cerca a mí. Lo más difícil era irme a la cama en las noches. Selena y yo teníamos una cama tamaño king; era tan grande que a veces me despertaba y bromeaba cuando la veía del otro lado haciéndole señas como si estuviéramos cada uno al lado de un río. Selena me respondía también con señas. Ahora, al despertarme estaba solo en una orilla del río. Ella lo había cruzado y yo ya no podía verla.

Me alejé de todo. No quería ir a ninguna parte, no quería hacer nada ni ver a nadie. Sólo trataba de ser. Hubo períodos en los que dormí mucho y otros en los que permanecí levantado por tres días continuos. Comencé a beber en exceso.

Los meses pasaban lentamente. Todos trataban de sacarme de mi pozo de dolor. Nada daba resultado. Dormía con fotos de Selena, retratos de Selena haciendo lo que hacía todos los días, como limpiar el polvo o jugar con los perros, porque así era como yo la veía. Incluso llevaba conmigo pilas de fotografías para poder tenerla conmigo en todas partes adonde fuera. Si tal vez iba a la casa de un amigo y estaba rodeado de personas que querían lo mejor para mí, seguía siendo ese tipo extraño sentado sólo en un rincón con mis fotografías de Selena. Mi dolor por su pérdida me atormentaba día tras día.

A veces, Abraham insistía en que fuera a Q Productions. Él, A.B. y Suzette volvieron todos a trabajar, aceptando el asesinato de su adorada hija y hermana, a su propio modo. Trataban de mantener vivo el recuerdo de Selena y esperaban poder llevarme con ellos a un futuro en el que ya no sentía que hubiera un lugar para mí. ¿Para qué querría vivir en un mundo en el que no estaba Selena?

Cada vez que iba a Q Productions, lo que no era frecuente, entraba y

oía una exclamación sofocada de la tía Dolores que trabajaba en la recepción. Dolores casi no me podía reconocer ya. Estaba tan delgado que los pantalones me quedaban grandes y las camisas simplemente colgaban de mi cuerpo. Todos trataban de obligarme a almorzar o cenar con ellos, pero siempre decía no tener hambre. Además, era cierto.

Mi madre me visitaba con frecuencia. Trataba de ayudarme a unirme de nuevo a los vivos de cualquier forma que pudiera: me hablaba, cocinaba y limpiaba la casa. Un día estaba lavando el baño cuando oí algo estrellarse contra el piso.

Salí de mi estupor y corrí hacia ella.

—¿Mamá? ¿Estás bien?

Estaba de pie en el baño con la mano sobre la boca, mirando fijamente un frasco de tabletas que había caído al piso. Era un frasco de tabletas de ácido fólico —que las mujeres toman durante el embarazo. Mi madre me miró con un interrogante en sus ojos.

—Sé lo que piensas, pero no, mamá —le dije suavemente—. Selena no estaba embarazada. Tomó por un tiempo estas tabletas porque le dijeron que el ácido fólico era bueno para el pelo.

El hecho es que, antes de su muerte, Selena y yo habíamos hablado de tener hijos. Una vez que se lanzó el álbum para distribución mundial, después de promoverlo y haber hecho algunas presentaciones, habíamos decidido que era hora de empezar nuestra familia.

Si Selena hubiera vivido, ¿se habría convertido en la siguiente Gloria Estefan, conquistando las listas de música pop? Yo diría que sí, pero, en cierta forma, no importa. Selena y yo nos teníamos ya el uno al otro. Estábamos listos para construir la casa de nuestros sueños en esos hermosos diez acres de terreno en Corpus y comenzar el siguiente capítulo de nuestras vidas.

Ahora, daba gracias de que Selena no estuviera embarazada y de no haber perdido a mi hijo junto a mi esposa.

Aproximadamente seis meses después, el dolor por la muerte de Selena ya no era tan agudo ni constante. Había sido reemplazado por una sensación de vacío, de tristeza, que imaginaba que perduraría por siempre, acompañada de ocasionales gritos silenciosos de desesperación cuando algo me recordaba el nivel tan hondo al que habíamos llegado los dos —como cuando descolgaba el teléfono para llamarla y me daba cuenta de la falta que me hacía escuchar su voz. Procuraba acallar mis sentimientos con drogas y alcohol, separándome cada vez más de una vida que ahora me parecía tan inútil.

A veces, sin embargo, tenía momentos en los que lograba arrinconar mi dolor y trataba de empezar de nuevo. *Ella habría querido que lo hiciera*, me repetía una y otra vez. *Tienes que seguir viviendo por ella.*

Siempre que podía, componía música y me refugiaba en mi guitarra. De alguna manera podía hacerlo: podía expresar mi dolor a través de la música cuando no lo podía hacer con simples palabras.

Fue por esa época cuando conocí a un carismático y talentoso cantante llamado John Garza, quien se convirtió en mi amigo y, de muchas maneras, en mi protector durante mis épocas más sombrías. John vino a vivir en mi casa y se aseguró de que yo llegara entero a casa cada noche, a pesar de lo que hiciera por escapar al cuerpo que atrapaba mi alma en su interior, evitando que me uniera con Selena.

John y yo empezamos a trabajar juntos en la música, sólo esporádicamente. Admiraba la voz de John porque cualquier cosa que cantara parecía trasmitir un torrente de sentimiento tras las letras que yo escribía.

John no me conoció antes de que Selena muriera. Se dio cuenta de la locura y el desorden de la vida que llevaba, pero nunca me juzgó ni me hizo sentir mal por las cosas que me estaba haciendo a mí mismo. Entendía lo que me estaba pasando y simplemente me cuidaba mientras yo luchaba por encontrarle de nuevo algún sentido a mi vida, aunque estuviera buscando ese sentido en los sitios equivocados.

En una oportunidad, John y yo estábamos en un hotel en San Antonio. Yo estaba pendiente de un partido de futbol que estaba a punto de comenzar. No bebimos alcohol, por lo que le dije—: Oye, voy a ir un

momento a conseguir cerveza, no me demoro.

Salimos del hotel. Yo estaba apurado porque no quería perderme el inicio del juego. Atravesé el estacionamiento corriendo, mientras John me seguía el paso.

De pronto, me di cuenta de que movía la boca pero no emitía ningún sonido. Sabía que estaba hablando. Sin embargo no podía oír nada fuera del increíble ruido del viento en mis oídos, o tal vez dentro de mi cabeza.

Me detuve y quedé inmóvil. John se detuvo también.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Mi corazón se detuvo —le dije.

John puso su mano sobre mi tórax. No se sentía nada, no había ningún sonido. Luego, de un momento a otro *bum bum*, mi corazón empezó a latir de nuevo y pude oír.

Fui derecho a la licorería y compré más cerveza. Ese era el estado mental en el que me encontraba.

El álbum internacional de Selena, *Dreaming of You* , salió al mercado en el verano de 1995. Tenía canciones en español y en inglés. Fue el mayor éxito musical de Selena, apareciendo en el primer lugar en la lista Billboard 200 de los Estados Unidos —la primera vez que esto ocurría con un intérprete hispano. El álbum vendió más de 175.000 copias el día de su lanzamiento, un récord para cualquier cantante femenina comercial, y vendió millones de copias en sólo un año.

Oía las canciones de este álbum adondequiera que fuera, y era una tortura. Cada vez que oía la voz de Selena en la radio, tenía que cambiar de emisora. Si oía una de sus canciones en un restaurante, no me salía porque no quería dar ese espectáculo, pero pretendía no escucharla. Llegué a ser un experto en permanecer ahí sentado, como si no escuchara esa música en absoluto.

Ver el video musical de “I Could Fall in Love”, una de las canciones más exitosas de ese álbum, era aún peor. Era como abrir de nuevo todas las heridas.

Me tomó más de un año empezar realmente a salir de esa trinchera de desesperación. Por mucho tiempo mantuve todo lo que había en la casa tal como estaba, incluyendo todas las cosas de Selena, pero, poco a poco comencé a guardar algunas. Había días en los que pasar cerca de esos objetos me hacía sentir bien porque me traían tantos y tan maravillosos recuerdos de Selena. Sin embargo, en otras ocasiones, veía algo que le había pertenecido a ella y entraba en una depresión que duraba varios días, dejándome en la más profunda tristeza. Tenía que encontrar la forma de seguir adelante.

Con John, tomé al fin la decisión de realizar un sueño del que Selena habría estado orgullosa: formé una banda de rock en la que incluí a mi viejo amigo y ex miembro de La Mafia, Rudy Martínez, en el bajo; Joe Ojeda, quien fuera nuestro teclista en Los Dinos; y Jesse Esquivel en la batería.

Abraham y A.B. probablemente me habrían ayudado con la producción, pero decidí que tenía que hacer este álbum de forma independiente. Al fin iba a intentar crear el álbum que había venido oyendo en mi cabeza y estaba decidido a trabajar con personas capaces de darme ese sonido. Formé así la banda. En 1998, la Chris Perez Band —y no fue mi idea darle ese nombre, pero todos insistieron— fue a Los Ángeles a grabar en el Henson Studio.

La canción más extraña del álbum fue una que había escrito sobre Selena unos meses antes. Se llamaba “Best I Can”, esa canción mostraba gran parte del sufrimiento por el que estaba pasando y de mi lucha por continuar con mi vida.

Recuerdo estar sentado en la sala cuando la escribí, descalzo y en sudadera. Durante ese momento del día que a Selena tanto le gustaba, al atardecer, cuando el sol daba en un determinado punto del piso de nuestra sala. Siempre poníamos nuestros pies allí para calentarlos.

Tomé mi guitarra y la música simplemente comenzó a fluir de mis dedos. Una parte de mí sabía que era una buena canción, pero la otra

parte no quería que nadie más la escuchara. No estaba dispuesto a revelar mis sentimientos al mundo, mucho menos a usar mi tragedia personal para vender un disco. Ya era lo suficientemente negativo que me conocieran como "el viudo de la Reina de la Música Tejana que fue asesinada", o comoquiera que los medios me llamaran. Tampoco quería tener que oír a todo el mundo decir, "Sí, ese disco se grabó sólo porque él compuso una canción sobre Selena. Está explotando nuestros sentimientos al sacar ese disco".

Cuando terminé de componer la canción me sentí bien y mal a la vez. Estaba dividido en dos; las grandes canciones merecen ser oídas, pero ésta sería exclusivamente mía.

Dejé mi guitarra y empecé a escribir la letra. También eso me salió sin ningún esfuerzo, como cosa rara —no sólo para mí, sino para cualquier escritor de canciones. Normalmente tengo que pensar en una canción antes de poderla escribir, luego tengo que revisar la letra una y otra vez, hasta que me parece perfecta. Sin embargo, con esta canción fue como si el espíritu de Selena estuviera allí para guiarme a medida que componía:

I can't erase this lonely heart that keeps on remembering.
Every day I live, I live with you, and with all the. things we'll never do.
Heaven holds a place for souls like mine.
Try to leave my troubled past behind.

You know it's so damn hard letting go…

Standing here, holding my heart in my hands
Yes, I am…
Trying to live every day the best I can.

No puedo deshacerme de este corazón solitario que sigue. recordando.
Cada día que vivo, lo vivo contigo, y con todas. las cosas que nunca

haremos.
El cielo tiene un lugar para las almas como la mía.
Intento dejar mi pasado atribulado atrás.

Sabes que es tan difícil dejar ir…

Parado acá, con mi corazón en mis manos
Sí, estoy…
Intentando vivir cada día lo mejor que puedo.

Cuando terminé de componer "Best I Can", trabajé en la música para otra de nuestras canciones, "Solo tú". Joe había escrito la letra y la dejó en una hoja de papel sobre mi tablero de mezcla. Había pensado convertirla en una balada romántica, pero yo la tomé y decidí convertirla en una canción de rock.

Para cuando llegaron John y Joe esa noche, tenía dos canciones para mostrarles. Toqué "Solo tú" por primera vez, y trabajamos juntos en ella por un rato. Luego le dije:

—También escribí esto otro. Pero antes de mostrárselas, quiero que sepan que no quiero que esta canción se publique jamás —saqué la letra, me senté con mi guitarra y comencé a tocar "Best I Can".

—*Wow* —dijeron ambos cuando terminé—. Tenemos que hacer al menos un demo, aunque no quieras publicarla.

De modo que grabamos "Best I Can" con todo el equipo del estudio, pero sin intención de incluirla en el álbum. Sin embargo, cuando llegamos a Los Ángeles y empezamos a grabar, fui derrotado por los votos de los demás miembros de la banda y por quienes trabajaban en nuestra disquera, Hollywood Records, que habían escuchado accidentalmente el demo y se enamoraron de esa canción más que de cualquier otra. Entre todos se las arreglaron para convencerme.

—Selena siempre te apoyó al cien por ciento —dijo Joe—. Le habría encantado que escribieras esta canción para ella, y que estés realizando tu sueño de tener una banda de rock.

Había otra canción sobre Selena en el álbum titulada “Another Day”. No sé por qué estaba tan dispuesto a compartir con todos esa canción pero no “Best I Can”, sobre todo teniendo en cuenta que “Another Day” era una canción acerca de cuánto amaba a Selena. Era simplemente uno de esos sentimientos personales, tal vez irracional.

Lo cierto es que, para mí, componer y tocar música nunca había tenido nada que ver con ganar dinero. Nunca había intentado mirar al futuro. Sólo quería escribir canciones con las que la gente se pudiera relacionar, según sus distintas experiencias, cualquiera que fuera la situación en la que se encontraran. Terminé por decidirme a publicar “Best I Can”, no sólo porque fuera una buena canción y los demás miembros de la banda la quisieran en el álbum, sino porque pensé que oírla podía ayudar a otros que hubieran perdido a sus seres queridos. Eso era lo que la música siempre había sido para mí, y también para Selena: conectarse con los demás de formas que son imposibles sólo con palabras.

Nos llevó un par de meses grabar el CD. En la producción final terminé trabajando con otros amigos de la infancia: el guitarrista y bajista Adriel Ramirez y con el baterista Alex Tamez, así como con mis amigos John y Joe. También traje músicos de otros géneros para lograr los sonidos únicos que buscaba. Entre ellos estaban el percusionista Luis Conte, y los intérpretes de cuerno de Voodoo Glow Skulls, el Mariachi Sol de México e incluso miembros de la banda Cheap Trick. Si teníamos éxito en el mercado de rock estadounidense, sabía que podríamos conquistar un nuevo territorio como músicos latinos nacidos en Estados Unidos.

Resurrection, el disco que salió al mercado en 1999, incluía nueve canciones en español y seis en inglés. Quería que este álbum de rock latino se abriera camino en un nuevo ámbito cultural, en el sentido de que se trataba de una mezcla bilingüe que reflejaba la realidad cotidiana de muchos hispanoamericanos que crecían como Selena y yo lo habíamos hecho.

En una decisión arriesgada, nuestra disquera sacó dos sencillos distintos a la vez tanto en emisoras de radio de habla inglesa como de

habla hispana: la canción “Resurrection” como el primer sencillo en inglés, y “Por qué te fuiste”, una balada que sabía que tendría acogida entre los oyentes de habla hispana. Empecé a visitar distintas emisoras de radio y a trabajar con los promotores tanto en los Estados Unidos como en el exterior. Por extraño que parezca, el viajar para dar entrevistas y hacer presentaciones me acercó a Selena más que nunca porque ahora estaba experimentando la vida de nuevo. Lo que es más, debido a que mi nombre estaba en la Chris Perez Band, y debido a que había compuesto nueve de las canciones del álbum tanto solo como en colaboración con otros compositores, era en mí en quien los medios estaban interesados ahora.

Cuando me sentía cansado o irritable por vender música, recordaba cómo Selena se levantaba cada día a hacer lo que fuera necesario para ayudar a su familia, para apoyarme y amarme, para cuidar nuestra casa, para relacionarse con los fans y para entregar su música al mundo. Nunca me di realmente cuenta de la cantidad de cosas que Selena tenía que hacer simultáneamente ni de lo valiente que era, hasta que empecé a salir de gira y a revelar mis propias vulnerabilidades en la música que componía.

Solía decirle a Selena, “No prestes atención a lo que dicen. Siempre habrá algo negativo, y eso no te puede preocupar ni debes tomarlo personal”. Ahora que estaba sintiendo el efecto de los comentarios negativos, en algunas ocasiones, me daba cuenta de lo fuerte y decidida que había sido realmente Selena. Me prometí no defraudarla.

Nuestro álbum tenía el título adecuado: decidí que ésta sería mi resurrección personal. Viviría y trabajaría en una forma que habría hecho que Selena estuviera orgullosa de mí.

Unos pocos meses después de regresar de la gira promocional para *Resurrection*, recibí una llamada muy temprano en la mañana de mi

amigo Robert Trevino, quien trabaja con Gibson Guitars.

—¡Felicitaciones, Chris! —me dijo.

—Oye, ¿sabes la hora que es? —le dije, tratando de enfocar la vista en el reloj.

—Sí, pero quería ser el primero en felicitarte.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿De qué hablas?

—Estás nominado para un Grammy —dijo Robert.

—No digas tonterías —le dije—. Alguien me dijo que uno no puede ser nominado para un Grammy hasta que tenga tres o cuatro CDs. Eso no es posible.

—Ay, amigo, lo siento —me respondió—. Creo que me equivoqué.

De todas formas le pregunté: —¿Dónde escuchaste eso?.

—Estoy en Internet. Las nominaciones se publicaron hoy —dijo Robert.

—Bueno, yo creo que leíste mal —respondí.

Pusimos fin a la conversación, pero, naturalmente, tuve que ir a verificarlo personalmente. Así era, mi nombre estaba en la lista. De inmediato llamé a Robert para disculparme.

—¡Tenías razón! ¡Estamos nominados!

Él se rió.

—Te lo dije, pendejo.

—Sí, está bien. No importa, porque mira con quiénes estamos compitiendo —le recordé—. Nunca lo obtendremos. Sin embargo, haber sido nominados es un honor ¿verdad?

Llamé a todos los miembros de la banda y les di la noticia. Decidimos ir a Los Ángeles para la ceremonia y ver el show, sólo por divertirnos.

Al entrar al teatro, vi a A.B. y a su compañero de banda, Cruz Martinez. Estaban vestidos de forma bastante extraña. Yo me había puesto ropa corriente, un atunedo de pantalón y chaqueta que me quedaba muy bien, y había traído a toda mi banda. Cuando vi a A.B. vestido así, junto con todos estos otros artistas cuya música admiraba tanto, sentí de pronto que no debería haber venido. Quienquiera que nos hubiera nominado debía haber cometido un error. Estas otras personas habían grabado muchísimos álbumes; yo no había trabajado lo

suficiente como para compararme con ellos y como para merecer este honor.

Pero aquí estábamos, por lo tanto, saludé a A.B. y fui a ocupar mi puesto. Quedé ubicado cerca al escenario y A.B. estaba a un lado, en las graderías. Alcé la vista y lo vi y me pregunté si A.B. estaría recordando, como yo, la entrega del Grammy a Selena y las palabras que pronunció esa noche.

También me preguntaba si Selena nos estaría viendo en este momento. Esperaba que así fuera. Sabía que esto la habría hecho sentir muy orgullosa, ver que tanto su hermano como yo estábamos sentados aquí. Además, se estaría riendo con esa risa suya característica al ver lo nervioso que estaba.

Podía imaginarla diciéndome, "¿Ves lo que se siente? ¡Al menos tú no te tienes que preocupar de irte a enredar con tu vestido!".

A mi categoría le correspondió el primer turno. Cuando los maestros de ceremonia empezaron a leer las listas de los nominados por "Mejor Presentación de Rock Latino Alternativo para 1999" supe, naturalmente, que nuestra banda no iba a ser la ganadora. Estos otros músicos eran buenísimo, muy artísticos, y tenía CDs de todos y cada uno de ellos porque me encantaba su música. Podía apostar con mucha seguridad que no podría decirse lo mismo acerca de mi CD. Probablemente ni siquiera sabían quién era yo.

Luego, abrieron el sobre y dijeron:

—El ganador es…

En mi imaginación oí que dijeron *Revés/Yo soy* de Café Tacuba. Me encanta ese álbum y sabía que merecían el premio.

Estaba listo a ponerme de pie para aplaudir a esa excelente banda Café Tacuba cuando, de reojo, vi que John se ponía de pie de un salto. Me giré a mirar a los demás miembros de mi banda que estaban todos de pie, mientras que yo permanecía sentado. Todos empezaron a aplaudir y a hacerme señas para que subiera al escenario.

—¡Ganamos, amigo, ganamos! —dijo John.

Me puse de pie y caminé hasta el podio, consciente de que, si Selena me pudiera ver ahora, estaría sonriendo.

Después de todo, lo único que hice fue grabar el mejor disco con los amigos y músicos que admiraba. Jamás me imaginé que ganaría un Grammy, pero Selena siempre había dicho a los niños a quienes les hablaba por todo el país, “Nada es imposible si nos esforzamos de verdad”.

Esto incluye recoger los trozos rotos de tu vida.

Selena ha seguido teniendo un profundo impacto en el mundo. *Dreaming of You* apareció en la lista de la revista *Billboard* como uno de los discos más vendidos en 1995. Ese salto a la cima hizo que Selena fuera una de las mejores intérpretes de la historia; sólo Janet Jackson había llegado más alto en ese momento. Después del lanzamiento del álbum, las canciones “I Could Fall in Love” y “Dreaming of You” ocuparon también los primeros puestos en las listas del mundo entero.

La familia de Selena creó, en su honor, la Fundación Selena, una organización de beneficencia cuya misión es ayudar a los niños en crisis, a los pobres y a los ancianos. La fundación recauda dinero a través de donaciones y de la venta de los discos de Selena así como de los productos de Q Productions, que también maneja el Museo de Selena en Corpus Christi. Miles de personas viajan aún a Corpus Christi de todas partes de los Estados Unidos y América Latina cada año para visitar el museo, la tumba de Selena y nuestra antigua casa.

El 27 de marzo de 1997 se estrenó la película *Selena*, dirigida por Gregory Nava, con Jennifer Lopez en el papel de Selena; la película presentó ante una nueva generación de fans la vida y la música de Selena. Seis años después, le rendimos tributo con un concierto en el Houston’s Reliant Stadium, bajo el título de *Selena Vive*, y pedimos a estrellas como Gloria Estefan, Thalia, Soraya y otros artistas latinos que tocaron la música de Selena como un tributo a ella, y a este concierto asistieron más de 65.000 personas. El evento fue grabado para televisión

y se convirtió en uno de los programas de televisión en español más vistos en los Estados Unidos. Por otra parte, el 16 de marzo de 2011, la Oficina Postal de los Estados Unidos sacó una serie de estampillas llamada Latin Legends, en memoria de Selena y de otros grandes músicos latinos como Tito Puente y Celia Cruz.

Mi vida continúa. Más que todo, estoy agradecido con Selena por haberme enseñado el significado del amor. Tuve la suerte de volverme a casar y de tener hijos. Habría querido tener una familia con Selena, como siempre lo planeamos, sin embargo, sé que fue Selena quien hizo que esto fuera posible para mí. Me mostró cómo bajar la guardia y abrazar la vida.

Solía hablar frecuentemente con mi familia por teléfono, pero solo después de que me casé con Selena abrí realmente mi corazón. Ahora, cada vez que puedo, digo a mis amigos y a los miembros de mi familia que los amo, porque sé que puede no haber otra mañana con estas personas que quiero tanto. Sé que, si Selena estuviera aquí, me diría que me ama y que no me preocupe, porque volveré a verla un día.

Selena me inspiró e inspiró al mundo. Entregó a sus fans todo lo que necesitaban, desde música bailable hasta baladas muy tristes. A través de su propia vida y a través de su música, Selena mostró a quienes luchan —a los trabajadores migrantes, a los niños de las escuelas, a las amas de casa sometidas a esposos dominantes, a los adolescentes que se rebelan contra sus padres conservadores— que la persistencia y el trabajo duro valen la pena, y que se pueden tener ambiciones sin olvidarse de la familia o los preciosos valores que la sostienen. Este mensaje tuvo una especial resonancia entre los hispanoamericanos, muchos de los cuales, al igual que Abraham, habían experimentado la discriminación por racismo durante sus vidas, simplemente por el hecho de hablar español —o simplemente por dar la impresión de que podrían hablarlo.

Los fans de Selena se sentían como si la conocieran, porque siempre abrió su corazón al mundo y se dejó conocer. Era una de nosotros, una de las nuestras, y nos sentíamos como si Selena fuera a quedarse siempre aquí. La vimos crecer y la vimos empezar a surgir en el mundo

de la música. Selena representaba la idea de que es posible llegar a sitios con los que la mayoría de nosotros no ha soñado jamás.

Selena, sigo soñando contigo.

AGRADECIMIENTOS

Jeff Silberman: por responder a todas mis preguntas acerca de cómo escribir un libro y por ayudarme a llevar este proyecto desde principio a fin.

Holly Robinson Cookson: por tomarse el tiempo de escuchar mis historias y por ayudarme a ponerlas en papel.

Pete Salgado: por creer en mí, en mi música y en este libro. Jamás habría podido terminarlo sin tu ayuda.

Peter Paterno: por todos los años de creer en mí y por todo tu trabajo. Gracias.

Gracias a mi familia que me quiere y me apoya:

Mamá, Papá, Chuck y Pati, Melisa Moses (Tío Nuni) y la familia Vara, Tío Lee y Mary Ann (Memen) Johnson, Rosemary Vara, Tía Toni Perez Mencey, primos Kenney y Janice Mencey, Phillip "Chacho" Mishoe, Michael Perez, Bill Mishoe, Shane y Monica Pulver, Stephanie Sanchez.

Gracias a mis amigos (mi otra familia):

Jesse J. Oliva (descansa en paz, hermano. Te echamos de menos), Rudy Martinez, Carlos Miranda Jr., la familia Espinosa–Carrillo. Horacio, Maria, y Amanda Jiménez. Robert "Bobbo" Gomez y todo el clan Gomez, John Z. Garza, John J. Silva, Victor Flores, Gilbert Vela, Jon Seda, Robert Treviño (Gibson Guitars LN), Angel Ferrer.

Gracias especiales a:

La familia Quintanilla: Abraham, Marcella, A.B., Suzette Quintanilla Arriaga, Billy Arriaga, Jovan Arriaga, Martika y S'vani Quintanilla.

Los Dinos: Ricky Vela, Joe Ojeda, Pete Astudillo. Gracias, chicos.

Carlos Valdez, Mark Skurka y todo el equipo legal de la acusación: Muchas gracias a todos por su trabajo y dedicación en asegurarse de que

se hiciera justicia en nombre de Selena.

Finalmente, quisiera dar mis mayores gracias a Cassie y Noah Perez. Ustedes dos son las luces más brillantes de mi vida. Papá los ama más que todo en el mundo.